



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año XXVIII, Vol. CLXIII, Núm. 2 (marzo-abril de 1969).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

2

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACIÓN BIMESTRAL

Avenida Coyoacán No. 1035
Apartado Postal 965
Teléfono 75-00-17

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO POR LA
EDITORIAL LIBROS DE MEXICO, S.A.
Av. Coyoacán No. 1035

AÑO XXVIII

2

MARZO-ABRIL
1969

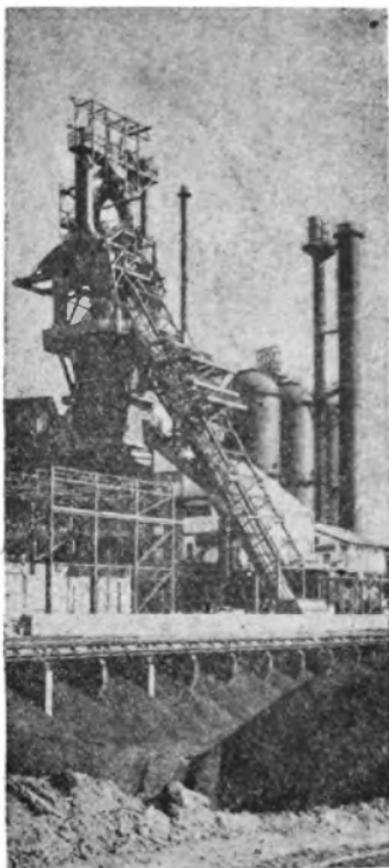
INDICE

Pág. 3



LA PRIMERA
INDUSTRIA SIDERURGICA INTEGRADA
EN AMERICA LATINA
Y ACTUALMENTE
LA MAS MODERNA

1903



1968



CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

Si usted invierte
inteligentemente
sus ahorros
rendirán
más



No necesita una fortuna, invierta desde 100 pesos y gane intereses hasta del 10.60% anual.

Consulte nuestro servicio de administración gratuito.

NACIONAL FINANCIERA, S.A.



1, la Católica No. 51, México, D. F. — 16 de Sept. No. 616, Guadalupe, Jalisco
BANCO MERCANTIL DE MONTERREY, S. A. y Sucursales.

DOCE LIBROS DE NUESTRO TIEMPO

Colección: Los Grandes Problemas Nacionales

1. *México: riqueza y miseria*, por Alonso Aguilar M. y Fernando Carmona. (2a. ed.) \$25.00
2. *La educación; historia, obstáculos, perspectivas*, por Leonardo Gómez Navas, Guillermo Montaña, Fernando Carmona, Guillermo Bonfil y Jorge Carrión \$30.00
3. *Nuestros recursos naturales (climas, agua, suelos)*, por Angel Bassols Batalla \$32.00
4. *El pensamiento de Obregón*, por Narciso Bassols Batalla \$36.00
5. *El pensamiento de Ponciano Arriaga*, por Ricardo J. Zevada \$28.00
Colección: Temas de Actualidad
6. *Ghana: el fin de una ilusión*, por Bob Fitch y Mary Oppenheimer \$32.00
7. *Autobiografía y asesinato de Rubén Jaramillo*, por Rubén M. Jaramillo y Froylán C. Manjarrez \$27.00
8. *Vietnam, crimen del Imperialismo*, por Luis Quintanilla, Ignacio García Téllez, Jorge Carrión, Francisco Martínez de la Vega y Alonso Aguilar Monteverde \$27.00
Colección: Desarrollo Económico
9. *Obstáculos al desarrollo y planificación*, por Ignacy Sachs \$32.00
Colección: Latinoamérica Hoy
10. *Guatemala, país ocupado*, por Eduardo Galeano; apéndice por Luis Cardoza y Aragón \$24.00
11. *Integración económica e imperialismo*, por Mauro Jiménez Lazcano \$30.00
12. *La Iglesia, el subdesarrollo y la Revolución*, por Bernardo Castro Villagrana, Horacio Labastida, J. J. García, Javier Rondero, Víctor Flores Olea, Karl Lenkersdorf, Francisco Lage Pessoa, Elías Condal, Tomás G. Allaz y Sergio Méndez Arceo \$42.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

Diseño de la Portada: Gustavo Sainz

Dibujo: Ignacio Aguirre

Presa Nejapa Núm. 158

Tel. 20-81-58

N O V E D A D

JAMES WILKIE y EDNA M. DE WILKIE

MEXICO VISTO EN EL SIGLO XX

Entrevistas con Ramón Beteta, político y hacendista; Marte R. Gómez, agrarista; Manuel Gómez Morín, fundador del Partido Acción Nacional; Vicente Lombardo Toledano, teórico y militante marxista; Miguel Palomar y Vizcarra, un católico militante; Emilio Portes Gil, expresidente de México; y Jesús Silva Herzog, economista e historiador.

El mayor elogio que puede hacerse de este interesantísimo libro, es el de que después de su lectura será menester llevar a cabo rectificaciones importantes acerca de la historia contemporánea de México. Todos los entrevistados han tenido participación en la vida del país tanto por medio de la acción cuanto por sus ideas contenidas en sus libros, revistas y periódicos; y, por otra parte, hay buen número de datos autobiográficos de cada una de tan distinguidas personalidades.

P r e c i o s :

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	80.00	
Extranjero		7.50

 INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
 ECONOMICAS

Distribuye

CUADERNOS AMERICANOS

 Av. Coyoacán 1035
 México 12, D. F.

 Apartado postal 965
 México 1, D. F.

Tel.: 75-00-17

MEXICO 1968



Un útil libro de
consulta sobre
el México
de nuestros días

A comprehensive
handbook on
today's Mexico

Pedidos a | Orders to

**BANCO NACIONAL DE
COMERCIO EXTERIOR, S. A.**

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Venustiano Carranza 32 México 1, D. F.

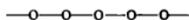
\$ 50.00

Dls. 4.00

GANARAS LA LUZ

Por
LEON FELIPE

Puede usted leer este libro del gran poeta español recientemente fallecido en la ciudad de México, adquiriendo el número 6 de 1968 de la revista *Cuadernos Americanos*. Publicación íntegra y fiel del libro de esta Editorial que dio a la luz pública en 1943.



Precios:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	30.00	
América y España		2.60
Europa y otros continentes		2.90

De venta en las principales librerías.

EL PENSAMIENTO ECONOMICO,
SOCIAL Y POLITICO DE MEXICO

1810-1964

Un nuevo libro

de

JESUS SILVA HERZOG

Obra indispensable para conocer la trayectoria del pensamiento mexicano en el curso de 154 años. Obra única en su género, resultado de laboriosas investigaciones que ocuparon al autor durante más de 4 lustros.

Empastado en tela gris con cubrepolvo y solapas. 750 págs. con 50 retratos. 16 x 24.

PRECIOS:

	<i>Dls.</i>	<i>Pesos</i>
México		70.00
Extranjero .	6.00	

Ediciones del Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas.

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Apartado Postal 965

Av. Coyoacán 1035

México 1, D. F.

México 12, D. F.

Tel.: 75-00-17

De venta en las mejores librerías

INSTITUTO MEXICANO DE
INVESTIGACIONES ECONOMICAS

	Pesos	D/s.
<i>Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana</i> , dirigida por JESÚS SILVA HERZOC. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra". De 1910 a 1917. Los próximos volúmenes se referirán a la Cuestión Obrera y a la Cuestión Política	25.00	2.50
<i>Bibliografía de la Historia de México</i> , por ROBERTO RAMOS	100.00	10.00
<i>Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México</i> , por ALVARO DE ALBORNOZ	65.00	6.00
<i>El Problema Fundamental de la agricultura Mexicana</i> , por JORGE L. TAMAYO, autor de la <i>Geografía General de México</i> . Esta obra es algo así como un grito de alarma sobre el futuro del campo mexicano	20.00	2.00
<i>Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí</i> , por ELOÍSA ALEMÁN	20.00	2.00
<i>El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964</i> , por JESÚS SILVA HERZOC	70.00	6.00



De venta en las principales librerías

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Covoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 75-00-17



RECIENTES EDICIONES

NOVEDADES

P. GONZALEZ CASANOVA

Sociología de la explotación

F. JULIAO

Cambao, la cara oculta de Brasil

P. A. BARAN y P. M. SWEEZY

El capital monopolista

F. ALEGRIA

Los días contados

Diez autores

Narrativa joven de México

prólogo M. Glantz

M. HARNECKER

*El materialismo histórico. Textos
y su interpretación*

F. PARDINAS

*Metodología y técnicas de investi-
gación en ciencias sociales**En todas las librerías de América o en*

GABRIEL MANCERA 65. MEXICO 12, D. F.

• MANEJE

AUTO
NUEVO EN
EUROPA

ES MAS BARATO QUE
RENTARLO PORQUE
USTED PAGA SOLO LA
DEPRECIACION Y GASTOS
- ESTRENE EL SUYO -
- VISITENOS -

Le entregamos su **RENAULT** nuevo
donde lo desee.

AUTOS FRANCIA
SERAPIO RENDON 117
TEL.35-56-74

ó consulte a su Agente de Viajes

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS



GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

por

JORGE L. TAMAYO

Cuatro volúmenes encuadrados en percalina, de más de 2,500 páginas en total, lujosamente editados, y un Atlas con cartas físicas, biológicas, demográficas, sociales, económicas y cartogramas.

De venta en las principales librerías.

Precio:

	Pesos	Dlla.
México	500.00	
Extranjero		50.00

Del mismo autor:

"El problema fundamental de la agricultura mexicana"	20.00	2.00
--	-------	------



Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"
 AV. COYOACAN 1035 Apartado Postal 965
 México 12, D. F. México 1, D. F.
 Tel.: 75-00-17

C E R V E Z A

LA BEBIDA POR EXCELENCIA



SANA

PURA

NUTRITIVA

LOS PUEBLOS MAS CIVILIZADOS CONSUMEN
PREFERENTEMENTE CERVEZA

MEXICO PRODUCE LA MEJOR CERVEZA
DEL MUNDO



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

MEXICO, D. F.

BIBLIOTECA JOSE PORRUA ESTRADA
DE HISTORIA MEXICANA
DIRIGIDA POR JORGE GURRIA LACROIX

PRIMERA SERIE
LA CONQUISTA

- V. *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitan México, hecha por un gentilhombre del señor Fernando Cortés* [El Conquistador Anónimo]. Traducción del italiano por el doctor Francisco de la Maza. México, 1961. 135 páginas, 3 grabados. Edición de 250 ejemplares numerados, impresa sobre papel Córscican, portada a dos tintas. Rústica \$ 150.00

Contenido del volumen: Noticias bibliográficas por Jorge Gurria Lacroix; estudio de don Federico Gómez de Orozco; texto de *El Conquistador Anónimo* en español, notas a pie de plana de H. Ternaux Compans, Joaquín García Icazbalceta, Marshall H. Saville, León Díaz Cárdenas y Francisco de la Maza. Como Apéndices se publican estudios de don Joaquín García Icazbalceta, Marshall H. Saville, doctor Edmundo O'Gorman, profesor León Díaz Cárdenas, don Alfredo Chavero, la reproducción facsimilar de la primera edición en italiano de la *Relación* e índices Onomástico y General.

- VI. *Décadas del Nuevo Mundo, por Pedro Mártir de Anglería. Primer Cronista de Indias*. Traducción del latín por Agustín Millares Carlo. México, 1964-1965. 794 páginas, 2 volúmenes. Rústica.

Tirada de 250 ejemplares numerados, impresa sobre papel RLCH de 106 gramos \$ 300.00
Tirada de 1,750 ejemplares, impresa sobre papel RLCH de 75 gramos \$ 150.00

Contenido del volumen: Pedro Mártir y el Proceso de América por Edmundo O'Gorman; Datos Biográficos de Pedro Mártir por Edmundo O'Gorman; Cronología de Composición de las Ocho Décadas por Edmundo O'Gorman; Bibliografía de Pedro Mártir de Anglería por Joseph H. Sinclair, puesta al día por Agustín Millares Carlo; texto de las *Décadas* en español; índices de Nombres y General.

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO.

BSQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8865
TELEFONOS: 12-12-88 y 22-20-88
MEXICO I. D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	América y		
		México	España	Europa
		Precios por ejemplar		
		Pesos	Dólares	
1942		60.00	5.00	5.30
1943	Número 6	60.00	5.00	5.30
1944	Números 2, 3, 5 y 6	60.00	5.00	5.30
1945	Número 6	60.00	5.00	5.30
1946		60.00	5.00	5.30
1947	Número 6	60.00	5.00	5.30
1948	Números 4, 5 y 6	60.00	5.00	5.30
1949	Los seis números	60.00	5.00	5.30
1950	Números 1 al 4	50.00	4.20	4.50
1951	Número 6	50.00	4.20	4.50
1952	Número 4	50.00	4.20	4.50
1953	Números 3 al 6	50.00	4.20	4.50
1954	Números 3, 5 y 6	50.00	4.20	4.50
1955	Números 1 y 6	50.00	4.20	4.50
1956	Los seis números	40.00	3.40	3.70
1957	Los seis números	40.00	3.40	3.70
1958	Números 2, 3 y 6	40.00	3.40	3.70
1959	Los seis números	40.00	3.40	3.70
1960	Números 1 y 6	40.00	3.40	3.70
1961	Números 5 y 6	30.00	2.60	2.90
1962	Números 3 al 6	30.00	2.60	2.90
1963	Números 3, 4, 5 y 6	30.00	2.60	2.90
1964	Los seis números	30.00	2.60	2.90
1965	Los seis números	30.00	2.60	2.90
1966	Números 1, 2, 3, 4, 5 y 6	30.00	2.60	2.90
1967		30.00	2.60	2.90
1968	Números 5 y 6	30.00	2.60	2.90

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 100.00	
Otros países de América y España		Dls. 9.00
Europa y otros continentes		" 11.00

PRECIO DEL EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE:

México	\$ 20.00	
Otros países de América y España		Dls. 1.80
Europa y otros continentes		" 2.20

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965

o por teléfono al 75-00-17

México, D. F.

Véanse en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Av. Juárez No. 92-94

México, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

NOVEDAD

ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO
MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL

por

LUCILA LEAL DE ARAUJO

Un libro escrito por una distinguida economista que conoce a fondo el asunto de que trata.

La autora estudió la institución desde 1944 en que inició sus labores hasta 1963.

Un libro informativo y de actualidad, de interés no sólo para México sino para todos los países de América y muchos más de otros continentes.



PRECIOS:

	Pesos	Dólares
México	\$ 25.00	
Exterior		2.50

De venta en las mejores librerías.



Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Tel.: 75-00-17

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXVIII

VOL. CLXIII

2

MARZO-ABRIL

1969

MÉXICO, D. F., 1º DE MARZO DE 1969

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Alfonso CASO

José GAOS

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARTÍNEZ BAEZ

Arnaldo ORFILA REYNAL

Javier RONDERO

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
PORFIRIO LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia

CUADERNOS AMERICANOS

No. 2

Marzo-Abril

Vol. CLXIII

INDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Págs.</i>
JULIO ALVAREZ DEL VAYO. La América de Nixon	7
OMAR DÍAZ DE ARCE. Evolución de las inversiones extranjeras en América Latina	24
RODOLFO USIGLI. El Gran Circo del Mundo	38
JAVIER RONDERO, MARIO V. GUZMÁN GALARZA y ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ. Comenzó el año XXVIII de la Revista	97

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

RAÚL CARDIEL REYES. La Filosofía del Espíritu y la Ciencia Social en Vico	113
EMILIO SOSA LÓPEZ. Unamuno o la pasión agónica del novelista	128
NATHÁN ROTENSTREICH. La Responsabilidad individual y personal	137
ANTONIO SACOTO. Aspectos indigenistas en la obra literaria de José Vasconcelos	151

PRESENCIA DEL PASADO

F. COSSÍO DEL POMAR. Atahualpa y el Tesoro	161
WINSTON A. REYNOLDS. "El Demonio y Lope de Vega en el manuscrito mexicano <i>Coloquio de la nueva conversión y bautismo de los cuatro últimos reyes de Tlaxcala en la Nueva España</i> "	172
DARDO CÚNEO. Oligarquía y poder en la Argentina	185

DIMENSION IMAGINARIA

MAX AUB. Tres Romances	217
RAÚL LEIVA. La Poesía de José Gorostiza	220
ELBA M. LARREA. José Martí, Insigne maestro de Literatura Infantil	238
PORFIRIO SÁNCHEZ. Eros y Thanatos en <i>Al filo del agua</i>	252
M. ROBERTO ASSARDO. Semejante a la noche o la contemporaneidad del hombre	263

LIBROS Y REVISTAS

MAURICIO DE LA SELVA. Libros, revistas y otras publicaciones	275
--	-----

INDICE DE ILUSTRACIONES

Paisaje en la sierra	168
Músicos quechuas	”
Mestiza quechua	”
Tipo quechua	”
Paisaje andino	169

Nuestro Tiempo

LA AMERICA DE NIXON

Por *Julio Alvarez del Vayo*

PARA apreciar correctamente lo que iba a ser la América de Nixon en el caso de que éste ganase la elección, había que desplazarse a los Estados Unidos y seguir desde allí la campaña electoral. Si es cierto que una cosa es lo que se diga y se prometa en la campaña y otra lo que se haga una vez en el poder, y que es la Casa Blanca la que hace al Presidente, esta vez el país había caído en tal estado de desesperación y confusiónismo, que para juzgar a un Presidente había que haberle visto luchando para obtener los votos necesarios para ganar.

Yo creí en la victoria de Nixon, y lo escribí reiteradamente antes del 5 de noviembre, no sólo porque los Estados Unidos iban a la derecha y era un Presidente de derecha el que correspondía, tampoco exclusivamente por su capacidad de administrar bien las posibilidades limitadas que le ofrecían para vencer, sino por la falta de fuerza política personal de sus oponentes. Asesinado Robert Kennedy, Nixon no tenía verdaderamente a nadie enfrente.

El senador McCarthy inflamaba el ardor de una juventud de impugnación, los franceses lo llamaban "contestation" desde los acontecimientos de mayo, pero él mismo era poco inflamable. Fino, espiritual, pero no un político agresivo como la situación general requería. Aclamado por cuantos deseaban ver acabada la guerra de Vietnam, pero poco convincente de que el Presidente encontrase la manera de terminarla pronto. Demasiado literario, si cabe la expresión.

En el diálogo en la televisión con el senador Kennedy, tres días antes del atentado, McCarthy desilusionó a algunos de sus más entusiastas partidarios en cuya compañía presencié el debate. Kennedy constituía un caso curioso. Multimillonario, denunciado por muchos como frívolo, y no lo era, Bobby había llegado a ser el ídolo de la gente sencilla. No olvidaré nunca las colas de negros, a las cuatro de la mañana, en medio de un calor húmedo insoportable, aguardando horas y horas a lo largo de la Quinta Avenida y de la Park Avenue para ir a llorar frente al cadáver expuesto en la catedral. El portero de mi casa, un puertorriqueño, al preguntarle por quién iba a votar

me contestó: "muerto Kennedy, por nadie. ¿Qué más da quién salga?".

En cuanto a Humphrey, con todo lo que se había hablado de él durante años como muy inteligente y la esperanza de la izquierda, en la campaña electoral hizo un papel deslucido. Un "reservoir" de lugares comunes. Le cuadraba bien la observación de don Miguel de Unamuno sobre un ministro español de la monarquía: "lo malo no es que sea vacío, sino que está lleno de vacío". Oratoria pomposa e insustancial. Luego diciendo un día lo contrario del anterior. Yo le anoté cinco declaraciones contradictorias sobre Vietnam.

Nixon, aún a riesgo de que le reprochasen el esconderse, pensaba dos veces lo que tenía que decir. No salía de su nivel que era el del americano medio. Pero, no porque careciere de ideas, sino porque se daba cuenta de lo resbaladizo que había dejado el terreno político la administración Johnson. No quemarse, no gastarse, aunque sonase gris, repitiendo "ley y orden", "paz", sin precisar qué clase de paz.

Guardando el recuerdo poco agradable de su confrontación en la televisión con John Kennedy, en la que estuvo realmente torpe y cohibido y que le costara muchos votos, Nixon se había guardado bien de aceptar el reto de Humphrey para aparecer juntos ante la pantalla. Pero, para demostrar que no tenía las preguntas, organizó una emisión original, una "conversación con todos", dos horas respondiendo a las cuestiones que se le ponían por teléfono, de un extremo a otro de los Estados Unidos, las que fuesen. Una democratización de la controversia.

Toda una prueba. Nixon rodeado de atractivas "nixonettes", entre las muchachas sus dos hijas, haciendo de telefonistas, se encontró asaltado por algunas preguntas envenenadas. Sus enemigos no habían desperdiciado la ocasión de ponerle en un aprieto. Yo observaba no sólo la respuesta, sino el gesto. Se defendió bien. Y el gesto el de un ganador convencido. Una manifestación clara de la voluntad de poder. Esa noche, tres fechas antes de la elección para que la impresión quedase fresca, se le veía ya de Presidente. "Temible". comentó a mi lado uno de los que hubiesen dado todo porque hubiese salido derrotado.

Junto a la voluntad de poder acrecentada por dos derrotas anteriores, después de la de California para gobernador, siguiendo la derrota presidencial de 1960, Nixon había declarado. "Desde luego me retiro. Ni una probabilidad en cien", junto a esa acometida política que le había revitalizado, una incuestionable maestría en la utilización del mapa electoral.

En lugar de jugárselo todo en las grandes aglomeraciones con un número altamente apetecible de votos, Nueva York, Pennsylva-

nia, ir por los cuatro o seis votos de los Estados menores, cultivarlos, trabajarlos durante un año entero, en un peligro nacional agotador, sumándolos, hasta tener en el bolsillo la elección.

Ya elegido, una prudencia extrema, lo mismo en las declaraciones públicas, que en la selección del gabinete.

Para cubrirse contra cualquier error en tomar posición sobre el más traicionero de los problemas, Vietnam, durante el tiempo que mediara entre su victoria electoral y el juramento de su cargo, Nixon encuentra la airosa y patriótica postura de anunciar que hasta el 20 de enero, el presidente es Johnson, y que él no dirá nada que pueda perjudicar la libertad de movimiento del Presidente y las propias conversaciones de París. El se deja consultar por Johnson en todo, pero no se compromete en nada.

Elije sus ministros conforme al mismo propósito de marchar sobre seguro. Primeramente había pensado en un gabinete multi-color, un demócrata, un negro, un hombre de resonancia nacional. Pero abandona la idea en favor de un reagrupamiento de incondicionales, gentes procedentes, unas, del mundo de los negocios, un multimillonario, Packard, para el segundo puesto en defensa, un íntimo de toda su vida, Rogers, para Relaciones Exteriores, que ha estado siempre a su lado en momentos difíciles. Colaboradores garantizados. No exponerse de ninguna manera al espectáculo de ministros disintiendo en público, tales Clifford, Defensa, Dean Rusk, Secretario de Estado bajo Johnson. Con la salida de Johnson y la entrada de Nixon, no ha terminado únicamente un periodo presidencial, sino toda una época. Un estilo nuevo de gobierno, pragmático, todo lo poco brillante y a ras de tierra que se quiera, nada de "nuevas fronteras" (Kennedy), de "Gran sociedad" (Johnson), pero poner en orden la casa y ajustar la acción exterior a la realidad.

En esa preferencia por los objetivos limitados, pero alcanzables, lo que inspira su discurso de investidura, el menos largo y el menos "excitante" en años, pero con un cañonazo. "¡Abajo la retórica! No hablemos a gritos, hablemos en voz baja, moderada, para que se entiendan no nuestras voces, sino nuestras razones" que suena bien en los oídos americanos hartos de escuchar lo formidable que es su país y de ver cómo es batido en Vietnam por un adversario, sin riqueza, sin tecnología, pero con un espíritu indomable.

Referencia a la urgencia de restablecer la moral, el espíritu cívico. En su única mirada al pasado, Nixon en su discurso inaugural, evoca a Franklin D. Roosevelt, al hacerse por primera vez cargo de la presidencia en una situación de desaliento y de crisis. "Lo que tenemos que rehacer hoy en nuestra nación opulenta y rica, dice Nixon después de prestar juramento, no es la producción, las fuentes del bienestar material, sino la unidad espiritual. Somos ricos

en productos, pero nuestro espíritu está rasgado, roto. Vivimos en guerra, discordia y desunión; pasamos por una crisis del espíritu y lo que necesitamos es revivir los hechos simples de la vida, buscar a nuestros ángeles y permitirnos el lujo de apreciar nuestras debilidades".

Rebajar un tanto las pretensiones en política exterior e interior de los dos presidentes demócratas que le precedieron, un arrancar modesto, pero que nadie tome esa actitud por falta de determinación, "seremos fuertes", todo dicho en palabras que si no eran para provocar una tempestad atronadora de aplausos, tampoco podían herir a nadie, como lo demostró que a pesar de su pasado, que a muchos les cuesta trabajo olvidar, tuvo en general una buena prensa. Apreciación para un discurso que era más que un programa de gobierno una declaración de propósitos y una oferta de aplicarse con moderación y buen sentido a las enormes tareas que le aguardan.

Este realismo de Nixon, presente una vez más en su alocución inaugural viene a explicar lo que parecía inexplicable, que un periodista de la autoridad y de la "sabiduría internacional" como Walter Lippmann, se pronunciase a favor de Nixon al comienzo de la campaña electoral. Seguramente esperaba de él que pusiese fin a la guerra de Vietnam, aunque sólo fuese por un interés práctico, para obtener así el dinero necesario para la realización del resto de su política.

Lippmann no es el único de los "ases" del periodismo americano, que, viniendo del campo liberal, digieren a Nixon. De un tiempo a esta parte, James Reston, del *New York Times*, se muestra benévolo hacia el nuevo Presidente y siendo un comentarista que gusta de la originalidad, desarrolla de pronto la teoría de la suerte. Según Reston, y a su juicio ello tiene importancia para el futuro de la presidencia. Richard M. Nixon es un "suertudo".

"¿Suertudo, o cenizo?", la cuestión juega su papel en el destino de una presidencia, para el editorialista del periódico neoyorquino, y un presidente puede tener carácter, inteligencia, experiencia, el semblante atrayente de un John F. Kennedy, la habilidad política de un Lyndon Johnson, pero si la suerte vuelve la espalda puede ser arrojado a los fotógrafos.

Pese a sus contratiempos electorales pasados, Nixon, dice Reston, nació bajo la buena estrella. Comienza su vida política contestando un anuncio en un periódico que para un hombre sin suerte como Adlai Stevenson hubiese pasado desapercibido. Fue escogido por Ike, el general Eisenhower para candidato a la vice-presidencia sólo porque era joven, venía de California, un Estado clave en una elección, y gozaba de una sólida reputación de anti-comunista lo que

veía bien el estado de ánimo prevaleciente en aquel tiempo. Lyndon Johnson, continúa Reston, fue un desafortunado, con Vietnam persiguiéndole como maldición. Harry Truman fue por el contrario un suertudo, cayéndole la vice-presidencia y luego la presidencia de una manera inesperada. Y no se diga de Eisenhower con el tiempo cambiado a su favor para la gran invasión de Europa, adquiriendo la más asombrosa fama política y luego venciendo a todos los ataques cardiacos, y dejando a los especialistas en notas necrológicas de los diarios con su artículo ya escrito y rendido inutilizable por la resistencia del general.

Y así como Eisenhower no produjo ninguna fórmula mágica para terminar la guerra de Corea sino que fue el símbolo del cambio y tuvo suerte, lo mismo le puede pasar de nuevo a Nixon, sugiere James Reston.

En un tono más serio otros observadores apuntan a las circunstancias favorables en que se encuentra el nuevo Presidente para asegurarse un apoyo interesado del pueblo americano que, en su gran parte, no se ha dejado nunca seducir por él y Nixon es el primero en darse cuenta de que a muchos no les cae bien, que "no es simpático", lo ha reconocido con gracia, pero comienzan a hacerle confianza como hombre capaz de saber aprovechar su resurrección política, terminar con la guerra de Vietnam y llevar a cabo unas cuántas cosas prácticas que le permitan solicitar la renovación de su mandato para 1972. Una vez Presidente, él no se contenta con cuatro años.

Es interesante anotar que en el día inicial de trabajo, ya a las siete y media de la mañana en su despacho, después de una noche de bailes y recepciones inaugurales, el primero de sus consejeros que recibe es Kissinger. Un personaje llamado a desempeñar un papel importante bajo su administración, pero no del tipo absorbente de John Foster Dulles con Eisenhower, porque es Nixon el que va a llevar personalmente la política exterior. Sobre todo en los seis primeros meses, juzgados por los observadores más sagaces de Washington como más importantes que los restantes tres años y medio de su primer mandato presidencial.

Evidentemente lo que le ha atraído del profesor Henry Kissinger a Nixon es su concepción realista del poder. Para entender bien la era Nixon que se abre, hay que retener este aspecto fundamental: ninguna renuncia al designio americano de ejercer a la larga la dirección, la "leadership" del mundo. Sólo una pausa en la dominación. Una exploración sobria de cuáles son los retoques y los reajustes que se imponen para no encontrarse prisionero, como la administración precedente, de un programa trazado sin tener en cuenta la posibilidad de llevarlo adelante con éxito. Un repliegue americano de

ciertos lugares de la escena mundial, pero con los fines últimos del imperialismo americano, "no segundo a ninguno", y lo más fuerte que se pueda ser "desde el punto de vista de la seguridad de los Estados Unidos", "negociar con los soviéticos sí, pero desde posiciones de fuerza", cada uno de esos postulados de la constante americana surgen en la campaña electoral y aparecen, discretos, pero claros en el discurso de investidura en medio de las generalidades inherentes a una táctica de preservar enteramente para cuando lleguen los momentos cruciales de gobierno su libertad de decisión.

Para ese reajuste de los objetivos americanos, Kissinger es un consejero útil. Un intelectual no ligado excesivamente a los principios, como aquellos otros, también universitarios, que rodearon a John Kennedy y a la altura de su imaginación. Aquí nada de sueños. Y ninguna terquedad en querer alcanzar lo inalcanzable, que es lo que perdió a Johnson en Vietnam. Análisis riguroso y frío de la teoría del poder, y de las posibilidades del poder. Un europeo americanizado, un judío alemán ágil, que ha aprendido su Bismarck, es decir las excelencias de la superioridad militar, pero que también ha aprendido su Metternich, es decir la diplomacia elástica. Sobre ambos ha escrito Kissinger páginas brillantes.

Consejero del presidente Kennedy, más tarde del gobernador Nelson Rockefeller cuando éste disputaba a Nixon la candidatura republicana a la presidencia de los Estados Unidos, pasó a serlo del Presidente elegido después de tres días de cambio de impresiones con él, un detalle interesante porque demuestra la precaución tomada para asegurar una coincidencia de opiniones.

Autor del concepto de la "respuesta flexible" en el dominio de las armas nucleares, tema de su principal libro, la flexibilidad marca también su carácter. El camino por él recorrido es largo, desde que en el curso de la crisis de Berlín, con su interrupción de tráfico entre las dos Alemanias, Kissinger recomendó públicamente "entrar por la fuerza en Berlín, incluso corriendo el riesgo de que se llegue a la guerra". Hoy suena bien distinto en su artículo muy comentado ya, en la revista trimestral *Foreign Affairs*, escrito antes de ser designado para el cargo de "consejero principal en cuestiones de seguridad", y en la entrevista concedida al semanario alemán *Der Spiegel*, después de haber sido nombrado.

En *Foreign Affairs* la posición respecto de la guerra de Vietnam no deja lugar a duda: cuanto más pronto los Estados Unidos se deshagan de Vietnam, tanto mejor. Así nada de empresas exteriores que no paguen, ni de guerras pequeñas que comienzan con el envío de contingentes limitados y terminan envolviendo la mayor parte del dispositivo armado del país "protector". Realismo militar sabiendo cómo ser fuerte y para qué. Y análisis correcto, científico, de la na-

turalidad de los conflictos. Ya entre las críticas dirigidas a la administración Johnson por el candidato republicano, había sido puntualizado que el error mayor de Johnson había consistido en "no captar el verdadero carácter del conflicto, una guerra no por territorios sino por los pueblos, una guerra de guerrillas que libraba al enemigo del apremio del tiempo". Por lo tanto acabar con ella lo más rápidamente posible, es decir antes de fines de 1969, y aún mejor antes de fines de verano.

Hablando con los redactores del *Spiegel*, suponemos en su lengua original, Kissinger, con un nombramiento oficial que le obliga a rehuir la contestación a ciertas preguntas, aparece más reservado que en *Foreign Affairs*. No obstante la "interview" vale la pena de ser leída cuidadosamente. En los años cuarenta y cincuenta, observa el consejero de Nixon, el problema que se le planteaba a los Estados Unidos era el de establecer un orden mundial general en la disputa con el comunismo. Incluso al comienzo de los años sesenta, bajo Kennedy, se podía pensar en la implantación de una especie de "New Deal" global. Hoy el mundo se ha hecho más complicado. Ya no es cuestión de crear una Paz Americana. El orden mundial no depende ya más de lo que América piense.

Una muy verosímil corrección de esa política de "New Deal" global, anclada principalmente sobre Asia, es el conceder más importancia que bajo la administración de Johnson, a Europa. Ante los ojos del nuevo equipo gobernante, la OTAN, de un lado, y la asociación con De Gaulle del otro, presentan un interés mayor. Nixon quisiera ponerse de acuerdo con sus aliados europeos antes de lanzarse a una negociación a fondo con los soviéticos. De la negociación con los rusos lo que interesa a Nixon es la eventualidad de un acuerdo sobre los cohetes antiohetes, el gran objeto de rivalidad entre ambos países, una manera de reducir los gastos, de aliviar el presupuesto y de poder acaso suprimir, no fácil, el célebre impuesto del 10% introducido por Johnson y motivo de querrela y descontento entre los americanos. Por De Gaulle, Nixon tiene el respeto de su calidad de hombre de Estado con el que ningún otro, exceptuado según André Malraux, Mao puede medirse entre los vivos.

Sobre el Oriente Medio, ninguna ilusión de dar con la mágica fórmula que haga desaparecer el antagonismo existente entre árabes e israelíes. Escasa fe en la acción de las Naciones Unidas, hacia las cuales el entusiasmo de Nixon es considerablemente menor que el de los demócratas. Una política de prudencia, exenta de "emocionalismo", y dirigida a impedir que las partes contendientes consigan envolver y a enfrentar a los Estados Unidos y a la Unión Soviética en esa área escabrosa, más allá de lo que ambas potencias lo deseen.

En el mismo orden de ideas de aceptar la realidad tal como es y no como uno quisiera que fuese, la necesidad de proceder a una revisión de la política de los Estados Unidos en relación con China es enfocada por Nixon de una manera más directa que sus predecesores. Anticomunista de toda la vida, lo menos imaginablemente preparado para aproximarse al problema que China plantea a los Estados Unidos, Nixon, sin embargo, parece dispuesto a seguir respecto de Pekín una política basada sobre la conclusión de que un día u otro Washington tendrá que rendirse a la evidencia del poderío creciente de "la inmensa China", para usar una expresión favorita del general De Gaulle. Toda clase de rumores han circulado sobre ese cambio posible de política. Pero, yo tuve directamente de alguien que había tratado con Nixon de ese tema, que verdaderamente el nuevo Presidente de los Estados Unidos es de la opinión que puesto que un cambio de política respecto de China es inevitable, es preferible que se produzca bajo su presidencia, con la seguridad de que los hombres de negocios atraídos por las posibilidades del intercambio comercial China-Estados Unidos lo verían con buenos ojos. Claro que eso no quiere decir que Nixon va a precipitarse a reconocer Pekín. Sondeo, conversación.

Como la cuestión excede del marco americano ya que de producirse en efecto ese cambio de política de que se habla sus repercusiones en las más diversas latitudes serían grandes, vale la pena de evocar en detalle el proceso que ha conducido a Nixon a decidir que no se puede continuar ignorando a China, a juzgar por lo que de buena fuente se ha ido sabiendo.

Según esa versión Nixon desconfió desde hace tiempo de las informaciones que presentaban a China hundida por la Revolución Cultural en una convulsión sin salida y que habría de dejarla por muchos años en una total incapacidad de jugar un papel importante en la escena internacional. El que esa fuese la nota constante dada por la prensa soviética, contribuyó aparentemente a aumentar la reserva de Nixon frente a la presentación de una China liquidada por muchos años como una potencia influyente, "fuera de los círculos de agitación por ella creados", un comentario frecuente de la prensa y la radio extranjera durante 1967 y hasta mediados de 1968. Nixon debió sospechar de que Moscú no deseaba ningún contacto entre Washington y Pekín.

La simultaneidad de la reunión de la asamblea general de las Naciones Unidas y de la victoria de Nixon en las elecciones, ofrecía una oportunidad excepcional para medir las reacciones diplomáticas. Aunque tratándose de China y la U.R.S.S., el aspecto ideológico no podía ser dejado de lado dada la competencia entablada entre ambas por asegurarse la dirección de la izquierda mundial, era

principalmente el juego del poder en el campo de las relaciones entre naciones, lo que retenía la atención de los diplomáticos expresándose en la intimidad del salón de delegados de la ONU.

Se concedía una considerable significación al hecho de que ciertas intenciones atribuidas a Nixon, viniesen a romper, por así decir, el condominio americano-soviético al abrir el paso a otra gran potencia, China. Ello era juzgado un nuevo elemento de gran alcance en la perspectiva internacional.

En efecto, si la versión que algunos habían estado interesados en hacer prevalecer de una China paralizada diplomáticamente por mucho tiempo a venir, como consecuencia de las convulsiones internas de la Revolución Cultural, se evidenciaba desmentida por los hechos, todo cambiaba de pronto. A creer a los bien informados, la iniciativa del Gobierno de Pekín de proponer la reanudación de las conversaciones americano-chinas de Varsovia al nivel de los embajadores, para el 20 de febrero de 1969, un mes justo después de la inauguración de la administración Nixon, había sorprendido a éste menos que a los demócratas.

En el momento en que escribimos se habla de "un gran salto hacia adelante" diplomático chino, utilizando la expresión aplicada al esfuerzo industrial de dicho país a fines de los años cincuenta. Por lo que respecta a las relaciones entre los Estados Unidos y China, una vez dicho lo más arriba expuesto, es aconsejable contar con que no va a ser todo muy fácil. La firmeza de principios de China, y de una manera inmediata la cuestión de Taiwán (Formosa), introducen desde el comienzo de los nuevos contactos americano-chinos, un aspecto polémico que puede complicar las discusiones. El Comunicado de la XII sesión plenaria ampliada del Comité Central elegido en el VIII Congreso Nacional del partido comunista de China, aprobado el 31 de octubre de 1968, y al que la prensa y la radio chinas no dejan de referirse desde entonces, dice categóricamente: "Hemos de liberar Taiwán". Pero, el hecho nuevo es el reenlace de la actividad diplomática china y la admisión por el presidente Nixon de que China no puede ser ignorada por más tiempo. El próximo reconocimiento de China por el Canadá, siguiendo al de Italia, empujará más la corriente en esa dirección. Y más caso de lo que se diga en público habrá que hacer de lo que se trate en privado.

Los delegados latinoamericanos a la asamblea de la ONU eran los menos satisfechos con la victoria de Nixon. El *New York Times* pudo citar a uno, sin nombrarlo, a la mañana siguiente, calificándola de "desastre". Los cubanos no hacían ninguna diferencia entre Humphrey y Nixon, y añadían que si éste tratase de mostrarse duro con Cuba, le aguardaría la misma sorpresa que a Kennedy con el intento de invasión en Bahía de Cochinos.

Pero, lo que se temía más de Nixon era no intervenciones a la Dominicana, sino cortes en la ayuda económica. En el fondo Nixon es muy escéptico sobre la Alianza para el Progreso. En vez de la ayuda de gobierno a gobierno, él se inclina a la posición tradicional conservadora americana, de poner el énfasis sobre la libertad de empresa. La idea de gastar el dinero del contribuyente americano en conquistar una amistad dudosa e insegura de parte de los gobiernos latinoamericanos, no atrae a Nixon. Ayuda sí, pero en forma de inversiones provechosas. Ayuda rentable, más que ayuda política.

Durante toda su campaña electoral Nixon volvió una y otra vez al tema de cómo el dinero americano era repartido sin ton ni son en la rutina de la ayuda al exterior. La América Latina era tomada por él como ejemplo. La Alianza para el Progreso, en vez de asegurar una planificación que promoviese la agricultura, la creación de nuevas industrias concebidas con miras a las necesidades reales de cada país, y a desarrollar el comercio exterior, era según él una operación más política que económica, destinada a atraerse a gobiernos interesados en soluciones de emergencia y en la obtención de dinero fácil con el cual continuar seguir tirando.

No se trataba, Nixon lo insinuaba sin decirlo directamente, de volver a los tiempos de John Foster Dulles, en los que él era vicepresidente, cuando el secretario de Estado, considerando a los países latinoamericanos como vasallos comparecía en las conferencias latinoamericanas a hacerles un discurso anticomunista y se iba sin aguardar a oír la exposición de sus necesidades y de sus problemas. Pero, tampoco caer en el extremo contrario de ganarlos por el reparto de millones, que había inspirado la Alianza para el Progreso del presidente Kennedy.

Nixon parecía pronunciarse a favor de un cambio de política a lo largo de las siguientes líneas: 1) Aumentada "latinización" de la Alianza, con un énfasis especial en el enfocamiento regional y nada de generalidades; 2) Revaluación de los programas de ayuda de los Estados Unidos a la luz de su eficacia para impulsar reformas concretas económicas en cada país que deba ser ayudado; 3) Apoyo de las iniciativas "constructivas" —y la decisión de lo que es constructivo o no regida por el criterio de la conveniencia de los Estados Unidos, esta una observación mía.

En general el nuevo Presidente se muestra muy reservado frente al problema de ayuda al "tercer mundo". Y el doctor Raúl Prebisch, uno de los hombres más capaces que han servido en las Naciones Unidas, él y el sueco Gunnar Myrdal, estuvo bien inspirado en dimitir a la Secretaría General de la CNUCED (Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo) con Nixon como

Presidente de los Estados Unidos, aunque la razón oficial haya sido motivos de salud.

Yo vi en Nueva York al doctor Prebisch, en las Naciones Unidas, unos días antes de presentar su renuncia y le encontré en excelente forma. La idea central de su posición respecto del problema del desarrollo, de la necesidad de adoptar urgentemente una estrategia global de la ayuda, podía resumirse así: "Rompamos las ecuaciones Este-Oeste y Norte-Sur sobre el terreno común que cubre el desarrollo y el comercio". Un espíritu abierto a todo, un experto en el sentido más elevado de la palabra, muy interesado con lo que yo le contaba de mis recientes impresiones de mi tercer viaje a China. No encajaba visiblemente en la concepción utilitaria de la ayuda, tal como era practicada previamente por los Estados Unidos y que tenía que agravarse, aunque él no lo dijera, con la llegada de Nixon a la presidencia.

La semana pasada en Ginebra, el argentino Dr. Prebisch, en su último discurso ante la CNUCED, lanzó un solemne llamamiento a los países industrializados para que no se desinteresasen del futuro del tercer mundo. Los Estados desarrollados, argumentó el Dr. Prebisch, tienen cada vez menos necesidad de los productos suministrados generalmente por el hemisferio sur. Su tecnología avanzada les permite multiplicar sustancias sintéticas de reemplazo; la energía nuclear que ellos solos están en condición de dominar, les abre, por otro lado, gigantescas posibilidades. Pero, las Naciones Unidas y sus órganos económicos y sociales tienen el deber de persuadir a los países ricos del riesgo inmenso que se corre con una ruptura definitiva entre los países desarrollados y los en vías de desarrollo. Los lazos posibles existen todavía entre el centro privilegiado y esta periferia mayoritaria donde la miseria es ley. Pero, no hay tiempo que perder. Creer que los problemas son únicamente económicos es hacer prueba de una gran ligereza. Un lenguaje, el de Raúl Prebisch extraño para los hombres de grandes intereses que rodean al presidente Nixon y que le ayudaron en su elección.

Pero, probablemente el problema que va a presentársele más difícil a Nixon es el de las relaciones con los rusos. No que Moscú, que hasta que fue Nixon elegido tenía sus grandes reservas respecto de él, se deje guiar por simpatías o antipatías. Sobre la noche cambió el tono de la prensa y la radio soviética, absteniéndose al menos de todo juicio precipitado desagradable. Y los dirigentes del Kremlin no aguardaron siquiera a que tomase posesión del cargo para el mismo día hacer saber su disposición a entrar con él en una negociación sobre el desarme. El obstáculo está más bien en la posición de Nixon, reiterada durante su campaña, reafirmada en cierto modo en el discurso de investidura, de "negociemos sí con los rusos, pero desde

una situación de fuerza". Y en lo que está ocupado de momento su ministro de Defensa, Melvin Laird, es en ver cómo puede ser establecida la superioridad militar americana sobre el poderío militar soviético, acrecentado por culpa de los Demócratas, según Nixon, y una de sus críticas principales de la Administración Johnson, desde que fue investido con la candidatura republicana.

Acerca de las relaciones americano-soviéticas en el curso de 1969, uno de los aspectos de la presidencia Nixon que más intrigan a los diplomáticos y políticos en todas partes, existen dos principales corrientes de opinión opuestas. La primera pretende que los dirigentes del Kremlin, ante la perspectiva de que Nixon quiera vitalizar la OTAN, lo que no tiene sentido sino en el marco de una política dirigida contra Rusia y que llevaría consigo el fortalecimiento militar de la Alemania occidental, se inclinarían hacia un fin de la coexistencia pacífica y un endurecimiento de su actitud frente a los Estados Unidos.

Según esa teoría la Unión Soviética volvería a su origen revolucionario de Octubre (octubre de 1917) y combatiría a fondo el imperialismo en su exponente máximo, el imperialismo americano. Ello la colocaría en una situación de disputar a China la dirección del movimiento comunista mundial y haría de Rusia la guía y la aliada de los movimientos de Liberación a una escala no conocida hasta aquí.

Los que piensan así, entre los que se cuentan comunistas e izquierdistas de diversos países que durante la cuestión checoslovaca se mantuvieron firmes a la línea de Moscú, se basan, entre otros argumentos, en ciertos artículos aparecidos en la prensa militar soviética, a los que conceden gran importancia.

Se cita, entre otros, escritos aparecidos en *Estrella Roja*, órgano cercano al Ministerio de Defensa, que dan la medida de la intensidad de la discusión en torno a los problemas de la política y de la guerra. La famosa definición de Clausewitz: "La guerra es la continuación de la política por otros medios", realizada en su tiempo por Lenin, adquiere una nueva actualidad. Encuentra en los mencionados escritos un eco inesperado.

Oficiales de alto rango que con las precauciones de rigor pero no en lenguaje tan oscuro que impida discernir de lo que se trata, llegan hasta sugerir que la guerra nuclear puede constituir un medio de alcanzar objetivos políticos justos. Son voces que no se dejan impresionar por todo cuanto se ha dicho y escrito sobre "el equilibrio del terror" y la "apocalipsis de la bomba" y que hablan de ella con un rigorismo lógico militar. Que ponen en tela de juicio la coexistencia pacífica.

En uno de los últimos números de *El Comunista de las Fuerzas Armadas*, el coronel Bondarenko analiza los límites de la influencia de "las instancias políticas" sobre el ejército. Trata del "subjetivismo político" en los asuntos militares y afirma la prioridad de la defensa de la U.R.S.S. El renacimiento del militarismo alemán, al que nos referimos antes, da argumentos a estos jefes militares soviéticos cuya desconfianza de los políticos es evidente. Se disputa el acierto de ciertas concesiones hechas en detrimento del poderío soviético.

Otra segunda corriente de opinión por el contrario destaca la preocupación constante de la Unión Soviética de mantener el entendimiento con los Estados Unidos, e incluso de ampliarlo. En el Primer Comité, el Comité Político, de la Asamblea General de las Naciones Unidas, en la sesión de este año, yo fui testigo de ese deseo de colaboración, que la victoria de Nixon no consiguió quebrar, y que halló una expresión que impresionó grandemente en las cancillerías, en la prontitud con que, como hemos dicho, fue aprovechada la jornada de investidura en Washington, el 20 de enero, para proponer la apertura inmediata de negociaciones bilaterales sobre el desarme. Esta es de las dos corrientes mencionadas la que prevalece hasta hoy.

Se nutre del interés recíproco de evitar el lanzarse a una ruinosa carrera armamentista nuclear. Expertos militares de renombre calculan entre 50,000 a 80,000 millones de dólares un sistema de cohetes y antiohetes de protección, sobre cuya eficacia rotunda algunos de ellos tienen sus reservas.

La segunda corriente de opinión, la de las negociaciones soviético-americanas, no la de poner fin a la coexistencia pacífica, es reiterada en un reciente editorial de *Pravda*. Puede ser un motivo de aliento para Nixon, pero si insiste en negociar únicamente con los rusos desde posiciones de fuerza, será bueno que Kissinger le incluya en sus informes algunos extractos de la prensa militar rusa.

Otro problema que se le plantea a Nixon es el de la renovación de los Convenios de Bases con España. Madrid ha rebajado ya la cuenta de mil millones de dólares pedidos al principio por Franco, en medio de declaraciones de un cinismo insuperable, refiriéndose al mayor peligro que suponía para las vidas españolas el aumento de la amenaza de guerra como resultado de la presencia soviética en el Mediterráneo. Cambio de vidas por dólares. Pero, mezclándose con el lado económico de la negociación todavía en curso vienen hoy las consideraciones de orden político derivadas de la extensión y la profundidad del descontento popular en el país donde los americanos tienen sus bases y al que Franco contestó el 23 de enero metiendo a toda España en la cárcel.

No que el anti-comunista Nixon tenga para la consolidación del régimen policiaco-fascista de Franco mediante la introducción del estado de excepción, mayores reparos. Pero, va contra su criterio de inversiones en el extranjero, el dar alegremente quinientos millones de dólares a un país que Franco mismo declara al borde de la revolución. La base de La Rota vale mucho, pero Nixon puede estimar que no tanto.

Si las cuestiones de política exterior son las que más interesan al Presidente Nixon, en el dominio de la política interior le esperan una serie de conflictos potenciales, cuando no ya en pleno desarrollo, agravados por haber sido encomendada su solución a un gobierno representante de los intereses creados y muy lejos de las ideas del "New Deal" con que Franklin Roosevelt se enfrentó con una situación parecida, pero no tan grave.

No del lado anti-americano sino del lado americano y muy particularmente del propio presidente Nixon siendo candidato presidencial ha sido dicho que los Estados Unidos no habían conocido jamás una crisis de autoridad como la actual. Fue denunciando con hechos y cifras la magnitud de la explosión de la violencia, de los conflictos raciales, del aumento del crimen, de la agitación en la universidad, los asesinatos políticos que Richard Nixon construyó su plataforma de "Ley y Orden", con una seguridad completa de ganar en torno de ella la elección.

Pero, todas las cifras y estadísticas, las declaraciones oficiales no se sustituyen a la visión directa. Hace falta haber estado en los Estados Unidos en estos últimos meses para darse cuenta de que no hay exageración ninguna en la presentación hecha por el novelista Norman Mailer *Miami and Chicago* (Harpers, 1968) del presente clima político norteamericano. Es preciso haber presenciado de cerca cómo la policía golpeaba a un negro. Es una espiral de la violencia en la que los golpes y los contragolpes se suceden. Y la negativa, consignada y lamentada en la prensa americana, de grupos influyentes a pagar el precio necesario para reparar la descomunal desigualdad social, una riqueza insultante de un lado, y del otro una miseria que provoca las marchas de los pobres sobre Washington.

"Para conducir y sanear la nación —puede leerse en la revista *Time* de 24 de enero 1969, en una sección especial justamente bajo ese título 'To heal a nation'—, Nixon tendrá que mostrar una inmensa capacidad de compasión y de intelecto".

Ensayando de cumplir sus promesas de austeridad, el presidente Nixon dedicó su primer consejo de gabinete a requerir a cada uno de sus jefes de Departamento la elaboración en el plazo más breve posible de proposiciones destinadas a reducir sensiblemente el vo-

lumen de los gastos previstos por el presupuesto-récord, 195 mil trescientos millones de dólares sometido la semana anterior por Lyndon Johnson al Congreso. En eso hay que reconocerle fidelidad al retrato que él mismo se ha hecho de él, ser un administrador sobrio en vez de un presidente resuelto a marcar una "era" con el brillo de realizaciones espectaculares, ahora la cuestión es que pueda hacerlo.

Ya se anuncia la presión de los militares del Pentágono y de los industriales de armamentos alentados por la otra promesa, la de fortalecer el establecimiento militar del país. Un comentarista cáustico pasaba el otro día el "tip" de las inversiones, comprar acciones de las industrias que tengan algo que ver con las fuerzas armadas. Cada una de las ramas del Pentágono insiste en la renovación de las armas, en el arrinconamiento de las armas viejas, en gastar todo el dinero que sea necesario en la "investigación militar científica", con miras a ampliar el arsenal de la investigación científica militar siendo la espina dorsal de la supremacía armada, el camino hacia el "más fuerte que nadie".

La Aviación americana pide un nuevo tipo de bombardero y un nuevo cohete. La Marina más submarinos portadores de cohetes. El Ejército una clase perfeccionada de artillería. Nixon durante su campaña anunció el mantenimiento de la superioridad nuclear y una Marina "segunda a ninguna".

El nombramiento a que aludimos ya de David Packard encaja en la evolución de la política de los Estados Unidos cada día más bajo la asociación de los tecnócratas civiles y de los planificadores militares. Con su experiencia de soldado y de Presidente, el general Eisenhower al cesar en su mandato había dado la voz de alarma, en enero de 1961: "Debemos ponernos en guardia contra la influencia injustificada del complejo militar-industrial". Pero, desde 1961 la práctica de la guerra, Vietnam, ha avivado las apetencias de ambos.

Fueron los potentados de las industrias de armamentos los que saludaron con más entusiasmo la llegada de Richard Nixon a la presidencia. "Todas las declaraciones del presidente-electo Nixon", dijo el presidente de la North American Rockwell, Leland Atwood "sobre los armamentos del espacio son muy positivas. Le veo más consciente de estos problemas que ciertas de las gentes que hemos tenido hasta aquí en la Casa Blanca". Preguntado por un redactor del *Washington Post* sobre las perspectivas de su compañía después de la guerra de Vietnam, el vicepresidente de la LTV Aerospace (530 millones de dólares con el Pentágono sólo en 1968) contestó: "Es elemental. Si usted es el presidente de los Estados Unidos y usted tiene necesidad de vitalizar la economía, es necesario venderle al Congreso la solución. Usted no puede venderle al Con-

greso Watts o Harlem (Harlem el centro negro de Nueva York), pero usted puede venderle la seguridad de la nación. Es uno de los más grandes argumentos que poseen los políticos para hacer funcionar el sistema".

Hemos mencionado a los negros. Un problema fantástico para el presidente Nixon que no ha dado muchos indicios de comprenderlo. Su fórmula es "el capitalismo negro". Negros enriquecidos bajo la bendición de la libre empresa. Pero, no es sólo cuestión de dinero. No ha aliviado la gravedad del problema el hecho realizado por Johnson en sus mensajes y declaraciones de despedida, de que en términos escuetos de cifras, los ingresos de una familia negra han aumentado en los ocho años que gobernaron los Demócratas. Pero, durante esos ocho años el país vio la rebelión negra más dura de este siglo, la más extensa, la más profunda. No es sólo cuestión de ingresos, sino de igualdad, de dignidad humana. Para convenir de eso no hay más que hablar con los dirigentes jóvenes del "Poder Negro", "Black Power", e incluso con otros dirigentes negros más moderados que temen lo peor de la administración Nixon.

La juventud universitaria se muestra cada día más combatiente, y no está tan desorientada como sus críticos afirman. Yo poseo el diario de los estudiantes de la Universidad de Columbia, en Nueva York y los escritos de los dirigentes del campus de Berkeley (California). He asistido a discusiones de estudiantes, chicos y chicas. Es un movimiento llamado a desenvolverse. Otro problema para Nixon. Desafían a la policía, el veintitrés de enero, trescientos ochenta detenidos en el colegio de Estado de San Francisco. Pero, además de batirse, se forman políticamente. Penetran en las cuestiones de la hora. De un estudiante de la Universidad de Columbia yo tuve uno de los mejores estudios hechos por él, veinte años, sobre la CIA (la Central Intelligence Agency), cómo extiende su presencia en todas direcciones, sin desdeñar la Universidad. Ese fue el punto de partida de su interés por la poderosa organización que él define como un Estado dentro del Estado americano, las delaciones. Pero, su última parte, muy informada trataba del trabajo de la CIA fuera de los Estados Unidos, en los países al parecer menos accesibles a su radio de acción.

Yo oí en la televisión en Nueva York el 8 de diciembre, después de la elección de Nixon, a Tom Hayden, uno de los dirigentes de "Students for a Democratic Society" (Estudiantes por una Sociedad Democrática) advertir contra la ilusión de domesticar a la juventud americana echándola encima los perros de la policía, y decir terminantemente: "Incluso terminada la guerra de Vietnam, la agitación de la juventud, blanca y negra, continuará. Y que no crean que so-

mos sólo los de nuestra generación. La gente más joven que yo será más revolucionaria”.

Se dirá que la izquierda en los Estados Unidos es débil y desunida. Hoy por hoy es cierto. Pero, combinados estudiantes y negros, y no obstante el peso muerto que supone un movimiento obrero dirigido por líderes mediocres, ambiciosos y reaccionarios, esas fuerzas nuevas en proceso ascendente constituyen un elemento de impugnación y rebeldía que tendrá que ser tenido en cuenta por la nueva administración.

Volviendo al plano de los asuntos mundiales, Nixon, el realista hará bien en reflexionar sobre los grandes acontecimientos políticos de este siglo. En los años catorce, al estallar la primera guerra mundial, el socialismo pasa por una crisis mucho mayor que la actual. La Socialdemocracia y la Segunda Internacional han hecho bancarrota. Se oye decir: la hora del socialismo ha pasado. Pero, pese a ese colapso de la izquierda, repetimos, no menor que el presente, se producen tres revoluciones, la rusa, la china, la cubana que sacuden el orden establecido de un continente a otro.

Quienes hoy den por acabado el socialismo en medio del confusiónismo y de la debilidad en que ha caído una parte de la izquierda, presenciarán un día no lejano su resurgir pujante. Es la ley de la historia, y entre altos y bajos, nadie ni nada podrá detener su marcha.

EVOLUCION DE LAS INVERSIONES EXTRANJERAS EN AMERICA LATINA

Por *Omar DIAZ DE ARCE*

LA causa principal del actualmente muy discutido problema del subdesarrollo es, sin duda alguna, la prolongada explotación colonial e imperialista que han sufrido los países del "Tercer Mundo". Los países subdesarrollados, nombre con que se designa a los antiguos territorios coloniales y dependientes, han entrado ya definitivamente a la palestra internacional, abandonando el lugar que las potencias imperialistas les habían designado como entes marginales, periféricos, del llamado "mundo civilizado".

El imperialismo contempla, aterrorizado, al fantasma del movimiento de liberación y busca disfrazar las formas de penetración en Asia, Africa y América Latina, en un intento por conservar y reforzar, en las nuevas condiciones, su antigua hegemonía.

La evolución de las inversiones extranjeras está ligada a este proceso y revela con claridad la naturaleza de las relaciones entre las potencias imperialistas y los países colonizados.

La explotación colonial y neocolonial tiene profundas raíces en la historia latinoamericana. Seguir a grandes pasos su curso es el objeto de esta conferencia.

Los pueblos latinoamericanos nacieron bajo el signo del colonialismo español, se desarrollaron a la sombra del capital inglés y pugnan por su completa liberación en la época de predominio del imperialismo norteamericano.

La dominación española se basó, fundamentalmente, en la extracción de metales preciosos, aunque en la segunda mitad del siglo XVIII los monarcas Borbones estimularon el desarrollo de las plantaciones tropicales y la ganadería. El auge del comercio en esta época permitió el nacimiento de una débil burguesía que, por encima de las restricciones oficiales, aspiraba a una vinculación más estrecha con los mercados europeos. Un gran número de terratenientes propietarios de haciendas y latifundios orientados hacia la exportación la secundaban en sus esfuerzos por quebrar el monopolio comercial español y establecer relaciones directas con los mercaderes de otras naciones, sobre todo, Inglaterra.

Por otro lado, la decadente España había ya impuesto a sus colonias una cierta especialización que preparó su incorporación al mercado internacional como productoras de materias primas y consumidoras de bienes manufacturados. Esto dio lugar a un cierto dualismo funcional de la burguesía colonial que, como intermediaria de intereses extranjeros, no mostró gran preocupación por el desarrollo manufacturero. La repercusión de este fenómeno en lo ideológico encuentra su expresión en el hecho de que "los exponentes de un pensamiento político radical no sacan siempre las mismas conclusiones en el terreno económico".¹ Las diferencias de criterio entre Belgrano y Moreno en Río de la Plata son un buen ejemplo de esta incongruencia. Manuel Belgrano, políticamente el más conservador, se mostraba partidario de defender la llamada "Industria Popular", o sea, los gérmenes de manufactura y artesanía del interior, mientras el "jacobino" Mariano Moreno propugnaba solamente un desenvolvimiento de las actividades agrícolas que impulsaran la exportación. Su representación de 1809 constituye, como dice Kossok, "la carta magna de una sociedad que todavía ve al comerciante como un anexo social del terrateniente, y no como fermento de un nuevo sistema económico que históricamente es la negación del feudalismo".²

En medio de estas contradicciones, surgen las repúblicas latino-americanas. La independencia política, lograda después de cruentas guerras y sacrificios, no podría, por sí sola, garantizar su desarrollo independiente.

En aquellos momentos, Inglaterra, decidida a apoderarse del antiguo imperio colonial español, dueña de los mares y de una pujante industria capitalista, no encontró obstáculos que le impidieran realizar sus propósitos. La famosa "doctrina Monroe" no pasó de ser en esos años un episodio de la temprana rivalidad anglo-norteamericana y una proclamación de las intenciones expansionistas de los jóvenes Estados Unidos.

Así comenzó un proceso de recolonización de América Latina que liquidó sus posibilidades de desarrollo independiente.

En lugar de intentar apoderarse de los territorios perdidos por España, Inglaterra se esforzó por consolidar sus posiciones en el Nuevo Continente, convencida de que su poderío económico era suficiente para garantizar la dependencia de los nuevos estados, la explotación de sus recursos naturales y sus mercados. Además, experiencias anteriores le habían demostrado que los pueblos al sur del

¹ Esta afirmación la hace el historiador alemán Kossok en su trabajo *Comercio y economía colonial de Hispanoamérica*.

² *Idem*.

río Grande defenderían a toda costa su libertad y frustrarían cualquier maniobra encaminada a perpetuar la dominación colonial clásica. De esta forma, la expansión inglesa en el mundo, desde principios del siglo XIX hasta 1870, no tendió a la adquisición de posesiones territoriales.

La estrategia británica se orientó a monopolizar primero el comercio internacional en la América Latina y así, por ejemplo, en 1849, cincuenta firmas inglesas operaban ya en Chile, realizando la mayor parte de las transacciones mercantiles con el exterior. Con ello lograron desalojar, inclusive, a los norteamericanos como "clientes importantes de la producción chilena, y se colocaron en una situación de superioridad sin parangón con respecto a todas las otras potencias del Viejo Mundo".³

A mediados del siglo XIX, el predominio comercial de Inglaterra era total en la América Latina. Adquiría la mayoría de los productos de exportación del continente y lo suplía de artículos elaborados. Dominaba el mercado de textiles mexicano, los minerales chilenos, los cueros y carnes saladas argentinas y el comercio brasileño.

Una de las razones de la preponderancia británica residía en la actividad de los agentes comerciales ingleses que proporcionaban créditos a los productores nacionales a cambio del compromiso que éstos contraían de venderles su producción. Otra se derivaba de las tarifas preferenciales impuestas a las débiles repúblicas que frenaban el desarrollo de una industria nacional y favorecían a las mercancías inglesas en detrimento de los intereses comerciales de otros países. Al decretarse en Brasil la libertad de comercio a principios del siglo XIX se fijó una tarifa "ad valorem" del 24% sobre todas las importaciones. Pero poco después Inglaterra impuso una tarifa preferencial del 15% para sus importaciones, garantizándose así el monopolio del comercio brasileño hasta 1844, año en que ésta fue modificada. Simultáneamente, la pequeña industria local, de carácter artesanal, nacida al calor de las deficiencias del comercio portugués, quedó liquidada.

Lo mismo sucedió en Argentina. Las provincias del interior vieron arruinarse su producción artesanal y, ahogadas por el gran comercio intermediario de Buenos Aires, iniciaron una prolongada era de guerras civiles que retrasaron el proceso de unificación nacional.

Las bajas tarifas impuestas por Inglaterra a los países latinoamericanos en nombre de la libertad de comercio repercutieron también en sus finanzas. Como las recaudaciones aduaneras eran casi la única fuente de ingreso de los nuevos gobiernos, éstos se vieron

³ RAMÍREZ NECOCHEA, H. *Historia del imperialismo en Chile*. La Habana, 1966, p. 56.

muy pronto acosados por dificultades financieras de todo tipo. Entró entonces en escena el capital bancario inglés dispuesto a conceder empréstitos que le asegurasen un mayor dominio de la economía de los países prestatarios. Entre 1822 y 1879 Chile contrajo empréstitos sólo en Inglaterra, diez en total, por la suma de 12 238 460 libras esterlinas. Brasil, por su parte, recibió préstamos ingleses en 1825, 1829, 1839, 1843 y 1852.

A diferencia de lo que son actualmente, estos empréstitos constituían en aquella época una forma de explotación directa. Más que un instrumento para estimular el comercio entre el país subdesarrollado y la metrópoli, eran verdaderas operaciones agiotistas. Estaban acompañadas por condiciones muy onerosas, como la hipoteca de las rentas de aduana y de los impuestos de consumo, y se concedían sobre la base de elevadísimas tasas de interés. Así, en el caso del Brasil, el servicio de las deudas ya absorbía, a mediados de siglo, el 40% del total del presupuesto.

A partir de 1850, y sobre todo después de 1870, comienzan a producirse las primeras inversiones directas del capital extranjero en la América Latina. Este hecho está relacionado con el paso del capitalismo premonopolista al imperialismo.

En la etapa imperialista, las potencias europeas y los E.E.U.U. inician en gran escala un nuevo tipo de actividad más allá de sus fronteras: la exportación de capitales. Hasta ese momento Inglaterra se había conformado con monopolizar el comercio desde afuera, ahora tratará de asegurar su posición privilegiada dominando, no sólo la comercialización de los productos y el crédito, sino también la producción y el transporte de las materias primas dentro del país. Las inversiones extranjeras se caracterizarán, por ello, entre 1870 y 1929, por la creación de toda una infraestructura que facilite la explotación eficaz de las materias primas y su exportación.

En otras palabras, comenzará la era de las llamadas inversiones "tradicionales" o de tipo colonial. Se construirán ferrocarriles, instalaciones portuarias, líneas telegráficas y telefónicas, todo para facilitar la exportación de los productos que la moderna industria capitalista requiere. Al mismo tiempo, se intensificará la actividad minera, desarrollándose nuevas ramas. Con la formación de las grandes ciudades en los países colonizados aparece un mercado para ciertos productos que por sus características no pueden ser importados. Surgen así las inversiones en energía eléctrica, transportes urbanos e interurbanos, servicios públicos de agua y alcantarillado, etcétera.

En Chile, el desarrollo ferrocarrilero estuvo ligado al auge de las inversiones británicas en la minería. En Argentina estuvo acompañado por la penetración del capital inglés en la agricultura y en

la América Central por la apropiación de grandes extensiones de tierra dedicadas por la United Fruit Co. norteamericana a las siembras de banano. En todos estos casos se ignoraron por completo los intereses nacionales y las líneas adoptaron el trazado caprichoso que convenía a los capitalistas extranjeros.

El vuelco que experimentaron las inversiones extranjeras con el advenimiento del imperialismo puede ser muy diáfanoamente ilustrado citando algunas cifras de la economía chilena de fines de siglo. "Hasta 1880, los capitales británicos invertidos en Chile, ascendían a poco más de 7 500 000 libras esterlinas, de las cuales 6 000 000 aproximadamente, correspondían a la deuda pública contratada en Londres, y 1 400 000 a inversiones directas en ferrocarriles, minas y otras actividades. En 1890, las inversiones británicas alcanzaban a unos 24 millones de libras esterlinas; de esta suma, 16 millones eran inversiones directas (salitreras, minas, ferrocarriles, bancos, etc.) y el resto —8 000 000— eran empréstitos colocados en Inglaterra. Es decir, en el breve período de diez años, los ingleses más que triplicaron sus inversiones."⁴

También Francia en 1870 y Alemania en 1880 se unieron a Inglaterra en la explotación de los recursos americanos. Fueron los EE.UU., sin embargo, los que la desplazarían durante el siglo xx como principal inversionista en Latinoamérica.

En vísperas de la I Guerra Mundial, las inversiones extranjeras en la América Latina ascendían a 8 500 millones de dólares aproximadamente. De ellos, 3 700 correspondían a Inglaterra; 1 700 a los EE.UU.; 1 200 a Francia; 900 a Alemania y 1 000 a otros países.

La mayor parte de las inversiones francesas estaban concentradas en bonos de los gobiernos, así como en empresas de servicio público y ferrocarriles. Con la I Guerra Mundial éstas quedaron muy disminuidas.

La penetración alemana fue predominantemente de carácter comercial; se intensificó a partir de 1880, hasta alcanzar en 1913 el 16.45% de todas las exportaciones hacia América Latina y el 12% de las importaciones desde la América Latina, lo que para Alemania significó un tercer puesto dentro del comercio exterior del continente, detrás de Inglaterra y EE.UU. A finales del xix y principios del xx, capitales alemanes fueron invertidos en plantaciones de café, en la industria eléctrica, la minería y algunos otros sectores. La expansión germana hacia Latinoamérica, concentrada en los países del cono sur, agudizó las contradicciones con Inglaterra más que con los EE.UU., quienes todavía no ejercían una influencia apreciable en esa zona.

⁴ *Ibid.*, p. 119.

Los norteamericanos pusieron los ojos inicialmente en la región del Caribe y la América Central, la que incorporaron definitivamente a su zona de influencia ya en los primeros años del siglo xx. Los EE.UU. realizaron el 80% de sus inversiones en plantaciones, ferrocarriles y minas, extendiéndolas después a servicios públicos como luz, gas, teléfonos, etc. En vísperas y durante la I Guerra Mundial los capitales yanquis inician sus operaciones en gran escala en los países de la América del Sur y, entre 1914 y 1919, aumentan sus inversiones en un 50%. En los años siguientes, de 1919 a 1929, los EE.UU. duplican sus inversiones en la América Latina, que se elevaron de 2 406 a 5 244 millones.⁵ Este enorme desarrollo de la expansión norteamericana fue una de las consecuencias más importantes de la I Guerra Mundial. Inglaterra había dejado de ser el eje comercial, financiero e industrial del mundo; el centro de gravedad del capitalismo había pasado a los Estados Unidos.

Pero Europa se fue recuperando poco a poco, y ya por 1925 había alcanzado los niveles de producción de 1914. Mientras tanto, la industria norteamericana no cesaba de ampliarse. La competencia por los mercados mundiales se agudizó de nuevo y sobrevino lo inevitable: la crisis de superproducción. Esta fue una de las mayores conmociones que haya sufrido el mundo capitalista. La caída de los precios en la bolsa de Nueva York, en octubre de 1929, dio la primera señal, poco después se producía el pánico en las bolsas de valores europeas. El colapso de la economía capitalista era general. Los bancos quebraban, las fábricas cerraban sus puertas, los obreros eran despedidos. En tres o cuatro años la producción industrial mundial cayó de un 30 a un 40 por ciento, de cinco millones de automóviles en el año '29, la producción norteamericana descendió a un millón en 1933.

En la América Latina las repercusiones de la crisis fueron muy graves; a ella llegó como ampliada por el mecanismo del comercio internacional. Países orientados a la exportación, dependientes de uno o dos productos de origen mineral o agrícola, fueron duramente golpeados por la contracción del mercado. La súbita disminución de la capacidad de compra de las metrópolis imperialistas produjo una abismal caída de los precios de las materias primas y productos tropicales exportados por las repúblicas latinoamericanas. Recordadas las exportaciones, disminuyeron sus posibilidades de importar. Para comprender la gravedad de la crisis no se puede olvidar que muchos de estos países, sometidos al monocultivo, no sólo dependen de las importaciones de bienes industriales, sino también de alimen-

⁵ BALTRA CORTÉS, A. *Crecimiento económico de América Latina*. Santiago de Chile, 1964.

tos. Simultáneamente, los presupuestos de los diferentes estados, que se nutren de los ingresos de aduana, fueron reducidos al mínimo. En estas condiciones, la miseria de las masas populares se acrecentó y, en muchos lugares, se crearon situaciones revolucionarias que pusieron en peligro la dominación imperialista.

La más seria amenaza al orden imperialista tuvo lugar en Cuba. Después del año treinta comenzó a gestarse una revolución que paulatinamente fue tomando fuerza. En 1933 se produjeron grandes acciones populares en las ciudades y el campo. Muchos ingenios fueron ocupados por sus trabajadores. En algunos lugares de las Villas y Oriente se crearon comités revolucionarios en las fábricas de azúcar, los llamados "soviets" de campesinos y obreros. Los EE.UU. tuvieron conciencia de la peligrosidad de los acontecimientos y rodearon la isla con sus barcos de guerra. Su embajador hizo al mismo tiempo esfuerzos ingentes por frustrar la revolución. El tirano Machado fue, no obstante, derribado, aunque una maniobra de los sectores derechistas impidió un triunfo completo de las fuerzas revolucionarias, en parte divididas y desorganizadas.

Otros países en los que se frustraron movimientos de izquierda fueron Chile, donde se creó en 1932 una llamada "República Socialista" de corta vida y El Salvador, donde se produjo en 1934 un gran alzamiento campesino, ahogado en sangre por la reacción. En Argentina y Brasil la derecha se adelantó a los acontecimientos propiciando dos golpes de Estado, el del general Uriburu y el de Getulio Vargas. La situación en México evolucionó, sin embargo, hacia la izquierda. La crisis dio nuevo impulso a la Revolución y, después de la actitud entreguista y vacilante de Calles, Lázaro Cárdenas, apoyándose en las masas, decretó la nacionalización de los ferrocarriles y el petróleo.

Paralelamente, se estaba produciendo un fenómeno de no menor importancia en la esfera de las inversiones. En primer lugar, el flujo de capital extranjero hacia América Latina se detuvo por completo. En segundo lugar, en muchos países fue necesario adoptar controles cambiaros que pusiesen obstáculos a la salida irrestricta de recursos. Esto creó condiciones propicias para el desarrollo de la industria nacional en algunos lugares, lo que tendría amplias repercusiones en los años siguientes.

Como acertadamente afirma el desaparecido economista Juan Noyola, la crisis provocó, de hecho, la división de los países latinoamericanos en dos grandes categorías: de un lado, los países con un cierto desarrollo industrial y una burguesía nacional más o menos fuerte; del otro, los más atrasados, dependientes casi por completo de la agricultura. Entre los primeros hay que contar a la Argentina, Chile, Brasil y México, en cierta medida Colombia y, mucho

más atrás, a Uruguay. En ellos se revela, ante la crisis, "una preocupación de la burguesía de cada país por independizarse, por depender menos del dominio imperialista y por ser menos vulnerable a estas variaciones tremendas e imprevisibles que les venían de fuera, y contra las cuales estaban indefensos. Esos países siguieron fundamentalmente una política de aumento de aranceles a la importación, de controles de cambio para equilibrar la balanza comercial y la balanza de pagos, de devaluación de la moneda. Muchas veces siguieron una política de expansión monetaria y de inflación, que en definitiva perjudicaba a las masas populares, aunque protegía y facilitaba el desarrollo industrial".⁶

En la segunda categoría se encuentran todos los países de la América Central, Cuba, Venezuela y Perú. Aquí la reacción fue diferente. En lugar de buscar un desarrollo interno que disminuyese la dependencia del extranjero, se esforzaron por recuperar los mercados perdidos, por lograr una más íntima vinculación con las potencias imperialistas, fundamentalmente EE.UU., para así anular los efectos de la crisis. Mientras unos hablaban de crecer "hacia adentro", otros insistían en crecer "hacia fuera". El resultado de esta política fue ahondar las diferencias ya perceptibles entre los países latinoamericanos; los predominantemente agrarios o mineros y los que lograron un cierto desarrollo industrial. Esta situación tuvo gran importancia en los años futuros, ya que el imperialismo se vio forzado a modificar su política de inversiones en la América Latina, adaptándola a las nuevas realidades.⁷

La nueva actitud asumida por los EE.UU. frente a la América Latina en los años posteriores a la crisis se la conoce con el nombre de "Política del Buen Vecino". Dejando a un lado sus implicaciones diplomáticas y de carácter general, puede resumirse, en el terreno económico, en tres iniciativas del gobierno norteamericano:

1. Establecimiento de un sistema de cuotas para las exportaciones de algunos productos latinoamericanos y firma de "tratados de reciprocidad" entre EE.UU. y países de la América Latina.
2. Estímulos al capital privado norteamericano para que realizara inversiones asociándose con capital nacional, o sea, desarrollo de las llamadas "inversiones mixtas".
3. Creación del Banco de Exportación e Importación (BEI) para estimular por medio de créditos las exportaciones norteamericanas.

⁶ NOYOLA, J. "La crisis de 1929-32 y sus efectos sobre las inversiones", *El capital extranjero en la América Latina*. La Habana, 1962, p. 79.

⁷ *Idem*.

Los "tratados de reciprocidad" significaron para aquellos que los suscribieron, Cuba por ejemplo, la renuncia a todo desarrollo industrial independiente. En nuestro caso "el tratado se convirtió... en un instrumento de suma rigidez, que impedía las negociaciones arancelarias de Cuba con otros países, y que al propio tiempo entregaba el mercado nacional a la producción norteamericana, dejando en la orfandad proteccionista al grueso de la producción nacional".⁸

Con las inversiones mixtas, los EE.UU. buscaban neutralizar los esfuerzos de los países latinoamericanos por industrializarse, ampliar su base social y asegurar sus inversiones de posibles medidas nacionalistas o expropiatorias. El hecho de que en países como México se exija un 51% de participación nacional en estas sociedades mixtas no es motivo de gran preocupación en los círculos de inversionistas extranjeros, para quienes a veces "resulta ventajoso que su participación sea del 20 al 40 por ciento... , pues en este caso pueden controlar mayores capitales nacionales y encubrir mejor su dominio. Además, mientras que por parte de EE.UU. interviene, por lo general, un poderoso monopolio que posee experiencia técnica, se apoya en grandes ligazones financieras y puede facilitar los equipos industriales necesarios, en cambio por parte del capital nacional participan numerosos inversionistas diseminados. En la inmensa mayoría de los casos sólo pueden ofrecer capital, y con frecuencia en moneda nacional devaluada. Sin embargo, aportan su conocimiento del mercado local, el apoyo del consumidor interior y, a menudo, la ayuda del Estado".⁹

La tercera iniciativa norteamericana importante para contrarrestar la crisis de 1929-33 fue la creación del Banco de Importación y Exportación. Los objetivos de este banco fueron claros desde sus inicios. Las economías latinoamericanas, seriamente resentidas con la crisis, carecían de recursos para importar las mercancías norteamericanas. Los créditos del banco, al restaurar en parte su capacidad de importar, le prestaban un servicio inestimable a la industria de los EE.UU., tan necesitada de ampliar su radio de acción. El BEI se convirtió así en un decisivo instrumento de la política comercial del imperialismo. Simultáneamente, ayudaba a contrarrestar la creciente competencia europea que, durante la década del treinta, logró notables éxitos en la América Latina.

La mayor amenaza a la preponderancia norteamericana en los años de la preguerra fue la expansión del comercio y las inversiones de la Alemania de Hitler. Repuesto ya del desastre de la I Guerra

⁸ PINO SANTOS, O. *El imperialismo norteamericano en la economía de Cuba*. La Habana, 1961, p. 35.

⁹ ROMANOVA, Z. *La expansión económica de EE. UU. en América Latina*. Moscú, 1967, p. 66.

Mundial, el Deutsche Reich inició en vísperas de la segunda guerra una importante ofensiva comercial que debía abrirle una más amplia perspectiva a sus inversiones y a su influencia política. Los sueños nazis eran crear un nuevo Reich con base en Brasil, que se extendiera a la Argentina y Bolivia.

En 1938, la agresiva política de expansión alemana podía celebrar sus primeros triunfos; el país ocupaba el segundo lugar en el mercado latinoamericano, detrás sólo de los EE.UU. En ese año, Alemania exportaba el 16.9% de todas las mercancías consumidas por la América Latina, e importaba el 17.7% de los productos lanzados al mercado internacional por los países del Nuevo Continente. La distribución geográfica de las exportaciones es un dato aún más interesante: Brasil consumía un 37% de mercancías alemanas, Chile un 26% y Guatemala un 32.4%. Esta situación se explica, en parte, porque después de la gran crisis del año '29 Alemania se mostró dispuesta a comprar materias primas contra artículos industriales, mientras que los EE.UU. e Inglaterra exigían moneda fuerte en pago por sus productos.

Las inversiones directas del Reich, sin embargo, se quedaron muy retrasadas en comparación con el volumen de su comercio, cosa ya tradicional en las relaciones económicas germano-latinoamericanas. Los militaristas nazis, como sus predecesores, preferían invertir en fuentes de materias primas situadas en regiones próximas, accesibles por tierra en caso de guerra. No obstante los alemanes llegaron a controlar casi todo el transporte aéreo en la América del Sur, con lo que no sólo buscaban asegurarse posiciones económicas, sino también ventajas de índole política, militar y propagandística.

En el Brasil, Alemania fue inclusive un poco más allá que en otros países. Después de un intento por derrocar al presidente Vargas valiéndose de los integralistas profascistas en 1937, las relaciones germano-brasileñas empeoraron considerablemente; pero, con la capitulación de Francia y los éxitos militares de Hitler en Europa, el gobierno brasileño decidió acercarse de nuevo a Alemania. Esto condujo a la firma de un acuerdo por medio del cual se le ofrecía a Brasil la entrega de armamento y la construcción de una fundición de acero en condiciones favorables. El fracaso de este proyecto significó también la derrota definitiva del capital alemán por ocupar un lugar decisivo en la esfera de las inversiones industriales en la América Latina.

Por otro lado, las medidas adoptadas por el gobierno norteamericano para eliminar a sus competidores durante la II Guerra dieron su fruto. En vísperas del conflicto los EE.UU. auspiciaron una conferencia interamericana en Panamá que acordó crear una zona de 300 millas donde no podían navegar barcos de guerra. A este acuer-

do se añadió más tarde el compromiso de los países latinoamericanos de colaborar en la intensificación de la producción de materias primas para ayudar así al esfuerzo de guerra de los aliados. Muchos países aceptaron inclusive precios inferiores a los del mercado mundial por sus exportaciones durante la guerra a cambio de promesas norteamericanas, nunca cumplidas, de un trato especial a la terminación de las hostilidades. En casos como el de Brasil la diplomacia de EE.UU. se anotó un triunfo completo; Vargas comunicó al embajador alemán, en junio de 1941, que había aceptado una invitación de Roosevelt para ampliar las relaciones comerciales entre los dos países. En Argentina las cosas no marcharon tan bien debido al golpe pronazi de 1943, aunque ya al fin de la guerra el gobierno de Buenos Aires se vio obligado a romper formalmente con Alemania.

Durante todos estos años, las inversiones norteamericanas en América Latina no sufrieron incrementos notables ya que el esfuerzo bélico provocó un enorme aumento de la capacidad industrial de los propios EE.UU., con la consiguiente reducción de los capitales exportados. Las nuevas inversiones en el extranjero se concentraron por ello en las minas y fuentes de materias primas estratégicas.

Las cada vez mayores dificultades financieras británicas dieron lugar simultáneamente a la liquidación de muchas de las inversiones inglesas en la América Latina. Así se completó el desplazamiento del imperialismo británico por el norteamericano en todo el continente. De 603 millones de libras esterlinas en 1946 las inversiones del Reino Unido descendieron a 233 millones en 1959. Inglaterra tuvo que negociar, entre otros, sus intereses ferroviarios en Argentina, Brasil y Uruguay, para poder pagar sus deudas de guerra.

En el período de la posguerra, sin embargo, las inversiones directas norteamericanas, sin tomar en cuenta las reinversiones, ascendieron al siguiente ritmo: 1943, 2 800 millones; 1950, 4 445 millones; 1959, 8 218 millones de dólares. Este extraordinario crecimiento se produjo principalmente gracias al fabuloso desarrollo de la industria petrolera norteamericana en Venezuela.

"Ya a comienzos de nuestro siglo las inversiones en la industria extractiva superaban las que se hacían en las plantaciones. En el período siguiente esta tendencia se acentuó. Desde 1929 hasta 1956 las inversiones de EE.UU. en la economía agrícola de América Latina descendieron del 23 al 9 por ciento del volumen total de las inversiones, mientras que durante el mismo período el capital invertido en la industria extractiva aumentó del 37 al 48 por ciento. El mayor incremento de las inversiones se registró en la industria petrolera."¹⁰

¹⁰ *Ibid.*, p. 25.

Los pocos gastos relativos y la acelerada rotación del capital que permite la industria extractiva hace posible obtener enormes utilidades en un corto plazo. Así, entre 1948 y 1951, ambos inclusive, los monopolios petroleros yanquis reportaron utilidades de un 104%, y del 21% solamente durante 1959 en Venezuela. En otras palabras: en menos de 5 años puede ser amortizada una inversión en la industria del petróleo. Es natural que el capital extranjero, ávido de ganancias, no renuncie a una tan jugosa tajada.

La importancia de las inversiones norteamericanas en los sectores llamados tradicionales, como el de la industria extractiva, no debe hacernos perder de vista algunas nuevas modalidades de la exportación de capitales llevada a cabo por los EE.UU. y otras potencias imperialistas. Se trata de los empréstitos y créditos estatales y de las inversiones en sectores manufactureros "no tradicionales".

Si antes de la II Guerra los créditos estatales apenas alcanzaban el 10% de todas las inversiones, ahora su papel es decisivo para el mantenimiento de la hegemonía imperialista sobre los países latinoamericanos. Por un lado, los bancos privados yanquis ya no suministran casi nunca directamente créditos a la América Latina, sino que usan a los bancos estatales e internacionales como intermediarios. Por otro lado, los mismos bancos estatales prefieren actuar a través de las organizaciones bancarias internacionales. De esta forma, las funciones que antes de la guerra ejercía exclusivamente el BEI de EE.UU., ahora las llevan a cabo también el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, el BID, el Fondo Monetario Internacional, la Corporación Financiera Internacional y la Asociación Internacional de Fomento, organismos todos dominados por el gobierno norteamericano.

La mayor parte de estos préstamos no los reciben las industrias estatales ni las de capital nacional, sino las propias empresas norteamericanas. Las ramas a que se ha orientado la exportación de capital estatal estadounidense han cambiado a través del tiempo. Durante la guerra y los primeros años de la posguerra la casi totalidad de los créditos se concedieron a las empresas de la industria extractiva yanqui, necesitada de materias primas estratégicas; más tarde, el auge de la actividad industrial latinoamericana forzó una nueva orientación de la política crediticia, que se vio obligada a estimular la producción manufacturera norteamericana en la propia América Latina, para así tratar de encauzar a su favor un proceso que podía crear amenazas serias a los intereses de EE.UU. en el continente. Ya en los años sesenta, el desarrollo de estas empresas hacía necesario concentrarse en la infraestructura, debido a que un crecimiento pos-

terior de las inversiones privadas era imposible si no se ampliaban la capacidad energética, el transporte y las comunicaciones. Así, de los préstamos concedidos por el BIRF en 1962 a la América Latina, cuatro quintas partes estuvieron dedicadas a la construcción de carreteras, centrales eléctricas e instalaciones telefónicas.

En cuanto a las inversiones en los sectores conocidos como "no tradicionales" es aleccionador el caso de Brasil. "Cuando, presionados por el desarrollo de la industrialización brasileña, y por temor a que empresas concurrentes viniesen a invertir antes que ellas, las empresas extranjeras se decidieron a invertir directamente en industrias brasileñas. Esto, sin embargo, no constituía grande problema para el poderoso capital extranjero y, en poco tiempo, diversos sectores de la industria brasileña comenzaron a ser absorbidos por empresas extranjeras. Ejemplos típicos de ese proceso de desplazamiento de las empresas brasileñas por las extranjeras son la industria farmacéutica y la de piezas y accesorios de carros."¹¹

Aun la industria textil, tradicionalmente en manos nacionales, se ve amenazada por la presión del capital foráneo, que aprovechando su dominio sobre las nuevas ramas que elaboran fibras y tejidos artificiales y sintéticos, aumenta su control sobre el mercado. Esto, unido al auge de otras ramas de la industria transformadora como la química, el caucho, la farmacéutica, fertilizantes, plásticos, etc., ha facilitado un aumento de las ventas de las empresas norteamericanas que actúan en la industria transformadora de los países de América Latina de un 70% entre 1957 y 1962.

No obstante, algo vino a turbar en 1959 el sueño de los imperialistas yanquis: el triunfo de la Revolución Cubana. A partir de esa fecha los temores de los capitalistas norteamericanos se hicieron tan grandes que no han cesado de pedir garantías extraordinarias para sus inversiones desde entonces. Garantías que por cierto les han sido concedidas por algunos gobiernos latinoamericanos, y por el propio gobierno de Washington inclusive.

En los últimos años los inversionistas estadounidenses han tratado de consolidar su dominio de la economía latinoamericana actuando desde dentro y desde fuera. Lo primero, favoreciendo la llamada integración económica de la América Latina, antes repudiada. Lo segundo, reforzando la dependencia de estos países por medio de los créditos de la pretendida "Alianza para el Progreso". El fracaso de la Alianza, hecho que no ocultan ni los propios imperialistas, los ha decidido a estimular el plan del titulado Mercado Común Latinoamericano, proyecto que enfrenta insuperables dificultades,

¹¹ MIGLIOLI, J. "El imperialismo en el Brasil", *Isis* 26, p. 55.

pero que si llega a realizarse en las condiciones que está concebido, sólo favorecería a las empresas yanquis que operan en Latinoamérica.

Por suerte, el destino de nuestros países no depende de los inversionistas extranjeros, sino de la decisión revolucionaria de sus pueblos.

EL GRAN CIRCO DEL MUNDO

Por Rodolfo USIGLI

PROLOGO

Alberto Einstein murió en Princeton el 18 de abril de 1955. En su última carta, haciendo una revisión retrospectiva de los cincuenta años transcurridos desde la publicación de su primer trabajo sobre la relatividad en 1905, escribió:

Parece fantástico pensar que se intercala un medio siglo entre estas dos fechas. En todo caso, ese período ha sido mucho más productivo en imbecilidades políticas que en el dominio del conocimiento científico.

Ya para morir, estampó su firma en la *Declaración de los 9*, hecha del dominio público el 9 de julio de 1955 por Lord Bertrand Russell. En este documento, hombres de ciencia de renombre internacional hacen un llamado a los gobiernos y a los pueblos del mundo exhortándolos a renunciar al uso de la bomba H (de hidrógeno), que pondría fin a la existencia de la raza humana. Los otros firmantes fueron: E. Bridgman, de Harvard; Leopold Infeld, de Varsovia; F. Joliot-Curie, de París; J. Muller, de Indiana; C. F. Powell, de Bristol; Rotblatt, de Londres, y Yukawa, de Kyoto. El 15 de julio de 1955, diez y ocho laureados con el Premio Nobel, entre ellos Hahn, Heysenberg y Hevesy, firmaron en Mainau (Bodensee) una declaración análoga.

La cita de Einstein procede de informaciones del matemático Louis Kollros incluidas en el volumen *In Memoriam Albert Einstein*, Europa Verlag, Zurich, Viena, Stuttgart, 1956.

PERSONAJES

(por orden de aparición)

El Doctor Julius Uranius

El Mayordomo (ARTURO)

Penélope, esposa de Julius

Augusta, madre de Penélope

*El profesor Virgil Emers, esposo de Augusta
y padre de Penélope*

Antonio Paulus, Secretario de Estado

Tres Agentes del Servicio de Inteligencia

Rinaldo, periodista y amigo de los Uranius

Valérie de Fornaro

El Presidente Olimpio

El Coro Radiofónico (masculino)

El Coro Radiofónico (femenino)

Fotógrafos de Prensa

Reporteros

La acción en el gran hall de la residencia que ocupan el Doctor Uranius y su esposa, y en el despacho privado del Presidente Olimpio, en la capital de Utopia en las Indias Occidentales.

ACTO I — Cerca de medianoche de un día de verano

ACTO II — Unos momentos después

*ACTO III — Ocho semanas más tarde y después de
transcurridas veinticuatro horas*

EPOCA: Mañana o pasado mañana

Es propiedad del autor.
Registrada en la Unión Nacional
de Autores de México — 1968

ACTO PRIMERO

Hall sencillo y suntuoso a la vez, con muebles estilo isabelino mezclado a especímenes Reina Anne, Chippendale y algunos ornamentos victorianos. Chimenea. Doble puerta de cristales al fondo centro. Puertas a izquierda y derecha, en segundo término. Escalera en primer término izquierda. Escalinata bajo la puerta de cristales (sobre el exterior). Es casi medianoche. Las luces están apagadas. Se abre la puerta del fondo y entra JULIUS. Cincuenta años, bella cabeza griega, de pelo blanco ensortijado; cutis fresco. Deja su portafolio con la mano izquierda a tiempo que con la derecha, en un movimiento sin duda familiar, enciende una veladora. A la luz se nota que parece sufrir de una fatiga enorme. Lentamente se despoja de una gabardina ligera y de un sombrero de Panamá que dejará caer en cualquier asiento. Sus ojos no siguen sus movimientos, que se diría mecánicos. Mientras lo hace, sobreviene, por la puerta izquierda, el MAYORDOMO. Parece sorprendido al ver a su amo.

JULIUS.—Buenas noches, Arturo.

ARTURO.—Buenas noches, señor doctor. Ya me parecía que YO no había dejado ninguna luz encendida. ¿Desea alguna cosa el señor?

JULIUS.—No. Sí, sí. Déjeme un poco de whisky y agua, y retírese.

ARTURO.—En seguida, señor. *(Va hacia la puerta derecha, sale y regresa en un momento con lo pedido, mientras JULIUS se deja caer en un ángulo de un sofá.)* Hielo también, señor. ¿Está bien?

JULIUS.—Gracias. ¿Y la cena?

ARTURO.—Si el señor me permite decirlo, un éxito. *(Le sirve.)*

JULIUS *(Tomando el whisky)*.—Como siempre que yo falto, ¿eh? No nací para esas cosas.

ARTURO.—No, señor, si el señor me permite decirlo.

JULIUS.—Prefiero que lo diga usted y deje de pensarlo a que siga pensándolo sin decirlo.

PENÉLOPE *(arriba)*.—Espera un momento, mamá, ¿quieres? Me pareció... *(Aparece en la escalera.)* ¡No puede ser, JULIUS!

JULIUS.—Querida...

ARTURO.—¿La señora desea algo?

PENÉLOPE.—Buenas noches, Arturo.

ARTURO.—Señor doctor, señora... (*Hace mutis por la izquierda*).

JULIUS.—¿Quieres un whisky, querida? (*Ella mueve negativamente la cabeza*.) ¿Un cigarrillo? (*Ella asiente, él se lo da y se lo enciende*.) Veamos. ¿Qué es lo que no puede ser, querida?

PENÉLOPE.—(*Tiene cuarenta y dos años pero nadie le diría más de treinta y dos: alta, fuerte, flexible, armoniosa, peligrosamente femenina y con una espléndida cabellera color caoba natural, que lleva recogida en un peinado griego. Conserva todavía su traje de noche, blanco y fuego, modelo de Lanvin, en el que se mueve con tanta naturalidad como si estuviera desnuda y con el pudor mismo de una estatua*.) Yo creo que acechas en la calle y hasta que se marcha el último invitado: mides tus salidas y tus entradas como un actor. ¡No puede ser! Sabías que contaba yo contigo esta noche especialmente. La Presidenta...

JULIUS.—¿Estuvo aquí la Presidenta? Pues la Presidenta debería saber que su marido ha decretado la jornada de cincuenta horas en mi laboratorio. Y tú también.

PENÉLOPE.—¿Quieres decir que te quedaste otra vez hasta ahora en el laboratorio?

JULIUS.—Dime, ¿estuvo cordial la Presidenta?

PENÉLOPE.—¿Existe de verdad ese laboratorio?

JULIUS.—¿No observaste ningún indicio de frialdad, de reserva, en ella?

PENÉLOPE.—A veces temo que tú inventas ese laboratorio. ¿No es verdad?

JULIUS.—¿Estás segura? ¿Ninguna sombra, ninguna distancia?

PENÉLOPE.—Tendré que contestar yo primero, como siempre. No. Estuvo particularmente contenta. Se encantó con los bailes de la Szalska.

JULIUS.—¿Estuvo aquí la Szalska?

PENÉLOPE.—Nos arrebató a todos. Yo no creía que la danza tuviera esa fascinación. Baila sin música, sabes, y produce una emoción tan pura que se sienten ganas de llorar, pero sin angustia.

JULIUS.—La belleza hace llorar siempre. ¿Y qué actitud tomó la Presidenta?

PENÉLOPE.—Me hizo presentársela y la invitó a Palacio. (JULIUS se echa a reír de pronto, casi brutalmente.) ¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes así?

JULIUS (*conteniéndose a duras penas*).—No sé quién es más fantástica: si ella o tú. Tú invitas a la misma cena a la Presidenta del país y a la Szalska. Y ella invita a la Szalska a Palacio. ¡Oh!

PENÉLOPE.—No te entiendo.

JULIUS.—Aparentemente, ni ella ni tú saben que mañana o pasado la Szalska estará en la cárcel. . .

PENÉLOPE.—¿Qué dices?

JULIUS.—. . .acusada de espionaje.

PENÉLOPE.—¡Una húngara blanca!

JULIUS.—La pintura blanca espesa cubre muy bien otros colores, querida.

PENÉLOPE.—No es posible —no lo creo. Como no creo tampoco en tu trabajo interminable en ese laboratorio.

JULIUS.—Eres un ángel sin duda: el ángel de la duda. Y estás lindísima siempre. A menudo pienso que no es cierto que te hayas casado conmigo, que lo sueño y que debería despertar de una vez pero no me decido.

PENÉLOPE.—No cambies la conversación. ¿De verdad es una espía?

JULIUS.—¿De verdad? No forzosamente: basta con que lo parezca, con que el Procurador o el Secretario de Estado reciban una insinuación o una denuncia anónima para que una persona deje de ser para siempre lo que era. ¿No te das cuenta del mundo de sospecha en que vivimos? En realidad, la Presidenta no ha de saberlo aún, porque la denuncia sobre la Szalska se recibió hoy apenas. ¡Qué digo denuncia! Alguien mencionó la circunstancia de que es amiga de los Marcus.

PENÉLOPE.—Oh. ¿Casualmente?

JULIUS.—Casualmente, o deliberadamente. ¿Qué más da? Como la señora Marcus es de origen húngaro, la Szalska queda manchada de rojo, y ese rojo es tan difícil de borrar como la gota de sangre en la mano de Lady Macbeth. Ese es nuestro mundo, Penélope.

PENÉLOPE.—¡Es una artista tan maravillosa! ¿Qué le harán?

JULIUS.—Un proceso, la cárcel, la deportación. ¿Qué sé yo y qué importa?

PENÉLOPE.—¿Cómo puedes hablar así?

JULIUS.—¿Sabes que no he cenado? Si quedara algo. . . pero no llames a nadie, ¿quieres? Dámelo con tus manos, como cuando éramos jóvenes y pobres y estábamos solos.

AUGUSTA (*en la escalera*).—Pues no están solos, Julius. ¿No lo sabía usted?

VIRGIL (*a su zaga*).—Augusta, ¿no crees que ya es hora de que te acuestes?

AUGUSTA (*bajando*).—De ningún modo. Me apasiona lo que hablan tu hija y tu yerno. Lo he escuchado todo.

JULIUS.—¿Quieres, querida?

VIRGIL (*bajando*).—No debiste hacerlo. Ahora tendrás que contármelo para que sepa yo lo que debo decir.

PENÉLOPE.— (*Sonrisa resignada, a JULIUS*)—Voy, querido (*Sale por la derecha.*)

JULIUS.—Buenas noches, Augusta, Virgil. . .

AUGUSTA.—La Szalska espía, ¿eh? ¿Y quién más?

VIRGIL.—¿Quién es la Szalska?

JULIUS.—Estoy demasiado fatigado para captar insinuaciones, Augusta.

AUGUSTA.—Eludió usted con gran habilidad responder a las preguntas de mi hija. ¿Quiere que le diga por qué no asistió usted a la cena?

VIRGIL.—No entiendo qué tiene que ver eso con la Szalska. . .

JULIUS.—Si usted quiere. . .

VIRGIL.—Y no podré tomar parte en la conversación si no me explican en seguida quién es la Szalska.

AUGUSTA.—Valérie.

JULIUS.—¿Cómo?

VIRGIL.—¿La Szalska es Valérie?

AUGUSTA.—No, hijo, no. La Szalska es esa mujer de pelo negro que flirteó contigo toda la noche y que hizo contorsiones sobre la alfombra.

JULIUS.—¿Qué tiene que ver Valérie?

VIRGIL.—¿Quieres decir la joven que bailó sin música? Era un poco como tocar el piano mudo o abrir la boca sin emitir sonidos. Pero esa joven no es Valérie.

AUGUSTA.—Valérie es la responsable de la ausencia de usted esta noche, Julius.

PENÉLOPE (*volviendo*).—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

AUGUSTA.—Prefiero que lo sepas de una vez, hija: esta noche vieron a tu marido con Valérie de Fornaro en un rincón del Salón Regencia.

JULIUS.—¿Quién pudo decírselo a usted?

AUGUSTA.—Rinaldo.

JULIUS (*entre dientes*).—¡Asno indiscreto!

PENÉLOPE.—¿Qué dijiste?

JULIUS.—Nada. Me tomó por otro.

PENÉLOPE.—¿Por qué no decir la verdad, Julius?

JULIUS.—Le diré: en realidad, Rinaldo ha estado tomándome por otro hombre desde que le hace la corte a mi mujer.

PENÉLOPE.—¿Cómo puedes decir eso?

JULIUS.—Pase que te corteje, pero no que invente esas necedades

- ni haga el papel de agente provocador en mi casa. Y mi advertencia va también a usted, Augusta.
- AUGUSTA.—Mi querido Julius, nunca ha tenido usted confianza en mí. Ni yo en usted.
- AUGUSTA.—...pero no le permitiré que se rebaje hasta mentir a su mujer. Luego hasta creer que tuvo alguna razón. Explíqueme usted por qué lo hizo y...
- PENÉLOPE.—Mamá, yo no le permitiré que se rebaje dándome explicación alguna. No quiero oír nada, Julius.
- JULIUS.—Te he dicho la verdad al decirte que vengo del laboratorio, Penélope.
- AUGUSTA.—Después de cenar con Valérie.
- PENÉLOPE.—Tu sandwich, Julius.
- JULIUS.—Gracias, querida. Me muero de hambre. (*Toma el plato, se sienta y come.*)
- VIRGIL.—Augusta, creo entender que has intervenido en un asunto en el que tu intervención no se había solicitado. Te ruego que no vuelvas a hacerlo. Ahora, para entendernos con claridad, ya que me has explicado quién es la Szalska, exijo que se me informe por qué se hablaba de ella y qué tiene que ver con todo esto.
- AUGUSTA.—La Szalska es roja, querido, y al salir de aquí fue detenida por espionaje.
- JULIUS.—No, no, todavía no, por favor.
- AUGUSTA.—Y mi advertencia a usted, Julius, es en el sentido de que en su posición no debe exhibirse con Valérie.
- VIRGIL.—¿Otra vez?
- PENÉLOPE.—Ya está bien, mamá.
- AUGUSTA.—Porque también Valérie va a ser aprehendida de un momento a otro por agente roja.
- PENÉLOPE.—¿Cómo?
- JULIUS.—¿Por eso decía usted...?
- AUGUSTA.—¡Ah! pero, ¿creía usted que iba a meterme si se tratara de una calaverada o de una de esas sucias cosas galantes? Tiene usted veinticinco años de casado y una esposa adorable, muy superior a usted como ser humano, y esa es una combinación que pocos maridos pueden resistir, pero eso es asunto de ella y de usted. Lo que no puedo permitirle es que se exponga, en un puesto de tanta responsabilidad, a una murmuración que podría...
- JULIUS.—¿Eso también se lo dijo a usted Rinaldo?
- AUGUSTA.—Estoy acostumbrada a que se me permita terminar mis frases. De una murmuración que podría ser fatal para usted y para el país en este momento.

VIRGIL.—Todas mis excusas, querida.

JULIUS.—Y las mías por no apreciarla a usted mejor, Augusta.

PENÉLOPE.—¿Puedo presentarte las mías, Julius? Ahora te confieso que al volver de la cocina y oír a mamá sentí de pronto algo que nunca había sentido en mi vida. ¡Oh, muy ligero! Como un piquete de alfiler, pero que seguía entrando y doliendo como si hubiera sido un alfiler del largo de toda la vida. Valérie es muy linda y es joven. Gracias, mamá.

AUGUSTA.—Hace un momento todos me odiaban, y tengo que confesar que lo saboreaba yo. Ahora todos me adoran, y me molesta. (*Se dirige a la escalera.*) No fue Rinaldo quien me habló de la reputación de Valérie, Julius. Fue un consejero de embajada que la conoce. Cúidese usted.

VIRGIL.—Julius es insospechable, Augusta.

AUGUSTA.—Por eso muchas gentes darían cualquier cosa porque se sospechara de él. Los rojos son hábiles: una maniobra bien desarrollada puede incapacitar a Julius para seguir trabajando por nuestro país.

VIRGIL.—Calumniad, que algo queda. Claro. Pero entonces... No, no puede ser.

JULIUS.—¿El qué?

VIRGIL.—Es absurdo, por supuesto, pero de todas maneras...

AUGUSTA.—¿Quieres explicarte?

VIRGIL.—Sé que no tiene sentido ni base, pero, en fin...

PENÉLOPE.—Papá, por favor.

VIRGIL.—Es que esta tarde, justamente...

Tres timbrazos secos lo interrumpen. Todos se miran.

VIRGIL.—¿Visita a estas horas?

PENÉLOPE.—¡Arturo!

JULIUS.—No llames, querida, iré yo. (*Va al fondo.*)

PENÉLOPE.—¡No, Julius!

JULIUS.—¿Qué tienes?

PENÉLOPE.—Nada. Déjame a mí.

AUGUSTA.—Sencillamente, tiene miedo de un atentado. Ve tú, Virgil.

JULIUS.—Para eso habrían tenido que matar primero al agente que vigila la casa.

VIRGIL.—¡Cómo! Pero, ¿hay un agente que...?

JULIUS.—No quería decirlo, pero si eso los tranquiliza... (*Abre la puerta y sale. Los demás se reúnen ansiosamente ante ella.*)

PENÉLOPE (*al cabo de un momento*).—Ya abrió la verja. Ya vuelve con alguien. ¡Ah, es Paulus!

Entran JULIUS y PAULUS, Secretario de Estado, alto, fuerte, de pelo blanco y rostro joven como Julius, pero de huesos anchos y ojos ligeramente mongoloides que le dan un aspecto duro y secreto.

PAULUS.—Perdón, espero no ser inoportuno. (*Saludos ad lib.*)

JULIUS.—¿Whisky?

PAULUS.—Me hará bien. He pasado diez y seis horas en el ministerio. Vi luz al pasar, y pensé que era preferible que quedara usted informado, si es que no lo está aún, Julius.

JULIUS.—¿De qué se trata?

PAULUS.—Del profesor Marcus.

JULIUS.—Creía que el caso estaba concluido ya.

PAULUS.—Lo está, definitivamente, pero no del modo que se esperaba, con lo cual viene a crearse un nuevo problema, no grande, por fortuna, ¡pero tenemos tantos ya!

JULIUS.—¿Qué ha ocurrido, en suma?

PAULUS.—La señora Marcus fue detenida esta tarde, a instancia propia. Se acusó a sí misma con no sé qué absurda esperanza de reunirse con su marido.

JULIUS.—Bien, ¿y...?

PAULUS.—Y el profesor Marcus lo supo. Era una medida táctica para debilitar su resistencia.

JULIUS.—¿Se obtuvo algún resultado?

PAULUS.—El profesor Marcus se suicidó hace dos horas. Se colgó con su cinturón de la reja de la celda.

AUGUSTA.—¡Qué horrible!

VIRGIL.—¡Qué luto para el mundo! ¡Un sabio como él!

PENÉLOPE.—¡Pobre señora Marcus! ¿Podré visitarla en la... en el lugar donde está?

JULIUS.—Allí tiene el procurador la confesión que buscaba.

PAULUS (*A PENÉLOPE*).—No lo creo posible, señora. (*A JULIUS*).—Así parece, pero eso es justamente lo que viene a embrollar las cosas. Es una contraconfesión. El profesor Marcus dejó una carta.

JULIUS.—¿Sí?

PAULUS.—Dirigida a usted. Me costó trabajo lograrlo, pero conseguí que se me permitiera entregársela sin abrir, a condición de que la abra usted ante mí y otros testigos. Me alegra que todos ustedes estén presentes. El Presidente espera que le sea comunicado el texto simultáneamente. (*Saca el sobre, lo tiende a JULIUS y se dirige al teléfono situado en primer término derecha. Marca un número. Todos esperan.*) Aló. ¿Señor Presidente?

- Paulus.— El doctor Uranius va a abrir en este momento la carta del profesor Marcus. (*Mira a Julius, que rasga el sobre y lee en alta voz:*)
- JULIUS.—"Hijo mío: Permítame que le dé todavía este nombre..."
- PAULUS. (*al teléfono:*) "Hijo mío: Permítame que le dé todavía este nombre..."
- JULIUS.—"...como a mi discípulo predilecto, aunque ha llegado a convertirse en mi maestro."
- PAULUS.—"Como a mi discípulo predilecto, aunque ha llegado a convertirse en mi maestro."
- JULIUS.—"Muero inocente del cargo de alta traición..."
- PAULUS.—"Muero inocente del cargo de alta traición..."
- JULIUS.—"...y culpable sólo del delito de haber querido servir a mi patria..."
- PAULUS.—"...y culpable sólo del delito de haber querido servir a mi patria..."
- JULIUS.—"...a la humanidad y al progreso."
- PAULUS.—"...a la humanidad y al progreso."
- JULIUS.—"En el fondo de su corazón, usted lo sabe, usted tiene que saberlo."
- PAULUS.—"En el fondo de su corazón, usted lo sabe, usted tiene que saberlo."
- JULIUS.—"Dígale al Presidente que el uso de la bomba Omega..."
- PAULUS.—"Dígale al Presidente que el uso de la bomba Omega..."
- JULIUS.—"...si no se la emplea con la más estricta medida..."
- PAULUS.—"...si no se la emplea con la más estricta medida..."
- (*Impaciente:*) ¿Sí?
- JULIUS.—"...puede producir el incendio de la atmósfera..."
- PAULUS.—"...puede producir el incendio de la atmósfera..."
- JULIUS.—"...con resultados imposibles de prever."
- PAULUS.—"...con resultados imposibles de prever."
- JULIUS.—"Este es mi último servicio a mi patria..."
- PAULUS.—"Este es mi último servicio a mi patria..."
- JULIUS.—"Por la que muero."
- PAULUS.—"Por la que muero." ¿Cómo? — (*A JULIUS:*) ¿Es todo? (*JULIUS le tiende la carta, él la ojea.*) Es todo, señor Presidente. En el acto, señor Presidente... Buenas noches. (*Cuelga, va a la puerta del centro, hace una señal y entran DOS AGENTES DEL SERVICIO DE INTELIGENCIA.*) ¿Quedó grabado todo?
- AGENTE PRIMERO.—Todo, señor Secretario.
- PAULUS.—Las personas presentes firmarán conmigo en el dorso del pliego, como testigos. (*Firma y pasa la pluma a AUGUSTA.* *Sigue este movimiento hasta que firman todos, JULIUS al final.*)

Guarda el papel en otro sobre que saca del bolsillo, lo sella y lo entrega al AGENTE PRIMERO.) El señor Presidente espera este sobre antes de diez minutos.

AGENTE SEGUNDO.—Perfectamente, señor Secretario.

LOS DOS AGENTES *hacen mutis por el fondo.*

JULIUS.—Dijo usted algo de grabación. ¿Quiere decir eso que ha puesto micrófonos en mi casa?

PAULUS.—Tranquilícese, querido amigo. Se trata de grabación por la línea telefónica nada más. Los agentes certificarán así que el texto fue comunicado sólo al señor Presidente.

JULIUS.—¿Se desconfía de mí entonces?

PAULUS.—Usted es quizás —digo quizás— uno de los dos ciudadanos que merecen toda la confianza del gobierno. El otro soy yo.

Se abre de pronto la puerta del fondo y los DOS AGENTES reaparecen escoltando a una tercera persona.

AGENTE PRIMERO.—Desde allí observó toda la maniobra y tomó notas en un block de papel.

AGENTE SEGUNDO.—Encontramos a este hombre sentado en su automóvil frente a la verja.

PAULUS.—¿No conocen ustedes al famoso columnista de *El Correo?* Adelante, Rinaldo.

AGENTE PRIMERO.—Tenemos instrucciones de prevenir toda publicación de . . .

PAULUS.—La columna del señor Rinaldo ha venido pasando por la censura desde hace seis meses.

RINALDO (*Colérico*).—¿Ah, sí, Paulus?

PAULUS.—Lo cual le explicará ciertos empastelamientos y ciertos extravíos de sus originales. (A LOS AGENTES:) Pueden ustedes ir tranquilos y cumplir su comisión sin demora. Son esperados.

AGENTE SEGUNDO.—Buenas noches.

Mutis de los DOS AGENTES.

JULIUS (A RINALDO).—¿Quieres decirme qué has venido a hacer aquí a estas horas?

RINALDO.—Cómo no. (*Se sirve un whisky.*) A decir a tu encantadora esposa que su fiesta resultó espléndida y a elogiar su traje, cosa que no puede hacerse ante las demás invitadas.

PENÉLOPE.—Gracias, Rinaldo.

RINALDO.—Pero ahora veo que vine a sorprender una maniobra misteriosa y a descubrir, gracias a nuestro Secretario de Estado, que se censura mi columna. De paso, a decirle que mis lectores lo sabrán mañana.

AUGUSTA.—Probablemente le ocurre a usted lo que a los maridos

- engañados, Rinaldo: es el único que no se había enterado de nada.
- RINALDO.—Pero, ¿usted lo sabía?
- AUGUSTA.—Por un secretario del secretario del secretario de un colega de nuestro amigo Paulus.
- PAULUS.—Le aconsejo que sea discreto, Rinaldo. En las circunstancias actuales no podemos permitir una sola indiscreción, por ligera que sea, y me sería muy penoso que fuera confiscado *El Correo*. Soy accionista, sabe usted.
- RINALDO.—Lo único que puedo decir es que tienen razón los que opinan que la única diferencia entre nosotros y los del otro lado está en el color, no en los procedimientos.
- PAULUS.—La diferencia está en que nosotros servimos a nuestro país para salvar al mundo, mientras ellos pretenden destruir al mundo para salvar a su país.
- VIRGIL.—Me parece, Augusta, que nosotros deberíamos ir a acostarnos.
- AUGUSTA.—De ninguna manera. Mientras se trate de asuntos del país, tenemos derecho a escuchar.
- PAULUS.—No tengo objeción alguna.
- PENÉLOPE.—En ese caso, prepararé café para todos.
- RINALDO.—Excelente idea.
- PAULUS.—De ningún modo. Ya que me detuve aquí un momento por casualidad, aprovecharé para tratar con el doctor un pequeño asunto pendiente.
- JULIUS.—En ese caso, podemos pasar a mi biblioteca.
- VIRGIL.—No, no. Nosotros debemos acostarnos.
- PAULUS.—Pero antes quisiera saber, en presencia de todos ustedes, la verdadera razón de esta tardía visita de Rinaldo.
- RINALDO.—Es muy sencilla. Vine a conocer la reacción de mi amigo Julius ante la noticia del suicidio del profesor Marcus.
- PAULUS.—¿Cómo se ha enterado usted?
- RINALDO.—¿Le pregunto yo a usted cómo sabe de los tratados secretos entre los países de la cortina? Tengo veintitrés años de periodista. Mi oficio consiste en enterarme de todo.
- PAULUS.—Entonces entérese usted de que no se dará todavía ningún detalle a la publicidad.
- RINALDO.—Oh, conozco todos los detalles. Lo que busco es el ángulo humano. ¿Qué opinas tú, Julius?
- JULIUS.—Cuando desee dar una entrevista a la prensa, buscaré a un periodista que no sea mi amigo personal y que no practique su profesión en mi casa.
- RINALDO.—Servido, ¿no? Gracias. Pero la gente no ha perdido del

todo la cabeza ni la memoria. Se atan cabos ya, y no falta quien señale la curiosa circunstancia de que todos los miembros de la Comisión Nuclear han sido procesados por traición — hasta su jefe nato, Marcus, y de que, más curioso todavía, tú eres el único que sigue libre. En rigor, que te has convertido en el hombre Comisión-Nuclear.

PAULUS.—A eso puede usted contestar en mi nombre que Julius Uranius es el único sabio a quien no ha corrompido el dinero de los ursos ni enloquecido su conocimiento — el único insobornable, el único sabio para quien la patria pasa antes que todo.

RINALDO.—¿Agua de rosas?

PENÉLOPE.—Rinaldo, no te creía capaz de detestar así a Julius. Me defraudas.

RINALDO.—Pero si lo que quiero es que se defienda, Penélope, que diga algo para acallar los rumores malévolos, las insinuaciones. . .

AUGUSTA.—Creo que en ese caso defenderse sería tanto como acusarse.

PAULUS.—Muy justo, señora. La defensa del doctor Uranius, si llegara a hacerse necesaria, debe ser cosa del gobierno, no de la persona.

VIRGIL.—¿Puedo decir algo? Temo que un profesor de literatura griega puede parecer un ignorante en un mundo sin ideas, como el nuestro. Pero antes, esta tarde, sin saber aún lo del pobre Marcus, me vino esa idea absurda y. . .

AUGUSTA.—¿Otra vez, Virgil?

PAULUS.—Dígala usted y acabemos.

VIRGIL.—Pero absurda y todo, la diré. Ni las revoluciones ni las guerras de religión imperialistas destruyen jamás los males que las provocan: se limitan a demoler sus símbolos, sus ídolos, para reemplazarlos por otros que les resultan más tolerables porque ellas los inventan. Pero en este encarnizamiento contra los sabios —estos procesos, estas inquisiciones— veo algo más hondo: quieren destruir a los sabios sin reemplazarlos, porque tienen miedo de ellos, porque, en el fondo, esperan que con ellos desaparezca todo peligro de destrucción para el mundo. El mundo es malo y mezquino y bajo, pero es todo lo que los hombres poseen, en el cielo o en el infierno serán poseídos y no poseedores.

PAULUS.—Abstracto.

VIRGIL.—Pero la idea ridícula que me vino a la cabeza mientras hablaba de Nausicaa y de la Odisea en mi clase, fue que. . .
Un mosquito me asediaba y me ponía nervioso —y pensé de

pronto en un mundo desierto en el que no resonarían ya las palabras de Homero, y me acordé de Julius, y sentí un miedo espantoso... y... y... aplasté al mosquito— pero lo aplasté mientras pensaba en Julius. ¿Pensé quizá que aplastaba yo a Julius? (*Silencio incómodo.*) Buenas Noches. (*Sube la escalera.*)

JULIUS.—Será mejor que lo acompañe usted, Augusta.

AUGUSTA.—Por un momento temí que al aplastar el histórico mosquito hubiera pensado en mí. Buenas noches. (*Sube gallardamente.*)

RINALDO.—Allí tienes el sentimiento del mundo — en un mosquito. Julius.

PAULUS.—Buenas noches, Rinaldo.

RINALDO.—Esta es mi esquina, ¿no? Buenas noches, Talleyrand. Julius, te veré mañana. Penélope, el vestido más arrebatador del mundo.

PENÉLOPE.—Hasta mañana, Rinaldo. Y gracias. (*Lo escolta hasta la puerta. RINALDO sale.*) Ahora los dejo tratar su pequeño asunto. La cafetera está en la estufa, Julius. Te esperaré leyendo. Señor Paulus, no le quite usted por mucho tiempo mi marido a su laboratorio. Buenas noches.

PAULUS.—Señora...

PENÉLOPE *sube la escalera. Los dos la escoltan con los ojos hasta que desaparece. JULIUS sirve whisky. que los dos saborean un momento en silencio.*

PAULUS (*al fin*).—Lo endiablado es que el consejo de despedida de Marcus ha llegado demasiado tarde.

JULIUS.—¿Por qué? No voy a abrumarlo con la jerga del oficio, pero le diré en lengua vulgar que aunque yo sabía que Marcus estaba estudiando un punto que no me había confiado, jamás sospeché que fuera ése. No creo en esa posibilidad tampoco. No lo hemos descubierto todo aún, pero los trastornos atmosféricos que podemos llamar naturales difícilmente podrían llegar a ese extremo.

PAULUS.—¿Con qué cuerpo de bomberos podría usted apagar un incendio de la atmósfera?

JULIUS (*Impaciente*).—Vale la pena estudiar el punto, claro. Mi teoría, en síntesis, es que si la atmósfera contiene elementos susceptibles de incendiarse a resulta de la explosión de varias bombas Omega, tiene también elementos susceptibles de combatir, contrarrestar y extinguir ese incendio. Como el Dios de los cristianos, la atmósfera lo es todo y lo contiene todo.

PAULUS.—¿El cohete que produce también la lluvia? No soy más que un lego en esto, pero me interesaría saber...

JULIUS.—Por fortuna, tenemos tiempo para investigar el asunto.

Me comprometo a rendir un informe detallado de las posibilidades antes de dos semanas.

PAULUS.—Se engaña usted, Uranius. Ya no tenemos tiempo. Por eso pensaba en el cohete.

JULIUS.—¿Qué quiere usted decir?

PAULUS (*Mira su reloj*).—Es casi la una. Espero que por la mañana, a mediodía, digamos, podremos saber ya si la atmósfera se ha incendiado o no.

JULIUS.—¿Qué ha dicho usted?

PAULUS.—A una hora ignorada, entre este momento y el alba, aviones nuestros habrán arrojado seis bombas Omega sobre la zona roja del Oriente.

JULIUS.—¿Quién ha podido ordenar semejante cosa, Dios mío?

PAULUS.—El Presidente Olimpio.

JULIUS.—¿Sin consultar al Congreso, a la Comisión Nuclear? ¿Sin...?

PAULUS.—El Congreso votó hace varios meses ya facultades extraordinarias para el Presidente: estamos en un momento de emergencia: nuestras tropas se han retirado precisamente de los territorios ocupados para dar margen a esta acción. Y la Comisión Nuclear no es más que una dependencia al servicio del Estado.

JULIUS.—¿Y la Organización de Naciones?

PAULUS.—Es una rémora burócratica y demagógica que no cuenta tanto para nosotros como nuestra nación.

JULIUS.—¿Y el Presidente ha ordenado eso sin consultarme a mí?

PAULUS.—A usted se le consultó en todo en materia física, no hay por qué consultarlo en materia política. ¿O preferiría usted que los ursos dejaran caer sus bombas sobre nuestras ciudades?

JULIUS.—¿Sin prevenirme? ¿A mí?

PAULUS.—¿Y a usted por qué? El Presidente ha consultado con Dios, ha asumido su responsabilidad histórica por sí solo, sin muletas, sin apoyos humanos ya. Esta mañana, después de los hechos, informará al Senado, y habrá iniciado una nueva etapa en la historia del mundo.

JULIUS.—Jamás pensé que pudiera usted ser un fanático.

PAULUS.—Jamás pensé que pudiera usted ser un timorato.

JULIUS.—Voy a telefonar en seguida al Presidente para impedir...

PAULUS.—Cuando le telefoneé hace un rato sobre la carta de Marcus, me dijo que en cuanto recibiera el documento se retiraría a meditar y a orar. Sólo la muerte podría interrumpirlo. ¡Vamos, hombre! ¿Cree usted que soy insensible? Siento temblar cada fibra de mi cuerpo ante la idea de lo que va a ocurrir, del mundo

que se abre —o que se cierra. Pero no podemos retroceder. Es la vieja fórmula de matar para no morir transportada a la millonésima dimensión, al megatón. O hacemos historia ahora, o terminamos con la historia —para siempre.

JULIUS.—Pero, ¿cree usted que tengo acaso escrúpulos humanitarios? ¡Vamos! Tengo los escrúpulos de un hombre de ciencia que busca la perfección como un artista. Usted no ha estudiado las estadísticas sucesivas de Hiroshima y Nagasaki, no tiene conciencia de la realización del fracaso incompleto que eso representa para la ciencia. Con la bomba Omega yo buscaba la perfección, el silencio absoluto, eterno, allí donde cayera. Un silencio que sobrecogiera al resto del mundo para siempre, para que el progreso pudiera seguir entonces su marcha.

PAULUS.—¿Y tiene usted el *trac* del buen actor?

JULIUS.—Tengo el miedo natural de que los resultados sean inferiores a las expectativas. No me gustan las cosas a medias.

PAULUS.—Ahora lo reconozco a usted y lo entiendo y simpatizo con su punto de vista, pero nada podemos hacer —como no sea dormir hasta mañana. Si hay mañana. Hasta mañana, doctor. (*Sale por el centro.*)

JULIUS, *solo*, se levanta y pasea un poco. Al cabo de un momento va al teléfono, marca un número y espera. Cuelga. Dos veces más, marca, espera y cuelga con desaliento. Va al balcón y mira hacia el cielo un momento. Se abre la puerta de la terraza y reaparece PAULUS.

PAULUS.—Uranius. (JULIUS se vuelve, sin mostrar sorpresa.) Me olvidé de preguntarle algo. ¿Por qué decía Marcus en su carta que usted sabía, que usted tenía que saber que era inocente?

JULIUS.—Me gustaría poder hacerle la misma pregunta a Marcus. Creo que él sabía que siempre, hasta cuando ya se había puesto en duda su lealtad, yo lo consideré un hombre puro. Nuestras relaciones no sólo fueron científicas, sino sentimentales también. Me gustaría poder preguntárselo, sí.

PAULUS.—A mí también. (*Sale cerrando la puerta.*)

JULIUS vuelve al centro, se sirve otro whisky. Da un trago, prende un cigarrillo, lo apaga y regresa al balcón. Baja PENÉLOPE, en bata.

PENÉLOPE.—¿Sólo al fin? ¿No estás cansado? ¡Qué linda noche! ¿Verdad? Yo también estaba arriba mirando al cielo, cuando te vi en este balcón. ¿Qué quería Paulus?

JULIUS.—Nada. Contesto sólo a tu última pregunta.

PENÉLOPE (*Yendo al balcón*).—No sé por qué este verano me ha

recordado tanto el primero que pasamos en las montañas del norte, cuando tú escribías aquel libro de poemas. Hace veinticinco años.

JULIUS (*Sin volverse*).—Penélope. . .

PENÉLOPE.—Quizá si lo hubieras publicado habrías llegado a ser uno de los grandes poetas del mundo. Quizá tenías razón tú cuando querías olvidar la física; pero tu vocación era demasiado fuerte, demasiado lúcida. ¿Y quieres saber qué estaba yo leyendo en mi recámara hace un momento? Tu libro de poemas. No te obedecí cuando me pediste que lo quemara en representación tuya.

JULIUS.—Penélope— tienes que saber la verdad.

PENÉLOPE.—¿Cuál?

JULIUS.—Sí estuve con Valérie esta noche.

PENÉLOPE.—¿Ah?

JULIUS (*Sin volverse*).—Quiero a Valérie, Penélope, como no te quise nunca. No soy joven ya y sé que mi tiempo está contado. Quiero vivir mis últimos años con ella.

PENÉLOPE.—¡Julius! ¿Qué dices?

JULIUS (*Mismo juego*).—Digo que quiero que salgas de esta casa ahora mismo, que entables el divorcio, por dignidad; que consideres que he acabado para ti— para siempre.

PENÉLOPE (*Después de pausa*).—Si así lo sientes de verdad, así lo haré, Julius. Has arrancado veinticinco años de un golpe, como quien arranca la hoja diaria del calendario. Me marcharé por la mañana con mis padres.

JULIUS.—No entiendes, Penélope. La sola idea de pasar otra noche —esta noche— contigo bajo el mismo techo, me ahoga. Si no te vas tú, me iré yo; pero por los trámites del divorcio será mejor que seas tú la que se marche desde luego, ¿entiendes? Desde luego.

PENÉLOPE.—La sola idea te ahoga. . . Está bien, Julius. Voy a quitarme esta *négligée* —me siento ridícula con ella— y a ponerme un traje sastre.

Lo mira con intensidad, pero él sigue de espaldas, de modo que ella no puede ver sus puños apretados en el esfuerzo. PENÉLOPE' sube lentamente la escalera. Un instante después JULIUS vuelve a marcar un número en el teléfono, espera, cuelga. Se sirve un whisky. prende un cigarrillo. Se escuchan tres golpes discretos en

la puerta de cristales. JULIUS abre. Entra, envuelta en una estola de armiño, VALÉRIE DE FORNARO.

JULIUS.—¡Valérie! ¿Está usted loca?

VALÉRIE.—Tenemos que hablar y no hay tiempo que perder, Julius.

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

El telón vuelve a levantarse después de un instante sobre el mismo decorado. JULIUS tiene asida por las muñecas a VALÉRIE DE FORNARO y están lo bastante cerca para que su proximidad pueda ser mal interpretada. En todo el curso de su escena hablan más bien a media voz, en frases cortadas. VALÉRIE es una belleza de unos veintiocho años, perteneciente a ese engañoso tipo nórdico de cutis pálido mate y de cabellos negros, absolutamente fascinante pero con señorío y gran seguridad en sí misma.

JULIUS.—¡Loca, loca! ¡No puedo creerlo! ¡También usted, la única persona que me parecía equilibrada y sensata en este mundo dislocado, hemipléjico de la razón!

VALÉRIE.—Perdón, está usted hundiéndome las pulseras en las muñecas.

JULIUS.—Mil perdones. (*La suelta.*) Es de tal modo inesperado... y fuera del orden previsto.

VALÉRIE.—¿No quiere usted darme algo de beber? Tuve que eludir la vigilancia que hay en mi casa y luego la de aquí.

El le sirve un whisky, ella lo recibe y cuando va a beber oyen venir a alguien. JULIUS señala hacia la derecha y VALÉRIE sale. Llaman a la puerta. JULIUS abre. Entra el AGENTE TERCERO.

JULIUS.—Si tiene usted una llave, como pienso, es innecesario llamar.
AGENTE TERCERO.—Perdone usted, doctor. Me pareció que había entrado alguien extraño a la casa. Un auto que pasaba desvió mi atención: era el del señor Rinaldo.

JULIUS.—Puede usted estar tranquilo. Gracias.

AGENTE TERCERO.—¿Está todo en orden entonces?

JULIUS.—En esta casa todo está siempre en orden, amigo mío.

AGENTE TERCERO.—Gracias, doctor. Buenas noches. Si algo se ofreciera. . .

JULIUS.—Gracias. Ya sé que usted no duerme nunca. (*Su ironía se pierde. Sale el AGENTE TERCERO. JULIUS va hacia la derecha.*) Puede usted venir ya. (*VALÉRIE reaparece sonriente, adelanta unos pasos, toma un sorbo de su copa y muestra un cigarrillo que JULIUS enciende.*) Por fortuna puedo hacerla salir por otra puerta. ¡Imprudente!

VALÉRIE.—¡Qué melodrama! En todo caso, ya no es hora de tener prudencia. ¿Sabe usted la noticia?

JULIUS.—¿Marcus?

VALÉRIE.—No, Omega. (*JULIUS asiente.*) Tenemos que hacer algo urgentemente para impedir. . . Sería la catástrofe de todos nuestros proyectos cuando es tan poco tiempo lo que nos falta.

JULIUS.—La ciencia se define sólo a base de ensayos.

VALÉRIE.—¿Y estaría usted dispuesto a permitir. . . ?

JULIUS.—Omega es mi criatura, ¿no?

VALÉRIE.—Pero, ¿se atrevería usted a correr un riesgo semejante?

JULIUS.—La experimentación es mi elemento —el agua del pez, el aire del pájaro. . .

VALÉRIE.—¿. . . y el opio de la destrucción? Además, ¿es toda de usted Omega en su forma actual? Después de la carta de Marcus, sobre todo, no estoy segura. ¿Está seguro usted. . . ?

JULIUS.—¿Cómo ha podido saber. . . ?

VALÉRIE.—El esfíngico Paulus me dispensa sus favores —un informe, es cuanto puede hacer. Pero me extraña esta pasividad de usted. ¿Cómo puede tolerar por un solo momento la idea de la. . . experimentación?

JULIUS.—No es fácil que lo entienda usted. A mí mismo me escapa la razón. Sé que la cosa no debe ser, pero a la vez tengo que saber si lo que he logrado está vivo o es sólo un sueño, una realización a medias. Sin embargo, en este conflicto, he marcado diez o doce veces el número personal del Presidente. No hay respuesta. Ora y medita.

VALÉRIE.—Mentira —está con Paulus.

JULIUS.—Paulus mismo me aseguró. . .

VALÉRIE.—¿No sabe usted, a su edad, que el reloj del político marca siempre dos horas, una para él y otra para los miserables mortales? Y a veces marca tres o más, según sopla el viento. Yo tengo otro número. (*Va al teléfono y marca el número. Después de un momento cuelga.*) Si no contesta es que no está solo. Debemos. . .

JULIUS.—Valérie, la madre de mi mujer, que está bien informada, oyó decir que será usted detenida de un momento a otro.

VALÉRIE (*Mientras vuelve a insistir en el teléfono*).—No me extrañaría nada. Por eso mismo no debemos perder ya un minuto. Tampoco sería difícil que cayera usted, sabe.

JULIUS.—Oh, lo he pensado. Después de Marcus quedo sólo yo. Por eso dije hace poco a mi mujer que estoy enamorado de usted y que se marche porque no quiero que pasemos una sola hora más bajo el mismo techo.

VALÉRIE.—¿Y está usted?

JULIUS.—¿Perdón?

VALÉRIE.—¿Enamorado?

JULIUS.—De ella, sí. Pero también, usted lo sabe, de nuestra idea.

VALÉRIE (*Colgada otra vez al teléfono*). El romanticismo de los hombres me da risa —y a veces náusea. En medio de una catástrofe semejante, ¿piensa usted en su mujer, en una mujer?

JULIUS.—La amo. Es la parte real, humana de mi vida, y le debo mi equilibrio.

VALÉRIE (*Colgando otra vez el teléfono*). El romanticismo de los cemos estamos solos? (*Vuelve a marcar*.) ¡Ah, contesta! (*Espera un instante*.) Aló, aló, ¡aló! Esta vez descolgó el teléfono, pero sin hablar. No está solo aún. Será mejor que vayamos.

JULIUS.—Si le repito que ha dicho terminantemente que no verá a nadie.

VALÉRIE.—Entre usted y yo, es porque está esperándome —entre dos plegarias.

JULIUS.—¿A usted? (*Ojeada a su reloj*.) Será tarde ya de cualquier modo. No nos dejarán pasar siquiera.

VALÉRIE.—Tengo un pase que no falla.

JULIUS.—¿A estas horas?

VALÉRIE.—A ninguna hora. ¡Vamos! (*El duda*.) Marcaré una vez más.

JULIUS.—Si ya dio la orden, todo está perdido.

VALÉRIE (*Vuelve a marcar el número*).—No lo creo. (*JULIUS enciende cigarrillos para los dos y le tiende uno*.) ¡Ah, llama otra vez! Aló.

—Yo, sí. —¿Estaba mal la línea? —Ah, entiendo. —Nada, —simplemente no tengo sueño. ¿Puedo venir? —Quiero venir. Lo necesito. —Gracias. (*Cuelga*.) Las dos horas del reloj siempre. Vamos. (*Se dirige a la puerta de cristales*.)

JULIUS.—No, saldremos por aquí para no ser vistos. (*Señala hacia la izquierda*.) ¿De modo que es cierto que hay eso?

VALÉRIE (*Riendo*).—Eso. ¿No lo sabía usted? En realidad, cuando

un rumor corre demasiado la gente acaba por no creer en él.
¡Así es el mundo!

Salen por la izquierda. Un momento después el teléfono suena con insistencia. PENÉLOPE, vestida con un traje sastre color fucsia y llevando su bolso y un estuche de viaje, baja la escalera sin prisa. La llamada persiste. PENÉLOPE contesta:

PENÉLOPE.—¿Sí? —¡Ah, Rinaldo! ¿Qué pasa ahora? —No, Julius salió hace un momento. A su laboratorio, sin duda. Es mi eterno rival, el único, estoy segura. —¿Cómo? —¿Detuvieron ya a la Szalska? Oh, lo siento tantísimo... Me da una pena horrible de veras... —No, no sé a qué hora volveré a ver a Julius. En realidad, me voy ahora mismo... de vacaciones. —No lo sé aún. —Algo de Europa, creo. —No, un momento, por favor, Rinaldo. Nada de insinuaciones ni de vaguedades. La verdad. —Dime, ¿está en peligro Julius? —Nada de más o menos. —Bien, entonces me quedo. —Sí, puedes venir cuando quieras.

Mientras PENÉLOPE habla al teléfono han bajado AUGUSTA y VIRGIL, también vestidos y con varias maletas e impermeables al brazo.

AUGUSTA.—¡Ah, no, hija mía! Ahora, aunque sólo sea por una apariencia de dignidad, ¡nos vamos!

VIRGIL.—Augusta, querida...

PENÉLOPE.—¿No puedo cambiar de idea, mamá?

AUGUSTA.—Sí, hijita, pero no puedes cambiar de decencia. ¿No te dijo Julius, según dices, que no quería que pasaran esta noche bajo el mismo techo?

VIRGIL.—Augusta, creo que bastaría con que nos fuéramos tú y yo, que no estamos en nuestra casa.

PENÉLOPE.—Me lo dijo, pero puesto que se ha ido no la pasaremos y yo puedo quedarme bajo este techo y él bajo el de su laboratorio. Además, tengo cierta curiosidad por lo que me dijo Rinaldo, que...

AUGUSTA.—No quería decírtelo, pero después que subiste por segunda vez me pareció oír algo y me asomé —muy discretamente— desde arriba. Julius no estaba solo: Valérie estaba con él.

PENÉLOPE.—¿Valérie aquí? ¿Estás segura, mamá?

AUGUSTA.—No podría desconocer la estola de armiño más costosa del país, regalo de...

VIRGIL.—Augusta, lo que no sabemos por nosotros mismos, no existe.

PENÉLOPE.—Pero, si eso es cierto, ¿qué hacían aquí, qué hablaron, en fin?

AUGUSTA.—No pude oír nada. Hubiera sido indiscreto —e imprudente acercarme más. Ella marcó varias veces un número de teléfono, pero estaban muy juntos y hablaban con gran intimidad, y vi que Julius encendió en sus propios labios cigarrillos para los dos —como hacen los novios y los amantes. Sentí que . . .

PENÉLOPE.—Pero, entonces . . .

AUGUSTA.—Entonces es clarísimo: hace un momento estaban aquí los dos y ahora ya no están. Lógicamente, se fueron juntos. Por decoro . . .

PENÉLOPE.—Pero Rinaldo acaba de asegurarme que Julius tiene un grave problema . . .

AUGUSTA.—Razón de más, hija. Que lo ayude Valérie a resolverlo. Las apariencias no engañan.

VIRGIL.—Augusta, hay tantas cosas que no podemos ver detrás de lo que vemos . . .

AUGUSTA.—Hijo, tregua ya de filosofía y de literatura griega, ¿quieres? Me marean, me dan gripe. ¿No puedes hablar como todo el mundo por una vez?

VIRGIL.—Con cierto esfuerzo, creo que por una vez sí. Deja ya de meterte en la vida privada de tu hija y de tu yerno, por todos los santos o por todos los diablos.

AUGUSTA (*Sobrecogida de sorpresa*).—¡Cómo! Pero, ¿puedes hablar así, tú? ¡Qué sorpresa divina!

Llaman brevemente, con autoridad, a la puerta de cristales. Antes que PENÉLOPE pueda llegar a ella es abierta desde afuera y aparecen los DOS AGENTES del acto primero.

VIRGIL.—¿Qué significa esto y con qué derecho . . . ?

AGENTE PRIMERO.—Servicio de Inteligencia, señor profesor. No se alarme usted.

AGENTE SEGUNDO (*Viendo las maletas*).—Tenemos un mensaje para el doctor Uranius.

PENÉLOPE.—No está en casa.

AGENTE PRIMERO.—¿Y dónde podríamos encontrarlo?

PENÉLOPE.—No sé. Probablemente en su laboratorio.

AGENTE SEGUNDO.—¿No a estas horas?

PENÉLOPE.—Justamente. Mi esposo es como el Burlador de Sevilla: éstas son las horas suyas.

AGENTE PRIMERO.—¿Puedo felicitar a la señora por su excelente sentido humorístico?

AUGUSTA.—Hija, creo que será mejor irnos antes de que se haga más temprano. ¿Quieres sacar el coche, Virgil?

VIRGIL.—Con todo gusto, querida. (*Hace ademán de salir. Se inter-*

pone el AGENTE SEGUNDO.) Perdone usted, necesito salir. ¿Quiere permitirme...?

AGENTE PRIMERO.—Desgraciadamente no se puede, profesor Emers. AUGUSTA.—¿Están ustedes en sus cinco sentidos?

AGENTE SEGUNDO (*Sonriendo*).—Incluso en los seis que se nos dice que debemos tener en este servicio, señora Emers. Es infortunado que el doctor Uranius haya salido. Nuestras instrucciones consisten en pedirle que nadie abandone esta casa por el momento —ni él ni ningún miembro de su familia ni ningún sirviente.

AUGUSTA.—¡Pero eso es ridículo! ¡Es como encarcelar a la gente!

AGENTE PRIMERO.—Son órdenes superiores que no nos toca a nosotros discutir, señora.

VIRGIL.—Humm. Cuando los dioses hablan, Augusta, lo mejor es resignarse. Creo que a todos nos caería bien un whisky. Yo, al menos, lo necesito.

Se dirige a la mesa en que están vasos y bebidas y empieza a servir. Mientras lo hace, baja el telón.

TELON

CUADRO SEGUNDO

El despacho del Presidente Olimpio. Amplio, moderno, lleno de respiración y sobrio, funcional. Una gran mesa ministro, dos sillones, cuatro o seis sillas; sobre una columna cuadrilateral, un busto no identificable pero a todas luces patriótico. Una amplia puerta ventana de cristales al fondo. Impresionante red telefónica; un aparato de televisión, otro de radiocomunicación directa. En la pared izquierda una enorme piel de oso blanco: dos hachas cruzadas sobre ella y dos rifles cruzados abajo. En una repisa, diversos trofeos deportivos. OLIMPIO es un hombre cercano a los sesenta, alto, imponente, calmado y pulido en sus maneras, pero de mirada dura, imperiosa, brillante, electrizante. Se diría que su cuerpo es una estructura de acero cubierta de terciopelo o, en la circunstancia, de cachemira y vicuña. Está sentado tras la mesa, ante la cual se encuentra de pie el SECRETARIO DE ESTADO PAULUS.

OLIMPIO.—¿Qué más?

PAULUS.—Eso es todo, señor Presidente. Uranius aconseja con inu-

sitada vehemencia que se suspenda la explosión de la bomba Omega, según lo expliqué ya.

OLIMPIO.—Es lo que esperaba yo, justamente. Será indispensable que permanezca en su casa bajo vigilancia. ¿Mandó usted a los agentes?

PAULUS.—Se ordenó desde luego. Probablemente ya están allí.

OLIMPIO.—Bien. Por su concisión me figuro que tiene usted algo más que decirme.

PAULUS.—Contra mi personal convicción, señor. (*Le tiende una hoja de papel plegada.*) He recibido esta nueva insinuación contra la señora de Fornaro, según la cual tiene contactos con el personal de ciertas embajadas —no con los embajadores, sino con los criados y con todos los que en puestos menores representan al servicio de inteligencia de sus países. De *esos* países.

OLIMPIO (*Sin desplegar la hoja*).—¿Y qué más?

PAULUS.—Todo está en ese pliego.

OLIMPIO.—Prefiero oírlo de sus labios.

PAULUS.—Parece tan desmesurado. . .

OLIMPIO.—Dígalo ya.

PAULUS (*Encogiéndose ligeramente de hombros*).—Se insinúa igualmente que tiene contactos más bien. . . íntimos con un alto funcionario muy cercano a usted, señor Presidente —que habita en esta casa.

OLIMPIO (*Golpeándose con el papel plegado los dedos de la mano izquierda*).—Muy bien. Ahora sí puede usted irse, Paulus. El programa se ejecutará al pie de la letra. Confirmaré las órdenes en un momento y espero poder informar al Congreso a mediodía. Estará usted aquí a las once. Me quedan unas horas para atender un asunto pendiente y para meditar y orar.

PAULUS.—Perdóneme usted, pero hay que descansar también, señor Presidente. Es fundamental.

OLIMPIO.—¿Cómo dice el Romancero castellano? "Mis arros son mis armas —mi descanso es el pelear." No —mi descanso está en la oración y la meditación. Buenos días. (*PAULUS se inclina. Suena en ese momento un aparato de intercomunicación.* OLIMPIO *le hace seña de esperar y de contestar.*)

PAULUS (*Al aparato*).—¿Sí? —Momento. —Uranus, señor Presidente. Está en la antecámara y pide hablar urgentemente con usted.

OLIMPIO.—¿Quién lo dejó llegar hasta aquí?

PAULUS. (*Al aparato*).—¿Cómo entró? —Ah, con un pase.

OLIMPIO.—Llévelo usted a su casa, y que se quede allí. Si es necesario, que lo auxilién dos agentes de Inteligencia.

PAULUS.—Si se le ha metido en la cabeza hablar con usted, señor. . .

OLIMPIO.—Recuérdale el destino de sus colaboradores. Dígale que yo le ordeno permanecer allí y esperar a que lo llame a mi presencia. El cumplió con su cometido y yo cumplo ahora con el mío y con mi destino histórico.

*Se oye golpear violentamente la puerta a dos puños.
¿Qué quiere decir esto? (Llama el intercom.)*

PAULUS (*Contestando*).— Sí —Ah —Uranus, señor, insiste en ser recibido.

OLIMPIO.—¿A puñetazos?

PAULUS.—Dice que es una cuestión de vida o muerte.

OLIMPIO.—En eso tiene razón, pero puede ser cuestión sólo de su vida o de su muerte. Si no quiere ir a su casa, llévalo adonde sea, a algún lugar donde pueda estar vigilado las veinticuatro horas del día.

PAULUS.—Por su actitud, creo que opondrá resistencia.

OLIMPIO.—Arréglese usted — como en otros casos. No quiero oír más.

PAULUS duda, OLIMPIO se yergue y el primero sale. Sin que se percaten, y durante el mutis de PAULUS, se abre una puertecilla lateral en cuyo marco aparece, deslumbrante en su estola de armiño, VALÉRIE DE FORNARO.

VALÉRIE.—No, por favor. No.

OLIMPIO (*volviéndose con violencia: la picadura de la abeja*): No te esperaba tan pronto, señora de sueño.

VALÉRIE (*Con todo el encanto de un hada, adelanta unos pasos, tiende las dos manos, que él besa, en una suerte de delicioso trance.*) ¿Puedo suplicar que mi Presidente oiga al doctor Uranus? Tiene una cosa importante. Urgente — vital para el país.

OLIMPIO (*La mira con lentitud, como se examina un bello cuadro. Va al intercom.*) Diga usted al Secretario Paulus que espere un momento con el doctor Uranus. Lo llamaré pronto. (A VALÉRIE:) ¿Y sólo para eso querías venir?

VALÉRIE (*Riendo*): ¿Cómo puedes preguntarlo? — ¡Claro que no! ¡Para vivir! Sabes que los minutos que paso contigo son los únicos en que me siento viva y feliz.

OLIMPIO.—¿Has pensado alguna vez en lo que pasaría si yo llegara a creer que me mientes?

VALÉRIE.—(*Con una fascinante sencillez*): Sí, me moriría yo, pero de amor perdido, frustrado. No por tu mano ni por la mano de la justicia humana: por la mía propia. ¿Es cierto que van a detenerme por sospechosa?

OLIMPIO (*Sonríe, le tiende el pliego*): Eres la jugadora con más sentido del juego que he conocido. Aquí está la insinuación más reciente de tu culpa.

VALÉRIE (*Ojeando descuidadamente el papel*): Es extraordinario, sabes, mi Olimpio, que la gente se disfrace tan mal. Reconozco ciertos vicios de expresión de una secretaria de tu esposa. Tú sabes a cuáles dientes me refiero. (*Lee*): "...esta extraña" quiere decir extranjera, "que ha logrado por medios artificiales" quiere decir artificiosos... ¿Vas a guardar esto o a quemarlo?

OLIMPIO (*Hace funcionar un encendedor y se lo tiende*): Quémalo, si te divierte. Me gusta verte jugar con fuego. Nadie te iguala.

VALÉRIE *acerca el papel a la llama y los dos lo miran consumirse en un cenicero.*

VALÉRIE.—Ya sé que tienes mil problemas graves y urgentes y que no será posible que me retengas esta noche. Pero, ¿me llamarás, vendrás a mí mañana?

OLIMPIO (*Con buen humor*): Si este pequeño mundo sobrevive.

VALÉRIE.—Pero verás a Uranius antes de...

OLIMPIO.—Las órdenes están dadas.

VALÉRIE.—No es verdad, Olimpio. Ese ardid está bien para los que te rodean y te temen. No para mí que te conozco y te adoro. No es que me mezcle en asuntos de Estado. Lo que me importa es tu conciencia, tu paz interior. Hay tiempo aún. ¡Recíbelo, óyelo!

OLIMPIO.—Vino contigo. De otro modo no hubiera podido penetrar hasta aquí. ¿La verdad?

VALÉRIE.—Me habló con tan desesperada energía que le presté mi pase. Pero lo hice sobre todo pensando en ti, en tu poder, en tu perduración, en tu gloria. Es el único sabio leal a tus ideas, a tu visión política.

OLIMPIO.—Así pues, sabe lo que eres para mí.

VALÉRIE.—No. Solamente sabe lo que tú eres para mí.

OLIMPIO.—¿Qué hay entre tú y él, además de eso?

VALÉRIE.—Un sentimiento de veneración absoluta por ti.

OLIMPIO.—¿Y nada más?

VALÉRIE.—Si te parece poco... Debo dejarte. Vélo o no, como quieras. ¿Me llamarás por la mañana?

OLIMPIO.—Lo veré. Pero prefiero que esperes un poco allá adentro.

VALÉRIE.—Si así puedo estar un minuto más contigo...

Se besan largamente con una pasión febril, pero solemnemente a la vez, en una actitud casi estatuaría. VALÉRIE sale por la puertecita lateral. OLIMPIO reflexiona un instante. Va al intercom.

OLIMPIO.—Haga entrar al doctor Uranius. Y que espere aún el Secretario Paulus.

Toma un largo, fino tabaco y lo enciende con minuciosa atención y con perfecto pulso. Entra JULIUS, un tanto desmelenado, la corbata floja.

JULIUS.—Señor Presidente. . .

OLIMPIO.—Doctor Uranius, su lugar está en su laboratorio, y por el momento no tengo orden alguna que darle. Si lo recibo a estas horas es sólo por complacer a una persona a quien estimo. Pero sé por Paulus de su reacción de hoy, y le recuerdo que no tengo nada que consultar con usted — que no es usted más que un trabajador técnico a quien paga el Estado.

JULIUS.—Señor Presidente, ¡revoque usted esa orden! ¡No haga estallar la bomba Omega!

OLIMPIO.—Y eso, ¿porque usted me lo manda?

JULIUS.—¡No, no, no! Le ruego que me deje hablar. Es absolutamente preciso tomar en cuenta la advertencia de Marcus, suspender la explosión y dejarme unas semanas, no sólo para revisar las fórmulas, sino la integración misma de las bombas. No sé qué cambios pudo introducir, ni en qué momento, Marcus. Ni por qué intereses. Sé que realizó trabajos secretos que se tradujeron en su denuncia y en su juicio. Y sé que es preciso poner en claro qué modificaciones puede haber provocado en mi bomba Omega.

OLIMPIO.—Le recuerdo también que, en todo caso, usted es el responsable de ella ante el Estado.

JULIUS.—Por eso no quiero que fracase, señor. Quiero que pueda ser el fin para el enemigo, pero no para nosotros, no para la democracia ni para el espíritu que representamos. ¡Le imploro que me dé usted el tiempo necesario, que crea en mi lealtad!

OLIMPIO.—¿Ha pensado usted que la advertencia de Marcus y su propio reconocimiento de falta de vigilancia pueden venir demasiado tarde?

JULIUS.—He pensado nada más que usted tiene todo el poder en sus manos, que es el único hombre que puede decretar la explosión o la suspensión del experimento —porque es sólo un experimento, señor Presidente, no nos engañemos— y que es usted también precisamente el más humano de los hombres, el que nunca querrá que un posible incendio de la atmósfera destruya también a nuestro país, que es quizá la única esperanza del género humano.

OLIMPIO.—En este juego, como en otros, hay que guiarse por un

promedio de probabilidades. ¿Cuántas ve usted en la conflagración atmosférica? ¿Cuántas en lo contrario?

JULIUS.—Ante Dios mismo afirmo que no puedo dar a usted una respuesta definida. Si Marcus dice la verdad, si aumentó hasta ese grado la capacidad de destrucción de la bomba Omega, tendremos que alcanzar una certidumbre absoluta antes de hacerla explotar y que establecer un control ilimitado sobre ella. Si no dice la verdad, una revisión de los elementos que integran la bomba nos pondrá en aptitud de perfeccionarla para garantizar su éxito y salvaguardar al mundo que consideramos nuestro. Pero hasta ahora no lo sé, ¡no lo sé, señor Presidente! Yo tengo que saberlo...

OLIMPIO.—Observo que no habla usted más que de sí mismo.

JULIUS.—... porque cuando yo lo sepa lo sabrá usted también, el primero.

OLIMPIO.—¿El primero después de usted? No esperaba esa arrogancia suya, doctor Uranius. Quizá se cree usted Dios.

JULIUS.—¡Por Dios, señor! Es natural que si yo experimento y descubro sea el primer informado, pero estoy muy lejos de creerme Dios. Yo nada más construyo la bomba. Dios la hace explotar. Y no me creo sino un pobre diablo de sabio nuclear que depende de cifras, de evaluaciones, de combinaciones de elementos físicos, de cálculos de probabilidad, como usted decía. No soy poeta —o ya no lo soy— y la ciencia no es una abstracción — es algo más concreto y más ponderable que el más perfecto ser humano. Por nuestro país, señor Presidente, ¡dé usted contraorden!

OLIMPIO (*Después de pasear un poco:*) Supongamos una... suposición, doctor Uranius. (*JULIUS espera, jadeante.*) Si estuviera usted seguro, objetivamente, concretamente, matemáticamente seguro de la potencialidad destructiva de su bomba Omega, de la posibilidad de que hiciera arder la atmósfera del mundo entero, ¿cuál sería su consejo o su advertencia?

JULIUS.—Que la guardara usted en reserva para el futuro.

OLIMPIO.—¿Y si no hubiera tiempo ya? ¿Si el Oriente estuviera a punto de dejar caer sobre nosotros bombas de menor potencia, pero destructivas y devastadoras al grado de diezmar a nuestra población por medio de la radiactividad y reducirla a un estado más miserable que el que hemos visto en los habitantes de Hiroshima...?

JULIUS.—Si se acercara, fatalmente, el fin del mundo, señor, le pediría yo que lo ordenara usted.

OLIMPIO.—¿Y por qué no ahora, entonces?

JULIUS.—Porque el peligro que amenaza a la humanidad no tiene forma precisa todavía —porque todavía tenemos tiempo por delante para que nuestros jóvenes no mueran sin haber vivido. Porque todavía, como el enemigo pero antes que él, podemos crear armas salvadoras.

OLIMPIO.—Pero, insisto, ¿en el otro caso? ¿Qué?

JULIUS.—En el otro caso, señor, no puedo sino pensar en aquel padre que al saber que sus hijos serían destruidos en su flor por un tirano, prefirió matarlos él mismo.

OLIMPIO.—¡Ah!

JULIUS.—Pero antes vuelvo a implorar el tiempo que me permitirá saber si mi bomba es perfecta, garantizarlo ante usted. Como lo dije a Paulus, busco la perfección o nada.

OLIMPIO pasea, medita, reenciende su largo puro, mira su reloj. Al fin va al intercom.

OLIMPIO.—El Secretario Paulus. (*Sigue paseando y observando la espiral de humo del cigarro puro.*)

Entra el SECRETARIO PAULUS.

PAULUS.—¿Señor Presidente?

OLIMPIO (*Erguido hasta dar la impresión de que duplica su estatura, saca un papel de su cartera y se lo tiende.*) Esta es la clave. Llamará usted inmediatamente por radio al piloto en jefe —allí está su nombre— y le ordenará que haga volver todos los aviones-robots a sus bases sin arrojar ninguna bomba. Que pongan el mayor cuidado en ello y que él se presente ante mí a la mayor brevedad. Y que se suspenda el retiro de nuestras tropas. Deben regresar a sus bases de ocupación enseguida.

PAULUS.—Señor, ¿puedo...?

OLIMPIO.—Lo que sea, no puede usted. Además de eso... Doctor Uranius, debo decirle que estoy informado de un plan del enemigo para secuestrarlo a usted y, una vez que se encuentre del otro lado, reclutar por cualquier medio sus servicios técnicos. ¿Sabe usted algo de esto?

JULIUS.—Nada, señor. A menos que los casos de mis colaboradores y del propio Marcus hayan sido los... preliminares. Lo he pensado.

OLIMPIO.—No hay sino una forma de hacer abortar estos proyectos, y es que nosotros lo encerremos a usted bajo una supuesta acusación. Había pensado que bastaría con vigilar su casa, pero ahora veo que eso no es suficiente ni seguro.

JULIUS.—¿Puedo preguntar qué clase de acusación, señor Presidente?

OLIMPIO.—Sólo un niño puede preguntar eso. ¿Cuántos conoce usted que tengan la importancia necesaria?

JULIUS.—Perdón: me importa la limpieza de mi nombre y de mi calidad de ciudadano.

OLIMPIO.—Le prometo un desagravio público cuando llegue el tiempo oportuno. ¿De acuerdo?

JULIUS.—Creo en la palabra de usted, pero acepto sobre todo si así puedo seguir trabajando.

OLIMPIO.—¿Acepta usted incondicionalmente, como lo pide la patria?

JULIUS.—Si ella lo pide, sí.

OLIMPIO.—Señor Secretario Paulus: hará usted trasladar al doctor Uranius a la fortaleza, dando publicidad a su arresto, pero de ninguna manera a la circunstancia de que allí continuará trabajando en el laboratorio especial que hemos equipado ya en ella. De esto dará instrucciones precisas al gobernador de la fortaleza. ¿Tiene usted algo más que pedir, doctor Uranius?

JULIUS.—Nada más, porque para mí trabajar es vivir. Pero, ¿podrá ser informada mi esposa, en toda reserva?

OLIMPIO.—Si es necesario, será detenida también, pero de ninguna manera informada. También, señor Paulus, hará usted detener por la mañana a la señora Valérie de Fornaro.

PAULUS (*Atragantándose un poco y haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo:*) Perdón, señor, pero no podemos partir de una simple insinuación malévola, quizá desprovista de todo fundamento, y como Secretario de Estado debo considerar el problema inmediato que esto suscitará con la Embajada y con el gobierno del país de la señora. . .

OLIMPIO.—Aquí importan sólo este país y este gobierno.

PAULUS.—Además de que puedo garantizar la buena fe de esa persona, cuya colaboración ha sido preciosa es más de una. . .

OLIMPIO.—¿Tan amigo de ella es usted?

PAULUS.—No es eso, señor, invoco razones de. . .

OLIMPIO.—Le aconsejo que no lo haga, o tendrá que invocar otras más en su propia defensa y en ese caso nada le impedirá compartir la prisión con la señora. Tengo razones para afirmar que esa dama se encuentra en posesión de algunos informes altamente confidenciales que no ha recibido de mí. ¿Me entiende usted?

PAULUS (*Vencido*): Sí, señor Presidente.

OLIMPIO.—Es todo, señores. Buenas noches.

Breve pausa en la que PAULUS y JULIUS miran a OLIMPIO, que los olvidó ya en toda apariencia y se dedica

a reencender su puro con la mayor atención. Salen.
 OLIMPIO *fuma un instante, va a la puertecita y la abre.*
Entra VALÉRIE.

OLIMPIO.—Supongo que escuchaste.

VALÉRIE (*Tensa, pero sonriente*): Tienes un equipo de sonido perfecto. ¿Cómo no escuchar? Quisiera un cigarrillo.

OLIMPIO (*Tendiéndole un estuche de una mesa y un encendedor*):
 ¿No te agradaría una copa también?

VALÉRIE (*Arrojando una bocanada de humo*): Eres perfecto siempre. No te escapa detalle. Tengo sed. (*Lo sigue con la vista mientras él le sirve; recibe su whisky.*) ¿Y tú?

OLIMPIO.—Yo debo orar y meditar.

VALÉRIE.—¿Aún ahora?

OLIMPIO.—Ahora más que nunca. Meditar sobre los problemas que ha planteado Uranius y orar porque el enemigo no vaya a hacernos esta madrugada lo que yo había pensado hacerle a él.

VALÉRIE.—¿Puedo preguntar algo?

OLIMPIO (*Curioso, esperando otra cosa*): Claro que sí.

VALÉRIE.—¿Crees que Uranius te servirá mejor, te será más útil y más leal en la fortaleza que en el laboratorio oficial, que su trabajo será más fecundo?

OLIMPIO.—Lo espero, por él. En general, un pájaro bien alimentado y cuidado canta más armoniosamente en una buena jaula, ¿no crees?

VALÉRIE.—Hay muchos que se mueren de eso, de estar en una jaula.

OLIMPIO.—Es un riesgo que debe correrse, Valérie adorable.

VALÉRIE.—¿Adorable? ¿Estás seguro, Olimpio?

OLIMPIO.—Y adorada.

VALÉRIE.—¿Adorada? (*El afirma con la cabeza.*) Gracias. (*Bebe*).

OLIMPIO.—¿Qué calidad habría, si no te adorara yo, en este sacrificio que es para mí el gesto de tirarte a la jaula de las fieras?

VALÉRIE (*Se domina, se fuerza a reír sin artificialidad, con absoluta frescura*): Eres único. Por eso digo que piensas en todo siempre.

OLIMPIO.—En mi oficio es necesario, y como hombre también debo hacerlo.

VALÉRIE.—Pero, ¿eres hombre?

OLIMPIO.—¡Querida Valérie!

VALÉRIE.—No estoy diciendo vulgaridades, por favor. No es que ponga en duda tus. . . ¿cómo decía un viejo que conocí a propósito de los toros? Tus. . . atributos —los conozco—, sino porque es difícil conciliar esa imagen de un dios omnipotente que tú

proyectas a la perfección con la de un hombre que necesita humildemente lo mismo que todos los hombres del montón.
 OLIMPIO.—¿Te burlas acaso de éste a quien solías llamar tu grande y noble amigo, traviesa?

VALÉRIE.—¡Nunca, por favor! (*Termina su bebida y tiende el vaso.*) ¿Una más? (*El se la sirve, sonriendo a algo que piensa para sí.*) Gracias, Olimpio. Desde siempre, desde antes de conocerte, me fascinó tu nombre, sabes. Perfecto para un gran Jefe de Estado, para un verdadero dios del Olimpo.

OLIMPIO (*Ríe brevemente:*) Cuando me esperaba, mi madre leía los poemas de Víctor Hugo. De allí vino todo. No es culpa mía.

VALÉRIE.—¿Puedo preguntar cuánto tiempo esperas tener a Uranius en la fortaleza?

OLIMPIO.—No lo sé. Dependerá de su trabajo. ¿No me preguntas cuánto tiempo estarás tú...?

VALÉRIE.—Ah. ¿No me das otro cigarrillo? (*Bebe, mientras él le tiende el cigarrillo al mismo tiempo que mira su reloj.*) Oh, ya sé que no puedo quedarme mucho, pero, como comprenderás, tengo algunos arreglos que hacer que son importantes para mí.

OLIMPIO.—Innecesarios.

VALÉRIE.—¿Perdón?

OLIMPIO.—Allá tendrás todo lo que necesites. Si miraba el reloj es porque, en efecto, tengo poco tiempo. Pero todavía podemos pasar juntos un último rato amable, ¿no crees? Despedida romántica, recuerdo grato para los días de sequía.

VALÉRIE.—¿Tú crees?

OLIMPIO.—Estoy pidiéndolo, ¿no?

VALÉRIE.—Ordenándolo, mi Zeus. Pero no va a ser posible.

OLIMPIO.—¿Y por qué no?

VALÉRIE.—Podría mentirte sin esfuerzos y decir que tengo lo que Salomón en el Cantar de los Cantares llama las flores de la mujer, por rojas, pero...

OLIMPIO.—¿Pero...?

VALÉRIE.—Pero no sería cierto. Lo cierto es que yo, en mi pequeña escala, soy como tú. Soy una puta de altísima categoría y de más alta capacidad, y no me basta ni un rato ni una migaja. Si no puedes darme una noche entera, dedica tu rato a orar y a meditar. Yo me voy.

OLIMPIO (*Júpiter Tonante:*) ¡Valérie!

VALÉRIE.—Si eres hombre, me dejarás salir por la misma puerta por donde entré. Si nada más eres dios, toca todos tus timbres y haz que me detengan tus agentes secretos y que me violen tus genizaros. Escoge.

OLIMPIO.—No me empujes a . . .

VALÉRIE (*Termina tranquilamente su copa, la deja, se levanta, se ajusta la estola de armiño.*) Conozco, sabes, ese poema que leyó tu mamá, ése de Víctor Hugo. Lo aprendí en la escuela. Se llama "La Tristeza de Olimpio." Ya lo tienes todo, pero te falta un poco de tristeza. Permíteme que yo te la dé. Y espero con el alma que puedas echarme de menos. (*Lo besa ligeramente en la frente y sale con precisa, equilibrada rapidez por la pequeña puerta lateral antes de que OLIMPIO haya podido moverse.*)

OSCURO con flashes y destellos ad hoc de reflectores.

EL CORO RADIOFÓNICO.—Después del suicidio espectacular del Profesor Marcus tenemos el penoso deber de informar que esta noche, en la residencia misma del señor Presidente, fue detenido el doctor Julius Uranus, Presidente de la Comisión Nuclear y eminente hombre de ciencia, habiendo sido conducido a la fortaleza del Estado sin que se haya precisado el motivo de su detención. Señor Secretario de Estado, ¿querría usted decir al público del país entero . . . ?

PAULUS (*Bajo un reflector permanente*): ¿Señor Presidente?

OLIMPIO (*Bajo un reflector fugaz*). Alta traición.

PAULUS.—El cargo, señores, para vergüenza nacional, es alta traición.

EL CORO RADIOFÓNICO.—Alta traición. Una vez más nuestro heroico y democrático país debe llevar el peor de los lutos, el que constituye la defección de un hijo prominente y colmado de honores . . .

EL CORO RADIOFÓNICO FEMENINO.—Se ha conocido también la detención de una extranjera que atrajo la atención por su belleza y su elegancia y que parece haber tenido ligas sospechosas con el servicio de espionaje que ejercen las embajadas de ciertos países en nuestra capital. La señora Valérie de Fornaro fue aprehendida hoy en su lujosa residencia de la avenida de los Cisnes, habiéndose excusado de hacer declaraciones a la prensa. Sonreía como si saliera de paseo llevando un abrigo del último modelo de mink pastel y un aderezo de esmeraldas que representan una verdadera fortuna. ¿Tan productivo puede ser el espionaje?

EL CORO RADIOFÓNICO MASCULINO.—Podrán ustedes dentro de un momento ver en la televisión al señor Presidente de la República y escuchar sus palabras.

LA IMAGEN DE OLIMPIO.—Ruego a mi pueblo que no conceda importancia alguna a estas infortunadas pero simples notas de policía. Un país como Utopia es grande y sólido porque lo forma el esfuerzo de sus hijos, de todos sus hijos, y nunca fue mayor

la estabilidad de nuestras instituciones ni resplandeció más la gloria victoriosa de nuestra democracia. No es cosa nueva la existencia de un traidor: la hierba mala suele brotar siempre en el mejor suelo, pero debo decir que el traidor no hace ni deshace patria y sufre siempre su castigo. En cuanto a los aventureros extranjeros, nuestras dependencias de migración tienen ya instrucciones precisas para evitar la comisión de nuevos fraudes resultantes sobre todo de la generosa hospitalidad de nuestro país. Dios bendiga a Utopia.

Se escuchan algunos compases del Himno Nacional de Utopia mientras cae el

TELON

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Ocho semanas más tarde, en el hall de la casa del doctor Julius Uranius.

Son, quizá, las nueve de la noche. El hall aparece, como en el primer acto, sin luces al levantarse el telón. Se abre la puerta del fondo y entra JULIUS, con sombrero de Panamá, un impermeable al brazo y portafolio en la mano izquierda. Igual que al principio, en un movimiento automático por lo familiar deja caer impermeable y sombrero en una silla, coloca el portafolio en otra y hace funcionar al mismo tiempo, con la mano derecha, el botón de la lámpara de pie principal. Con él viene EL AGENTE PRIMERO. Tan pronto como JULIUS ha encendido la luz, sobreviene ARTURO por la izquierda. No puede disimular su pasmo ni su júbilo al ver a JULIUS.

ARTURO.—¡Señor doctor!

JULIUS.—Buenas noches, Arturo. ¿Está todo en orden?

ARTURO (*Tartamudeante de sorpresa aún*): Como... como siempre en casa, señor.

JULIUS.—¿La señora?

ARTURO.—En su salón de arriba, señor. Ha bajado poco aquí desde que...

JULIUS.—¿Alguien más en casa?

ARTURO.—El Profesor y la señora Emers.

JULIUS.—Bien. Cuando yo se lo indique me hará favor de avisar a la señora. Pero sólo a ella. (AL AGENTE PRIMERO) ¿Querría usted tomar algo, quizás acompañarme en un whisky?

AGENTE PRIMERO.—Hummm... En fin, no estoy ya de servicio. Muchas gracias. Preferiría un ron con cocacola.

JULIUS.—Ya oyó usted, Arturo, haga favor de servirnos. (ARTURO sale.) He pasado tantas semanas lejos de mi casa y de la gente y sin leer periódicos, que no sé si ya no se considera caso de alta traición tomar una Cuba libre.

AGENTE PRIMERO (*Riendo brevemente*): Oh, usted sabe que no somos tan ultramontanos. Y por lo demás, aquéllos todavía beben cocacola.

JULIUS.—¿Reciprocidad o venganza? (*Parece estar de excelente humor*).

AGENTE PRIMERO.—Sin duda venganza — porque es dulce.

JULIUS.—Bravo.

Vuelve ARTURO con las bebidas, coloca la bandeja en la mesa y entrega la suya a cada uno.

JULIUS.—Gracias, Arturo. (*Mutis ARTURO.*) Salud, amigo mío... X-13, ¿no?

AGENTE PRIMERO (*riendo*): Salud, doctor. ¿Quién se lo dijo?

JULIUS.—Oh, los secretos, usted sabe. Hay gentes que los guarda sólo porque no los conoce, y gente que los revela sin darse cuenta. Le estoy agradecido por su compañía, aunque no la considero espontánea ni desinteresada.

AGENTE PRIMERO.—En realidad, doctor Uranius, he seguido instrucciones precisas: acompañarlo... allá, escoltarlo hasta su casa a fin de prevenir cualquier sorpresa o agresión — o cualquier comunicación de usted con alguien más en ruta. El Secretario Paulus suele ser muy preciso.

JULIUS.—En efecto. ¿Y nada más?

AGENTE PRIMERO.—La súplica personal del Secretario de Estado de que descanse usted y permanezca en su casa sin establecer comunicación alguna con el exterior en tanto que él no lo llame.

JULIUS.—¡Ah! Supongo que su colega de allá afuera seguirá a cargo de... .

AGENTE PRIMERO (*Termina su copa*): Justamente porque hay orden de suspender toda vigilancia es por lo que el Secretario Paulus presenta a usted esa súplica por mi conducto.

JULIUS.—Excelente diplomático. Quiero decir usted, no Paulus.

AGENTE PRIMERO.—Gracias, doctor. Le aseguro que ha sido un

placer personal —y un honor— haber compartido estas semanas con usted.

JULIUS.—(*Se levanta, le tiende la mano*): Brillante jugador de ajedrez, además, y hombre con sentido de la conversación. Buenas noches y gracias.

AGENTE PRIMERO.—Buenas noches — y éxito en todo, doctor.

Sale por el fondo. JULIUS termina su copa y va a llamar, pero ARTURO sobreviene anticipadamente.

ARTURO.—¿Puedo felicitar al señor doctor por su feliz regreso a casa?

JULIUS.—Puede usted y se lo agradezco, Arturo. ¿Quiere dejar aquí lo necesario y avisar a la señora?

ARTURO.—En seguida, señor. (*Sale y vuelve en un instante. Mientras dispone el bar de circunstancias, JULIUS enciende un cigarrillo y va hacia la terraza, mirando al cielo y al exterior a la vez que fuma saboreando la acción.*) La señora viene, señor.

PENÉLOPE (*Sobrio traje en una combinación de matices de azul, desde lo alto de la escalera*): ¡No puede ser cierto! ¡Qué maravillosa sorpresa! ¿Eres tú de veras, Julius?

JULIUS.—Imposible avisarte, querida mía.

PENÉLOPE baja con agilidad juvenil y se arroja en sus brazos. Se besan breve pero fogosamente. Ella se aparta con súbito pudor.

¿Un cigarrillo? ¿Una copa?

PENÉLOPE.—Las dos cosas, por favor. (*El la sirve.*) En realidad, sabes, me avergüenza un poco mi arrebató. ¿Qué vas a pensar?

JULIUS.—No entiendo.

PENÉLOPE.—Recibirte así — echarme en tus brazos como una niña tonta cuando tú estás enamorada de otra. Y ella, ¿qué pensaría?

JULIUS.—Oh. ¿Fuego? (*Le enciende el cigarrillo.*)

PENÉLOPE.—Eso fue lo que me dijiste la última noche, ¿no? Sin embargo, me he quedado aquí no por indecoro sino porque estando tú ausente no estábamos ya bajo el mismo techo los dos. Además de que esos agentes no nos dejaron salir, sabes. ¿Trabajaste mucho?

JULIUS.—Mucho.

PENÉLOPE.—¿Y te han dejado libre ya, sin más, y esa horrenda, abominable, estúpida acusación... ¡tú, traidor!...? ¡Ya sabía yo que no podía ser, Julius!

JULIUS.—Gracias, amor.

PENÉLOPE.—¿Amor?

JULIUS.—Umjú. El único de mi vida — fuera de mi trabajo.

PENÉLOPE.—¿Es cierto eso? ¡Tengo que saber la verdad!

JULIUS.—Ya lo sabes.

PENÉLOPE.—¿Valérie, entonces?

JULIUS.—Linda persona, ¿no? Y Ahora está en la cárcel, como sabrás.

PENÉLOPE.—Sí. Lo — lo siento de verdad.

JULIUS.—Eres muy buena. Valérie, sabes, muy niña todavía —diez y seis, diez y siete años, se enamoró de un gran amigo mío, camarada de Facultad de Ciencias. (*Viendo que PENÉLOPE no ha tocado su copa.*) Perdóname, salud.

PENÉLOPE (*Mirándolo intensamente, como para arrancarle la verdad*): Oh, salud. Por tu regreso. Por ti.

JULIUS.—Por nosotros.

PENÉLOPE.—¿Y...?

JULIUS.—Te cuento esto ahora porque no sé si después tendré tiempo. Mi amigo Orlov era de aquí, pero no se entendió bien con nuestro gobierno y se fue detrás de la cortina. Allí lo conoció Valérie —su padre era embajador de su país— y fue la pasión frenética y sin frenos entre el hombre maduro y la muchacha núbil, que se entregaron todos. Pero él no se entendió tampoco a su gusto con aquel gobierno. Quiso irse, sólo que no le dieron permiso. Fue ejecutado sin proceso.

PENÉLOPE.—Oh...

JULIUS.—Antes de ser detenido, entregó a Valérie un pequeño pedazo de papel que contenía la fórmula incompleta de una bomba muy especial en la que trabajaba, recomendándole que me lo entregara para que yo pudiera terminarla. Por eso vino a Utopia Valérie. Y ésa ha sido nuestra relación, ¿entiendes?

PENÉLOPE.—¡Oh, oh...!

JULIUS.—Esperaba yo ser detenido aquella noche y por eso quise separarte de mí —ponerte al abrigo de cualquier contingencia.

PENÉLOPE.—¡Oh, oh, oh!

JULIUS.—¿Te ocurre algo, Penélope?

PENÉLOPE.—Me ocurre que... Si lo hubiera entendido... ¡Con tanto tiempo como tuve para reflexionar puesto que nos han tenido aquí virtualmente prisioneros a mi madre, a mi padre y a mí!

JULIUS.—Mejor eso que una verdadera prisión, que era la alternativa.

PENÉLOPE.—Nunca podré perdonarme mi estupidez, mi ceguedad. Dime, ¿son todas las mujeres así de estúpidas, capaces de destruir imbecilmente por simples celos lo mejor de...?

JULIUS.—Perdona. ¿De qué hablas?

PENÉLOPE.—De tus poemas —de tu libro. Esa noche, después que supe que habías salido de aquí con Valérie y esos agentes nos obligaron a quedarnos en casa... volví a leer tu libro — y lo — y lo quemé.

JULIUS (*Ríe brevemente*).—Yo te había pedido que lo hicieras, amor, tal como te he pedido, recuerdas, ser incinerado.

PENÉLOPE.—¡Julius, calla!

JULIUS.—¡Oh, todavía no! Cuando las cosas vengan.

PENÉLOPE.—¡No hables así!

JULIUS.—¿Y por qué no? ¿Dónde está tu sentido común? Estamos en una niebla y debo decirte la verdad: no sé si saldremos de ella. En todo caso...

PENÉLOPE.—¿Sí?

JULIUS.—¿Quieres hacerme el favor de traer de mi recámara ese volumen empastado en piel negra que contiene el testamento de Einstein?

Empieza a sonar el teléfono.

PENÉLOPE.—¿Contesto?

JULIUS.—Trae el libro, por favor. Yo contestaré.

PENÉLOPE sube con rapidez. El deja sonar un momento más el teléfono mientras enciende un nuevo cigarrillo. Entonces contesta.

JULIUS.—Aló. Sí, yo mismo. ¡Ah, esperaba su llamada, Paulus! El agente me dijo... —Sí. ¿A qué hora? —Muy bien. Supongo que es importante. —Ah, me doy cuenta, sí (*ojeada al reloj*). Dentro de diez minutos. —¿Y después? ¿Debo llamarlo? —Bien, entonces esperaré. (*Cuelga*).

Entre tanto, PENÉLOPE ha bajado con el libro y espera mirándolo con ansiedad.

PENÉLOPE.—Este, ¿verdad?

JULIUS (*Tomándolo*).—Este. Edición especial hecha en el papel de Japón más fino y consistente que se fabrica. Tan fino que cuando se pegan dos hojas no es posible discernirlo. Te pido toda tu atención, querida. Sentémonos. (*Se sientan muy juntos en un sofá, bajo la luz de la lámpara de pie. PENÉLOPE parece agitada.*) ¿Te pasa algo?

PENÉLOPE.—Esa llamada... ¿era...?

JULIUS.—No tiene importancia. Era Paulus. Después te explicaré. Escúchame entonces, ¿quieres? Procura aprender de memoria los números de las páginas que voy a mostrarte. Esta (*abre el libro y señala. PENÉLOPE repite inaudiblemente el número*) y esta otra. (*Mismo juego.*) Te hago observar que en los dos casos hay dos hojas pegadas y entre ellas hay otra hoja de un papel más

fino todavía que contienen notas. ¿Estás segura de recordar los números? ¡No me los digas!

PENÉLOPE.—Están ya aquí (*se toca la frente*) y aquí (*se toca el corazón*) para siempre.

JULIUS.—Esa es mi mujer. (*La besa.*) Bien. Si algo ocurriera —si algo me ocurriera. . .

PENÉLOPE.—¿Ahora? ¿Cómo puedes pensar. . . ?

JULIUS.—Escucha, por favor. Si algo, en fin, que no puedo precisar, llegara a suceder, me harás el favor de arrancar esas dos dobles hojas y de entregarlas a Valérie. Ella sabe lo que debe hacer con ellas.

PENÉLOPE.—¿A Valérie? ¿No está presa?

JULIUS.—Será puesta en libertad. Sí, amor, a Valérie, la querida de mi gran amigo Orlov, que nunca ha olvidado su pasión de adolescencia y que aquí, por razones que ella sabe, ha sido la querida del Presidente. Nunca la mía.

PENÉLOPE.—Perdóname.

JULIUS (*Ojeada al reloj*).—Gracias. (*Cierra el libro y se lo tiende.*) Será mejor, cuando arranques las hojas, quemar el resto. Entre tanto, guárdalo muy a la vista, donde no llame la atención. Por ejemplo, allí. (*Señala un grupo de libros que hay en una mesilla lateral entre dos soportes florentinos. Ella obedece.*) Y en un momento más escucharemos algo por la radio. Para eso llamé mi gran amigo el Secretario de Estado.

PENÉLOPE.—Pero, Julius, es que. . . No he querido hacerte preguntas —me enmudeció la emoción de verte libre, aquí, a mi lado. Pero, ¿qué es lo que hay? ¿Qué ha pasado, qué va a pasar, cuál es tu situación? Hasta ahora la nación entera sigue pensando que eres un traidor.

JULIUS.—Pero estoy libre y contigo. Deja que lo arreglen ellos. Los molinos de los gobiernos, amor mío, tratan siempre de imitar a los molinos del Señor y de moler lo más despacio posible. Por eso hay antenas y prisiones y otras cosas.

Suena el timbre de la puerta. PENÉLOPE se sobresalta.

PENÉLOPE.—¡Llaman! ¿Qué hacemos?

JULIUS.—Mi compromiso consiste en no salir y en no comunicarme por propia iniciativa con nadie. No se me dijo nada sobre posibles visitantes. Además, han retirado la vigilancia. Puedes abrir.

PENÉLOPE se dirige a abrir a tiempo que VIRGIL y AUGUSTA bajan la escalera como navegantes que se orientan.

AUGUSTA.—Mis oídos siguen siendo excelentes, digas lo que digas, Virgil. Estaba yo segura de que había oído voces.

VIRGIL.—Claro, querida. Todos tus sentidos funcionan maravillosamente.

JULIUS (*Adelantándose*).—La voz de mi esposa y la mía, Augusta. ¿Cómo está? Buenas noches, Virgil.

AUGUSTA.—Pero, ¿Es usted? ¿De cuerpo entero?

VIRGIL.—No sé, me da algo así como una impresión de irrealidad. . .

PENÉLOPE (*En la puerta. Diálogos simultáneos*).—¡Rinaldo! ¡Pasa!

RINALDO.—Perfecto traje, como siempre. (*Entra, estrecha en silencio las manos de AUGUSTA y VIRGIL y va hacia JULIUS abriéndole los brazos.*) ¡Mi viejo Julius!

JULIUS.—Mi viejo Rinaldo. (*Se deja abrazar.*) Si vienes a hacerle la corte a mi mujer, eliges mal tus horas. ¿No te bastan mis semanas de ausencia?

PENÉLOPE.—Es la primera vez que viene desde aquella noche, Julius. Dale algo de beber. Te aseguro que está más sorprendido que yo.

VIRGIL.—Si me permiten, yo serviré bebidas para todos. Me he ejercitado bastante en estas semanas de paraíso a la fuerza. (*Procede a hacerlo mientras los demás siguen hablando.*)

RINALDO.—Sorprendido, no en realidad. Yo también tengo agentes y uno de ellos vio regresar a Julius hace un rato. No sabes, mi viejo Julius, lo preocupados que nos has tenido —a mí sobre todo, debo decirlo. A pesar de tus incansables pullas a propósito de mi reverencia por Penélope, nunca podrás decir que has tenido un amigo más leal que Rinaldo.

JULIUS.—Rinaldo el silencioso, no el columnista. ¿Vienes sólo a ver si la calumnia y la prisión han acabado conmigo? ¿Y a gozarte en el espectáculo de mi ruina?

RINALDO.—No seas tan orgulloso ni me juzgues antes de oírme. Imposible escribir nada después de lo que dijo Olimpio a la nación. Pero ahora vengo a oírte a ti. ¿A qué sabe la libertad?

JULIUS.—La libertad está en nosotros, no en el aire. Nunca me sentí más libre que en la fortaleza.

RINALDO.—Soberbia, ¿ves?

JULIUS.—No entiendes de verbos, Rinaldo. Yo no estoy libre: soy libre.

VIRGIL.—Perdón. Bebidas. (*Las distribuye.*)

JULIUS.—Sé que hubieras sido tenido por delincuente en caso de escribir sobre mí, así que nada tengo que reprocharte. Pero ahora, antes de que hablemos tú y yo, hay que escuchar algo que me ha anunciado tu gran amigo el Secretario de Estado. ¿Quieres buscar la onda, Penélope? Aunque todas estarán encadenadas sin duda.

Dando sorbos a sus bebidas, encendiendo cigarrillos, fumando y sentándose ad lib, todos se concentran mientras PENÉLOPE pone en marcha un aparato de radio empotrado en la pared, a la derecha de la puerta de cristales. En unos segundos se oyen los rituales sonidos de estática y al fin la voz del

CORO RADIOFÓNICO.—¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! La Radiodifusión Nacional de Utopia tiene el honor de anunciar a los radioescuchas de todo el país la transmisión de un boletín especial de la Presidencia de la República. Tras un breve intermedio de música folklórica para dar tiempo a que todos se preparen, podrán escuchar este importante mensaje. Se ruega su mayor atención.

Fondo musical por unos instantes.

JULIUS.—Con tu experiencia y con tu olfato, Rinaldo, deberías saber algo de esto —o adivinarlo.

RINALDO.—Te juro que no tengo la menor idea. No me han dado una sola información en ocho semanas. Pero si Paulus te lo anunció, es algo que te concierne, y mi consejo es que frenes tu natural soberbia y que no provoques ya a Olimpio.

PENÉLOPE.—¿Lo ha hecho alguna vez?

RINALDO.—Con sólo existir en lo que es —el sabio nuclear más destacado del pueblo. Eso es una provocación en sí.

PENÉLOPE.—¡Oh, Rinaldo!

AUGUSTA.—Lengua de columnista.

RINALDO.—Modestísima, silenciosa casi, querida señora, comparada con las de algunas damas.

VIRGIL.—No deja de ser agradable, Augusta querida, por imprudente que sea, que alguien conteste por el marido.

AUGUSTA.—Tan irresponsable el uno como el otro.

RINALDO.—¡Ahí duele!

JULIUS.—¡Por favor!

Cesa la música.

EL CORO RADIOFÓNICO.—El Ciudadano Olimpio, Presidente Constitucional de la República Federal de Utopia, a su pueblo: "Salud, amigos míos. Es reconfortante en una época en la que parecen encontrarse en crisis todos los valores morales del mundo, y en que los gobiernos de ciertas potencias se consideran elegidos para intervenir en los asuntos de otros países sembrando así la incertidumbre y la destrucción por medio de la propaganda interesada y de las guerras frías o de las guerras de ensayo evocativas de la que hizo caer a la República Española, poder subrayar orgullosamente la saludable, equilibrada situación de Utopia, siempre en el fiel de la balanza de la democracia y de la justicia. Es,

en efecto, un acto de justicia informaros que nuestro eminente físico el doctor Julius Uranius, Presidente de la Comisión de Energía Nuclear, detenido hace varias semanas bajo el cargo de alta traición a la patria, después de un juicio llevado a cabo con el más completo apego a la ley, ha demostrado su inocencia y su lealtad a Utopia. El doctor Uranius fue puesto en libertad la noche de hoy y dentro de una semana la Academia de Ciencias Físicas de Utopia, en sesión solemne, le rendirá pleito homenaje designándolo su presidente vitalicio. A la sesión y a la cena que la seguirá asistiré yo, vuestro Presidente, y conferiré al doctor Uranius la distinción más alta de nuestra nación: la gran cruz al mérito nacional. Ante este homenaje sin precedentes, que el telégrafo ha hecho conocer ya al mundo entero, el júbilo desborda los círculos científicos del orbe y los mensajes de felicitación llegan por centenares. ¡Dios bendiga a Utopia!

Sobre el ¡Ah! no deliberado pero inevitable y natural del grupo, habla

JULIUS.—¿No quieres cerrar eso, Penélope querida?

PENÉLOPE (*Lo hace y corre a arrodillarse ante JULIUS*).—¡Julius, Julius!

JULIUS (*Besándola en la frente y tomándola por los hombros*).—No lo tomes tan al pie de la letra, querida, y levántate. Son artificios políticos, cosas de cajón. Y aunque eso llegue a ser, no me creeré un dios, como quizás lo espera Olimpio.

RINALDO.—Ante tan estupenda noticia, ¿todavía te pones difícil y te encabritas por tu infernal orgullo?

JULIUS.—No me interesan los honores. Es confetti que arrojan a los ojos del pueblo. Y no asistiré.

PENÉLOPE.—¡Mi vida!

AUGUSTA.—¿Cómo puede usted decir eso cuando asistirá el Presidente? ¡Lo dijeron así! Y nunca ha hecho nada igual por nadie. ¡Sea sensato!

JULIUS.—En realidad, prefería yo su injusticia —era menos vistosa. No soy hombre de premios ni de banquetes ni de condecoraciones. Me basta con trabajar para saber —y a veces para olvidar— que vivo.

RINALDO.—¡Cuida que no lo sepa Olimpio! Aunque no lo quieras, él es el poder.

JULIUS.—Quizá lo sabrá si lee tu columna.

RINALDO.—¿Por qué demonios no puedes acabar de creer en mi amistad?

JULIUS.—Porque eres leal a tu vocación de periodista en primer lugar. Y eso no puedo censurártelo.

RINALDO.—Mi columna dirá lo que tú quieras, pero no pueden ser diatribas ni reservas contra Olimpio. Después de todo es el Presidente, ¡qué diablo!

JULIUS.—¿Desde hace cuánto tiempo y por cuánto tiempo aún? Yo he sido el que soy desde que nací, y lo seré toda mi vida.

AUGUSTA.—Es usted increíble, Julius. Llego a pensar que sería un negocio fabuloso exhibirlo.

JULIUS.—Gracias, Augusta. No en vano se es suegra.

AUGUSTA.—¡Oh, los hombres! ¡Y sobre todo esa especie de los sabios!

VIRGIL se ha ocupado entre tanto en volver a llenar los vasos de todos.

VIRGIL.—Creo que estamos desperdiciando la ocasión de beber con un motivo festival. Para los griegos las fiestas eran siempre sagradas, sobre todo las consagradas a Dionisos.

AUGUSTA (*Brindando*).—¡Por que recobre usted sus cabales, Julius!

JULIUS (*Ríe brevemente*).—Gracias, Augusta.

Todos brindan y hay un momento de silencio en el que PENÉLOPE se acerca a chocar su vaso con el de JULIUS. Se besan y beben. Suena el timbre. ARTURO va a abrir la puerta del fondo y desde ella anuncia:

ARTURO.—El señor Secretario de Estado.

JULIUS.—Gracias, Arturo. Es todo.

Entra PAULUS, impecable siempre, y ARTURO hace mutis mientras aquél saluda en silencio a las señoras y a los hombres. El último en recibir su saludo es JULIUS.

PAULUS.—Mis parabienes, aunque ya se los ofrecí esta tarde. Todas mis felicitaciones, señora.

PENÉLOPE.—Gracias.

JULIUS.—Los agradezco nuevamente. ¿Puedo ofrecerle...?

PAULUS.—Gracias. Lo mismo que ustedes, si me hace favor. Veo con agrado que es toda una celebración —justificada y... merecida. (*VIRGIL le sirve.*) Gracias, profesor Emers. Salud. (*Da un sorbo.*) Querido Rinaldo, me agrada encontrarlo aquí porque así puedo decirle que se ha levantado la censura sobre su columna...

RINALDO.—¿Sí? ¡Bravo! Con eso me liquidan, Julius. ¿Qué puede ser una columna con la sanción oficial?

VIRGIL.—¿Quizás el coro de los dioses?

PAULUS.—Con toda amistad, le recomiendo que no sea impertinente. Deje esas salidas para su columna. Al público le divierte verlo arruinarse los zapatos nuevos pateando en las rocas del gobierno.

RINALDO.—Podría usted ser un buen crítico de letras —si leyera más, señor Secretario.

PAULUS.—Y le recomiendo, de paso, que vaya cuanto antes a su periódico. Allí encontrará un sobre con varias informaciones exclusivas que le permitirán redactar una columna que hará época, se lo aseguro.

RINALDO.—Es curioso, pero cada vez que nos encontramos, por lo menos en casa de nuestro Julius, me hace usted bajar del autobús. Bien. Buenas noches. ¿Puedo abrazarte, Julius? (*Lo hace, y continúa acompañando la acción a la palabra en el resto de su parlamento.*) ¿Puedo besar las manos de Augusta y de Penélope? ¿Decirle *Evohé* a nuestro erudito y dionisiaco Virgil? ¿Y a usted, querido Argos-Talleyrand, *caveant consules*?

JULIUS.—¡Rinaldo! Siento que esto pase en mi casa, Paulus.

PAULUS.—Nada. Nuestro amigo es un clown nacido y lo que lo salva es su impertinencia. Si llega a perderla, se acaba.

RINALDO.—Agradezco el elogio y recordaré la advertencia. (*Va hacia la puerta.*)

PAULUS.—¿Podría tener unos minutos con usted, Uranius? Es urgente.

AUGUSTA.—¡Un momento, Rinaldo! Pienso que puesto que se ha levantado la cuarentena me gustaría oír a ese nuevo cantante ultrapop en el Café de la Balastrada. ¿Quieren usted y Virgil llevarnos a Penélope y a mí tal como estamos? Hace calor.

VIRGIL.—Excelente idea y con todo gusto, querida.

RINALDO.—Como están, será el número de fuerza.

PENÉLOPE *se despide de PAULUS con un movimiento de cabeza y agita la mano sonriendo hacia JULIUS, que sonríe y corresponde. AUGUSTA y VIRGIL hacen una inclinación de cabeza y los cuatro salen, VIRGIL el último.*
Breve pausa.

JULIUS.—¿Un repuesto?

PAULUS (*Mira su reloj*).—Sí, gracias. (*Saca un puro largo y fino, aunque menos que los de Olimpio mientras JULIUS rellena los vasos de los dos.*) Amable. Como se imaginará, es usted espedido. Tengo instrucciones de acompañarlo.

JULIUS.—¿Ah?

PAULUS.—¿Escuchó el boletín radiofónico?

JULIUS.—Era una orden, ¿no? La cumplí.

PAULUS.—Si usted quiere. Y, ¿qué opina?

JULIUS.—Antes de opinar, quisiera saber dónde estamos y cómo estamos.

PAULUS.—Daba por hecho que ya lo habría usted entendido. Infor-

mado por mí de que terminó usted satisfactoriamente todas sus pruebas de laboratorio y que garantiza el éxito del resultado, el señor Presidente quiere verlo.

JULIUS.—Creo que, en efecto, cumplí con mi compromiso. No puedo, sin embargo, aceptar desagravios ni honores mientras cierta persona siga injustamente encarcelada.

PAULUS.—En eso ha contado usted con mi más decidido apoyo. Quizá no llegó a saber en su . . . retiro que hubo toda una tempestad diplomática, no ya en un vaso, sino en una gran barrica de agua. El Presidente ordenó esta misma tarde la puesta en libertad de Valérie a condición de que abandone el país en el plazo más breve posible.

JULIUS.—Ah.

PAULUS.—Olvidando sus sentimientos personales, el Presidente consideró el asunto con la mayor objetividad, así que no hay problemas ya por ese lado y supongo que después de este informe usted no tendrá ya reserva alguna para verlo.

JULIUS.—Perdone usted. La tengo.

PAULUS.—Explíquese con brevedad, porque nos espera en pocos minutos.

JULIUS.—Tiene mi informe completo y podrá tomar sus decisiones y proceder por sí mismo, como prefiere hacerlo. No entiendo para qué me necesita si el laboratorio y usted han puesto todo en sus manos.

PAULUS.—Comprendo su resentimiento, pero me parece un tanto pueril. Y sé que él lamenta la actitud de aparente violencia que le impusieron necesidades políticas. Pero esta entrevista tiene un sentido especial. ¿No es Utopía, después de todo, el punto ideal de reunión de los hombres libres?

JULIUS.—¿No parece ser más bien, hasta ahora, el punto ideal para la comisión de errores y de injusticias?

PAULUS.—Es usted un sofista y empiezo a aceptar la idea de que es un egocéntrico y de que no tiene simpatías por Olimpio.

JULIUS.—Usted es su ministro, su brazo derecho, y los dos son nuevos y durarán poco. Yo no soy nuevo: yo tengo la edad del mundo, que es la edad de la investigación científica, y he sido calumniado y sobajado ante mi pueblo. Los nuevos señores, que cambiarán pronto, no pueden mandar en mí ni en mi mente.

PAULUS.—¡Vamos, hombre! El desagravio que le ofrece el Presidente no puede ser más amplio.

JULIUS.—El Presidente no me conoce o me conoce mal. Yo no quiero esa clase de desagravios, esos honores artificiales, prefabricados que no me harán mejor si soy un fracaso ni me anularán

si tengo algo vivo en mí. Y tengo un solo interés, una sola verdad: servir a la humanidad, dar acceso al átomo al hombre de la calle como se le dieron las cerillas. Y quiero trabajar nada más. ¿Qué quiere él?

PAULUS.—Pregúnteselo usted mismo. Lo demás, que parece trastornarlo tanto, es un problema para psiquiatras, no para el Secretario de Estado.

JULIUS (*Termina su copa*): Creo que tiene usted razón —aparte de que tiene que estar con él. Perdóneme. Es que siento en mí una rebeldía absoluta a recibir esos honores.

PAULUS.—Dígaselo usted a él. El Presidente Olimpio es capaz de comprender a los hombres y sus motivos mucho más de lo que usted piensa. Y si lo llama ahora es justamente por lo que usted reclamó la vez pasada: para consultar con usted. ¿Nos vamos?

JULIUS.—Es usted hábil. Me quita la razón al tiempo mismo de dármele. Vamos, Paulus.

TELON

ACTO TERCERO

CUADRO SEGUNDO

Nuevamente el despacho del PRESIDENTE OLIMPIO. En la pared opuesta a la que tiene el trofeo del oso blanco, un gran mapa marcado con numerosas cruces rojas, que OLIMPIO examina con atención y a todas luces con impaciencia puesto que en un momento dado va a la mesa-ministro por una lupa de gran tamaño. Vuelve al mapa, aplicando la lupa para examinar ciertos puntos minúsculos; luego a la mesa, tira la lupa sobre un cartapacio y toma un largo cigarro. Llama al intercom.

OLIMPIO (*Inclinándose ligeramente y tocando un botón*): Está bien. Haga pasar al Secretario Paulus. (*Se entrega metódicamente a encender su cigarro-puro.*)

PAULUS (*Entrando*): Buenas noches, señor Presidente.

OLIMPIO (*Mirando su reloj*): Se ha retrasado usted siete minutos.

PAULUS.—Perdón. Los sabios, señor, son en realidad como las mujeres. Tienen que aplicarse una especie de maquillaje mental, parece, y es cosa que toma tiempo.

OLIMPIO.—Ya es hora de que los sabios —y usted— entiendan que no se me puede hacer esperar. No tengo tiempo para esperar.

PAULUS.—Comprendo. Todas mis excusas, señor.

OLIMPIO.—¿Cómo está Uranius?

PAULUS.—Supongo que bien. Confirma totalmente el contenido de su informe: ha terminado satisfactoriamente su trabajo. Pero no quiere homenajes. Asegura que no asistirá.

OLIMPIO.—Que no asista. Siempre podemos honrarlo después de muerto. Nunca falta tiempo para eso.

PAULUS.—¡Señor Presidente!

OLIMPIO.—Quiero decir simplemente, cuando muera. Y hablo en términos generales. Utopia honra a sus héroes a pesar de ellos mismos. Dejemos eso. Acabo de recibir nuevas noticias. La situación estática durante tantos meses, evoluciona. Ante la supuesta prisión de Uranius y la imposibilidad consiguiente de secuestrarlo y reclutarlo, han perdido ventaja, que es lo que yo buscaba. Ventaja y sentido de orientación. No llega aún el ultimátum, pero está en camino. Si las tropas de Utopia no se retiran desde luego de la zona africana en que hacemos la guerra experimental, dejarán caer en ella su bomba Zeda, que es el arrendajo de nuestra Omega.

PAULUS.—¡No puede ser! ¡No creo que se atrevan!

OLIMPIO.—Yo tampoco, pero en todo caso no les costaría más que dinero. Matarían africanos y destruirían a los nuestros nada más. ¿Qué importancia puede tener para ellos?

PAULUS.—Pero el Extremo Oriente...

OLIMPIO.—No tardará usted en recibir por estafeta el informe que me dio nuestro embajador por la línea directa. El Extremo Oriente, por esta vez, se solidariza con los otros, para salvaguardar la paz del mundo. ¿Y es a estas horas cuando el doctor Uranius se pone maquillaje mental? Hágalo entrar y después pase al salón contiguo (*Señala la pequeña puerta lateral.*) Desde allí podrá oír todo.

Su puro se ha apagado y vuelve a encenderlo con gran cuidado y observando su pulso, mientras PAULUS abre la puerta y, con una señal, hace entrar a JULIUS, que adelanta algunos pasos y se inclina en silencio.

PAULUS.—Con su permiso, señor Presidente. (*Sale por la puertecita lateral.*)

OLIMPIO (*Arrojando una bocanada de humo*): Bien. Volvemos a vernos, doctor Uranius.

JULIUS.—Sí, señor Presidente.

OLIMPIO.—Y aunque lo llamé para darle mis parabienes por la labor que ha realizado, veo que una vez más nuestra conversación tiene que iniciarse con una nota discordante. Le había prometido un desagravio, estoy dándoselo —más allá de cualquier expectativa— y me dicen que lo rechaza usted. Debo reconocer que su orgullo no tiene límites.

JULIUS.—Es todo lo contrario del orgullo. Me basta mi trabajo. Los honores me parecen grilletes y prisiones. Nunca los he buscado.

OLIMPIO.—Le recuerdo que no se trata de lo que usted busque, sino de lo que yo quiero darle y que usted no puede menos que recibir. ¿Es claro eso?

JULIUS.—De claridad solar.

OLIMPIO.—Como todos mis actos. Me alegra que lo vea usted así. ¿Su informe de trabajo?

JULIUS.—Lo entregué ayer noche al Secretario Paulus.

OLIMPIO.—Lo tengo aquí conmigo, pero quiero oírlo de sus labios, con detalles. ¿Terminó usted la tarea?

JULIUS.—Terminé, señor.

OLIMPIO.—Revisó, rectificó, ajustó, puso en orden de trabajo la bomba Omega?

JULIUS.—Está lista, señor.

OLIMPIO.—Hábleme de ella. Si la dejamos caer desde cierta altura sobre un blanco cuidadosamente elegido, ¿cuál será el resultado?

JULIUS.—El incendio de la atmósfera, señor.

OLIMPIO.—Creía que era usted contrario a ese desenlace. Según eso, ¿ha reconsiderado, aceptado y perfeccionado la colaboración del profesor Marcus?

JULIUS.—Desde el punto de vista científico se trata de un progreso de la mayor importancia que mejora, amplía y complementa las posibilidades originales de Omega.

OLIMPIO.—Bien. Ese incendio de la atmósfera, ¿es inevitable?

JULIUS.—Ahora es seguro.

OLIMPIO.—¿Susceptible de extenderse a todo el mundo? Atención, un momento. Supongamos que dejamos caer la bomba en un lugar determinado del Oriente o de Africa, ¿tendría eso algún efecto sobre nuestro continente?

JULIUS.—A primera vista y en principio, sí. La radiactividad contaminaría el espacio a la rapidez mayor que se ha logrado hasta ahora. El incendio sería prácticamente simultáneo en todos los continentes por esa velocidad. Si leyó usted mi informe, lo sabe. Pero no me limité a hacer ese trabajo.

OLIMPIO.—¿Entonces?

JULIUS.—Usted sabe que se ha desenvuelto considerablemente la técnica de acabar con los incendios en los bosques encerrándolos precisamente dentro de un círculo de fuego de un radio mayor.

OLIMPIO.—Hum. ¿Ha preparado usted un dispositivo especial para ese fin?

JULIUS.—No, señor.

OLIMPIO.—¿Cómo?

JULIUS.—Creo que si Omega está construida para cumplir una función determinada y precisa, debe cumplirla sin cortapisa alguna. O es un arma destructiva o no lo es sino a medias.

OLIMPIO.—Así que en caso de arrojarla debemos correr el riesgo de nuestra propia destrucción.

JULIUS.—No, señor.

OLIMPIO.—Explíquese.

JULIUS.—Perdón, debo repetir que cualquier limitación a la capacidad de Omega la haría inútil, tan dañina pero tan insuficiente como los ejemplos de Hiroshima y Nagasaki.

OLIMPIO.—Entonces encontró usted la perfección que, como hombre de ciencia, buscaba.

JULIUS.—Sí, señor.

OLIMPIO.—Y nuestro acatamiento a la perfección nos destruiría al aniquilar al enemigo.

JULIUS.—No, señor.

OLIMPIO.—¿Entonces? ¡Termine usted ya!

JULIUS.—No era posible idear un dispositivo circunstancial para reducir la potencia de Omega.

OLIMPIO.—¿Entonces, repito?

JULIUS.—Entonces, señor, he ideado otra bomba.

OLIMPIO.—Ah. Lo escucho.

JULIUS.—¿Me permite usted fumar?

OLIMPIO.—Fume.

JULIUS saca su cigarrera, de la que extrae un cigarrillo. Guarda la cigarrera y de un bolsillo del saco produce un encendedor y dos pequeñas hojas de papel enrolladas y un tanto arrugadas. Da fuego a su cigarrillo y luego a los papeles, que deja caer en un cenicero. OLIMPIO lo sigue atentamente con la vista.

JULIUS.—Esto que ve usted aquí, señor, es el efecto de Omega: la llama universal. Esto (*aplica sobre el papel ardiente su puño cerrado, con fuerza, apagándolo*), es el remedio. Una explosión mayor que detendrá el incendio.

OLIMPIO.—¿Antes de que sea destruido el enemigo o antes de que seamos destruidos nosotros? Aparte del efecto inmediato, ¿qué otros tiene? ¿Importantes?

JULIUS.—Uno solo: la regeneración de la atmósfera, señor. Todo ser viviente, humano o animal, en la región donde se hagan explotar la Omega y esta obra bomba —es indispensable combinarlas— caerá en un sopor profundo que se prolongará varios meses.

OLIMPIO.—¿Sin lesión física, orgánica?

JULIUS.—Sin la menor lesión de ningún orden. Hombres y animales dormirán el sueño del justo. La segunda bomba, activada por el incendio de la atmósfera, proyectará una radiactividad que, mientras el hombre duerme, fertilizará ilimitadamente la tierra, dará opulencia sin precedente a la vegetación, tonificará a los seres humanos que podrán vivir ciento cincuenta, doscientos años, sin envejecer y morirán sólo por el desgaste natural de sus órganos, pero sin decrepitud. Morir será, simplemente, volver a dormir.

OLIMPIO (*Lo mira lentamente, como si lo recorriera a milímetros. Arroja su cigarro-puro con violencia, toma otro y lo enciende imponiendo con esfuerzo estabilidad a su pulso. Arroja humo. Al fin habla:*) ¿Está usted loco?

JULIUS.—Creo que no, señor Presidente. Esta nueva bomba resolverá además el problema del espacio vital y su acción al través de reactores espaciales rehabilitará a los otros planetas de suerte que el hombre podrá vivir en ellos con igual seguridad que en la tierra.

OLIMPIO.—¿Y es eso lo que quiere usted dar a nuestros enemigos? No lo pregunto ya, lo afirmo: está usted loco.

JULIUS (*Indescifrable*): ¿Usted cree, señor Presidente?

OLIMPIO.—¿Quién le ordenó construir esa supuesta bomba?

JULIUS.—Omega misma, señor, que la hizo imperativa. El átomo, que clama por el antiátomo. Cada vez que un hombre ha inventado una arma agresiva, otro hombre ha inventado una defensiva. Contra los tanques, los antitanques, como antes las pieles contra las piedras y el hierro contra las lanzas y espadas etc. ¿Para qué dejar la tarea a otro si un solo hombre puede hacer las dos? Y ése es, para mí, el papel del sabio nuclear.

OLIMPIO.—¡El papel del traidor!

JULIUS.—No puedo permitir que me ofenda usted. He cumplido con mi deber de hombre de ciencia.

OLIMPIO.—¿Se siente usted acaso el dios y el héroe? ¿Y no ha pensado en que puede ser el mártir?

JULIUS.—Ni lo uno ni lo otro. Los dioses de nuestro tiempo son todos menores, y ya no hay héroes en los hombres que usan napalm y gérmenes en la guerra ni entre los triunfadores del instante que matan a sus prisioneros maniatados que son, ésos sí, los únicos mártires.

OLIMPIO.—No es usted traidor, pero gracias a su obra si destruyo, seré destruido, y para no serlo tendré que dispensar al enemigo todos los bienes de la vida. ¿Es eso?

JULIUS.—Dicho brutalmente, así es, señor. Pero esos beneficios serán nuestros también.

OLIMPIO.—¿O sea que no puedo salvarme si no salvo a los demás, a los mismos que me odian, combaten mis ideas y me aniquilarían sin el menor escrúpulo ni la mínima compasión?

JULIUS.—La nueva bomba tiene un nombre, señor Presidente. He dado a esa bomba de la resurrección, a esa bomba del único amanecer posible para la humanidad, el nombre de Alpha. Y la creé por amor a Utopia, pero también por amor a la humanidad, pensando que usted me comprendería.

OLIMPIO.—¿Esto cuando el enemigo se apresta a acabar con nosotros? ¡Paulus!

PAULUS (*Entrando muy agitado por la puertecilla lateral*): ¿Señor?

OLIMPIO.—¿Ya lo oyó usted todo, ¿no? ¡Nunca pensé que la traición pudiera llegar a tales extremos de baja y de inconsciencia! Encierre usted a este imbécil soberbio y haga que se le forme juicio sumario. Será ejecutado, naturalmente, pero dentro de las formas legales.

JULIUS.—Es decir que a mí me forma usted proceso, ¿pero no a los millones de gente que podría matar con la bomba?

OLIMPIO.—Esos no son responsables ante la ley, son inocentes, no enemigos del género humano como los sabios nucleares. Convóqueme en seguida, Paulus, a todos los especialistas de primera del mundo occidental.

JULIUS.—Será trabajo perdido, señor Presidente. Todos los que tenemos alguna calidad estamos de concierto en esta acción. En todos encontrará usted la misma respuesta.

OLIMPIO.—¿O sea que todos son traidores?

JULIUS.—Nuestro partido, señor Presidente, es el hombre, no las ideas políticas, no los fanatismos políticos. Recuerde usted cómo cada uno de mis colaboradores fue procesado por alta traición —hasta Marcus. Yo lo organicé todo para poder llegar a este punto, a esta solución.

OLIMPIO.—¡Imbécil! ¿Qué hace usted entonces de la conciencia política del hombre, que es la base de su vida?

JULIUS.—¿Qué son las ideas sin el sentido y sin el sentimiento del hombre? Como los viejos patriarcas, usted hubiera podido engendrar cincuenta o cien hijos, pero, ¿puede construir uno solo, impedir que muera si está enfermo, devolver la vida al que muere por mano de usted?

OLIMPIO.—Paulus, ¡las fórmulas! Haga que traigan inmediatamente las fórmulas. Tienen que estar en la fortaleza.

JULIUS.—Están aquí, señor.

OLIMPIO.—¿Cómo?

JULIUS.—En ese cenicero. Las quemé ante usted. Las que hay en el laboratorio no están completas.

OLIMPIO (*Los puños en alto, imponente*): ¡No sé qué me contiene para...!

JULIUS.—Puede usted matarme sin proceso también por sus propias manos, pero le advierto que en ese caso me defenderé. De hombre a hombre.

OLIMPIO.—¡Juro que quedará usted cubierto de oprobio y de abyección ante el mundo entero por su traición y que haré maldecir su nombre por la humanidad!

JULIUS.—Ante el mundo de la ciencia, que es el mío, y ante la humanidad misma, me absuelven los ejemplos de Otto Hahn y de Oppenheimer y la muerte de mi amigo Orlov, a quien sacrificaron los otros seudodioses. Es el nombre de usted, de ustedes, el que debe ser obliterado para siempre.

OLIMPIO.—¡Yo defiendo la vida de mi país!

JULIUS.—Y yo la del hombre.

OLIMPIO.—¡Todavía haré explotar la bomba para salvar a Utopia!

JULIUS.—¿Cuál de las dos? Sólo yo puedo diferenciarlas, y no puedo prever las consecuencias si Alpha estallara antes que Omega y ésta incendiara el aire.

OLIMPIO.—Pagaré usted con su vida, Uranius.

JULIUS.—Una vida junto a la vida de la humanidad, ¿qué importa? Lo que pago es el sueño de haber querido ser útil a Utopia y al hombre.

OLIMPIO.—¡Ciego, idiota, vanidoso infernal! ¡La humanidad está siempre con los grandes conductores de pueblos y es de ellos! ¡La humanidad es mía! ¡Que se lo lleven ya!

JULIUS.—Estoy listo, Paulus. Cuando usted guste.

PAULUS.—¿Señor Presidente?

OLIMPIO.—Tendrá que revelar las fórmulas durante el juicio, como sea. En todo caso, prevéase la ejecución antes de doce horas. Haga lo necesario. Llame a los agentes.

PAULUS (*Al intercom*): Los agentes de guardia.

Un instante después aparecen los AGENTES PRIMERO y SEGUNDO. Si la situación les causa alguna sorpresa, no lo denotan.

PAULUS.—Conduzcan ustedes al doctor Uranius a la fortaleza indicando al Gobernador que debe quedar incomunicado. Yo le llevaré más tarde instrucciones.

JULIUS.—Respeto su poder, señor Presidente —y la prueba está en que dejo el destino del mundo entre sus manos. Si su Dios existe, ¡que lo ilumine! (*Sale con los DOS AGENTES.*)

OLIMPIO (*agitado, impresionante, terrible*): ¡Jamás se vio traición igual! ¡Jamás hombre alguno en la historia del mundo se encontró en esta situación! Tenemos que desalojar inmediatamente a nuestras tropas de Africa, Paulus, pero llame usted por la línea especial al Primer Ministro y dígame claramente que a la menor veleidad de su parte dejaré caer en su país la bomba Omega.

PAULUS.—Creo que la noticia de nuestra retirada, si puedo insinuársela, hará cesar la tensión por el momento.

OLIMPIO.—Es cierto. Dígame, más bien, que si ellos se muestran comprensivos y dan prueba de amar la paz, propondré una ampliación al tratado de no proliferación de las armas atómicas. Propondré la desintegración de las bombas mismas.

PAULUS.—¡Maravillosa idea, señor! ¡Extraordinarísima!

OLIMPIO.—Ya se encontrarán nuevas formas de defensa. Pero necesito tiempo, necesito tiempo, ¡tengo que tener tiempo! De todos modos, llámeme a los sabios más jóvenes cuanto antes.

PAULUS.—Sí, señor.

OLIMPIO.—A usted puedo decirle que a veces mi propio poder me hace desconfiar de mí mismo. ¿Soy yo o es mi poder el que me hace obrar así?

PAULUS.—Usted y el poder son sinónimos, señor Presidente.

OLIMPIO.—Naturalmente, juzgará a Uranius una corte marcial.

PAULUS.—Naturalmente. Pero, ¿y si hubiera mentido Uranius, señor?

OLIMPIO.—Lo he pensado ya. Costará muchas vidas saberlo, empezando por la de él, pero lo sabremos o se acabará el mundo. Proceda usted sin tardanza. (*PAULUS se inclina y sale. OLIMPIO pasea un instante. Cruza los brazos con los puños cerrados.*) ¿Puedo orar y meditar ahora, Señor?

Se hace el oscuro y sobre él empieza a oírse

EL CORO RADIOFÓNICO.—Después de un proceso llevado a cabo con absoluto apego a la ley por los altos jefes militares y civiles que componen el Comité de Seguridad Nacional, y a pesar de los brillantes argumentos de la defensa de oficio, el Veredicto

del tribunal condenó al doctor Julius Uranius —a quien el Presidente Olimpio se aprestaba a colmar de honores— a sufrir la pena capital por el delito de alta traición a la seguridad de Utopia y de sus instituciones democráticas y pacifistas. La sentencia fue ejecutada esta noche a las veinte horas treinta minutos en la fortaleza del Estado. "El hombre que se creía Dios," según la feliz expresión de un periodista, ha llegado al término de su vergonzoso camino de deslealtad hacia la patria. En coincidencia con esto, un boletín del Ministerio de Estado anuncia que en breve será suscrito un tratado para la desintegración de las bombas nucleares fabricadas durante la larga carrera armamentista que todos conocemos. En la histórica frase del señor Presidente Olimpio, los sabios nucleares han demostrado en todos sus intentos para crear armas de destrucción, que son los enemigos de la humanidad en toda apariencia. "Ellos desintegraron el átomo, pero nosotros desintegraremos sus bombas atómicas para salvar al mundo." En el proceso formado al doctor Uranius quedó plenamente probado que llegó al extremo de fabricar una bomba que hubiera aniquilado sin remedio al planeta entero, cosa imposible para el Presidente Olimpio, espíritu abierto y alma activa que no podría por un solo instante pensar en la destrucción de la humanidad, de la que es parte y servidor. Ejemplarmente, en el doctor Julius Uranius, de infausta memoria, se ha castigado la traición a la causa del hombre y a la causa de la ciencia, que son las causas de Utopia y de su glorioso Presidente. Una vez más, Dios ha demostrado que está con Utopia. ¡Que pueda ampararla siempre con su bendición!

T E L O N

CUADRO TERCERO

Una sala que da la impresión de ser hermética, con puertas cerradas a la derecha y al fondo centro, ésta de metal. Sillas de alto respaldo, tapizadas de cuero negro, alineadas a los lados de la puerta central y sobre la pared izquierda. En ésta, un gran grabado indescifrable desde lejos, probablemente religioso, en marco negro.

De pie, de espaldas al público, aparece el grupo de dolientes: PENÉLOPE, vestida sobriamente en tonalida-

des sombrías de gris, mira hacia el piso, como si estuviera concentrada en una oración. AUGUSTA, de negro, con sombrero y velo, a la izquierda de PENÉLOPE, a cuya derecha está VIRGIL en su traje gris oscuro habitual. Un poco separada del grupo, hacia el lado derecho, VALÉRIE DE FORNARO, con un traje violeta muy oscuro, un discreto sombrero y un velillo grises, zapatillas de raso negro. Todas, excepto PENÉLOPE, tienen los ojos fijos en la puerta metálica del fondo centro. Se abre la puerta derecha y entra RINALDO, de azul oscuro y con aire un tanto azorado. Saluda con una leve inclinación y se sitúa a la derecha de VIRGIL mirando también hacia el fondo centro en la actitud ritual descrita. Unos instantes después vuelve a abrirse la puerta derecha y entra PAULUS, de gris oxford. Inclina ligeramente la cabeza hacia VALÉRIE, avanza hasta quedar frente a PENÉLOPE.

PAULUS.—Perdón, señora Uranius. Tengo el deber de informar a usted que la... operación acaba de terminar. Habrá que esperar un poco aún, por ciertos detalles de orden técnico, pero en breve tiempo yo mismo pondré en sus manos las... hummm... la urna. Creo que sería mejor que descansara usted un poco. (*Se inclina y vuelve a salir.*)

PENÉLOPE (*Exhalando un involuntario, hondo suspiro*): Curioso. No pensé que me sentiría tan cansada. Creo que podemos sentarnos un momento.

VALÉRIE (*Yendo hacia ella con discreto señorío*): Mil gracias, señora, por haberme permitido...

PENÉLOPE (*Sonríe fugazmente*): Gracias porque vino. Le hice avisar porque él y yo hablamos de usted la última noche y él me dijo cosas que no sabía y que me conmovieron.

Mientras continúa el diálogo, todos se sentarán ad libitum.

RINALDO.—Debo excusarme por mi incalificable retraso. Tuve que esperar al director para entregarle en propia mano la columna que saldrá mañana y que dirá la verdad hasta donde y como yo la sé. Quizá mi última columna.

PENÉLOPE.—Quisiera un cigarrillo, aunque parece absurdo aquí. (*RINALDO y VIRGIL se apresuran a sacar los suyos, pero VALÉRIE se adelanta sentándose junto a PENÉLOPE y tendiéndole su cigarrera a la vez que hace funcionar un encendedor.*) Gracias. (*Enciende y expelle una voluta de humo.*) ¿La verdad, Rinaldo?

¿Quién puede saberla fuera de Dios y de Julius? Y creo que haces mal en comprometerte ahora. No puede arreglarse nada y tú sí puedes resultar perjudicado. ¿Por qué no esperar para limpiar poco a poco la memoria de Julius?

RINALDO.—Eso espero hacerlo de todos modos. Pero primero debo probar —a ti sobre todo— que era yo su amigo.

PENÉLOPE.—¿Qué puedo decir entonces? (*Vuelve a abstraerse de pronto, como si rezara.*)

VIRGIL.—Hija, perdóname. Hay algo que me impidió concentrarme antes y que me intriga ahora. ¿Estabas rezando? ¿Estabas rezando mientras...? Hasta donde te conozco, eres una muchacha de sentido común y poco religiosa. No entiendo.

PENÉLOPE.—No, papá. Estaba tratando de recordar algo y creo que lo conseguí. Algo que Julius releía con frecuencia y que me leyó algunas veces. Lo copié en un papel para hoy, por si se me olvidaba. (*Saca un papel de su bolso.*) Y procuré ajustar mi recuerdo al ritmo de la... del...

VIRGIL.—¿Del sacrificio?

PENÉLOPE.—Oh, Julius nunca lo consideró así. Desde que nos casamos me pidió... esto, y supongo que por eso le agradaba leerlo... (*Repite pausadamente, sin ver el papel:*) "Pasé entre bastidores al final del servicio y vi la cosa de verdad. La gente tiene miedo a verla, pero es maravillosa... El ataúd violeta volvió a moverse y penetró, los pies por delante. ¡Y había que verlo! Los pies explotaron milagrosamente en ondeantes cintas de adorables llamas color granate, libres de humo y voraces como lenguas de Pentecostés, y conforme el ataúd entero penetraba, reventó todo en llamas y mi madre se convirtió en ese hermoso fuego... Mamá lo habría disfrutado enormemente... Vimos entonces una cocina... en la que dos cocineros... que tenían pequeñas pinzas en las manos, separaban experta y hábilmente uñas y restos de asas de ataúd del lindo montoncito de cenizas y muestras de hueso de mamá. Mamá misma inclinandose en ese momento junto a mí, sacudida de risa... y mamá me dijo al oído: ¿Cuál de los dos montoncitos soy yo, me pregunto? ¡Oh tumba...!" (*Su voz se corta.*)

VIRGIL.—"Oh tumba, ¿dónde está tu victoria?" Sí, es la carta de Shaw cuando su madre fue incinerada. Una obra maestra.

PENÉLOPE.—Y, no sé... Pero repitiendo mentalmente esa carta, me pareció que lo veía todo —el fuego milagroso— y que de pronto alguien me tocaba en el hombro, ¡oh, muy ligeramente! y yo me volví un poco y era Julius, que estaba conmigo.

AUGUSTA.—¡Hija! Por primera vez en mi vida no puedo decir nada.

VALÉRIE.—¿Podría yo conservar ese papel? Parto esta noche y no tendré ya tiempo de comprar el libro. (PENÉLOPE *se lo tiende.*)
Mil gracias.

RINALDO.—Tengo que pedirte perdón, Penélope.

PENÉLOPE.—¿A mí? ¿Por qué?

RINALDO.—Te mentí hace un momento —relativamente, aunque es cierto que llegué tarde— porque no sabía cómo te sentías. ¿Puedes perdonarme?

PENÉLOPE.—¿Qué hiciste de malo?

RINALDO.—Lo mismo que Shaw. Pasé entre bastidores y vi cómo Julius se convertía en ese fuego que tú llamaste milagroso. No lo olvidaré nunca.

PENÉLOPE.—Yo lo vi todo en mí misma.

VIRGIL.—Sí, yo he visto incinerar cadáveres en la India. No hay danza comparable, y en esto veo al poeta que era en realidad Julius.

RINALDO.—¿Poeta?

PENÉLOPE.—Escribió un poema, de joven —muchos, en fin, extraordinarios todos para mí, pero hay uno que me golpea la memoria ahora:

*Un día, al fin, bavemos de este mundo fallido
una enorme ventana
desde la cual veremos, como la hermana Ana,
la vida de otros seres en otros nuevos mundos
en los que fuera gloria nuestra ser vagabundos.
Y entonces sentiremos que no hay fin ni desierto,
que no hay más que la vida
hecha de sangre y llanto, de duda y congoja,
pero que da por eso la flor más bella y roja,
la flor siempre en renuevo que es sólo ella: la vida,
que da vida a la muerte y que la muda
en una plenitud solarmente desnuda
y que la transfigura uniéndose a ella luego
en una alucinante danza sin fin de fuego.*

VALÉRIE.—¿Podría tener esos versos también?

PENÉLOPE.—Le haré una copia.

VALÉRIE.—¿Cómo decir gracias?

*Se abre una vez más la puerta derecha y vuelve PAULUS,
llevando con solemnidad una pequeña urna que tiende
con las dos manos a PENÉLOPE.*

PAULUS.—Señora. . .

PENÉLOPE.—Le ruego que dé usted las gracias en mi nombre al Presidente Olimpio por permitirme conservar las cenizas de mi esposo. Salgo de Viaje. ¿Cree usted que podré llevarlas conmigo?

PAULUS.—Hoy mismo tendrá usted la autorización escrita.

PENÉLOPE.—Toda mi gratitud.

PAULUS *se inclina sin hablar, abarcando en su despedida al grupo, y sale con la misma solemnidad con que entró, como si llevara aún las cenizas de JULIUS.*

AUGUSTA.—¿Es cierto eso, hija? No me habías dicho que quisieras irte. ¿Adónde? ¿Sin nosotros?

PENÉLOPE.—Sin ustedes, creo. No sé, no sabía —es una idea que me vino de pronto. Había yo pensado que a Julius le gustaría que dispersara yo sus cenizas desde la torre Empírea, la más alta de Utopia y quizá del mundo. ¿Cómo hará usted su viaje. Valérie?

VALÉRIE.—Por barco.

PENÉLOPE.—¿Cree que podré conseguir una cabina —o compartir la de usted? Me gustaría que estuviéramos juntas.

VALÉRIE.—Me sentiré feliz.

PENÉLOPE.—Así, una noche, con usted, podré dispersar las cenizas de Julius a la mitad misma del Atlántico. El pertenecía a los dos mundos.

VALÉRIE.—Si hubiera yo podido tener un sueño, habría sido ése. El sueño de mi vida —como dar vida.

PENÉLOPE.—Pasaremos por casa, si usted quiere, le daré el poema y recogeré algo que Julius me encargó para usted. Me bastará una maleta.

VALÉRIE.—Ya sé. Quizás sería mejor llevar el libro.

PENÉLOPE.—Tenemos la urna.

RINALDO.—Te seguiré, Penélope. Déjame saber dónde estás y cuenta conmigo en todo. Siempre.

PENÉLOPE.—Lo sé, Rinaldo. Y lo sabe Julius. (*Le tiende la mano.*)

VIRGIL (*De pronto, como si escrutara el cielo*): "Ya palabras no son: son realidades: la tierra se agita convulsivamente, y en la hondura de sus entrañas mugiente se desata el trueno; zigzaguean en el cielo los rayos igniscentes, el polvo se levanta en raudos torbellinos; soplan furibundos todos los vientos en remolino de combate feroz y el cielo y el mar combaten en lucha confundidos. . . ¡Ved qué tormenta contra mí suscita Zeus para amedrentarme! ¡Oh venerable majestad de mi madre; oh Eter que al mundo llevas en giro la luz común a todos. . . Bien veis cuán sin justicia padezco."

AUGUSTA.—¿Qué es eso, Virgil, qué quieres decir?

VIRGIL.—No sé. Es decir, es la frase final del Prometeo Encadenado de Esquilo. Estuvo dándome vueltas en la cabeza todo el tiempo mientras... en fin... Comprendí de pronto por qué y entonces sentí que si no lo decía en voz alta reventaría yo.

AUGUSTA.—Me alegra tanto. Es lo mismo que yo he sentido.

PENÉLOPE.—Gracias, papá. Si quieren adelantarse al coche... Yo quisiera caminar un momento primero. (AUGUSTA, RINALDO, VIRGIL y al fin VALÉRIE salen en ese orden. PENÉLOPE permanece un instante sola. Levanta la urna con las cenizas de JULIUS. Caminar contigo un poco, Julius. (Inicia el mutis.)

TELON

COMENZO EL AÑO XXVIII DE LA REVISTA

DE conformidad con la tradición, el director de *Cuadernos Americanos* invitó a una cena en un céntrico restorán para celebrar la aparición de la primera entrega del año. El convivio tuvo lugar el 22 de enero próximo pasado. Asistieron ochenta y cinco invitados: intelectuales españoles, mexicanos y de otros países de la América Latina.

Siguiendo la costumbre se dijeron tres breves discursos: el licenciado Javier Rondero por México; el escritor boliviano Mario V. Guzmán Galarza, por la América Latina y el doctor Adolfo Sánchez Vázquez, por España.

DE: JAVIER RONDERO

Esta noche nos congregamos, una vez más, para celebrar otro cumpleaños de *Cuadernos Americanos* alrededor de su fundador y director don Jesús Silva Herzog. Por su generosidad de corazón, por su alteza de miras, por su lucidez de pensamiento, por su entereza y dotes de organizador es en México, y en la América nuestra, un hombre-institución.

Los seres humanos no nos encontramos más íntima y espiritualmente vinculados que cuando estamos unidos en una tarea común, junto a una bandera que ondea hacia el porvenir.

Diciéndolo con las mismas palabras de Silva Herzog "queremos repetir una vez más, aun cuando resulte fastidioso que para nosotros lo humano es el problema esencial y que nuestro ideal estriba en la implantación de la justicia económica, el goce de la libertad y la paz para todos los hombres, sin distinción de raza ni de creencias, sin distinción del color de la piel".

Cuadernos Americanos cumple ahora veintisiete años de vida. Estos veintisiete años de vida, han transcurrido en la vida mundial abrumados de historia. Tanto que apenas nos percatamos de su sentido preciso y cabal significación. Hemos vivido en el meridiano de los tiempos, entre un mundo y una época que agonizan y un mundo nuevo que apenas se gesta y palpita dolorosamente, como en toda gestación. En este breve período se inicia, como consecuencia de la multiplicación del número y de la velocidad de las comunicaciones, a un universo cultural común a todos los hombres a escala planetaria, a donde confluyen las más diversas corrientes históricas, políticas o ideológicas, modernas o seculares, que ahora mutuamente se entrelazan e incluyen recíprocamente y tienen forzosamente ellas mismas que sufrir crisis y transformaciones porque dichas corrientes para sobrevivir,

tienen que borrar rasgos y características, rígidamente dogmáticos, de tipo parroquial o tribal. El cristianismo, el judaísmo, el hinduismo, el budismo, el liberalismo, el socialismo, el marxismo, etcétera, todo el pensamiento oriental como el occidental se confrontan entre sí, y sin perder sus perfiles propios al abrirse se enriquecen mutuamente, originándose así nuevas síntesis a escala universal.

En este apretado haz de años, ha concluido una guerra mundial, ha explotado la bomba atómica, han desaparecido imperios, han surgido nuevos estados. Se ha registrado la casi total independencia política de todo un continente como Africa, y de un subcontinente como la India. China continental se yergue imponente en su autodeterminación y el hombre inicia su aventura espacial. En nuestra América: la América Latina, oprimida por las gigantescas tenazas de sus contradicciones, hemos contemplado el aparente milagro de una revolución como la de Cuba, que influye en la juventud de todo el continente, en su propia concepción de valores. Sólo parecía incommovible y estático nuestro México, nuestro mágico México, pero ya se advierten los primeros síntomas de una nueva preñez en su seno: la de su juventud que representa las dos terceras partes de su población (los menores de 30 años ascienden a 36 millones, en una población total de 48 millones). Una juventud, que ella sola iguala a la población entera de Cuba, Haití, Santo Domingo, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá y Bolivia.

Esta magnífica juventud mexicana generosa y alerta, que pretende legítimamente no ser un mero objeto pasivo sino ser un sujeto activo en la vida y en la historia, cuya mera presencia comienza a transformar a nuestro país dándole nuevo impulso y dinamismo; requiere libertad y nueva ampliación de las bases en que se asienta nuestra sociedad, para que pueda caber en ella con cierta holgura.

Los investigadores de hoy y de mañana que piensan y se expresan en español tienen forzosamente para poder registrar y valorizar esta época tan eminentemente histórica que recurrir a *Cuadernos Americanos* y así calibrar con exactitud "nuestro tiempo". Mañana no habrá historiador alguno que pueda prescindir, en la elaboración de sus trabajos, ni deje de revisar la "presencia del pasado" de esta revista, y se verá obligado a recorrer de nuevo la "aventura del pensamiento" y la "dimensión imaginaria" para ubicar nuestra cultura.

La historia no es puro empirismo ni simple cronología. La investigación histórica presupone, como la de toda ciencia social un imprescindible requisito: una concepción más o menos precisa de lo que es la vida de los hombres y de su sociedad; de la estructura propia de la vida humana cuyo rasgo característico es el cambio y la transformación. Lo que conocemos por dialéctica, en la historia. La construcción de las ciencias tanto las humanas como las físicas son obra de observación a la vez que de imaginación creadora.

¿Será mero azar la forma en que se presentan al investigador los hechos históricos, o pueden éstos colocarse en una sutil retícula, que los cuadricule en una disposición científica de ordenación? ¿Tiene la historia ciertas leyes que le son propias, o es ella misma un simple y arbitrario acontecer?

¿Será mera casualidad, que las últimas tres décadas de las centurias, al final de éstas, observamos cómo se agrupan trascendentales hechos históricos como en un apretado enjambre o densa constelación? Veamos. El descubrimiento de América, se da al terminar el siglo xv, apenas consumada la unidad en España. Es también en las tres últimas décadas, a fines del xvi, cuando se inicia en rigor la edad moderna. Es la época de Bacon, de Galileo, de Giordano Bruno, de Kepler, de Tycho Brahe. Es entonces cuando se fundan las ciencias exactas, se desarrollan las ciencias empíricas y de la observación, con el método inductivo y experimental. Elévese la matemática moderna cuando Neper construye los logaritmos y el mismo Galileo enuncia sus postulados nuevos. La historia de la medicina en esa época llena un apretadísimo capítulo, en el que se establece su desarrollo ulterior. Tenemos en las letras a Montaigne, Camoens, Shakespeare, Cervantes, Lope de Vega, que despliegan unos e inician otros sus geniales creaciones literarias, en torno al hombre y la vida humana. Encontramos ahí a Suárez y a Campanella, "campaña de un nuevo amanecer"; a Bodino y a Juan de Mariana en la filosofía política; y a Alberico Gentile, precursor de Grosio en el derecho internacional; a Claudio Monteverdi, padre de la armonía moderna y a Palestrina en la música; al legendario y moderno Greco en la pintura. Sería cuento de largo acabar la enumeración de los avances en la arqueología, la botánica y demás ciencias naturales, la fisiología y los nuevos descubrimientos en la observación del cuerpo humano, en las matemáticas, en la física, en la astronomía, etcétera.

Igualmente se registra en las postrimerías del siglo xvii, en sus últimas décadas la revolución inglesa llamada la Gloriosa Revolución y el establecimiento definitivo del sistema parlamentario inglés. Bastan los nombres de Spinoza y Leibnitz, Malebranche, Locke y Newton para evocar esa época y señalar su importancia.

También al término del xviii es cuando irrumpen la independencia de los Estados Unidos y la revolución francesa que conmueve y transforma al mundo occidental.

En las correspondientes décadas del siglo xix ofrecen sus primicias Plank y Freud y en su mayor caudal Marx, surge la generación del 98 que cambia la perspectiva del pensamiento español.

Permitaseme lanzar una hipótesis explicativa de este fenómeno histórico como se arroja una piedra en un estanque tranquilo. No es aquí ahora la oportunidad, por falta de tiempo, de alargarse acerca del cómo lo que históricamente todavía no es, influye sobre el presente, pero es un hecho que en las postrimerías de un siglo se acelera el pensamiento humano, así como

la actividad y los acontecimientos históricos correspondientes, en vista de la proximidad de un nuevo siglo.

Pareciera que las últimas tres décadas de las centurias gravitaran alrededor de la órbita del siglo que todavía no nace, que rebasarán sus marcos y que más que cómodamente instaladas en sus propias dimensiones temporales peregrinaran en éxodo hacia el futuro. Es por esto que en los últimos veinte o treinta años de una centuria se fundan los cimientos de ideas y doctrinas y se registran los descubrimientos y las técnicas decisivas sobre los cuales se asentarán, poco más tarde, las estructuras del siglo subsecuente. Son años decisivos. Y es que el tiempo histórico se identifica no sólo con el tiempo físico sino que se integra también con la conciencia del tiempo, es decir, con la conciencia que los hombres tienen de sus tiempos.

Los hechos históricos no son siempre simples consecuencias de acontecimientos pretéritos, corolarios sólo de ellos, sino que también son a veces anticipaciones, primicias, adivinaciones, diríamos, del futuro. En la historia de un siglo hay afirmaciones y negaciones, tesis y antítesis y a la postre el siguiente encierra a ambos en su seno. Todo este juego dialéctico no es sólo de pensamientos o ideas abstractas. Bien sabido es que estas últimas se sustentan en realidades concretas que representan tanto intereses materiales como ideales de desprendimiento y superación, sobre estructuras dadas que limitan y circunscriben a los hombres, así como en la conducta de éstos, relativa pero suficientemente libres que pueden modificar y transformar aquéllas.

Estas décadas que se avecinan son tiempo de ruptura. Este es el signo de los tiempos. Los cambios en la moda de los jóvenes, en su apariencia física y atuendo acentúan e indican la separación entre valores y estilos que se dejan atrás para siempre. Los espíritus viejos los contemplan con inseguridad y estupor y sienten que se desliza el terreno que pisan, que éste se agrieta y no será firme ya por mucho tiempo.

Estos cambios se acentúan todavía más cuando el relevo de la centuria coincide con el del milenio. Recordemos cómo el año mil y el cambio cronológico del milenio en el año mil uno imantaba y polarizaba las conciencias de los hombres en las últimas décadas del siglo X y surgiera así el milenarismo con los rasgos de una conciencia catastrófica o apocalíptica. Al aproximarse ahora el segundo milenio, en el año 2001, el pensamiento se potencializa y se galvaniza, se inquieta y se orienta a la formación de un nuevo tipo de hombre; ante nuestros ojos vemos surgir una transformación radical. La juventud actual en el mundo, quinientos cincuenta millones de seres en el planeta, inicia ahora con seguridad interna y confianza en sí misma, una revolución profunda en los espíritus, que mañana se traducirán en praxis y acción, al rechazar y negar los valores agotados de una civilización. Se niega a integrarse en una sociedad fundada en la injusticia, en la que la mayoría de los hombres son simples instrumentos de minorías y postula una más profunda y genuina autorrealización. Lo que rechaza la juventud ante todo

son las frases huecas aunque sonoras, la mera gesticulación, el gesto o el ademán vacíos de contenido humano o sin cumplimiento en la acción. Lo que trata de instaurar es una vida amplia y auténticamente humana. La exclamación de los jóvenes ya no es ¡tierra a la vista! sino que exclaman, en voz interior ¡siglo a la vista! Es la mera presencia y cercanía del siglo XXI, en nuestra ya cercana perspectiva la que acelera y servirá de catalizador a las tres últimas décadas próximas de este ya añoso siglo XX.

Dejan de tener vigencia las concepciones aldeanas o localistas; el ruralismo político, económico o filosófico, el doctrinarismo tribal, para consolidarse sólo como vigente aquello que se proyecte, por su dimensión humana, en un plano planetario o universal.

Pero las nuevas generaciones no surgen de la nada ni giran en el vacío, se hacen eco más bien de nobles y aleccionadoras voces que las anteceden.

A esta tarea de impulsar al hombre en América, a ser cada vez más consciente y por ello cada vez más libre y responsable, ya que conciencia equivale a libertad y responsabilidad, don Jesús Silva Herzog, ha consagrado su noble vida. Por ello él encarna y representa junto con *Cuadernos Americanos*, la conciencia de nuestra América. Su obra es testimonio de lo mejor y más elevado del pensamiento y la acción del siglo XX, y por ello su influencia y su ejemplo se proyectarán también en la juventud del siglo XXI.

DE: MARIO V. GUZMAN GALARZA

Participar en esta reunión que conmemora el XXVIII aniversario de *Cuadernos Americanos*, además de ser un motivo de íntima satisfacción personal, es un honor que aprecio en todo su significado como boliviano y latinoamericano que comparte con ustedes los mismos ideales de paz, justicia y libertad.

Nacida del esfuerzo creador y dinámico de intelectuales ilustres, *Cuadernos Americanos* —desde su fundación— fue desbrozando el camino difícil que recorren las empresas progresistas hasta llegar, bajo la acertada dirección del licenciado Silva Herzog, al alto sitial de tribuna del pensamiento latinoamericano que ahora ocupa con el apoyo decidido de los hombres libres de nuestra patria común.

Con un ideario revolucionario en el que ha planteado que lo humano es el problema esencial que debe resolverse con prioridad, empleando la ciencia, la técnica y el arte en servicio del hombre, la revista se ha constituido en un vocero genuino del humanismo contemporáneo. Esta posición de respeto hacia la dignidad humana refleja una tenaz inquietud por el bienestar del hombre, su felicidad y superación permanentes. La preocupación por mejorar las condiciones de vida y alcanzar un desarrollo multi-lateral y armónico de todos los seres humanos, se justifica y fundamenta

en la convicción de que es necesario lograr como premisa cardinal la liberación de los hombres de todas las formas de explotación. Comprendiendo que solamente de esta manera pueden triunfar los ideales humanistas, *Cuadernos Americanos* abre sus páginas para que en ellas los intelectuales latinoamericanos testimonien la lucha de nuestro tiempo, ensanchen el horizonte con la aventura del pensamiento, registren la historia con la presencia del pasado y exalten los sueños y anhelos en la dimensión imaginaria.

En una época en la que los principios que estimulan la vida social del hombre se encuentran en crisis, debido —entre otras causas— a que los medios de comunicación se encuentran moralmente viciados por perniciosas influencias colonialistas, que tratan de distraer nuestras graves preocupaciones con las frivolidades de una sociedad egoísta; cuando la penetración imperialista y el comedido servilismo de las oligarquías, distorsionan la realidad de nuestras naciones y atentan contra la libertad, los derechos democráticos y la cultura de nuestros pueblos, la revista *Cuadernos Americanos* se levanta como una sólida muralla de contención que preserva nuestros auténticos valores nacionales.

La difusión de una cultura que representa la conciencia latinoamericana que cada día crece con el ascenso revolucionario de las fuerzas sociales y el acercamiento que se procura entre los hombres de ciencia y de letras, son la mejor contribución de *Cuadernos Americanos* a la realización del ideal unificador de Simón Bolívar. La integración concebida como tarea exclusiva de empresarios privados y el desarrollo bajo vigilancia pretoriana, son falacias que deben ser denunciadas. A pesar de algunas diferencias que existen entre unos y otros países, América Latina tiene un común denominador que explica su estado de postración y atraso: la dominación extranjera sobre las economías nacionales y la supervivencia de un sistema feudal de tenencia de la tierra. La integración latinoamericana será, en consecuencia, el resultado de una verdadera revolución que sacuda las ominosas cadenas de la opresión y permita, finalmente, la integración de nuestros pueblos mediante una unidad fundada en la soberanía popular y en los principios de justicia y libertad. En este proceso *Cuadernos Americanos* ocupa un puesto de vanguardia, porque —según reza su ideario— "conociéndonos mejor los hombres de pensamiento habremos desbrozado el sendero para el cumplimiento de nuestro destino que debe ser ingente, noble y fulgurante".

La tendencia común de los pueblos de América Latina se orienta hacia el objetivo impostergable de la liberación. La inmensa región del subdesarrollo y de los espadones se estremece ante el empuje de las masas que reclaman profundos cambios de estructura. En este continente de tremendas contradicciones, de carencias y privaciones, más del 70 por ciento de una población de 200 millones de latinoamericanos encara el desafío del hambre, las enfermedades y la ignorancia. Frente a la opresión, sin tregua y sin desmayo, los puños ya golpean sobre las carcomidas estructuras de una sociedad arcaica y feudal. En tanto subsistan la injusticia y la miseria no habrá reposo.

Los intelectuales participan en esta lucha por mandato de su conciencia y en función de su responsabilidad social. Pretender apartarse de un movimiento en el que todos están comprometidos, significaría escribir de espaldas a la realidad, es decir, sería una condenable deserción. Mario Benedetti escribió: "Para su bien o para su mal, el escritor latinoamericano (acaso como consecuencia de sus cateos en profundidad, de su sensibilidad especialmente entrenada, de sus intuiciones en permanente confrontación) no puede ya cerrar las puertas a la realidad, y si ingenuamente procura cerrarlas, de poco le valdrá, ya que la realidad entrará por la ventana".

La vida de un intelectual revolucionario es consecuente con los verdaderos ideales comunistas. En una sociedad en revolución, la obligación del intelectual lo conduce a contribuir con sus mejores fuerzas a la construcción de una nueva sociedad en la que, como dice el ideario de *Cuadernos Americanos* "ya no sean los pocos los que tengan mucho y los muchos los que tengan poco". Esta es la razón por la que la defensa intransigente de la libertad, de la justicia y de la decencia humana, es la condición que enaltece al intelectual que trabaja con lealtad a su conciencia y a su pueblo. El licenciado Jesús Silva Herzog es uno de esos hombres leales que asume con dignidad su función de crítico de la sociedad decadente y plantea con claridad meridiana sus profundas convicciones. "Por otra parte —dijo en el XXV aniversario de la revista—, es obvio que siembre nos hemos opuesto a todo lo que contradice nuestro ideario. Estamos en contra de la explotación del hombre por el hombre, de las dictaduras castrenses; estamos en contra de la guerra porque somos pacifistas ciento por ciento, lo mismo de la guerra fría que de la guerra caliente. Estuvimos en contra de los genocidios ordenados por Hitler al hacer asesinar a millares de judíos, hombres, mujeres y niños; estuvimos en contra de los genocidios de Hiroshima y Nagasaki; y estamos en contra del genocidio de Vietnam que destruye vidas y riquezas de un pueblo mártir y a la vez víctima de la soberbia y de la ambición de estadistas enajenados que suelen hablar desde Washington como si estuvieran en la celda de un manicomio. En fin, estamos en contra de todo lo que rebaja al hombre, de todo lo que lo deprime, de todo lo que lo reduce, de todo lo que le daña; estamos en contra de la injusticia, de la maldad, del crimen."

Con este lenguaje claro, sincero y honesto, el intelectual no sólo percibe las inquietudes de su pueblo, sino que se funde con él para vivir y sentir al unísono en el cumplimiento de nuevas responsabilidades. El inconformismo es el acicate en la brega diaria por alcanzar nuevas metas. En el constante avanzar en las filas de los pueblos que marchan hacia la libertad, en la reflexión profunda y en la creación, frente a exigencias recientes que reclaman nuestra acción y nuestra vida, el inconformismo nos hace duros y persistentes. "La historia, definió Silva Herzog, es una hazaña de la inconformidad."

Urgido por la responsabilidad de ser miembro de una comunidad que lucha por la independencia y la libertad, no puedo dejar de referirme ante ustedes a la situación dramática por la que actualmente atraviesa mi patria. Enclavada entre la selva y la pared de piedra de los Andes, Bolivia libra una denodada batalla por alcanzar un mejor o justo destino, como el que soñaron para ella los fundadores de la república y los guerrilleros de la independencia.

Enclaustrada en el corazón de América por una dolorosa mutilación cuya herida aún no se restaña, sojuzgada por una camarilla de generales golpistas, saqueadas sus riquezas naturales por la voracidad del capital monopolista extranjero, suprimidas las garantías constitucionales y privados los ciudadanos de sus derechos democráticos, Bolivia es la síntesis del drama de América Latina. En ella campea la explotación y el abuso, pero frente a la opresión se alza el boliviano, con el mismo ímpetu con el que lucharon en el pasado nuestros antepasados para liberar la patria de la dominación española.

Recientemente la dictadura militarista desató una ola represiva contra los ciudadanos que repudian al régimen entreguista. Fueron arbitrariamente apresados y confinados a campos de "residenciamiento", dirigentes políticos, obreros, parlamentarios de la oposición, escritores como Augusto Céspedes —colaborador de *Cuadernos Americanos*—, profesores, periodistas, catedráticos y estudiantes. Las violentas medidas no han hecho otra cosa que lograr el fortalecimiento de la unidad y la firmeza de los cuadros revolucionarios, acentuando de una manera elocuente la orfandad del régimen en el aprecio popular. Apelo, por ello, a la solidaridad de todos los intelectuales a fin de demandar al gobierno actual de Bolivia una verdadera amnistía política y la restitución de los derechos democráticos al pueblo boliviano. Mi pueblo, señores, no descansará hasta recuperar su libertad y soberanía. No en vano el Libertador, Simón Bolívar, definió a Bolivia como *un desenfrenado amor de libertad*.

Antes de terminar, reiterando mi adhesión a la celebración del XXVIII aniversario de la revista, deseo manifestar mi homenaje de admiración y respeto a la persona del licenciado Jesús Silva Herzog, director de *Cuadernos Americanos*, maestro de juventudes, pensador y escritor brillante, cuya vida fecunda es relevante y ejemplar para todos los intelectuales de América Latina.

Cuando pienso en Jesús Silva Herzog, mexicano ilustre y latinoamericano eminente, pero sobre todo hombre en el cabal concepto de la palabra, recuerdo un poema de Franz Tamayo —el más alto y profundo humanista de Bolivia—, que dice:

El hombre que da a las cosas
su nombre y su renombre
por él la noche su hálito

puebla de confiancias,
siembra de confesiones!
Y ante él sacude trémula
de sus luceros pálidos
una luz de ultratumba
que es claror de ultracielos.
El es la sal del mundo
y el signo y la verdad!

DE: ADOLFO SANCHEZ VAZQUEZ

Estimados amigos:

Nos reunimos aquí esta noche, una vez más, con el grato motivo de celebrar un nuevo aniversario en la ya fecunda y ejemplar vida de *Cuadernos Americanos*. Por lo que ha representado *Cuadernos* desde su fundación, a lo largo de estos complejos, azarosos e incluso dramáticos años, esta celebración no puede tener un carácter formal. *Cuadernos* ha sabido mantenerse, en las circunstancias más difíciles y diversas, a la altura de los tiempos, como una alta tribuna del pensamiento latinoamericano, siempre sensible a los grandes problemas e inquietudes de este aporreado continente; por ello, en esta ocasión, trataremos de celebrar su trayectoria ejemplar abordando algunas cuestiones que, más de una vez, han sido objeto de la atención y preocupación de *Cuadernos Americanos*.

Como es bien sabido, la revista nació en momentos cruciales para la vida de todos los pueblos, incluyendo por supuesto a los latinoamericanos. Eran los años de la segunda guerra mundial, en que estaba en juego el destino de la humanidad entera, como dijo el máximo jerarca nazi con su brutal franqueza, por un milenio o más.

No vamos a referirnos ahora al doloroso camino que hubieron de recorrer los pueblos para alcanzar la victoria ni tampoco el complejo y difícil camino que han tenido que seguir después hasta nuestros días, a lo largo del cual se confirmaron algunas esperanzas libertadoras y se desmoronaron implacablemente muchas ilusiones. Sólo quiero subrayar ahora que, habiendo nacido de una honda preocupación por el destino de los pueblos de América Latina, *Cuadernos* siempre tuvo una clara conciencia de la vinculación de sus problemas con los de otros continentes. Es evidente que la estrategia global del nazifascismo, primero, y del llamado "mundo libre", después, bajo la égida del imperialismo yanqui, tenían que avivar forzosamente esa conciencia internacionalista.

Ahora bien, la conciencia de esa unidad no podía afectar, por otro lado, a la conciencia de que América Latina tiene problemas específicos a los

que ha de buscar soluciones también específicas, sin contentarse con soluciones que, en el mejor de los casos, han probado su eficacia en otras circunstancias históricas o en otros continentes, y que al ser trasplantados pierden su última vitalidad. Ni afecta tampoco a la conciencia de que, pese a la unidad de tradición, lengua, economía e historia de América Latina, cada nación o pueblo tiene peculiaridades que no pueden dejar de imprimir un sesgo también peculiar a sus soluciones nacionales. La tendencia a reducir las variantes nacionales de los países y pueblos latinoamericanos a un denominador común —tendencia en que caen fácilmente los observadores de sus problemas desde Washington, Londres o París— es rasgo característico de una mentalidad colonialista o, en las mentes mejor intencionadas, un resabio de ella.

Pero, habida cuenta de la necesidad de tener presente estas particularidades en escala continental y nacional, hay que subrayar la idea —plasmada una y otra vez en las páginas de *Cuadernos*— de que vivimos en un mundo, dividido ciertamente, en el que nada puede sernos ajeno; un mundo en el que el pensamiento y la acción no pueden encerrarse tras murallas nacionales insalvables. En el terreno de la economía, la cultura, la ciencia y la técnica, nadie busca la autarquía, a menos que le sea impuesta, por la presión exterior o por el bloqueo de un tipo u otro, como el que hoy se trata de imponer a Cuba. En verdad, en nada se opone a un sano sentimiento nacional, el hecho de asimilar otros aires; pero hay que distinguir entre una asimilación forzosa, impuesta por relaciones de dominio —asimilación que desgraciadamente tanto conocen los pueblos de América Latina—, y la asimilación consciente y libre de lo que hay de valioso en otras latitudes.

Uno de los problemas más complejos de nuestra época es el de saber conjugar nacionalismo e internacionalismo. Este problema se plantea, sobre todo, para los pueblos que aspiran a vivir en una justa comunidad internacional, pues para los que no aspiran a ella —ya que sólo tratan de afirmarse mediante la explotación y la opresión de otros pueblos— el problema no existe, pues, para ellos no hay aquí nada que conjugar. Para el imperialismo, por tanto, tal problema no existe; existe para los pueblos que necesitan afirmar su soberanía e independencia nacional en todos los terrenos y, que, por principio, buscan la solidaridad y la cooperación con otros pueblos y rechazan, por principio también, las relaciones de dominio, opresión y explotación. Para estos pueblos se convierte en una necesidad vital la conjugación de internacionalismo y nacionalismo, no de un modo formal y abstracto, sino vivo y práctico.

Pues no hay tal internacionalismo cuando se pretende imponer bienes o valores, modelos de organización social, a otros pueblos o naciones pasando por encima de sus peculiaridades y aspiraciones. Y el internacionalismo no se salva tampoco revistiéndolo con el manto de la razón de Estado, de los intereses nacionales, de la supuesta superioridad de unos valores culturales, etc. Pero, a su vez, el sano nacionalismo se convierte en chovi-

nismo cuando todo se reduce a la escala nacional, haciendo de ella un valor absoluto en sí y por sí, ante el cual tienen que rendirse sin más los valores creados por otros pueblos.

El verdadero internacionalismo no sólo responde al principio del respeto a la soberanía e independencia de otros pueblos y de solidaridad con ellos, sino que obedece asimismo a una exigencia de cooperación impuesta hoy por la universalización creciente de la ciencia, la técnica, la economía y las luchas sociales. El progreso científico y tecnológico unifica cada vez más nuestro mundo; sin embargo, en nuestros días, este proceso adquiere un carácter unilateral. Los países desarrollados universalizan su economía, su política, su cultura o su técnica, mientras que los países débiles económica y políticamente cada vez se quedan más encerrados en su particularidad. No hay, en rigor, una verdadera universalización cuando se libra con ella la riqueza cada vez mayor de los países ricos y la pobreza —cada vez más distante de esa riqueza— de los países pobres. Los recursos nacionales se vuelven cada vez más exangües para esos países, ya que su inserción en el progreso científico y técnico es muy precaria, a la vez que cuando se produce no toma en cuenta sus intereses propios. Pero esta universalización se hace aún más monstruosa cuando no sólo se universaliza la miseria y la explotación, sino también la destrucción y el crimen, llevándolos a miles y miles de kilómetros de la frontera propia —como sucede hoy en Vietnam. Para una economía como la del capitalismo monopolista, la guerra acaba por convertirse en su secuela inseparable y, como para sostener su precario equilibrio necesita de las aventuras bélicas, el problema para ella no es la guerra, sino la paz.

En esta universalización negativa, se corre siempre el riesgo de que las aventuras bélicas localizadas —no locales— se conviertan en una aventura universal. Y entonces los pueblos llamados subdesarrollados, que no han estado juntos a la hora de disfrutar de los bienes producidos por el inmenso progreso de la ciencia y la técnica así como por el gigantesco incremento de las fuerzas productivas, lo estarán a la hora de la destrucción, del exterminio y la muerte.

Tal es la situación de los pueblos que, hasta ahora, dentro de ese proceso de universalización, han desempeñado el papel de objeto y no de sujeto, lo que es traducido a su vez en un desarrollo unilateral de los hombres. Pero tampoco puede decirse que, en los propios países altamente industrializados, el progreso científico y tecnológico y el incremento de las fuerzas productivas, se haya traducido en un enriquecimiento y desarrollo universal del hombre. Por el contrario, vemos que en ellos, incluso entre sus clases trabajadoras —junto a un mejoramiento de su situación material— se extiende y ahonda la abstracción del ser humano, su cosificación o ahucamiento espiritual, que ya Marx había caracterizado como enajenación. Pero es evidente que, en las condiciones propias de la sociedad sujeta a los intereses del capitalismo monopolista, que necesita no sólo vaciar al trabajo

de todo contenido creador, humano, sino también dirigir y controlar las necesidades mismas de los consumidores en aras del incremento de los beneficios, la enajenación no sólo alcanza al productor, sino también al consumidor. De este modo, con ayuda de los medios masivos de comunicación, se registra un proceso cada vez más amplio de manipulación de las conciencias tendiente a cosificar, es decir, a convertir en puro objeto manipulable a la inmensa mayoría de la población. Las diferencias cualitativas se borran al nivelar las necesidades de los individuos como consumidores, convertidos ya en hombres-masas u hombres-cosas.

Este proceso —que Marx diagnosticó hace más de un siglo— es para algunos destacados filósofos de nuestro tiempo —como Jaspers, Ortega y Gasset, etc.—, un mal inherente al progreso tecnológico, a la técnica que escapa al control del hombre y se vuelve contra él. Pero el mal no está en el progreso científico y tecnológico, o en la gran producción maquinizada —que constituyen procesos irreversibles—, sino en el modo como los hombres producen, es decir, en el tipo de relaciones sociales que contraen al producir. En suma —y pese a los cambios innegables operados en el sistema capitalista—, la raíz sigue estando en la contradicción fundamental señalada por Marx: entre el carácter cada vez más social (o universal) de la producción, y el control antisocial que sobre ella ejerce la apropiación privada. De esta contradicción dimana hoy la creciente cosificación de la existencia humana o universalización de la enajenación, que puede llevarnos a una regresión total, es decir, a la barbarie.

La posibilidad de tal regresión está inscrita hoy en la existencia misma de un sistema —cuya economía lleva en su entraña la guerra— y en la existencia, a su vez, de los medios científicos y técnicos que permiten universalizar al máximo el exterminio y la destrucción. Pero no se trata, ciertamente, de algo fatal o inevitable, ya que existe una alternativa a esa barbarie, y ésta no puede ser otra que el control por la sociedad de los medios de producción que —bajo la apropiación privada— hacen posible la barbarie. Lo que puede suceder no está escrito todavía; pero para que se escriba de acuerdo con los intereses de los pueblos es preciso que los hombres tomen conciencia de que son ellos, en definitiva, y no sus productos, los verdaderos artifices de su destino pero artifices en unas condiciones dadas.

Son justamente las condiciones creadas por el desarrollo de la producción, de la ciencia y la técnica, y por las exigencias de un sistema regido por el afán de lucro, las que imponen el dilema socialismo o barbarie. Al hombre consumidor, que puede acabar por ser consumido él mismo en aras de las necesidades de otros, sólo cabe oponer un hombre nuevo, liberado del individualismo egoísta, del espíritu de posesión, que se defina ante todo en el acto de producir y crear; es decir, un hombre que comience a forjarse a partir de la solución de la contradicción fundamental antes señalada; o sea, bajo el socialismo.

No faltan quienes piensan hoy, partiendo de las deformaciones, dificultades y limitaciones innegables del socialismo existente en diversos países, que se trata de una alternativa utópica. Pero aún aceptando esas deformaciones y limitaciones —que, por un lado, deben ser consideradas a la luz de las condiciones reales —no ideales o utópicas— en que el socialismo se ha construido y que, por otro, aun sin ser suavizadas, no opacan sus grandes conquistas y el viraje decisivo que representan para la humanidad —ha de estar claro que no hay otra alternativa a la barbarie que el socialismo. Los errores, limitaciones o deformaciones burocráticas de los primeros y difíciles socialismos no hacen sino poner sobre el tapete con más fuerza aún su necesidad vital y, con ella, la necesidad vital de que se liberen de los obstáculos que hasta ahora se han interpuesto en su objetivo fundamental: la formación de un nuevo hombre. Pero al socialismo se llegará —y esa es la gran tarea de nuestra época— por vías distintas para cada pueblo, en plazos diversos, no con la impaciencia subjetivista y romántica de quienes creen que la historia puede moldearse en cada momento a voluntad, sino con la acción basada en el conocimiento de la realidad; es decir, teniendo presente que el hombre hace la historia, pero en determinadas condiciones, que los hombres por supuesto contribuyen a crear.

No quisiera terminar pasando por alto la situación peculiar en que me encuentro, y tomando en cuenta la cual —de acuerdo con una tradición de estas celebraciones de *Cuadernos*— se me ha invitado a hablar aquí esta noche: como intelectual que llegó un día a México aventado por la guerra civil española y que, desde entonces, vive y trabaja honrosamente en esta tierra acogido a su hospitalidad. No puedo por menos que recordar que, cuando se fundó *Cuadernos*, España ya conocía desde hacía algunos años el martirio que se prolonga hasta nuestros días. Al ver hoy cómo vuelven a llenarse las cárceles, a dictarse las llamadas medidas de excepción, a generalizarse la represión y abolirse las menguadas "libertades" que el régimen tanto cacareó en estos últimos años, podría pensarse que las cosas están en el mismo punto que hace treinta años. Pero estas medidas no pueden considerarse como una muestra de la fuerza del régimen, sino de su debilidad. Significa que el régimen no puede tolerar el menor rayo de luz, sin ver en él un peligro para la estructura en su conjunto. Y, en este punto, sus temores no carecen de fundamento. El régimen se cuartea por todas partes, su base social de apoyo se estrecha cada vez más y sectores que ayer le apoyaban comienzan a buscar un nuevo timonel. La clase obrera —que fue literalmente aplastada después de la guerra civil— emerge hoy cada vez más desafiante; una nueva generación ha surgido y cada día da muestras inequívocas de su repudio al régimen. Ninguno de los grandes problemas nacionales —contra los que se pretendió demagógicamente justificar la sublevación militar contra la República— ha sido resuelto, y otros nuevos, más graves aún, han sido creados por el propio régimen, como el de la venta de territorio nacional exponiendo el país —al tener bases militares extran-

teras en su suelo— a los riesgos gravísimos de una posible guerra nuclear.

Con esta carga de grandes problemas no resueltos, y con una base de apoyo social cada vez más restringida, el régimen se enfrenta a un futuro cada vez más incierto que el régimen se empeña en reducir —ocultando los problemas de fondo— al problema de la sucesión. Con este motivo oscurece las aguas todo lo que puede y maniobra en el terreno en el que sitúa la futura resolución: la monarquía.

En un mundo como el que hemos esbozado, que tiene que dejar atrás todas las viejas soluciones para evitar la barbarie, la solución que se propone, desde arriba, en España, es la restauración de la monarquía; es decir, de un régimen que durante siglos probó con creces su incapacidad para hacer avanzar a España, aunque sí su eficacia para hundirla en miserias, derrotas, retrasos y catástrofes. En un mundo que reclama el socialismo, y en el que incluso las democracias burguesas se vuelven cada vez más objetos de museo, la monarquía sólo puede ser un terrible anacronismo, una expresión de la impotencia total de las fuerzas oligárquicas españolas ante el intento de renovación de la vida social y política del país.

Si la historia de España es —como dijo alguien cargando sobremanera las tintas— la historia de una decadencia, desde que quedó a extramuros del mundo moderno, la vuelta a la monarquía sería el intento de hundir al país en la decadencia total con la esperanza de salvar así los intereses de la oligarquía doméstica y de la potencia mundial —los Estados Unidos— a la que aquélla ha hipotecado la soberanía y la independencia nacional. De este modo, el anacronismo histórico encuentra un asidero actual al vincularse estrechamente con las fuerzas económicas y sociales que conducen a la barbarie. Pero el grado cada vez más alto de conciencia, de organización y de lucha de las fuerzas que se oponen al régimen, permiten asegurar —y las pruebas comienzan a estar a la vista— que el pueblo español no aceptará ese anacronismo escandaloso por las mismas razones que tiene hoy para no aceptar al régimen que lo prohija. La emancipación nacional y social ha de darse en España en unidad indisoluble, buscando —como otros pueblos— la alternativa que —dentro de su diversidad— impida volver a ese anacronismo último y radical, que sería la barbarie misma.

Aventura del Pensamiento

LA FILOSOFIA DEL ESPIRITU Y LA CIENCIA SOCIAL EN VICO

Por Raúl CARDIEL REYES

VICO, creador de la filosofía de la historia, que no de su nombre, tiene un crecido interés actual. Encontrar el rumbo hacia el cual se encamina nuestro presente; descubrir en los síntomas de las crisis contemporáneas el nacimiento de las nuevas épocas, de las nuevas formas de convivencia social; distinguir las instancias destructivas y constructivas que en tensión constante hacen la fisonomía propia de cada momento histórico; todo esto se transforma en preocupación central cuando se está en una época de transición, cuando se tiene la impresión, aunque sea imprecisa y general, de que una época histórica termina y se inicia otra.

No hay duda de que nuestras actuales circunstancias son críticas, en cuanto apuntan hacia una transformación radical de nuestras estructuras actuales. Sin embargo, algunas resistirán la transformación y seguramente permanecerán intactas. El diagnóstico ha de enfocarse hacia lo que es inestable y lo que es permanente; lo que está sujeto a cambio y lo que seguirá en pie. Ninguna revolución hizo tabla rasa de su presente. Sus excesos fueron siempre su lastre. Su desarrollo se pone en marcha en cuanto se ha hecho el deslinde de lo que permanece y de lo que cambia. Las contrarrevoluciones siempre han aprovechado la falta de sentido de sus límites que padecen las revoluciones.

He aquí por qué volvemos la mirada hacia Juan Bautista Vico, que dejó una obra luminosa para encontrar una fórmula que resolviera esos problemas; que señale las etapas esenciales por las cuales han de pasar las naciones del mundo; que describa el papel de la inteligencia y la voluntad, de la fantasía y la realidad, en el amplio despliegue de las facultades humanas; que exhiba, con profundidad, el sentido de la historia.

Su libro fundamental tiene un título significativo: *Principios de una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones*. ¿Por qué presenta Vico su obra como una ciencia nueva? ¿Cuál es el objeto, el método y cuáles los principios de esta ciencia, hasta entonces desconocida?

El panorama cultural de su tiempo acaso pueda describirse brevemente, como la eclosión de los tiempos modernos, en los cuales las ciencias naturales y las matemáticas estaban en pleno desarrollo. Los nombres de Galileo, Bacon, Descartes, Gassendi, etc., constituían la avanzada científica. La cultura escolástica quedaba constreñida a los campos religiosos. En las ciencias humanas privaba aún como el método válido la erudita búsqueda de documentos y objetos históricos y artísticos, lo que en Italia se denominaba filología, el estudio minucioso para acumular hechos, fechas, circunstancias sobre la historia local y nacional. En general, la ciencia experimental y matematizante constituía el conocimiento más adelantado de la época, y servía de base a toda disciplina que aspirase a ser considerada entre el exclusivo círculo de lo científico.

Descartes había establecido, como criterio supremo de verdad, la evidencia, la percepción de lo que era claro y distinto. De esa manera, superaba el escepticismo y llegaba, con método seguro, a la verdad. De los principios así establecidos se deducían las consecuencias, mediante una deducción lógica estricta. Todo lo que no era posible reducir a esas ideas claras y distintas y a la deducción matemática, caía en un rango inferior de conocimiento. Así la historia que se apoya en testimonios y documentos; la mera observación que no sea susceptible de fórmulas matemáticas; la elocuencia y la poética, que se valen de la experiencia empírica del hombre y de sus productos imaginarios. Todo esto lo constituían ideas confusas y oscuras destinadas a ser elevadas a ciencia por el filósofo, mediante la clarificación de sus ideas o a seguir en la condición de un conocimiento inferior, indigno de la ciencia.

La formación intelectual de Vico era estrictamente humanista. En su *Autobiografía* cuenta cómo llegó al conocimiento y adhesión de la filosofía de Platón, cuyo objeto primordial hizo suyo, a saber: el encontrar "un derecho ideal eterno que realizase en una ciudad universal la idea o designio de la providencia, idea sobre la cual se fundasen después todas las repúblicas de todos los tiempos y todas las naciones" (*Autobiografía*, Colección Austral, pág. 25). El interés por ese derecho universal eterno le venía desde sus tiempos juveniles, en los que dedicó sus empeños primero al estudio del derecho romano, y luego al canónico, todo lo cual le hizo volver a la metafísica, en la que le sirvió de guía el doctor Francisco Suárez. Espigó en el campo de la poesía, pues se jactaba de haber producido una buena composición sobre la rosa. Se adentró en el conocimiento de los grandes autores italianos, como Boccaccio, Dante y Petrarca y de los latinos como Virgilio y Horacio, del cual aprendió que los útiles más ricos de la poesía han de encontrarse en las doctrinas morales de los filósofos. Así, estudió primero a Aristóteles, quien no

lo satisfizo, para llegar nuevamente a Platón, ahora por el camino de la poesía.

Derecho y poesía lo llevaron a la filosofía idealista de Platón, y a aceptar el principio fundamental de un orden eterno de ideas que regula las actividades humanas; ideas que preceden a la materia y la crean, modelándola y conformándola, "como un espíritu seminal del que del mismo se formase el huevo" (*Autobiografía*, pág. 25).

De este modo, se sentía contrario tanto a la filosofía epicúrea, que ensalzaba los placeres y aceptaba el azar en la naturaleza como a la estoica, moral de meditados, que creía en el hado fatal. Discípulo de los epicúreos y de Lucrecio eran Descartes y todos los partidarios de su física mecánica, en los que veía una nueva forma de la antigua metafísica materialista.

Pero Vico no se conformó con clasificar a la filosofía cartesiana, para justificar su repudio, sino que fue al corazón mismo de la cuestión. Si Descartes elevaba a la categoría de conocimiento supremo y perfecto a la matemática y con ello a la ciencia natural y descalificaba a la historia, la poesía, el arte, el derecho, por improbables e inciertos, Vico trató de mostrar que la verdad era justamente lo contrario; que los únicos conocimientos ciertos e indubitables eran aquellos que se ocupaban de las ciencias humanas, y que el conocimiento probable e incierto era el de la física y de las matemáticas.

Que yo piense que pienso es cosa indudable, pero esto no constituye una proposición científica. Que una idea parezca evidente, no quiere decir que sea verdadera. Hay tantas ideas que han aparecido como evidentes y sin embargo eran completamente erróneas. Que si pienso, existo, es cierto, aunque también es posible suspender el juicio y sin embargo seguir existiendo. Afirmar la certidumbre del pensar y del ser es cuestión más bien de conciencia que de ciencia. El paso de una a otra no puede justificarse con el método cartesiano. Ni las cosas físicas se vuelven más ciertas o seguras porque sean explicadas por las matemáticas.

Pero, ¿cuál es la diferencia entre conciencia y ciencia? ¿Cuál el criterio o la condición que hace posible la ciencia? El problema no es ya sobre una verdad primera, de la cual hayan de partir todas las demás, en ese afán de sistematización que perseguía Descartes, sino más bien sobre la forma que ha de tener la verdad para que pueda ser reconocida como tal.

La contestación de Vico puede parecer de pronto desconcertante. Vuelve a la tradición, se inserta en el más antiguo concepto de la providencia divina. En efecto, Vico dice que sólo Dios tiene ciencia perfecta, porque ha hecho al mundo. Dios en cuanto conoce, crea. La creación del mundo ha sido conformada en la mente divina, de acuerdo con las ideas eternas que la componen. El hombre no puede

poseer del mundo natural un conocimiento perfecto, sino probable e incierto, porque no lo ha hecho. Es posible por lo mismo deducir el principio fundamental de la ciencia que consiste en sostener que sólo el que ha hecho una cosa la conoce. La verdad y el hecho se funden por el hacer. El hacer, el crear da el paso de la idea a la realidad, pero sólo quien ejecuta la idea, quien modela y conforma la realidad con ella, la conoce. Dios ha hecho al mundo, y por eso tiene de él un conocimiento perfecto y seguro.

Dios actúa como los géometras que crean figuras y números y luego operan con sus mismas creaciones. Pero en la realidad no es concebible un punto sin partes e indivisible, ni una línea con sólo una dimensión. Puede el matemático en cambio definir las líneas, las figuras, los números y luego operar con ellos, pero la aplicación a la realidad, que no está compuesta únicamente de puntos, líneas y planos, es insegura.

Puesto que sólo el que crea las cosas las conoce, el hombre tiene un conocimiento inseguro e impreciso del mundo físico, del cual no es el creador. En cambio, puede aspirar al conocimiento perfecto y seguro de las ciencias humanas, de la historia, del derecho, del arte, de la religión, de la poesía, porque son creaciones humanas. El hombre forma la cultura, con sus ideas, con sus sentimientos, con sus deseos, con sus actos. "Debe causar asombro a todo el que reflexione sobre esto el que todos los filósofos intentaron alcanzar la ciencia del mundo natural, ciencia que sólo puede tener Dios que lo hizo; y que descuidaron pensar sobre el mundo de las naciones, o sea, el mundo civil, del cual, por haber sido hecho por los hombres, los hombres podían tener ciencia [de él]... Este mundo civil ha sido hecho ciertamente por los hombres, por lo cual se puede y se debe hallar sus principios en las modificaciones de nuestra propia mente" (*Ciencia Nueva*, principio 331, Editorial Aguilar, Tomo II).

De este modo, Vico alzaba el mundo de la historia hasta la alta dignidad de la ciencia, lo rescataba del rango de conocimiento inferior, incierto, en donde lo había relegado la filosofía cartesiana y abría a los caminos de la inteligencia el vasto universo de los hechos históricos, de los desarrollos espirituales, de los productos culturales.

La tarea que se proponía Vico era justamente la comprensión de la historia a partir de la mente, es decir, del espíritu; descubrir en las fases de la historia, fases del espíritu; en los desarrollos de las instituciones sociales el crecimiento del espíritu; en la evolución del arte, del lenguaje, de la religión, la evolución de las formas espirituales.

Esta tarea implicaba el elevar la filología a la filosofía; comprobando los hechos con las formas espirituales, y corroborando el des-

arrollo del espíritu con el desenvolvimiento de los hechos históricos. Una compenetración simultánea y recíproca del hecho con el espíritu; de la realidad con la conciencia. En esta identificación de filología y filosofía radica la novedad de la ciencia que postula Vico.

Ni los griegos y romanos en la antigüedad, ni los escolásticos y los modernos se ocuparon de comprender la historia desde el espíritu. Aristóteles había tratado a la materia como algo pristino e increado, cuando sólo puede verse como una creación del espíritu; Platón dio con las formas ideales, pero no buscó el corroborarlas en el correr de los tiempos; dejó la filología, la historia, como hacinaamiento de hechos, sin el esqueleto, la forma del espíritu. Los estoicos y los epicúreos nada hicieron con su creencia en el hado o en el azar. La lectura de Lucrecio y de su relampagueante libro quinto de la *Naturaleza de las Cosas*, antes lo confirmó en su adhesión al sistema platónico. En fin, Descartes sobreestimó el valor de su física y matemática, en tanto que los tres grandes creadores del derecho natural Grocio, Selden y Puffendorf no hicieron caso de la providencia divina, de ese espíritu universal que establece normas eternas para el propio devenir de las cosas y del cual han de derivarse los verdaderos principios de la historia universal.

El propio Vico en los "corolarios sobre los aspectos principales de esta ciencia" (*Ciencia Nueva*, Tomo II, Axiomas del 385 al 399) expone la concepción que tiene de su Ciencia Nueva. La considera un estudio de la providencia divina que crea y forma todo el universo, así el físico como el humano; providencia que el hombre va imaginando primero y después clarificando con la ayuda de su razón y de la revelación, hasta llegar a un conocimiento lo más aproximado posible a su propia naturaleza, en una teología que junta todo lo que se ha descubierto sobre este campo; providencia que establece una historia eterna, ideal, que contiene el proceso histórico universal, en sus fases, períodos y elementos esenciales. Para llegar a establecer esa historia ideal, el hombre ha de hacer un análisis del proceso histórico concreto, unir la filología y la filosofía, como prefería decir Vico, componiendo una historia de las ideas, para seguir su nacimiento, evolución y perfeccionamiento; asimismo, es una historia de la autoridad, en el sentido de los autores, creadores, que forman las instituciones y las lenguas, las artes y las religiones; autoridades en el sentido de los que de sí mismos dan vida a las culturas. Pero una historia de las ideas y las autoridades implica una crítica filosófica, un someter al examen de la razón las ideas y los principios, para entender el devenir histórico hasta llegar a sus etapas más formadas y completas. Como el género humano es por naturaleza sociable, este desarrollo de las ideas busca establecer un código universal, de reglas que establezcan lo justo y lo bueno y que cons-

tituya la base de toda sociedad humana. De este modo, cree Vico que la Ciencia Nueva llegará así a los principios de la historia universal, de las formas concretas que ha de asumir la existencia humana, la morfología histórica para decirlo en palabras actuales, que indique las etapas forzosas por las que pasan todas las naciones y señale las semejanzas que tienen entre sí; que no han de explicarse necesariamente por razones de influencias de culturas extrañas, sino por la misma forzosidad del proceso histórico que las lleva a etapas semejantes.

El curso histórico lo es de las propias naciones, que son el sujeto del devenir. Los hebreos, caldeos, egipcios y fenicios han de pasar por las etapas de una barbarie primitiva, luego una época aristocrática, para desembocar finalmente en una humana, caracterizada por un gobierno popular y luego monárquico-popular. Si alguna de esas naciones no llega a cubrir la totalidad del curso histórico se debe a su propia debilidad que las hace fáciles víctimas de otras naciones más fuertes, en las cuales cumplen su devenir histórico. Así las naciones antiguas, en la historia romana; así los pueblos americanos, que hubieran recorrido todas las etapas de esa historia ideal, eterna, de no haber sido descubiertos por los europeos e incorporadas a otro decurso histórico, en etapa diferente al suyo propio.

Pero la descripción de la historia concreta de las naciones se hace a través de las diversas disciplinas que componen la sabiduría de la época, es decir, la cultura. De la metafísica, ciencia fundamental, se derivan dos grandes grupos de ciencias: las humanas, a saber, la lógica, la moral, la economía y la política; y las naturales, a saber: la física, la cosmografía, la astronomía, la cronología y la geografía.

La ciencia ha de entenderse al modo viquiano: un hacer a partir de las categorías que crea el hombre mismo; una creación de las instituciones políticas, a partir del concepto político fundamental, el de autoridad; una astronomía que conforma el universo, las estrellas y los planetas, a partir de su propia mitología. La cultura es más que conocimiento de la realidad, hacer la propia realidad espiritual en donde se desenvuelve el hombre, a partir de las categorías que él mismo crea y desarrolla.

De este modo, pueden distinguirse en la estructura interna de la Ciencia Nueva, según asienta Croce, tres partes fundamentales: una filosofía del espíritu, a la que pertenece una serie de ideas sobre la fantasía, los universales fantásticos y los universales lógicos, sobre el mito, la religión, la moral y el derecho, sobre la verdad y lo cierto, sobre la providencia y las pasiones; una historia universal que va desde el diluvio a la sociedad bárbara, pasando por la época heroica en Grecia y Roma, hasta la constitución monárquica de Augusto; la investigación sobre la poesía primitiva, que es por decirlo así la pri-

mera etapa histórica y bajo cuyo signo estudia lo mismo la política poética que la astronomía poética; las luchas sociales de patricios y plebeyos y el origen de la democracia en Roma. Finalmente, una ciencia social, específica, que estudia la evolución de las instituciones sociales y políticas, y que pasa por el patriarcado, la familia, el feudalismo, la aristocracia, la república y la monarquía.

Para presentar las grandes líneas de la filosofía del espíritu de Vico se han de organizar y sistematizar muchos de sus axiomas filosóficos y de sus observaciones psicológicas e históricas, dispersas a través de su obra la *Ciencia Nueva*. Algunos intérpretes de Vico levantan dificultades teóricas en este intento de armonizar sus ideas y juzgan sus aparentes contradicciones como insalvables. Así Croce, que no acierta a comprender finalmente el sentido que tiene la elevación de la filología hasta la dignidad filosófica; o los diversos sentidos que otorga al arte, que bien pueden clasificarse como teorías utilitarias, moralistas o metafísicas. Es cierto que la riqueza de las observaciones viquianas, las más diversas y variadas vertientes de su pensamiento, las amplias perspectivas de su interpretación histórica vuelven poco propicio cualquier intento de sistematización. A pesar de todo, es posible destacar las grandes líneas de su pensamiento y señalar los principios en que se basa, aunque algunos detalles interpretativos de orden secundario parezcan desautorizar el intento.

El mismo principio gnoseológico de Vico: el que hace la cosa la conoce, sirve de punto de partida para su filosofar. Equivale al dicho de Protágoras: el hombre es la medida de todas las cosas, que Vico casi repite cuando asienta que "el hombre, por la naturaleza indefinida de su mente, cuando ésta yace en la ignorancia, se erige en regla del universo" (*Ciencia Nueva*, Tomo I, axioma 120, pág. 129). Y no podemos menos que recordar la frase de Goethe: "En el principio fue la acción", que tiene indudablemente un sentido viquiano. El hombre interpreta el universo, de acuerdo con la imagen que tiene de sí mismo; anima las cosas inanimadas, les otorga espíritu, al modo del niño que habla con sus juguetes. El hombre confiere a las cosas su propia naturaleza. Pero no se trata de la naturaleza humana ya desarrollada, de mentes maduras y puras, de una razón elevada a las más altas ideas, adiestrada en las abstracciones, afinada por el lenguaje, sutílizada por el uso de las matemáticas, sino de una naturaleza en su etapa primitiva, en donde los hombres eran feroces, enérgicos, brutales, dotados de una robusta fantasía, de poderosas pasiones, pero de un débil entendimiento. El error de la mayor parte de los historiadores es proyectar en el pasado las cualidades que las mentes de los hombres tienen en su presente.

Hay que estar provisto de una naturaleza simpatética para imaginar épocas, en donde los hombres eran diferentes a nosotros. Que este hurgar en épocas remotas es tarea harto dificultosa lo reconoce llanamente Vico. "Los orígenes de la humanidad debieron ser naturalmente pobres, bastos y muy oscuros" (*Ciencia Nueva*, Tomo I, axioma 123, pág. 130).

La poderosa fantasía de los hombres primitivos interpretó el universo con imágenes en vez de conceptos, con símbolos de carácter universal. La primera operación de la mente fue, por lo mismo, la poesía, que mediante metáforas, sinécdoques y metonimias, fábulas, mitos, cantos, poemas, forma el cosmos intelectual que nutre la cultura y la sociedad de su tiempo. Los primeros metafísicos, los primeros teólogos, dice Vico, fueron naturalmente poetas que vale tanto como creadores. "Poiesis" palabra griega, significa justamente creación.

La fantasía es la facultad que primeramente opera en el hombre. Forma su universo, construye sus dioses, establece los símbolos morales, estructura el lenguaje, y luego de organizado el cosmos intelectual, deriva las normas y leyes que hacen posible la convivencia humana, las artes que satisfacen las necesidades elementales.

Esta poesía creadora del universo, en la etapa primitiva de todas las naciones, intuye las esencias que constituyen la realidad, a través de los universales fantásticos que despojados luego de su materia imaginativa exhiben el contenido racional que forma la ciencia. Así, el espíritu asciende desde las imágenes hasta las ideas, algo así como una línea leibnitziana que va del pensamiento oscuro y confuso al pensamiento claro y distinto de Descartes.

"Primero los hombres sienten sin reflexionar, después reflexionan con ánimo turbado y conmovido, por último reflexionan con mente pura" (*idem*, axioma 218). De la imaginación, a través de la razón que trabaja con imagen, se llega a la razón que opera con ideas. El principio aristotélico de que "nada hay en el intelecto que no haya estado antes en los sentidos" se toma en sus más amplia significación. La sensibilidad es la puerta de la inteligencia; en contacto con las cosas, con lo concreto, forma un universo que luego clarifica la inteligencia.

El curso de la voluntad sigue un ritmo parecido. En la edad primitiva, los hombres son crueles, brutales y groseros, luego severos, magnánimos y orgullosos, después benignos, valerosos y justos, finalmente se corrompen y se vuelven disolutos. "Así, de la ferocidad, de la avaricia y de la ambición, que son los tres grandes vicios que afectan el género humano, ella hace la milicia, el comercio y la política, y con ellas la fortaleza, la opulencia y la sabiduría de las

repúblicas; y de estos tres grandes vicios, que ciertamente arruinarían la estirpe humana, surge la felicidad civil" (*idem*, axioma 132)

Confiado en que "las ideas uniformes nacidas en pueblos desconocidos entre sí deben tener un fondo común de verdad", Vico encuentra una serie evolutiva en las culturas de todos los pueblos, que le permiten fijar el curso histórico, como algo fijo que ha de pasar por etapas, períodos necesarios. Hay una vieja leyenda egipcia, dice Vico, que revela que el mundo ha pasado por tres etapas: la de los dioses, la de los héroes y la de los hombres. (*idem*, axioma 173). En la primera, los dioses son fuerzas sobrenaturales, todopoderosas, que producen el universo mismo, sus leyes, sus fenómenos. Todo lo que ocurre tiene su explicación en la voluntad de los dioses. "La física de los ignorantes es una metafísica vulgar mediante la cual atribuyen las causas de las cosas que ignoran a la voluntad de Dios, sin considerar los medios de que se sirve la voluntad divina." (*idem*, axioma 182). Como los dioses tienen tratos con los hombres, nacen los héroes, mitad dioses, mitad hombres. A su vez, ellos determinan la cultura, crean las artes como Prometeo, fundan ciudades como Teseo, establecen su legislación como Licurgo. Por fin, viene la etapa final, la humanista, en donde todo se explica a partir del hombre mismo, de sus ideas, de sus deseos, de sus actos. ¿Podría interpretarse este curso de lo histórico al modo comtiano, viendo en esas etapas la teológica, la metafísica, la positiva? Es indudable la semejanza entre ambas doctrinas. Corresponden, en verdad, a tres formas culturales diversas, según las cuales las causas de la realidad son los dioses, los héroes y los hombres, sucesivamente. Sin embargo, la teoría comtiana es intelectualista, se refiere más bien al sistema de ideas que prevalece en cada época, en donde en el estado teológico los fenómenos son producidos por la acción directa y continua de agentes sobrenaturales más o menos numerosos; en tanto que en el metafísico es sólo una sencilla modificación del primero, sustituyendo esos agentes por fuerzas abstractas personificadas; finalmente, el estado positivo es el estudio del universo mediante el razonamiento y la observación.

Pero, en el sentido viquiano, se trata de un concepto de creación, no de conocimiento del universo; de actos, no de ideas; de personalidades que proyectan su espíritu en el mundo y lo conforman a su imagen y semejanza; se trata más bien de una teoría de la praxis que de un mero sistema de conocimiento. El filósofo, ya sea idealista como Platón o empirista como Epicuro, representa la culminación del desarrollo histórico, por cuanto piensa y reflexiona, por sí mismo, sobre el universo y trata de comprenderlo a partir de sus facultades puramente humanas. No es sin embargo una interpretación inmanentista del mundo, en la cual la divinidad constituya una etapa

primera, destinada a desaparecer para dar lugar al hombre. En realidad, la religión, en su forma cristiana, es un nexo espiritual constante entre los hombres, que se mantiene en todas las etapas históricas. Los dioses a que se refiere Vico son las mitologías antiguas, no hebraicas, destinadas, esas sí, a dar paso a otras formas de interpretación cósmica.

Las etapas sucesivas de los dioses, los héroes y los hombres significan en otro sentido una progresión hacia la inteligencia, que sustituye a la fantasía; hacia la moral que supera la barbarie primitiva; hacia una forma política elevada, denominada monarquía, que conjuga regímenes menos perfectos; hacia un lenguaje articulado y alfabético, resultado evolutivo de las fases jeroglíficas y simbólicas. El curso histórico representa una escala ascendente hacia lo óptimo, en sus más amplios aspectos humanos, así en el desarrollo de las dos facultades como la inteligencia y la voluntad, como en las ciencias humanas, la lógica que construye el lenguaje, la moral que forma las normas, la economía que constituye las familias, la política, los estados.

Si en la primera etapa predomina la sabiduría poética, en la última prevalece la sabiduría reflexiva; en aquella, la poesía es la facultad creadora; en la última, la razón. "La sabiduría de los antiguos hacía a sus sabios, con un espíritu, grandes filósofos, legisladores, capitanes, historiadores, oradores, poetas, por lo que ha sido tan deseada. Más ésta (la sabiduría poética) los hizo o más bien los esbozó tal como los hemos hallado en las fábulas, en las cuales hemos visto que la sabiduría refleja estaba como en su matriz o embrión; puede decirse que en ellas estaban descritos de modo sensible y grosero los principios del actual mundo de las ciencias, el cual, posteriormente, con racionios y máximas nos ha sido aclarado por la reflexión particular de los doctos. Por todo lo cual tenemos, como queríamos demostrar en este libro, que los poetas teólogos fueron el sentido y los filósofos el entendimiento de la sabiduría humana."

Este ciclo histórico es un ciclo espiritual, realizado por la mente de los hombres, llevado a su culminación por su inteligencia y mediante su elección. No tienen nada que hacer aquí ni el azar de los epicúreos ni el hado de los estoicos. Pero al mismo tiempo es un ciclo que se repite, es un recurso, no sólo un curso, pues al final de cuentas, dice Vico, los hombres "hacen perpetuamente lo mismo y siempre surgen las mismas cosas" (*idem*, axioma 1108).

Así que el hombre se ha elevado de la barbarie a la cultura, de la fantasía a la inteligencia, de la fuerza a la justicia, recae nuevamente en otra etapa de barbarie, en donde se torna otra vez feroz, cruel, primitivo, para iniciar otro círculo histórico. Hay en la naturaleza misma de las cosas, en la estructura orgánica de la sociedad,

gérmenes de decadencia que la llevan a su disolución o su recaer en la barbarie. Parece que Vico piensa en una disolución no sólo moral sino política, que termina el ciclo e inicia el otro, disolución que tendría, entre otras, como causa la evolución necesaria y fatal de la conciencia moral. "Los hombres procuran primero lo necesario, luego lo útil, después se dan cuenta de lo cómodo, sucesivamente se deleitan con el placer, luego se ablandan con el lujo, y por último, perdido el seso, derrochan sus bienes" (*idem*, Tomo I, axioma 241, pág. 167). De ahí que la propia naturaleza de los pueblos tenga un ciclo semejante, pues "es cruel primero, luego severa, más tarde benigna, refinada posteriormente y por último disoluta" (*idem*, axioma 242).

Este mismo ciclo moral se trasluce en la vida política, pues en ella los grandes jefes muestran caracteres paralelos a las fases diversas de la conciencia moral. "En el género humano surgen primero caracteres brutales y groseros como Polifemo; luego magnánimos y orgullosos como Aquiles; después valerosos y justos como Aristides o Escipión el Africano; aparecen más próximos a nosotros, con grandes apariencias de virtud acompañadas de grandes vicios, que tienen fama entre el vulgo de gloria verdadera, como Alejandro y César; más tarde aún, los tristes reflexivos como Tiberio; por último, los furiosos, disolutos y desvergonzados, como Calígula, Nerón y Domiciano" (*idem*, axioma 243). En esta sucesión de caracteres es admirable ver cómo el gran círculo de la vida política se abre con Polifemo, brutal y grosero y se cierra con Nerón o Domiciano, tan brutales y groseros como Polifemo; pero con la diferencia de que en el primero obra una barbarie del sentido, primitiva, cuyos vicios nacen de su propia vitalidad, en tanto que en el segundo actúa una barbarie peor porque es reflexiva, consecuencia de una perversión de la inteligencia y la voluntad. "Son fieras más crueles que las que habían sido con la barbarie del sentido" (*idem*, axioma 1106).

Así, los últimos emperadores romanos anuncian la segunda barbarie, la barbarie de la reflexión, que llega a su apogeo con las invasiones germanas que habrían de arruinar el Imperio.

Pero la providencia divina, dice Vico, provee tres remedios para la disolución de las naciones: O aparece un hombre como Augusto que toma por la fuerza de las armas todas las leyes y los órdenes sociales y que impone un sabio gobierno; presentándose como miembro del partido del pueblo; gobernando mediante leyes, por las cuales se igualan todos los individuos, se rebajan a los poderosos y mantienen libres y ajenas de las opresiones a las multitudes; se las deja satisfechas y contentas con respecto a lo necesario de la vida y al uso de la libertad natural, sin perjuicio de que se concedan a grupos sociales o a personas particulares privilegios y honores civiles; o bien

son dominados por otras naciones más fuertes que los convierten en provincia de ellos; o finalmente, acostumbrados a no pensar sino en sus propios intereses, llegando hasta el extremo del orgullo, se enfurecen al menor contacto, no pueden ponerse de acuerdo siquiera dos sobre el mismo asunto, llegan a desesperadas guerras civiles, que hacen de las ciudades selvas, y de las selvas, cubiles para los hombres. De este modo, la disolución de una nación la hace volver irremediabilmente a la barbarie, si no es salvada por un gran hombre o una gran nación.

Esta providencia divina que ha establecido la historia ideal, eterna, cuyo curso andan todas las naciones del mundo, se vale de las pasiones, vicios y debilidades humanas para llevar a cabo su cumplimiento fatal. "Este mundo ha surgido sin duda de una mente contraria a veces y siempre superior a los fines particulares que se habían propuesto los hombres; estos estrechos fines, convertidos en medios para un fin más elevado, los ha dispuesto siempre de forma que conservaran la generación humana en la tierra. Los hombres quieren usar sin freno de su libido y surge en cambio la castidad de los matrimonios, y de ahí las familias. Los padres quieren ejercer inmoderadamente los imperios paternos sobre sus clientes y los sujetan al imperio civil de donde salen las ciudades. Las órdenes reinantes de los señores quieren abusar de su libertad señorial sobre los plebeyos y van a dar en la servidumbre de las leyes que producen la libertad popular. Los pueblos libres quieren librarse del freno de las leyes y van a dar en la sujeción de los monarcas; éstos quieren envilecer con todos los vicios de la disolución a sus súbditos para asegurarse y los ponen en trance de soportar la esclavitud de las naciones más fuertes; quieren las naciones perderse a sí mismas y van a salvarse en las soledades, en donde, cual fénix, resurgen nuevamente" (*idem*, axioma 1108). La providencia divina hace cumplir la historia ideal eterna, por encima del entendimiento y voluntad de los hombres, con "la astucia de la razón", como diría Hegel.

La nación es el sujeto de la historia, cuerpo genérico, orgánico, en donde se juntan y mezclan diversos grupos sociales, leyes, autoridades, tradiciones, costumbres. El curso y recurso de la historia lo es de las naciones; ellas pasan por las etapas sucesivas de los dioses, los héroes y los hombres; surgen en la edad de la barbarie, transcurren por la edad heroica y llegan finalmente a la humana, reino de la filosofía, para disolverse en otra nación o en la vida primitiva de las selvas.

La Ciencia Nueva es el conocimiento de este curso uniforme, que Vico denomina naturaleza, de las naciones en donde la caudalosa vida histórica exhibe ricas analogías, múltiples semejanzas, equivalencias que revelan el mismo ritmo vital, las mismas urgencias, las

mismas fases de desarrollo. Sin embargo, no todas las naciones cubren el ciclo histórico completo; algunas porque su propia naturaleza las hace detenerse en alguna parte de su evolución, por ejemplo, el Japón, cuya naturaleza belicosa lo hace semejante a los romanos, en la época heroica de sus guerras cartaginesas; otras porque han sido incorporadas al curso de otra nación, como los griegos, o las propias naciones americanas, que hubieran recorrido todo el ciclo de su historia, dice Vico, de no haber sido descubiertas por los europeos. Al parecer, sólo la historia romana ofrece el espectáculo de un curso y recurso completo de la historia ideal eterna: Roma, que Vico eleva a paradigma de su Ciencia Nueva y de cuya tradición extrae tantos ejemplos valiosos para mantener su filosofía.

La Ciencia Nueva recoge en su teoría de los ciclos una concepción científica del proceso social al que están sometidos los pueblos o naciones del mundo, si por ello ha de entenderse todo lo que atañe a la vida social, así la organización política y jurídica, como la económica y moral. Pero junto al proceso social, existe además un universo cultural formado por las concepciones artísticas, las ideas religiosas, la filosofía moral y jurídica, que son todas ellas producciones directas de un espíritu que elabora el gran edificio cultural de cada época; universo que transcurre sin estar sujeto al camino del curso y recurso de la historia, sino que se despliega en un progreso lineal y ascendente, como lo muestra el ejemplo de la religión, cuyas conquistas a través de la revelación y de lo que rinde el ejercicio natural de la razón, se conservan sobre las épocas de barbarie o de auge cultural; o la propia filosofía, cuyos sistemas perduran sobre las naciones como es el ejemplo egregio de Platón, bajo cuyo nombre Vico ampara sus concepciones metafísicas más radicales.

Y aún habríamos de colocar fuera también de los ciclos históricos todo lo que se comprende bajo el concepto de civilización, los productos materiales de cada cultura, los instrumentos que la hacen posible, el "achievement" histórico. No de otra manera han de juzgarse lo que la escritura y la imprenta, la literatura y la pintura, la arquitectura, dejan como saldo en el transcurrir temporal, aunque desaparezca la cultura, el mundo anímico y espiritual que lo hace posible, o el cosmos intelectual que racionaliza sus procesos formativos.

Así, la filosofía del espíritu y la ciencia social en Vico corren al parecer por senderos distintos: aquélla desenvolviéndose a través del tiempo en forma lineal, desplegando las posibilidades ínsitas en la conciencia y en las facultades humanas; ésta discurriendo en círculos concéntricos y repitiendo cada vez más las mismas experiencias humanas. La sociología la resume brillantemente Vico, en alguno de sus aspectos esenciales, diciendo que "el orden de las cosas humanas procedió así: primero fueron las selvas, después las chozas, tras ellas,

los poblados, luego las ciudades, y por último, las academias" (*idem*, Tomo I, axioma 239, p. 166); pensamiento que podría prestarse él solo a interesantes disquisiciones, si el interés de estas líneas no condujera hacia otros problemas.

Recordemos, por ejemplo, la evolución política que describe Vico en ese amplio estudio del proceso social que hemos querido comprender bajo el término, un tanto laxo, de ciencia social.

El inicio de la humanidad es el errar vagabundo de los hombres, como fieras salvajes, después del diluvio universal. Esas naturalezas salvajes sometieron sus fuertes pasiones a una sola y suprema divinidad, más poderosa que todos ellos y que hizo posible la sociedad civil, los matrimonios y por ende las familias. Es el período político de los dioses que corresponde a un gobierno teocrático en que los jefes son los sacerdotes. Del conjunto de familias, donde se forman los poblados, se crea después, en la etapa heroica, el gobierno aristocrático, formado por los jefes de familia de divino linaje, nacidos bajo los auspicios de los dioses. La fuerza de ese gobierno provino de haber dado asilo a las tribus errantes, a los hombres salvajes que buscaban refugio, a los que huían de las invasiones y las guerras. Así se formaron dos órdenes sociales: los nobles y los plebeyos, cuya convivencia sólo fue posible por una primera ley agraria, que permitió a los primeros conservar el dominio inminente de la tierra, y el útil a los segundos. La tercera etapa política ocurre cuando los plebeyos descubren que son de la misma naturaleza que los héroes; que las clases aristocráticas; y forman las repúblicas populares, en donde existe libertad e igualdad, leyes que sólo el pueblo establece, pero que conducen a una anarquía extremada que destruye todo orden social y que hace al hombre volver a la vida de las selvas.

Este esquema de evolución política, que recuerda la "anaclosis" de Polibio, por más que Vico expresamente la deje de lado, proporciona una fórmula clara y precisa para encontrar el sentido de la historia, al menos en su dimensión social más importante. El valor de una filosofía de la historia, al modo como la ha establecido Juan Bautista Vico, consiste entre otras cosas, en permitir vislumbrar el futuro, descubrirlo en los síntomas que ofrece el presente.

Vico tuvo conciencia de que los pueblos o las naciones se encontraban en diversas etapas de desarrollo y que no existía necesaria concordancia entre ellas. Sin embargo, percibió sagazmente que, en su tiempo, predominaba el gobierno aristocrático aunque había algunos ejemplos aislados de monarquías humanísimas, de repúblicas populares libres. Si su tiempo correspondía a la era de los héroes, cabría acaso, para cerrar estas líneas, proseguir el diagnóstico de Vico y en función del curso uniforme de las naciones clasificar nuestro

presente y adivinar nuestro futuro. No es éste el menor de los frutos de una bien cimentada filosofía de la historia.

Los siglos que nos separan de la época en que vivió Vico nos han conducido hasta la etapa de las repúblicas populares, en donde ya no hay sentido de desigualdad natural entre los hombres: todos son iguales y sujetos de las mismas leyes; el poder legislativo lo tiene el pueblo; el gobierno procura mantener satisfechas a las turbulentas multitudes, dándoles lo necesario para la vida y dejándoles un uso racional de su libertad. Pero ¿no estamos llegando a la etapa de decadencia de toda vida social? ¿Nos acercamos acaso a la barbarie de la reflexión de que hablaba Vico? ¿Estamos perdiendo nuestra libertad, convirtiéndonos en esclavos a causa del lujo, de la soberbia, del fausto y de la envidia? ¿La disolución de la vida social no se ha visto acelerada por esa falsa elocuencia que sostiene indiferentemente las dos partes opuestas, que siembra el desorden y la anarquía, que nos hace mentirosos, pícaros, calumniadores, ladrones, fingidores?

Si esto fuera así, sigamos los sabios consejos de la *Ciencia Nueva* de Vico, busquemos un gobierno universal que mantenga la libertad dentro del orden, que forme leyes justas que hagan libres y tengan satisfechos a los pueblos, sin cuyas condiciones los estados no son ni duraderos ni seguros.

Este diagnóstico de nuestro presente y nuestro futuro, formulado con los conceptos, casi con las mismas palabras de Vico, tiene, no cabe duda, algunas de las características que muchos sociólogos y filósofos asignan a nuestra época.

Volver la mirada a Juan Bautista Vico, en este año que celebra el tercer centenario de su nacimiento, tiene interés actual. "Los hombres hacen perpetuamente lo mismo y siempre surgen las mismas cosas." He aquí la profunda enseñanza de la historia que nos ha legado su pensamiento.

UNAMUNO O LA PASION AGONICA DEL NOVELISTA

Por *Emilio SOSA LÓPEZ*

EN ningún otro escritor se ha dado, de manera tan viva y directa, la pasión o el drama íntimo del novelista como en Miguel de Unamuno. Casi podría decirse que su dedicación al género no fue exclusivamente el resultado de una ambición literaria, determinada por el solo afán de crear seres o mundos imaginarios, cuanto el producto de una necesidad profundamente metafísica de esclarecer el sentido o, mejor dicho, la razón existencial que mueve al hombre a novelar, a recrear imaginativamente la vida, inventar seres de ficción, mover pasiones ocultas y recoger, en una visión completa, la experiencia total de la existencia. Porque hacer novelas es irse adentro de uno mismo, entrar en lo más íntimo del alma, donde el tiempo palpita en un reverbero de sueños; es acceder, en fin, como rezan sus propias palabras, a "ese pasatiempo en que el hombre sueña con su propio existir" y que, en comunión con la realidad de los otros, es el único tiempo que "anuda la oscura cadena de sus existencias al seno de la eternidad".

Unamuno había descubierto que el afán humano de patentizar la vida en la novela —puesto que todo autor es también criatura como lo son sus entes de ficción— responde, en el fondo, en lo esencial, a un deseo de inmortalidad, de permanencia. De tal modo, al reproducir en el espejo de la narración el ser fluyente de la vida, el novelista trabaja con el estímulo de la realidad misma. "No hay realidad más que en el querer." Y es este querer el que sostiene nuestros actos. La novela, en su intención, se asemeja, pues, vivamente, al sueño de vivir y es natural que con él se acompase como un tiempo que se distrae de su propia consumación. A Unamuno le resultaba sencillo, entonces, reconocer la propiedad de dos mundos novelísticos en sí: el de la carne y el de la letra, en los que igualmente se expresa el Verbo revelado. Sólo que el acto re-creativo del novelista —del soñador— logra unívocamente hacerlos confluir en una unidad, aquella "verdad del sueño" en que se plasma el ministerio ontológico del verdadero Creador, esto es, Dios, que es quien sueña nuestra vida y de cuya sustancia nebulosa se hace nuestro estar y morir.

Este pensamiento fue obsesivo en él, y surgió más que como un método de creación literaria, como una filosofía de la vida. De ahí que pueda decirse, en su caso, que es una "actitud filosófica" lo que sostiene y ahonda su vocación novelística. Al menos, es lo que le ha dado el impulso para mantenerse en esa entrañable postura suya de verse como un ser agónico que se hace a sí mismo en comunión activa con los otros, sean seres reales o de ficción. Ya en su obra primordial, *El sentimiento trágico de la vida*, Unamuno había señalado que la filosofía "responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción". Pero aparte de lo que ella pueda implicar, en último término, como actitud vital, la filosofía era para él, más que nada, un estado de desnudamiento interior, de ahondamiento contemplativo respecto a la esencia radicalmente solitaria de la propia vida personal.

La filosofía aquí, sin duda, es otra vez una reflexión sobre la muerte. Y es así porque la vida, según Unamuno, "es continua creación y consunción continua, y, por lo tanto, muerte incesante". Tal la raíz de nuestra irreparable soledad. Pero la filosofía sola no basta puesto que la filosofía que únicamente busca rendir la "identidad del ser", no alcanza ella misma a ser conciencia conductora de vida, cuanto expresión, a lo sumo, de una dialéctica interna. Así es como agudiza la expectación del intelecto. En verdad, como dice el propio Unamuno, "la mente busca la muerte, pues lo vivo se le escapa; quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva, quiere fijarla". He aquí la trágica tortura de filosofar que se refleja incluso en la intimidad del novelista cuando éste pretende fijar en la novela la vida, lo que de ella se ha consumado; en otras palabras, "lo ya hecho, que es desecho", como expresa en el prólogo de su obra *Cómo se hace una novela*.

Es evidente que Unamuno no quiso atenerse solamente a la imagen abstracta que toda filosofía ofrece de la vida, sino que quiso asumir las ambas en un solo acto de creación personal. Según esta decisión, llegó a afirmar en su *Sentimiento trágico de la vida* que la suya no era una filosofía en sentido estricto: "No quiero engañar a nadie ni dar por filosofía lo que acaso no sea sino poesía o fantasmagoría, mitología en todo caso". Lo crítico de la cuestión estaba, al parecer, en que el pensamiento con el que uno extrae su conciencia de ser, no es un sostén por sí mismo, puesto que lo único que al hombre se le evidencia en su soledad radical, o frente al fragor de lo que pasa —esa "tremenda visión del fluir de las olas de la vida"—, es que "me tengo que morir". La respuesta existencial, oscura, irracional,

a ese pensamiento anonador es el ansia de ser, ser siempre, ser sin término.

Julián Marías ha insistido en que esta apetencia o sed de eternidad tiene una afinidad profunda con la idea spinoziana "que define el ser como un conato de perduración". Dice Marías, en su libro *Miguel de Unamuno*: "Spinoza hace consistir la esencia de las cosas en un afán o conato de perseverar en su ser indefinidamente, en un apetito de eternidad, que en el hombre es consciente y se llama *cupiditas*, deseo. *Cupiditas est ipsa hominis essentia*, dice Spinoza; esto es, la *pasión de vida*, el *ansia de inmortalidad* de que habla Unamuno."

Pero en Unamuno aún este problema de *ser siempre* se agudiza porque en él la existencia juega como una incesante dialéctica. Así, el solo deseo de inmortalidad no es la única coyuntura del ser, su único rendimiento, pues siendo la vida —como lo es para él— "sueño o sombra de un sueño", ese mismo deseo o ansia acaba configurando una "revelación de la eternidad", que hace todavía más trágica nuestra existencia, ya que tenemos que velar por ella, por esa eternidad que, contradictoriamente, sea por impulso de nuestro querer o por espejismo del morir, nos ha sido dada como la única realidad del ser. Sin ella, el hombre incluso no puede asirse en su interioridad y flota como un desecho entre "una fatídica procesión de fantasmas, que van de la nada a la nada". Pues bien, desde el fondo de esta angustiosa revelación, Unamuno ha puesto de relieve, ya como novelista, en su novela *Niebla* —cuyo nombre patentiza la sustancia nebulosa en que nos movemos—, lo que realmente encierra todo acto del filosofar: una experiencia de la muerte. Allí expresa: "Cuando el hombre se queda a solas y cierra los ojos al porvenir, al ensueño, se le revela el abismo pavoroso de la eternidad. La eternidad no es porvenir. Cuando morimos nos da la muerte media vuelta en nuestra órbita y emprendemos la marcha hacia atrás, hacia el pasado, hacia lo que fue. Y así, sin término, devanando la madeja de nuestro destino, deshaciendo todo el infinito que en una eternidad nos ha hecho, caminando a la nada, sin llegar nunca a ella, pues que ella nunca fue."

Sólo es perceptible entonces, desde esta eternidad, la vida como lo que fue, "carne de un sueño". Entretanto, el efecto que arroja el acto puro del filosofar, más que el de una indagación, es el de un desfundamiento del ser en lo que no es vida ni muerte, sino pensar. Esto implica la frustración del filósofo, pues el pensar, esto es, el *cogito*, la razón que en nosotros piensa abstractamente, no tiene sustancia. Su misma abstracción le impide asir la realidad temporal de lo viviente. En otras palabras, es como si Unamuno acogiendo exclusivamente a su condición de agonista, aspirara a superar al filó-

sofo que había en él, para recaer en su propio ser existente como la única forma quizá de esclarecer la paradoja de la muerte.

Tal camino ya es afín al de la novelería, pues al final de cuentas lo que verdaderamente importa a la filosofía, según el modo como lo veía Unamuno, no es tanto su saber abstracto —que por no apoyarse en nada *real* es un saber *irresponsable*—, sino la pasión agónica del filósofo que movido por su propia ansia de ser se proyecta incluso, denodadamente al pensar. En tal sentido llegó a afirmar que "no hay más profunda filosofía que la contemplación de cómo se filosofa". Pero esta pasión es ya "historia personal", historia de sí mismo en el ser, o sea, "sueño que sueña". De ahí que finalmente llegara a sostener que "todo, y sobre todo la filosofía es, en rigor, novela o leyenda". En definitiva, tal como lo indica el propio Marías, "por esa creencia de que la razón no es capaz de resolver su problema íntimo, se ve empujado Unamuno a escribir novelas".

Es decir, escribe ya novelas en tanto que se ve acuciado a rendir una noción más radical o vivencial de la existencia. En tal sentido, lo que en el origen de su vocación novelística fue simple evocación, anhelo retributivo de reconstruir para los demás el mundo cotidiano de su infancia, con su paisaje vizcaíno, su gente y sus cosas, tan vivamente expuestos en *Paz en la guerra*, su primera novela, se ha transformado agónicamente, por mediación de la filosofía, en *método existencial*, en modo de aprehensión de la vida como sentimiento o afán de univocidad. Ya en su segunda novela, *Amor y pedagogía*, se percibe este cambio suyo en la concepción del género, el cual ahora tiende, exclusivamente, a describir, frente a lo que pasa, la pura interioridad psicológica o reflexiva del sujeto o de los personajes, como la única forma de alcanzar esa univocidad del sentir, no sólo entre los personajes y el autor, sino entre el autor y el lector. Agonísticamente, parecía que Unamuno ya buscaba asir esa dimensión ontológica en que vida y pensamiento son una misma cosa en la sola ansia de ser. Únicamente así, desde esa profundidad existencial la novela puede equivaler al pensar; pero, en cualquier caso, no será ya un pensar que simplemente abisme, sino un pensar que se va haciendo con lo *real*, a medida que el autor lo va creando, esto es, a medida que lo va comunicando, como *mundo propio*, al virtual lector, en el afán de ser vida perdurable de un sueño que infinitamente puede ser recreado.

Y aquí está la razón esencial del novelar: hacer novelas es hacerse a uno mismo con sus propios fantasmas, ensueños o pasiones, pero no para ahondar la íntima soledad, cuanto para comunicarla o abrirla a los demás. Unamuno lo ha expresado de este modo: "¿Para qué se hace una novela? Para hacerse el novelista. ¿Y para qué se hace el novelista? Para hacer al lector, para hacerse uno con el lector. Y

sólo haciéndose uno el novelador y el lector de la novela se salvan ambos de su soledad radical. En cuanto se hacen uno se actualizan y actualizándose se eternizan." Es, pues, un acto de amor toda creación, un darse para siempre, eternamente, uno mismo en la obra, un *ser siempre* para todos, volviéndose por ello más real, haciéndose *realidad*, puesto que, como decía Unamuno, "lo que no es eterno tampoco es real".

Sin embargo, Unamuno fue muy consciente del carácter paradójico de la creación novelística que, con todo, no deja de ser, en el fondo, una imitación de la vida. Intentó, en consecuencia, absorber los ámbitos autónomos de la narración y violentar los límites de lo abstracto, llenándolos con su total presencia. Así, en su tercera novela, *Niebla*, en la que premeditadamente se ha anulado la distinción entre realidad y ficción, por la absoluta identificación del autor con su obra, se observa cómo el tratamiento y el desarrollo de la acción que allí acontece no es más que una negación de la novela misma como género de la limitación y la distracción. Por ello se vio en la obligación de llamarla *nivola*, con lo que quería expresar que no había que entenderla como un simple producto del quehacer literario, cuanto como un *suceso real*, a través del cual él venía a ingresar, con su personaje Augusto Pérez, a esa realidad inequívoca y re-creativa del sueño. Esta obra era, pues, un acto de trasvasamiento. Pero, entonces, si la *nivola* es lo consecuentemente real, puesto que sucede y sucederá siempre, en actos de pura re-creación, ¿qué es, en su residuo sin historia, la existencia concreta del escritor cuando sueña con su novelería?

He aquí el carácter paradójico del acto de escribir que apeteciendo en lo que narra ser vida perdurable, por el hecho mismo de sus traerse al "presente" del vivir para imitar el flujo del "sueño de la vida", acaba por volver todo lo que fija, toda experiencia o decurso del ser, en una mera sustancia espiritual, justamente por *eternizar* la vida en esa resonancia silenciosa de la escritura que es memoria, esto es, "muerte". En el mencionado *Prólogo de Cómo se hace una novela*, Unamuno mostró claramente la naturaleza del problema: "El que pone por escrito sus pensamientos, sus ensueños, sus sentimientos, los va consumiendo, los va matando. En cuanto un pensamiento nuestro queda fijado en la escritura, expresado, cristalizado, queda ya muerto y no es más nuestro que será un día bajo la tierra nuestro esqueleto. La historia, lo único vivo, es el presente eterno, el momento huidero que se queda pasando, que pasa quedándose, y la literatura no es más que muerte. Muerte de que otros pueden tomar vida".

Escribir, entonces, es no sólo aislarse del presente omnímodo —donde fluye nuestro morir—, sino despojarse de la carga temporal de la vida; es, dialécticamente, reducir la vida para darla, reducir

la "historia personal", la oportunidad de vivir sólo uno, a lo mínimo, a la condición de una bellota, para potenciarla desde allí en vida futura. Es lo que poéticamente le hacía decir, al acogerse a la pasión del lector: *Soy yo, lector, que en ti vibro*. Pues bien, es este estado de despojamiento, al que se llega por los caminos de la introspección creadora, lo que aparentemente, desde el punto de vista de la acción exterior, devuelve la imagen del escritor, tal como le pasó a Amiel, como una "vida sin historia".

Precisamente Unamuno, en un artículo sobre el célebre autor del *Diario íntimo*, definió este estado como el de una "existencia virtual", en el que uno, a fuerza de consentir a la esencialidad del espíritu, termina despojándose de todos sus accidentes y pasa a convalidar ese estado "indiviso y puntual", estado de potencia o cero fecundo. Pero así como esta aparente falta de "historia" es falsa, ya que la verdadera "historia" de Amiel, según Unamuno, fue su *Diario*, así los productos de la fantasía que determinan el acto del novelar son, finalmente, también "historias personales" del escritor, aunque ellas se desvíen a la multiplicidad de lo antagónico, ya en la pura acción de los personajes o en el pasatiempo de la lectura de los otros.

Esta transmutación vocacional del escritor pareciera evidenciar, en sus últimas raíces existenciales, el tema de la fecundidad de la nada. Porque es igualmente paradójico volverse "muerte" para dar "vida". Amiel decía que "esta nada es un todo". Y lo ejemplarizaba así: "¿Qué es la bellota si no el roble que ha perdido sus ramas, sus hojas, su tronco y sus raíces, es decir, todos sus aparejos, sus formas, sus particularidades, pero que se ha concentrado en su esencia, en la forma que puede reconquistar todo?" Tal esencia es, sin duda, la pura conciencia del ser, que si bien para el hombre parece un morir, no es con todo, para el escritor que la asume, una aniquilación. Unamuno comprendió profundamente esta mecánica de la transmutación personal que se opera en el acto de escribir y la asumió desde su condición de "hombre de carne y hueso", es decir, de ser fecundo y trágico, de criatura que por ansia de no morir está dispuesta incluso a hacerse "novela o leyenda" de sí misma. Es indudable que en *Niebla* la pasión agónica de Unamuno como novelista alcanzó su plenitud. De ahí que reversiblemente le hiciera decir a Augusto Pérez, su ente de ficción, que él, Unamuno, su autor, tal vez no fuese sino un pretexto para que su historia y la de otros, inclusive la de Unamuno mismo, lleguen al mundo (es decir, lleguen desde esa *nada* que sueña).

Porque en el fondo de todo esto está el problema de esa nada, de ese abismo incondicionado (o *Ungrund*) donde finalmente toda noción de realidad se extravía. A esa nada no se puede llegar, dice Unamuno, porque "ella nunca fue". Sólo nosotros flotamos inciertamente en el flujo del tiempo, en este "presente terrible" en el que

se nos sueña, y en el que se nos puede dejar soñar —siendo ésta la más cruel que el hombre llegue a concebir que sea. Mientras tanto, no hay otra cosa que el hombre. Por ello, la pregunta acuciante que se formula en el *Prólogo* de sus *Tres novelas ejemplares*, implica ya una determinación de conocimiento aplicada a la novela: "¿Cuál es la realidad íntima, la realidad real, la realidad eterna, la realidad poética o creativa del hombre? Sea hombre de carne y hueso o sea lo que llamamos de ficción." Aquí se pulsa hasta qué punto la novelística unamuniana es una suerte de investigación acerca de la esencia misma del hombre, cuya sola condición de agonista le confiere autonomía frente a toda contingencia, así en su realidad concreta como en sus propios mundos imaginarios. Ya el hecho esencial de que el hombre sea en sí, entitativamente, un agonista, es lo que permite que sus mismos personajes de ficción, asidos a esta raíz existencial, sean a su vez, o lleguen a ser, "reales, realísimos, y con una realidad más íntima, con la que se dan ellos mismos, en puro querer ser o en puro querer no ser, y no con la que le den los lectores". En este sentido, decía Unamuno, "Don Quijote es tan real como Cervantes; Hamlet y Macbeth tanto como Shakespeare."

Esta autonomía del "ente de ficción" como agonista, o sea, como "ser real *en sí*", tuvo en Unamuno su interpretación más lacerada en el análisis o, más bien, en el asedio de esa interioridad irreductible de su Alejandro Gómez de *Nada menos que todo un hombre*. Pero este relato no era más que el camino para llegar al mundo abismal que se descubre en *Abel Sánchez*, donde el planteo metafísico del ser del hombre adquiere un dramatismo incomparable al advertirse allí, principalmente en el ánimo, no del personaje homónimo, sino de su antagonista, Joaquín Monegro, que uno no es totalmente uno, no por efecto de los demás que lo obligan a ser distinto, sino porque el alma misma, el ser de la intimidad, está hecha de porciones, discordias y oposiciones profundas que determinan que uno no se sienta uno, incluso en su propia soledad. Es como si hubiera un movimiento de traspaso en el fondo de nuestra interioridad insalvable. Unamuno ha descrito esta pasión como un estar "ensimismado y, a la vez, enajenado", el cual pareciera aludir, en términos metafísicos, a una especie de dialéctica instalada en la íntima raíz del ser.

De ahí procede, sin duda, la contradicción de nuestros impulsos, la controversia del amor y del odio que universalmente liga a los seres y teje el entramado de la existencia humana y da pábulo, desde el fondo de la fatalidad, como sucede con su *Abel Sánchez*, al giro cainita, a la envidia que enfrenta a los amigos, al odio que menoscaba el afecto de los demás y que muestra cuanto infierno se agazapa en la tiniebla de la propia insustancialidad. Este tema de la

alineación interior surge constantemente en la obra de Unamuno como un motivo recurrente de la crisis de la personalidad. Es el punto donde estallan los conflictos del querer y no querer, del ser y no ser, el filo de la duda y la angustia que no obstante hace sentir el alma como atada a un eje irreparable. Así, en *La tía Tula* (que según Manuel García Blanco fue concebida muy anteriormente a su fecha de publicación, casi a comienzos de siglo), hay un momento en que Gertrudis, la protagonista, entre el amor de su cuñado Ramiro, viudo, siente o empieza a percibir esta devaluación abismal de su ser interior que lucha consigo mismo en la indeterminación de lo que quiere y lo que es. "Y era lo cierto que en el alma cerrada de Gertrudis se estaba desencadenando una brava galerna. Su cabeza reñía con su corazón, y ambos, corazón y cabeza, reñían con algo más ahincado, más entrañado, más íntimo, con algo que era como el tuétano de los huesos de su espíritu." Gertrudis, en verdad, sólo quiere ser la madre virginal, espiritual, de los hijos de su hermana Rosa. Entonces su lucha es por la pureza de un sentimiento de amor que no quiere ser contaminado en su autenticidad. Aquí habría que preguntarse, por consiguiente, si esa vocación del amor que se sustrae al amor, ese "algo" contra el que luchan su corazón y su cabeza, es todavía la voluntad o el vacío de la voluntad que acata un mandato superior.

Muchas veces Unamuno ha identificado nuestra auténtica ansia de ser con el "hambre de Dios". Llegar a él, pues, sería el supremo cumplimiento de la vida. De donde se entiende que toda lucha, toda agonía, en el fondo no es otra cosa que un acatamiento, el cual conduce, secretamente, a eso, a develar a Dios, a iluminarlo, a alumbrarlo si se quiere con los destellos de la pasión debida. Esa es nuestra trascendencia que irradia de nuestros actos. Lo demás es vanidad del mundo, de lo que pasa y nada deja. En suma, ir a Dios, ascender a Dios, es un camino que se construye en la propia intimidad. Al respecto, parafraseando a Hugo de Saint Victor, el místico del siglo XII, Unamuno decía "que subir a Dios, era entrarse en sí mismo y no sólo entrar en sí, sino pasarse de sí mismo, en lo más adentro —*in intimis etiam seipsum transire*— de cierto modo inefable, y que lo más íntimo es lo más cercano, lo supremo y eterno". ¿Y qué es este adentramiento si no la pura inefabilidad? El asunto está en que no todo hay que esperararlo de esta vida, sino que hay que allegarse a la otra que se vislumbra al trasluz de nuestra muerte, para oír así el rumor del ser que crea, ese fluir del verbo de Dios en su eternidad, que es justamente lo que en el fondo nos desvela y nos impide estar solos, incluso en la soledad como en la muerte.

El contenido de esta experiencia, huelga decirlo, es la fe. Pero no se trata de una fe racionalizada, sino de algo más profundo, de

un impulso místico que traspasa el abismo de la duda y la angustia, de la incredulidad y el vacío interior, y que asemeja el poder de una enajenación y un acatamiento. Tan extraordinaria consumación del alma la reflejó Unamuno en su novela *San Manuel Bueno, mártir*. Esta obra recoge el problema de la contextura íntima de la personalidad obligada a contemporizar con el mundo circundante de la gente y a cumplir allí sus deberes habituales. Don Manuel es sacerdote y vive para su prójimo. Ha asistido a todos en su piedad profunda, ha visto morir a muchos y siempre ha mantenido la promesa de la vida eterna. Sin embargo, el tedio del vivir diario ha abatido su fe, precisamente en el punto de aquello referido a "la resurrección de la carne y la vida perdurable". Pero no se inmuta por ello y cumple su destino hasta la muerte. Sólo que a lo largo de esta silenciosa historia uno empieza a percibir, en el drama de Don Manuel, que el misterio tocante y vivo de la fe no está tanto en creer, como acto de inteligencia persuasiva, sino, *agónicamente*, en absorber el vacío de la no fe, de la vida inaparente y mortal que en su temporalidad cotidiana no conduce a ninguna parte, a ninguna revelación como no sea el morir en un presente eterno, inmemorial.

Pero este cumplir con los actos de la fe, a través de la desolación de la duda, lo cual parecería enmarcar el clima de la mortificación o el martirologio, no es sin embargo una historia de piadoso acabamiento, sino ejemplo de auténtica caridad, de entrega a Dios en los demás, en la gente, en los semejantes, como curación o apaciguamiento de la propia soledad que es donde la existencia golpea con su hambre de eternidad. A tal certeza llegó Unamuno como novelista y agonista, y sus novelas son, en este sentido, "gritos de las entrañas del alma", como él mismo dijo al reconocer en otros autores la misma pasión existencial y el mismo ardor por alumbrar el misterio del ser.

LA RESPONSABILIDAD INDIVIDUAL Y PERSONAL

Por *Nathan ROTENSTREICH*

I

LA cuestión de la responsabilidad personal de determinado individuo, dice John Doe, concerniente a actos que fueron realizados por un grupo de individuos, una sociedad, un pueblo o un Estado, se plantea inevitablemente en las actuaciones del proceso de Eichman y en torno a ellas. Se plantea en los círculos de quienes se interesan en tales cuestiones, y en círculos de pensadores políticos y morales que desean establecer principios relativos a la conducta del individuo y su posición en cuanto opuesta a la sociedad y dentro de ella.

En lo que se refiere a quienes aminoran la responsabilidad atribuida a un individuo por actos en los que tomó parte, hay dos opiniones que debemos diferenciar:

a) Según la primera, los actos de un individuo, ejecutados como parte de un Estado organizado (como estuvo organizado el régimen nazi); o los actos de un individuo que es arrastrado por una ola de irracionalidad general (ideológica y psicológica), como los marcados por la atmósfera y la llamada "visión del mundo" (*Weltanschauung*) del movimiento nazi; o de un individuo que toma parte en una guerra cruel, que está inevitablemente unido a uno de los campos en guerra, y el lado al que está unido tiene disciplina y costumbres férreas, no hay modo de sostener que dicho individuo es personal y humanamente responsable, y, en consecuencia, no puede haber responsabilidad legal. Esta es una tesis que puede afectarnos, y tenemos que medir su valor, tanto intelectual como humano.

b) Hay una segunda opinión, que se manifestó durante las actuaciones del mismo proceso en un intercambio entre un testigo de cargo, el profesor Salo Baron, y el doctor R. Servatius, procurador del acusado. La intención de esta opinión es diferente de la anteriormente mencionada. También sienta como primera tesis que el individuo es arrastrado por factores, llamados comúnmente "factores históricos", que están fuera de su control, tales como las relacio-

nes de las generaciones, las tradiciones, los ambientes de opinión, etc. Así, los actos de un hombre, cuya conducta está determinada por esos factores, a veces tienen resultados que caen fuera de sus intenciones declaradas. Así como un individuo no tiene ningún dominio sobre los factores que guían sus actos y determinan su conducta, tampoco tiene ningún dominio sobre los resultados de los actos que ejecuta, de suerte que el resultado en lo futuro está en flagrante contradicción con el contenido y la intención de las fuerzas que determinan su conducta en el presente. Como dijo el consejero defensor: "Mirad, querían destruir y exterminar el pueblo de Israel, pero el proyecto de los conjurados resultó frustrado: en vez de tener éxito su complot, nació un Estado floreciente".¹ En el enunciado de ese hecho hay cierto intento de aminorar la culpa así como la responsabilidad del ejecutante, pues ciertamente hay lugar, y lo hay con toda razón, para argüir que un acto no se juzga sólo por las intenciones del que lo ejecuta, sino también por sus resultados, aun cuando haya contradicción entre las intenciones y los resultados. De acuerdo con la primera tesis, no puede considerarse a un individuo responsable a causa de su lugar en el proceso histórico del pasado, en tanto que, de acuerdo con la segunda tesis, no se le puede considerar responsable —o por lo menos hay una disminución de la responsabilidad— a causa del proceso histórico que va del presente al futuro.

Durante las actuaciones ante el tribunal, se deslizó subrepticamente la confianza en la escuela histórica de derecho (*Historische Rechtsschule*), en apoyo de esta tesis. Nosotros reservaremos algún espacio a aclarar las conexiones entre las ideas que hemos expuesto aquí, no para poner esta materia en su contexto histórico y en su orden factual correctos, sino para aclarar la cuestión fundamental que tenemos ante nosotros. La percepción del sentido moral del problema que tenemos delante depende de esta aclaración.

II

EN el corazón del estudio del derecho por la escuela histórica está la opinión de que el derecho no es creado por el acto orientado y ejecutado por el individuo, sino que se forma en el proceso histórico de las generaciones por fuerzas internas que operan sin ostentación, como dijo Savigny. La existencia humana de cada individuo está, según esta opinión, vinculada a un todo, superior a él: la totalidad de una familia, de un pueblo o de un Estado. Todo período de la existencia de un pueblo es la continuación y desarrollo de perio-

¹ *The Attorney General versus Adolf Eichman*, autos de la decimatercera sesión, 5º de Iyyar (24-IV-1961).

dos anteriores.² Ese todo no es una amalgama externa de los factores que lo componen, sino que tiene un poder que influye y dirige, fuerza que esta escuela llama "espíritu del pueblo" (*Volksgeist*). El derecho, como todas las características de un determinado pueblo, nace de la convicción común (*Überzeugung*). Esta convicción es como aquellas mismas fuerzas internas y no ostentosas que avanzan y se revelan en las generaciones cambiantes.

Pero la escuela del derecho histórico no cree que haya un proceso racional en la historia y un proceso común a todos los pueblos en el que se materialicen las metas humanas comunes, y que pueden expresarse como principios de razón. Esto supusieron los que pensaron que hay un proceso histórico común de la humanidad que causa una cristalización constante y progresiva de la libertad, o de la conciencia de libertad, o de la libertad e independencia de los pueblos, o de la igualdad entre los pueblos. Así, por ejemplo, pensaba Condorcet, por una parte, cuando habló de igualdad entre los pueblos, y, por otra parte, Hegel, cuando habló de una conciencia progresiva de libertad, que caracteriza el proceso en marcha de la historia. La escuela histórica habló de los vínculos del hombre, de los vínculos de la existencia personal como un enlace con un todo. Pero no está muy claro si de aquí se sigue la conclusión de que el individuo no tiene iniciativa ni responsabilidad personal. Esta escuela habló de la formación del derecho y del lenguaje, de las costumbres y la moral, procedentes de fuerzas internas que actúan sin ostentación. Pero no está claro de ningún modo si de ahí se sigue que la existencia privada individual no tiene modos de conducta suyos que nacen de dentro de ella misma, y sólo de ella; o si tenemos que decir que de las ideas de la escuela histórica se sigue que es posible que un individuo tienda, realmente, con sus actos hacia una meta y que de hecho alcance otra, y que la meta alcanzada a pesar del ejecutor sea más racional y justificada que la meta a que verdaderamente tendía cuando actuó. No hay lugar para esta idea en la escuela histórica; pero es un leve eco de una de las ideas de Hegel. Aclaremos esta materia, ya que precisamente de ella depende la correcta distinción concerniente a la cuestión de la responsabilidad personal.

III

HEGEL habla también del "espíritu del pueblo" (*Volksgeist*), pero fácilmente podremos ver la diferencia entre el concepto tal co-

² Véase Friedrich Carl von Savigny: *Vom Beruf unserer Zeit fuer Gesetzgebung und Rechtswissenschaft*, 1814.

mo se usa en su teoría y en la escuela histórica de derecho. Hegel también dice que el "espíritu del pueblo" se expresa en religión, culto, moral, costumbres, arte, constituciones y leyes políticas. Pero Hegel cree que el "espíritu del pueblo" es, en realidad, un espíritu moral, y en su teoría de las bases psicológicas o espirituales del Estado lo llama "la base divina" que se conoce a sí misma y se desea a sí misma.³ Esta materia es de importancia decisiva, porque, por ella, entendemos que el "espíritu del pueblo" es cierta materialización parcial del "espíritu del mundo", o de la historia en su generalidad. Existe como una encarnación parcial y, por virtud de esto, la historia de determinado pueblo, que es movido y realizado por su espíritu, está unida al proceso histórico de toda la humanidad.

Como la historia de un pueblo está situada dentro del proceso general, es posible pensar que los actos que tienen lugar dentro de los confines de un pueblo, y las relaciones entre pueblos, se considerarán no sólo desde el punto de vista de un acaecimiento local dentro de una comunidad, sino desde el punto de vista de acaecimientos generales históricos. Sólo dentro de los límites de esta concepción es posible evaluar los resultados de los actos de un individuo o de un pueblo en relación con la historia en su integridad.

Esto nos lleva a examinar, aunque sea abreviadamente, la idea, "el ardid de la razón" (*die List der Vernunft*), que Hegel formuló en su tratamiento de la historia. El hombre —dice Hegel— que crea algo valioso, pone toda su energía en ese esfuerzo, tiene la sobriedad de no querer esta cosa u otra; no se disipa y emplea su energía en una meta u otra, sino que se entrega por completo a su grande y verdadera meta. La pasión (*Leidenschaft*) es la fuerza de esa meta, y la determinación de esta voluntad es cierto tipo de apremio, casi un apremio animal, que se revela cuando el hombre entrega su energía a esa meta que quiere alcanzar. Esa pasión es lo que se llama "excitación" o "entusiasmo". En realidad, esa pasión es el impulso del hombre activo, pero, verdaderamente, es el pináculo de una gran idea. Esta idea perdura profundamente en el ambiente y, de un modo aparente, no toma parte en el proceso real de acaecimientos ni en la disputa acerca de ellos. Envía al apremio, o pasión del hombre activo, a trabajar para ella. La idea que emplea impulsos, deseos y pasiones actúa con ardid en lo relativo a esos deseos, los usa para sus

³ Georg Wilhelm Friedrich Hegel: *Die Vernunft in der Geschichte*, Hamburgo, 1955, pp. 59 y ss. Cf. S. Brie: *Der Volkgeist bei Hegel und in der historischen Rechtsschule*, Berlín y Leipzig, 1909.

El pensamiento judío del siglo XIX participó en este concepto del "espíritu del pueblo" y fue ayudado por él. Véase mi libro *El pensamiento judío en los tiempos modernos*, vol. I (en hebreo), Tel-Aviv, 1945, pp. 222 y ss. Allí se encontrarán también referencias a este asunto.

propios fines, a pesar de que las pasiones y los deseos tienen sus fines propios. El uso que la razón hace de esos impulsos es lo que Hegel llama "el ardid de la razón", y el ejemplo histórico de esto es: Julio César tuvo que hacer lo que era necesario; tuvo que hacer caso omiso de la menoscabada y mancillada libertad de Roma. El mismo cayó en aquella lucha, pero perduró la base necesaria: la Libertad está por debajo de los acontecimientos externos. Aquí se tienen en cuenta los individuos, y Julio César es el individuo del cual hablamos como de un individuo que demuestra la regla general, desde el punto de vista de que es un medio en beneficio de la realización de la idea de Libertad. Y desde este punto de vista es considerado el individuo histórico; haya impulsado o no el gran proceso histórico y la idea que ese proceso está destinado a realizar. Cuando el individuo histórico es un medio, es posible usarlo mediante el ardid; esto es, la razón lo pone a trabajar, por medio de su ardid, a fin de realizar, a través de los fines parciales e impulsivos de él, su propia finalidad.⁴

Como hemos dicho, un ligero eco de esta idea fue expuesto en el alegato del abogado defensor, aun cuando la relegó a un lugar diferente el lugar de la escuela histórica de la teoría del derecho. Quiso decir que había sido como si la razón usase el exterminio de los judíos, para realizar la libertad e independencia de los judíos, contra la voluntad de los que querían exterminarlos. El eco es ciertamente ligero, porque toda la discusión carece de la idea básica, dentro de la cual nació la visión del mundo de Hegel; es decir, que hay un proceso universal cuya misión es realizar la idea de la razón, que es la libertad, o la conciencia de libertad. Pero es precisamente porque se oye ese eco por lo que debemos preguntarnos: ¿se sigue de este punto de vista que un individuo está libre de su propia responsabilidad porque sus actos producen buenos resultados contra su voluntad? Para responder a esta pregunta tenemos que hacer dos estudios: uno el estudio de una idea, y el otro el estudio de un texto.

Desde el punto de vista de la idea, se plantea la cuestión de si del concepto del "ardid de la razón" se sigue el punto de vista de que el mal patente, el mal declarado y alharaquiento, produce buenos resultados. En los ejemplos históricos que el mismo Hegel presenta (como el de Julio César, o el de Napoleón) las pasiones e impulsos del hombre histórico activo, y sus metas parciales —como el deseo de poder— siempre son mencionadas y el individuo es impulsado hacia su consecución. Puede decirse que Hegel sacó a luz los poderes irracionales de un apremio que sirve a metas racionales, como el impulso hacia el poder que sirve a la meta de la libertad; o metas parciales que sirven como metas universales, como la domina-

⁴ HEGEL, *op. cit.*, pp. 105 y ss.

ción francesa del continente europeo, que sirvió a otra meta: la liberación de las naciones y el nacimiento de la conciencia de su nacionalidad y de su libertad política y cultural. Pero, en el texto, no lo encontraremos diciendo que una meta que negó desde un punto de vista moral (como el exterminio de hombres por el exterminio mismo, o sacar a seres humanos de la esfera de la humanidad, como si fuesen material, y convirtiéndolos en material) puede servir a una gran meta histórica. No había idea de la historia de la humanidad en la ideología nazi, pero había una idea del imperio del pueblo alemán o de un reino alemán sobre el mundo; y en consecuencia no hay que juzgarla de acuerdo con una perspectiva intelectual, en la que el proceso de acontecimientos es específicamente discutido desde el punto de vista de la historia universal, o de una historia universal de la humanidad. Y, en segundo lugar, los actos que se ejecutaron fueron actos de matanza monstruosa y organizada, que pusieron en acción el mecanismo del Estado y la tecnología más altamente desarrollada del mundo, para el exterminio a sangre fría de un enorme número de individuos, simplemente porque pertenecían a un grupo en particular. Esos son actos que no pueden considerarse producidos por la pasión ni por intenciones parciales, sino que son actos que deben juzgarse desde el punto de vista de su lugar y desde el punto de vista de su naturaleza y la naturaleza de quienes los hicieron. Y si empleáramos el ejemplo concreto mencionado —el nacimiento del Estado judío después de la devastadora matanza de judíos— despojado de sus rasgos esenciales, ese nacimiento del Estado judío no es resultado del Holocausto, aun cuando creó cierto clima de culpa entre los pueblos del mundo, que prepararon el camino con su disposición a expiar la culpa. Porque el Holocausto suprimió a los grupos del pueblo judío que crearon la idea y el movimiento que condujo al Estado judío, y a causa del exterminio no pudieron llegar al lugar que habían buscado. Toda matanza así, como el asesinato, no sólo aniquila lo que es, sino también lo que hay en ello de potencial. La ideología nazi, y los hechos provocados por aquella ideología, no tenía base ninguna de respeto para el potencial humano encarnado en cada individuo, y encarnado también en un judío en cuanto hombre. Nunca, en la historia de la humanidad, hubo acontecimiento semejante, en que la guerra se desencadenase contra seres humanos como si fueran simple barro. Los judíos eran considerados no solamente como una raza inferior, sino que se les consideraba criaturas fuera de la esfera de la humanidad, y no hay base para comparar este ejemplo con otros incidentes históricos de conflictos y luchas entre hombres y hasta con luchas extremadamente despiadadas. En otro aspecto de su filosofía que no deseamos estudiar aquí detalladamente, Hegel decía que precisamente en la guerra un pueblo com-

prende a otro que está luchando y admite su carácter como pueblo.⁵ La guerra del pueblo y el Estado alemanes contra el pueblo judío no se basó en la comprensión ni el reconocimiento del pueblo judío, sino en expulsarlo de la esfera humana, la misma esfera *en que hay toda posibilidad* y sentido para hablar de comprensión y reconocimiento recíprocos.

Y en cuanto al aspecto textual, el mismo texto en cuyo contexto se funda la idea del "ardid de la razón", dice Hegel que los individuos son un fin en sí mismos desde el punto de vista del contenido de la idea de fin. El hombre es un fin en sí mismo por virtud del factor divino oculto en él. Así dice en el idioma de la religión, que nos es conocido por la idea de "la imagen de Dios". Es un fin desde el punto de vista de que se determina por sí mismo, desde el punto de vista de que es activo, y desde el punto de vista de la libertad, a la cual está vinculado. Y a este aspecto, añade, está conectado el fenómeno de la culpa; pues lo que distingue al hombre es que sabe lo que es bueno y lo que es malo, y es capaz, por el poder de su voluntad, de elegir lo bueno o lo malo. En una palabra, que le es posible ser culpable. Sólo un animal es una criatura inculpable. Culpa significa la posibilidad de imputar a un hombre los actos que ejecuta (*imputabilidad*). No es excusa, dice Hegel, si se sostiene que el hombre es producto de la naturaleza y de las circunstancias; su libertad estriba en el hecho de que su culpa está en lo que hizo.

La cuestión básica que tenemos ante nosotros ahora es: aun cuando un hombre ejecuta actos cuyos resultados históricos estimulan la realización de una buena meta, el hombre que actúa no deja de ser responsable de sus actos presentes. Y con esta cuestión nos alejamos del examen de esta relación, o de cualquiera otra, con el mundo del pensamiento alemán del siglo diecinueve y nos situamos ante la verdadera cuestión: ¿Consideraremos al hombre determinado por el proceso de los acontecimientos, por la historia, o no? ¿Es sólo el hombre heroico el que no sucumbe a la determinación por los procesos históricos y los acontecimientos políticos? Si únicamente el hombre heroico está obligado a resistir a esa presión, no podemos exigir lo mismo a cualquier individuo. Así como no podemos ordenar el amor, tampoco podemos ordenar el heroísmo. O supondremos que hay una base llana, y no una elevación heroica, subyacente en el papel y la autoridad del alegato moral, que está determinada por las opiniones de un individuo —cualquiera— y sus acciones concretas en el universo en sí mismo. Esta es la cuestión que ahora tenemos ante nosotros. La aclaración de esta cuestión puede separarse de los autos

⁵ GEORG WILHELM FRIEDRICH HEGEL: *Die absolute Religion*, Leipzig, 1929, p. 104.

del proceso y de la argumentación allí oída. El proceso sirve meramente como un escalón oportuno desde el cual aclarar la cuestión en su esencia.

IV

LA escuela histórica antes mencionada destaca la idea de fuerzas actuantes internas, que determinan el curso de los acontecimientos dentro de un dominio, tal como el sistema legal de un Estado, la moral, el culto, etc. Cuando examinamos esa idea, debemos empezar por darnos cuenta de que no es sólo un análisis de los factores activos, ni quizá en absoluto ningún análisis de ese tipo, y ni siquiera una descripción de las causas. Es más bien una *ideología*; es determinar cuáles *deben* ser los factores que actúan en dar forma a diferentes campos de actividad; y exigir del individuo, o de una generación, o de los estadistas, o de los legisladores, que no se consideren como autoridades para promulgar leyes, para ordenar, para intervenir, sino para escuchar lo que existe dentro del escondido tesoro del "alma" de la generación. Es seguro que esta escuela no puede proponer esta ideología, formulada en una exigencia, sin suponer a la vez la existencia de hecho de esas fuerzas y la posibilidad de escuchar y descifrar inequívocamente la herencia de las generaciones; es decir, que la voz de las generaciones es una sola y única voz. Desde este punto de vista, la idea del "espíritu del pueblo", expresada en lenguaje ideológico, representa algunas discusiones que sugieren que existe el carácter nacional. No el carácter nacional como mero hecho, sino el carácter nacional como suprema instancia y como autoridad directiva. El carácter nacional en cuanto hecho se convierte en una autoridad directiva presentándolo como "espíritu del pueblo". Bien sabido es que esta afirmación es muy problemática, porque el "carácter nacional" se manifiesta en instituciones, y cuán cercana está la posibilidad de que ciertos rasgos de los seres humanos afecten a las instituciones, y que las instituciones afecten al pueblo.⁶

De cualquier modo, podemos alejarnos aquí de una discusión escolástica y volver a la cuestión esencial: ¿Supondremos que el hombre está totalmente determinado por factores históricos, psicológicos, sociales y de otra clase, y que no existe como individuo? Aun cuando digamos que el hombre no es más que un vínculo con varios todos, todavía no hemos dicho que no haya diferencia entre su ser en

⁶ MORIS GINSBERG: "National Character", en *Reason and Unreason in Societies*, Londres, 1947, pp. 131 y ss., y MARGARET MEAD: "National Character and the Science of Anthropology", en *Cultura and Social Character, The Work of David Riesman reviewed*, Glencoe, 1961, pp. 15 y ss.

cuanto vínculo dentro de la totalidad de la familia, y su ser como vínculo en la totalidad de un Estado. Y esto no significa que haya una armonía preconcebida, o ni siquiera una armonía de hecho entre la órbita de la familia y la órbita de la nación, por ejemplo. Si el Estado exige que un padre de familia dé a su hijo para el ejército, esto no significa que, como padre, no sienta el dolor de la partida de su hijo ni, mucho menos aún, la muerte del hijo. Ni deja el acto de ser un sacrificio, aunque el Estado resulte victorioso mediante el sacrificio del hijo. La pérdida de la vida no deja de ser la pérdida de la vida aunque se produzca en beneficio del Estado o de la nación; y aunque haga progresar al Estado y al pueblo. Esta es la contradicción entre los sentimientos del padre —y aunque domine sus sentimientos, los sentimientos existen de todos modos— y su aquiescencia a la orden del Estado. Pero no está totalmente en conflicto ni está completamente determinado por el hecho de formar parte de un todo. Cuantos más vínculos hay, más contradicciones son posibles: y cuantas más contradicciones hay, más es posible que el hombre experimente sentimientos diferentes al mismo tiempo: los sentimientos de un padre y los sentimientos de un ciudadano de su patria. No hay, pues, necesidad de suponer una determinación total que cause que todos los sentimientos sean cortados de acuerdo con la misma medida y el mismo tipo; que un hombre, como padre, sienta la misma sensación que siente como hijo de su patria.

Y aquí debemos añadir que no todo aquello a que está unido el hombre puede borrar de su corazón todo su mundo interior. El Estado puede ordenarle actuar de cierta manera, pero no puede crear en su corazón un sentimiento sobre aquella conducta particular. Puede ordenarle que prefiera su llamado al llamado de padre de familia, pero no puede arrancar de su corazón el sentimiento que experimenta como padre. Pero el hombre mismo puede borrar ese sentimiento de su corazón y entregarse por completo al servicio de un todo. No hay realidad que gobierne todos y cada uno de los acontecimientos, todos los sectores de la vida humana. Aun la realidad del totalitarismo político lo hace sin la aquiescencia del individuo a la realidad; y sin el sentido que él mismo le dé, y sin la concesión que él mismo hace, no habría la amenaza de que el propio ser fuese borrado por la realidad, ni aun por la realidad más totalitaria. La realidad totalitaria puede ordenar a un individuo que confiese públicamente crímenes que no cometió, y puede ejecutar el ritual de la confesión hasta en sus menores detalles. Pero él, él mismo, no está obligado por esto a sentir en su corazón que verdaderamente cometió un crimen que no cometió. El hombre no es sólo una parte de un todo que está más allá de él, vive también dentro del todo que él mismo es, y este todo no puede abolirlo nadie sino el individuo mismo. El

último resto de autonomía del hombre no puede ser abolido si no es por la autonomía misma: la autonomía sólo por sí misma puede ser suprimida.

No pretendemos, con estas observaciones, negar hechos manifiestos —¡y cuán abrumadores son!—; que hay coacción, terror, privaciones, que uno se adapta a la realidad en nombre de la vida, y así sucesivamente. No pretendemos, con estas observaciones, decir que la única y sola revelación de autonomía es la guerra y la rebelión heroica contra la negación de autonomía. Si dijésemos tales cosas, tenderíamos con ello a identificar la autonomía con el heroísmo. No obstante, supongamos aunque un hombre comete actos de exterminio obligado a ello sin sentirse compañero con quien él condenaría y contra quien se rebelaría. Supongamos además que el régimen está organizado de manera que la rebelión pueda producirse sólo mediante una organización igual a aquella contra la cual se rebela. A pesar de todo esto, la intención de su corazón él solo puede mantenerla. El añadido de un grito de pena que lance cuando se le obligue a hacer algo, la supresión en su corazón de un sentimiento de culpa en el momento de cometer el acto, la existencia de un diario escrito, o no escrito, del carácter más personal, son cosas que puede conservar para sí; sola y única declaración en aquel solo y único momento, que anuncia que no le agrada lo que está haciendo, y que la conducta recta habría sido para él no hacer lo que se vio obligado a hacer: tales son los últimos restos de la independencia de un hombre, que no pueden ser destruidos por la fuerza compulsora del régimen, pero pueden serlo por el individuo mismo. El último resto de humanidad —aun cuando la humanidad carezca de vigor y expresión en los actos— no se rendirá; es el último criterio de conducta dentro de límites humanos. Es un error decir que la conducta antihumana es bestial. No se le puede pedir a un animal un último resto de autonomía; sólo al autónomo es posible pedirle autonomía; quien no la realiza no se conduce como un animal, sino más bien como quien usa sus facultades humanas para situarse fuera de la humanidad. Su culpa está en que usó lo que hay de humano en él para suprimirla en su corazón.

Ciertamente, el régimen nazi destacó este lado de la conducta de la gente del modo más espantoso y terrible. Pero todos nosotros, en todos los momentos, estamos ante esta sencilla pregunta: Cuando hacemos algo en un momento de apuro, ¿estamos obligados a decir y pensar —y este es el punto decisivo— que la destrucción que realizamos en aquel momento es buena en sí misma y no sólo una necesidad de aquella crisis? No será censurada, realmente, pero eso no quiere decir que se convertirá espontáneamente en buena, valiosa, deseada, algo por lo que hay que esforzarse, etc. La falta de impul-

sos y reacciones múltiples y la realización de un solo impulso, no sólo dominante sino también convertido en el único de la existencia, es una cuestión básica en situaciones humanas, cuestión que el período nazi destacó y colocó ante nosotros en el mundo real, como si fuese un mundo visto a través de un cristal de aumento y no un mundo real.

Cierto apartamiento del curso general de los acontecimientos, y aunque el curso de los acontecimientos no sea del tipo más arrollador; cierto juicio de sí mismo, aunque sea un juicio de valor de actos que un mismo individuo hizo, y para los cuales tiene una explicación: que los hizo por carecer de elección a fin de conservar su vida, o las vidas de sus familiares; aun los hipócritas que hacen cosas con el corazón contento —que ellos no hacen—, todo esto es preferible a la satisfacción de abolir el dominio de sí mismo, la aniquilación del resto de intimidad, la relación individual e independiente de un hombre con el mundo que lo rodea. Un crimen contra la humanidad tiene una definición objetiva: el exterminio de gente y su eliminación de la órbita de la vida. Pero este crimen se completa con el aspecto subjetivo, y sin este complemento el crimen en su aspecto objetivo no podría existir. Esto es, la abolición de lo humano en el ejecutor, cuando este individuo se entrega por completo y totalmente a esta ocupación: la ocupación del exterminio.

Desde este punto de vista podemos ver la idea de la seguridad de la determinación por las generaciones, por el pueblo, por el Estado, por una época histórica, y otras ideas semejantes que se oyen no sólo en defensa de individuos (y la defensa —aun por un profesional— es cierta manifestación de humanidad); pero son ecos de la ideología nazi. Esta ideología quería, realmente, como exigencia básica en relación con el hombre, que esté determinado por procesos exteriores a él, procesos raciales, poder militar, que lo domina todo, y los métodos de dominar al hombre. Quien se interesa por el individuo que desarraiga su humanidad de dentro de sí y no deja ni un átomo de ella en la hora de la acción, y considera a ese individuo humano como si sólo fuera polvo, o un ejemplar de una especie biológica, usa, quizá sin saberlo, una idea que es una modificación de la ideología nazi. Así, por ejemplo, la determinación total por la raza no puede suponerse sin suponer que no hay ningún individuo, o por lo menos un individuo que tenga alguna autoridad en una acción en el mundo real. Cualquier resto de individualidad es aquí meramente natural, como la configuración morfológica del individuo, rasgos faciales, rasgos fisonómicos, etc. Pero este precisamente era un supuesto de la ideología nazi; mediante ese supuesto, la ideología nazi pudo exigir al individuo no tener una actitud personal propia; que se sumerja en la corriente de los acontecimientos y que se

convierta en un instrumento y se libre, por esto y mediante ello, de toda posible responsabilidad personal. Cuando no existe un hombre, no puede haber responsabilidad personal. Pero cuando existe un hombre, y existe por su misma naturaleza de suerte que no es totalmente determinado por ningún estado de cosas, y ni siquiera por todos los factores juntos, si deja de ser una criatura humana lo hace desde adentro de sí mismo y su responsabilidad está en que dejó de ser un ente humano.

Quien argumenta que no es responsable de sus actos porque fue arrastrado por un sistema sobre el cual no tenía control ninguno, en realidad sostiene que no es un ser humano activo, o que antes no fue un ser humano activo. Pero si el individuo obra mediante decisiones o señalándose a sí mismo metas individuales y tomando parte en la fijación de las metas de la esfera pública a que pertenece; si reacciona a lo que sucede en el mundo, analizando, viendo las causas y los efectos, y pesa la fuerza de los diferentes factores de la realidad; si lo sabe, y es consciente del carácter del sistema y acepta el yugo de la jerarquía y se conduce de acuerdo con lo que él implica, no arrancó de sí mismo el mecanismo de la acción humana; no renunció por completo a su capacidad de análisis. Sólo alega que es únicamente en relación con la responsabilidad de sus actos como no actuó cual un hombre, sino como un ser sumergido en las circunstancias, como si él mismo fuese una circunstancia. Seguramente hay en esto una contradicción flagrante, no una contradicción lógica, sino una contradicción concreta. Una persona no puede a la vez conservar el poder de resonancia de su conciencia en relación con la comprensión de la realidad, y no conservarla, en relación con la evaluación de la realidad y la evaluación de sí mismo y de sus actos en la realidad. Distinción y evaluación, ambas son revelaciones de la misma conciencia diferenciadora del hombre. Cuando un aspecto de la conciencia es activo, aquel que distingue la zona de percepción de la realidad como un estado de cosas, el segundo aspecto, en la zona de la evaluación de la realidad, también es activo. Además, evaluar la realidad desde el punto de vista del significado de los actos ejecutados, **en la medida en que dañan al Hombre y a la Humanidad**, y ver el hecho del exterminio de gente como mal primordial y básico, no requiere ninguna de las facultades excepcionales de distinción y análisis, que se necesitan a veces para la comprensión de hecho y descriptiva de la realidad. De este modo, el juicio moral es más elemental, ya que gira en torno de una materia cuyo significado ya está revelado, como son las vidas de seres humanos. Es más elemental que un juicio teórico la comprensión, el conocimiento y la familiaridad con los procesos y otras materias que tienen importancia cuan-

do queremos conocer la realidad en que actuamos y el estado de cosas que nos rodea.

V

PERO hay una relación esencial de mutua dependencia y mutua determinación entre la humanidad en mí y la humanidad en mi semejante el hombre. Como el hombre mismo está compuesto de diferentes niveles, que comprenden el nivel de su propio mundo personal, aunque sea débil, limitado y encerrado en sí mismo, el hombre no puede menos de reconocer que el semejante que tiene ante sí también está formado de los mismos niveles; que su semejante es también un ser humano y que tiene humanidad en sí, puesto que está formado de muchos niveles. ¿Por qué no activa un hombre su humanidad en relación con el exterminio que presencia, sino que más bien contribuye a que se realice? Parece que la respuesta es la siguiente: no reconoce que en el acto de exterminio la humanidad del exterminio es violada, ya que, a los ojos del exterminador, el exterminado no es un ser humano; los exterminados no son, de ningún modo, un grupo de personas. La humanidad de un hombre es activada cuando piensa sobre lo que se hace, y sus pensamientos lo llevan a tener en cuenta al que es afectado por el acto. Pero si su consideración se le oculta a él mismo, entonces no se mostrará en su acto. Sin una visión del mundo que niegue la humanidad de seres humanos no puede haber exterminio de personas como los nazis lo organizaron: mediante su Estado y su régimen. Sin embargo, puesto que hay dicha visión del mundo, que arguye que existe gente que no son seres humanos, sino material, la humanidad en el hombre no es despertada, ya que no hay ocasión para que despierte. Despertaría, y ciertamente despertó, entre los que veían a los exterminados como personas, y no se despertó entre los que no los vieron de ese modo.

Aquí vemos hasta qué punto, en conjunto, esta visión del mundo descriptiva, y aparentemente diferenciadora —que diferencia, por virtud de algunas cualidades y características, a los que están dentro del campo del hombre de los que biológicamente parecen ser seres humanos, pero en realidad no lo son— tiene consecuencias prácticas. La conducta moral, o más bien la conducta inmoral, en verdad, enraizada en una perspectiva de los hechos, puede surgir a causa de una pérdida de humanidad en el ejecutante. Pero la visión del mundo misma, según la cual hay gente que no son seres humanos, el hecho de atribuir humanidad a unos individuos y de negarla a otros, es fundamentalmente inmoral. Delante de esa opinión, no hay modo

de actuar con tolerancia, como lo hacemos, y debemos hacerlo, con la visión del mundo de la gente —aun cuando pensemos que están equivocadas— porque son visiones de seres humanos. Estimamos al portador de la visión del mundo y por virtud de nuestra estimación llegamos a estimar también las mismas visiones del mundo. Pero el que sostiene que hay gente que no son seres humanos no puede ni debe pedir estimación y consideración de nosotros, porque su visión niega la base misma sobre la cual se sustentan ella y sus creaciones; es decir, que la visión del mundo la produce un hombre en cuanto ser humano, y que todo hombre tiene una "visión" del mundo y de sí mismo, pero es turbia, rudimentaria o errónea. El pecado no está sólo en el exterminio, sino también en la visión del mundo que fue sustentada, porque el exterminio podría considerarse más allá del mal, ya que no afecta a seres humanos.

Nos conducimos justamente, en general, según la regla de que no deben castigarse visiones del mundo, sino hechos. Estamos de acuerdo con esta regla, y consideramos responsable a un individuo si, a causa de él, la realidad es diferente de lo que era anteriormente; si dejó que la realidad siguiese como estaba, no debería llamársele al orden. La responsabilidad está conectada con un cambio que el ejecutor trae al proceso de acontecimientos; y en general se piensa que una opinión no produce ningún cambio en la realidad. Esto es correcto, en general, mas parece como si no fuera cierto en relación con la materia que examinamos. El mero hecho de negar la humanidad de la gente como individuos y de la gente como grupo, esta misma visión del mundo en apariencia no produce un cambio en la realidad aparente, pero produce un cambio que puede llamarse metafísico, y por el cual es llevada ante la justicia y considerada responsable en cuanto visión del mundo, pues esa visión del mundo produjo actos y procesos históricos horribles en sus dimensiones y devastadores en sus manifestaciones.

Hicimos estas observaciones movidos por la necesidad de aclarar el problema fundamental en cuestión, y es problema que no tiene nada en común con los problemas judiciales en el sentido definido y peculiar de este concepto. Si nos vemos complicados en la materia de un proceso y de un tribunal, es únicamente por la necesidad de una base de clarificación y no con el propósito de extraer conclusiones en el terreno mismo del proceso. Pero, evidentemente, un proceso no está lejos de las raíces de la moral; por el contrario, es uno de los intentos que hacen los hombres a fin de realizar la moral mediante el proceso y la lógica de su esfera. El principio es localizar la responsabilidad personal, y no el castigo.

ASPECTOS INDIGENISTAS EN LA OBRA LITERARIA DE JOSE VASCONCELOS (1881-1959)

Por *Antonio SACOTO*

EL caso de Vasconcelos es único: su memoria nos es fresca, sus páginas, cualquiera de ellas, saben todavía al mundo inconformista, al resultado de años de revolución, y, en algunos casos, de infructuosa revolución.

Su influencia en las letras americanas es tan reciente, su muerte no hace trece años, sus publicaciones, ediciones y reediciones se multiplican, y sin embargo, el pensamiento de este egregio mexicano cuya obra se ha estudiado en algunas disertaciones y cuya bibliografía está recopilada en 60 páginas no ha llegado a clasificarse debidamente. Quizá esto se deba en parte a la vastedad de sus escritos y a que el mismo Vasconcelos en los últimos años se desdijo de algunas de sus teorías, pensamientos y juicios anteriores. Quizá esto se deba a que analiza muy emotivamente y con algunas premisas falsas el lento desarrollo de nuestros países latinos comparado con el vecino del norte. Quizá se deba esto a su niñez y a su educación, transcurridos en el punto de choque de dos corrientes, bajo la tutela de su madre que a menudo le pone en guardia contra el avance del protestantismo y las sectas masónicas en contraste con las clases diarias de la escuela norteamericana en Eagle Pass. Más probable es que sus contradicciones obedezcan al vigor de su yo personal que atropella convencionalismos y se lanza como roca en la pendiente rompiendo óbices. Más probable es que obedezca a un afán patriótico de acelerar el paso lento. Cualquiera que sea la causa, el hecho es que el pensamiento de Vasconcelos en lo que se refiere a América y al indio, es desconcertante y paradójico. Para el latinoamericano que ha recibido su educación dentro de formas y normas establecidas y aceptadas, se le hace difícil comprender cómo un escritor de tan ascendrado patriotismo, de tan sincero americanismo, en un momento dado, rompa una tradición tan rica e irrenunciable como la colombiana.

La obra literaria de Vasconcelos en algunos aspectos es similar a la de los anteriores ensayistas: Sarmiento, Montalvo, González Prada, Martí y otros, cuya vida la dedicaron por entero al servicio

de la patria; para ellos las letras no ocuparon en cierto sentido sino un segundo plano.

En cada uno de estos personajes, a través de sus escritos, se tiene un testimonial de una época, la historia de un período de su país. Rosas no puede desligarse de la obra de Sarmiento; como la de Montalvo de un García Moreno o de un Veintimilla; el movimiento de la independencia cubana vive en las páginas de Martí. Vasconcelos también vive plenamente la Revolución Mexicana del 1917 y no en calidad de espectador, o personaje secundario; la vive como uno de sus protagonistas: con la acción y la palabra, con la pluma y la pistola.

Ulises Criollo es un testimonio fidedigno de la Revolución aunque haya quienes discuten su autenticidad, como Nvikoff en su tesis sobre Vasconcelos en la Universidad de Columbia.

En lo que atañe a nuestro tema, lo que dice el escritor mexicano no es mucho, pero cuanto dice rompe la trayectoria del pensamiento americano, y vuelca las bases de su historia. En su *Breve historia*. . . nos presenta a los aztecas precoloniales o precortesianos en un estado de ignorancia, de idolatría, de pobreza. Poseían grandes cantidades de oro —dice Vasconcelos—, pero no sabían labrarlo, no conocían la técnica necesaria, y aunque la conocieran no disponían de un mercado y no tenían embarcaciones que las pudieran transportar a Europa. En estas condiciones —según el autor—, el descubrimiento y la conquista fue una bendición.

Aquellas tribus decadentes, bárbaras, nada podían ofrecer al mundo, infiere Vasconcelos. "Y si hubiesen retardado la llegada los europeos, más hubieran decaído los naturales, irremisiblemente sujetos a un ambiente escaso y a una tradición más pobre que la de todos los demás continentes."¹

Aun la tierra era pobre —continúa Vasconcelos—; baste comparar la producción de cualquier región de Europa y la de México. El parangón entre el europeo y el azteca nos parece exagerado. La historia desmiente este hecho. No se puede negar toda aquella cultura que se desarrolló en Yucatán: Mayapán, Chichén-Itzá y Uxmal, o aquella de la meseta central: Tenochtitlán y otras. Nosotros siempre hemos soslayado el cotejar las dos culturas, porque no es ese nuestro propósito, pero, no se puede pasar por alto conceptos que ponen en tela de juicio la visión de Vasconcelos. Martí nos lo ha dicho suficientemente y de la manera más poética en lo que toca a este punto.

¹ JOSÉ VASCONCELOS, *Obras completas. Breve historia de México*, tomo IV (México: Libreros Mexicanos, 1961), p. 1422.

Páginas después, continúa Vasconcelos: "A partir de este instante valiente, por donde pisaron los españoles, se acabaron los sacrificios humanos y se liquidó una era inicua de México, gracias al arrojó, la decisión heroica de un grupo de extranjeros."² Sostiene además que existe un derecho innato en toda conquista, haciendo así eco al pensamiento sarmentino y escribe: "en ese mismo instante, los extranjeros tomaron posesión del territorio con el derecho de la civilización sobre la barbarie, la moral sobre el crimen".³

Estos juicios, frágiles aunque sinceros, hicieron que Vasconcelos viera en el conquistador... "sangre indómita y generosa"⁴ y en la conquista, una epopeya sin la cual "América no hubiera existido".

La epopeya de la conquista es oro bruñido y sus héroes están bañados de lírica con metáforas de raíz clásica: "El Cid (es) el abuelo de Hernán Cortés..."⁵ Este, a su vez, es "Quijote en el plan, Sancho Panza en la realización".⁶

A aquellos historiadores y prosistas que han atacado la conquista por sus atropellos y crueldades, Vasconcelos les recuerda una vez más que el derecho de conquista es congénito si "se trata de salvar a un pueblo de la matanza y la barbarie, si se intenta incorporarlo a la sociedad humana y a la civilización".⁷ También ve como una necesidad ínsita la crueldad de la conquista, pues "qué se puede esperar de conquistadores... eran conquistadores y no santos".⁸

Este panegírico de la conquista y de los conquistadores se ha hecho a través de la historia y las letras hispanoamericanas. Sí, se ha hecho, pero sin la visión apriorística e hiperbólica de Vasconcelos; se ha hecho, sí, pero no con el propósito de restar brillo a la cultura indígena, o disminuir el valor y heroísmo de sus indios defensores. De ahí que sus juicios pugnan con los de otros escritores, ora mexicanos, ora americanos.

Nada más distante en la visión de las culturas indígenas que la palabra cariñosa, cálida y comprensiva de un Martí (cf. Martí y las culturas indígenas); cuánta divergencia en el parangón entre

² JOSÉ VASCONCELOS, *Breve historia de México*: Edición contemporánea (3ª ed.; México: Cía. Editorial Continental, 1957), p. 61.

³ *Ibid.*

⁴ JOSÉ VASCONCELOS, "La tormenta": segunda parte de *Ulises criollo* (7ª ed. México: Ed. Botas, 1948), p. 68.

⁵ *Ibid.*

⁶ JOSÉ VASCONCELOS, *Hernán Cortés: creador de la nacionalidad*. (México: Ediciones Zóchitl, 1941) p. 94.

⁷ JOSÉ VASCONCELOS, *Apuntes para la historia de México*. "Desde la conquista hasta la Revolución de 1910" (México: Ed. Filosófica, 1943), p. 16.

⁸ *Breve historia de México*. *Op. cit.*, p. 86.

Cortés y Cuauhtémoc separa a Vasconcelos de otro escritor mexicano, Andrés Iduarte.

Mientras Vasconcelos inquiriere: "¿Por qué no un monumento a Cortés? Si él es el verdadero fundador de la nacionalidad mexicana."⁹ Iduarte replica: "Es imposible hablar del monumento a Cortés, al lado del de Cuauhtémoc, sin pensar en que se levanta una estatua al matador del símbolo vencido."

"Sólo quien lleve la justificación de la Conquista hasta su último y absurdo extremo, sólo quien crea que el triunfo de los españoles debió ser absoluto y no dejar piedra entera ni hombre vivo, sólo quien crea que el mundo indígena debió ser muerto y enterrado, puede olvidar la tremenda hora de Cortés."¹⁰

Por todo lo indicado, sus puntos de vista acerca de la conquista nos desconciertan, no por el elogio desmesurado de los conquistadores, sino por la negación total de las culturas indígenas. Vasconcelos considera la independencia mexicana como un desastre en la historia de este país. "Nuestra emancipación fue forzada por los enemigos del exterior. Ni estábamos preparados para ella ni la deseábamos..."¹¹ De esto infiere que los padres de la independencia no tenían conciencia histórica del hecho: Hidalgo, Morelos y Rayón no sabían lo que hacían. Ellos comenzaron una insurrección, mas no una revolución de independencia.

"Ellos gritaban 'viva Fernando VII...' con leatad a la Corona, y fueron los propagandistas imperialistas los que dieron a luz el grito de 'mueran los gachupines...' el hecho que hoy Hidalgo, Morelos, Rayón, representan lo más puro de la epopeya nacional, se debe, más que todo... a la propaganda a la que no es ajeno el mismo elemento que nos forzó a la Independencia y nos ha seguido manejando..."¹² De ahí que ataque la diplomacia de Miranda, que mire con desdén la magna obra de Bolívar y San Martín, pues según él, todos los libertadores no eran sino maniqués o títeres de los intereses imperialistas. En la eterna lucha entre el sajonismo y el latinismo, Vasconcelos ve que una vez destruido el español y despojado, aislado de sus colonias es más fácil destruir, despojar y aislar al indio y al mestizo. La independencia haría presa fácil a la América Hispana de la del Norte, y esto sería fatal en la historia de los latinos. De esta premisa infiere Vasconcelos que la defensa presentada por algunos intelectuales y filántropos norteamericanos no es

⁹ *Breve historia de México. Op. cit.*, p. 135.

¹⁰ ANDRÉS IDUARTE, *Pláticas hispanoamericanas* (México: Fondo de Cultura Económica, 1951), p. 18.

¹¹ *Obras completas, Breve historia de México. Op. cit.*, p. 1485.

¹² *Ibid.*, p. 1486.

sino una extratagema para apoderarse del sentimiento hispanoamericano a su favor y así tender las redes de conquista.

Vasconcelos mira con mucho temor al poderío yanqui: ve el grandecimiento y expansión de los EE.UU. y el peligro que esto significa para México. Examina la astuta diplomacia americana en los países latinos, y la falta de honradez en sus embajadores y cónsules. De esto y de muchas otras cosas, que sin duda Vasconcelos las conocía mejor que nosotros, él ve en cualquier acción de los Estados Unidos un trasfondo negro, una segunda intención.

Estos, unidos con los ingleses, son la amenaza común al mundo latino. No se puede explicar de otra manera que a Juárez "Máximo símbolo" como enuncia en su ensayo Andrés Bduarte que "significa para nosotros, dentro de la realidad mexicana, la libertad, el progreso, y la época más limpia de nuestra historia".¹³ Vasconcelos le acusa fraudulentamente así: "uno de los propósitos de Juárez fue desposeer a la Iglesia, que era mexicana, para dar las tierras a sus aliados yankees".¹⁴

Acusa a los ingleses de fomentar el odio de Hispanoamérica haciendo así fácil su conquista ora bélica, ora religiosa, ora cultural. El ve la preparación de un ambiente propicio con fines maquiavélicos. "Los documentos que redactaban los ingleses no eran más eficaces para la consecución del propósito que serviría de base para la guerra: la difusión del odio entre criollos y españoles. Origen éste de la acción imperialista contemporánea que azuce el odio de los mestizos contra los criollos y de los indios contra los mestizos."¹⁵

Estas hipótesis formuladas por Vasconcelos dieron lugar a una crítica inmediata que pone en tela de juicio el valor histórico principalmente de la *Breve historia de México* y de otras obras de Vasconcelos. Consciente de esto, reiteró en un "Epílogo" a la historia su tesis bajo el subtítulo de "Optimismo estólido". "Nada se ha hecho por el indio, repetimos a menudo, pero ¿acaso hemos hecho algo por nosotros mismos?... De suerte que si no purificamos nuestro medio, si no damos la dirección a los aptos y a los cultos; si no proscribi-

¹³ IDUARTE, *op. cit.*, p. 21. Además, en la p. 19 indica datos eminentes de Juárez: "un indio del pueblo de Guelatao... sirve como criado y estudiante, se hace abogado merced a su tesorón, sin desmayos, llega un día a gobernador de su provincia, luego a la presidencia de la Suprema Corte de la Nación y a la Presidencia de la República..."

En cuanto a símbolo, Juárez está consagrado: es el jefe de una nacionalidad joven, débil y desconocida en el mundo, que la defiende de una intervención extranjera poderosa, y logra triunfar sobre ella..."

¹⁴ *Obras completas. Breve historia de México, op. cit.*, p. 1490.

¹⁵ *Ibid.*, p. 1503.

mos la mentira; si no castigamos la usurpación; ... ¿quién podrá evitar el descenso sin esperanza?"

La visión de Vasconcelos, en este aspecto, es sucinta y clara: "Dígame lo que se quiera, los rojos, los ilustres atlantes de quienes viene el indio, se durmieron hace millares de años para no despertar. En la Historia no hay retornos... ninguna raza vuelve... El indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que la puerta de la cultura moderna, ni otro camino que el camino ya desbrozado de la civilización latina."¹⁶

Esta actitud de Vasconcelos, madura y meditada, la expone mayormente en su *Breve historia de México* (1937). Algunas de sus ideas contradicen las anteriores; pero, ¿es que Vasconcelos se contradice? o ¿es que con el transcurso de los años, el recorrer de países, el conocimiento de nuevas ideas, le han llevado a otras conclusiones, simplemente cambiando las premisas existentes? ¿Es quizá desilusión de los resultados de la Revolución que si bien marcan una etapa definitiva en la historia de México, no se han llevado a cabo muchos ideales de la misma? El hecho es que cada vez hay más desprecio para el indio y aun para el mestizo. Antes había sugerido a cada hispanoamericano que con orgullo llevara una doble personalidad, residuo de dos culturas: la indígena y la europea; ahora, en su *Breve historia*... , asevera que el mestizo innecesariamente está sirviendo de óbice al progreso, al guardar o conservar su cultura precolonial.

La doctora De Beer, en su erudito estudio *Vasconcelos and his world*, sigue de cerca y anota efectivamente esta trayectoria del pensamiento de Vasconcelos al decir:

One senses increasingly in Vasconcelos' writings a certain deprecating attitude toward the Indian and even the *mestizo*. He expresses his sorrow that the European population of Mexico tends to emigrate, thus leaving the country without "esa cría de abolengo, que aun entre los animales se aprecia bajo la forma del pedigree." He notes that the tragedy of Mexico's history lies in "este desplazamiento, agotamiento de la sangre española conquistadora y civilizadora." In much of same spirit he hails Costa Rica as a democratic and civilized country that, because of its "raza pura de origen gallego, sin indios casi y con unos cuantos negros en la costa," has escaped "los males del mestizaje."¹⁷

Líneas después, nos indica una de las contradicciones categóricas de Vasconcelos: "Within a few more years our author's opinions on

¹⁶ JOSÉ VASCONCELOS, *La raza cósmica* (México: Ed. de la Secretaría de Educación).

¹⁷ GABRIELA DE BEER, *José Vasconcelos and his World* (New York: Las Américas Publishing Co. 1966), pp. 312-313.

racial mixture had changed so radically that in 1944 he publicly admitted that his theory of the emergence of a cosmic race in Latin America was a notorious mistake. Y una de mis vanidades, quizá uno de mis yerros más notorios, fue la tesis que extraje de mi adolescencia tropical; la tesis que afirmaba fe en nuestra raza mezclada y su futuro potente...¹⁸

De lo expuesto, resumimos la obra total de Vasconcelos como anti indígena: No encuentra valor alguno en las culturas precoloniales; mira con desdén —actitud similar a la de Sarmiento (cf)— la mezcla de razas, y el mestizo debe abandonar su abolenço. su raíz india si quiere sobrevivir al avance del progreso; disminuye el valor de un Juárez y los líderes de la independencia porque ve en ellos los títeres de una fuerza mayor del imperialismo yanqui, que quiere anular al español, separar las repúblicas hermanas, desordenar la herencia latina, incitar la guerra fratricida: indio contra mestizo, criollo contra españoles. Tal imperialismo preconiza en fin, sentimientos humanos hacia el indio con el solo propósito de debilitar los países hispanos y entonces dominarlos y conquistarlos.

¹⁸ *Ibid.*

Presencia del Pasado

ATAHUALPA Y EL TESORO

Por F. COSSIO DEL POMAR

I

HACE un mes que los quince millones de habitantes del Tawantinsuyo lloran la muerte de Huaina Capac en Tuñebamba. Aún flota en el aire de los aposentos de su palacio el humo de hierbas olorosas y en "Los Andenes del Llanto" de la capital incaica se oye gemir a los indios por la desaparición del que fue "Joven Esplendoroso". Poco tiempo ha transcurrido y ya graves trastornos políticos sacuden el imperio.

Los muchos hijos del Inka plantean un difícil problema que resolver: el de la sucesión. Cuando los allegados piden a Huaina Capac moribundo, nombrar a su heredero, éste escoge a dos de sus hijos: Ninan Cuyoche y Huascar. Pero al resultar adversos los presagios sobre los príncipes elegidos, vuelve a producirse una situación confusa sin dar tiempo al Inka de nombrar un tercer heredero. De nuevo reunidos en el Cusco altos dignatarios, amautas y sacerdotes, deciden escoger otro príncipe capaz de cumplir sus deberes como Inka y sus obligaciones como hombre. ¿Cuál, entre los cuarenta hijos de Huaina Capac, es el mejor capacitado para asumir la legitimidad del poder real y ejercer una auténtica acción vital?

Ninguno tiene más legítimos derechos ni mejores dotes de mandatario que Ninan Cuyote. No queda más remedio que nombrarlo sucesor prescindiendo de los oráculos. Pero al morir este príncipe repentinamente, el único camino que queda para cumplir la voluntad de Huaina Capac es el de investir con la insignia de mando a Huascar, "hijo de la Colla, hermana de su padre, señora principal". Al decir hermana del inka, el cronista Sarmiento¹ se refiere a que son hijos del mismo ayllu reinante.

El nacimiento de Huascar es tan grato para su padre, que para conmemorarlo manda construir una cadena de oro de doscientos metros de largo y muchos quintales de peso, "para que algún día pu-

¹ F. SARMIENTO DE GAMBOA: *Segunda parte de la historia llamada indica*. Berlín, 1906.

diera remontarse hasta el sol", por eso se le llamó Huascar (cadena o cuerda).

Entretanto, al enterarse los generales quiteños de la decisión de los dignatarios, reconocen que si bien el derecho de la Masca Paicha legalmente corresponde a Huascar, en varias ocasiones Huaina Capac manifiesta su voluntad de no dejar sin mando a su preferido Atahualpa, aunque sus deseos plantearan la división del imperio, restituyendo el reino de Quito con un descendiente de los Scires en el trono. El amor por el hijo bastardo pudo más que las conveniencias políticas, y amenaza de romper el principio de unidad, fuerza fundamental de la federación.

Atahualpa, nacido en el Cusco, como Huascar, y dos años menor, ha ido ocupando poco a poco un lugar preferido en el corazón del viejo Inka que lo lleva siempre a su lado en los viajes, lo hace compañero de campañas y regocijos, y admira el genio que demuestra para el gobierno y la guerra. "Atahualpa era bien querido por los viejos capitanes de su padre y de los soldados, porque anduvo en la guerra en su niñez, y porque él en vida le demostró tanto amor, que no le dejaba comer otra cosa que lo que él le daba de su plato. Huascar era clemente y piadoso; Atahualpa era cruel y vengativo: entrambos eran liberales, y el Atahualpa de más ánimo y esfuerzo, y Huascar de más presunción y valor."² Huaina Capac justifica la división del imperio arguyendo que Atahualpa se encargaría de llevar hasta Cundinamarca, más allá de Quito, donde dominan los Chibchas, los beneficios de la civilización del sol. Nadie se atreve a contradecir los planes del monarca; es un dios cargado de años y de glorias. ¿No dieron otros inkas sus hijas a poderosos curacas con riesgo de que los descendientes rompieran la unidad nacional? Bien podía él esperar de sus hijos el respeto debido a la voluntad paterna manteniendo la armonía, condición vital para el imperio.

Como hemos dicho, los generales quiteños rechazan la decisión de los dignatarios del Cusco y, para mantener la unidad del Tawantinsuyo, proclaman emperador a Atahualpa, hijo de Paccha, la bella princesa favorita.

Es la primera vez que aparece el nombre de Atahualpa representando un papel principal en la historia del inkaiko. Hasta entonces apenas es mencionado en los kipus y poco figura en la tradición hablada. Son los generales los encargados de sacarlo a escena para representar la tragedia que culminará en Cajamarca.

Ninguno de los hijos de Huaina Capac, que viven en la capital del imperio, se atreve a desconocer la autoridad de Huascar ni a "salir de su obediencia". No se sabe si Atahualpa, desde Quito, in-

² CIEZA DE LEÓN, *Del señorío de los incas*, cap. LXIX.

tenta originalmente rebelarse para ponerse al frente del reino de los Caras o para reclamar el trono inkaico. Al principio, parece reconocer a Huascar como legítimo heredero, pero no tarda en dejarse llevar por las intrigas de sus consejeros.

Al tener noticia de la actitud de los de Quito, los cortesanos, los sacerdotes y los "señores naturales de las provincias" hacen presión sobre Huascar para que ciña cuanto antes las insignias de mando. Prepáranse grandes fiestas para la coronación, y en la Gran Plaza se coloca la "Maroma de Oro" con los "bultos de los inkas". Hacia todas las ciudades del imperio salen chasquis llevando órdenes del nuevo Soberano; a su vez, los gobernantes y caciques mandan a la corte las más hermosas doncellas. Por los Cuatro Caminos desfilan pomposos cortejos; en literas de plata, cientos de Vírgenes del Sol van encaminadas a la "Casa de las Escogidas". Pero las predicciones siguen siendo adversas a Huascar. Durante los festejos del Inti-Ramy (fiesta del sol), una águila real perseguida por halcones se abate en la gran "Plaza de la Alegría" del Cusco; es otro presagio que anuncia una gran calamidad para el imperio.

No sin razón. En Quito, Atahualpa también se prepara para gobernar a sus súbditos castigando a las provincias impacientes por liberarse de los inkas, entre ellas la de Huancavelica, cuyos habitantes fueron dominados rápidamente. Aunque bastardo, Atahualpa posee la magestad y la bravura de los auténticos soberanos. De mediana estatura, algo grueso, su porte es digno y su rostro taciturno, tan grave como los de los ancianos que le rodean, increíblemente arrugados, inclinados en actitud de momias. Atahualpa, casi siempre con la mirada baja, parece absorto en contemplar los tapices donde un mundo sideral se transforma en geometría de colores sombríos enredada en símbolos y totems.

Las mejores legiones de Huaina Capac apoyan al hijo de Paccha. Al frente de ellas están los más hábiles generales del imperio: Chalcuchima, "primer capitán de los indios", Rumiñahui, Sotauroco, Quizquis, y otros. Mientras los ejércitos se preparan para la guerra, los dos rivales envían diarias misiones diplomáticas con propuestas de paz y entendimiento, aunque casi siempre los emisarios terminan pasados a cuchillo. Esto quiere decir que hay una sola respuesta para los dos bandos: la muerte. Sólo la muerte de uno de los adversarios decidirá el destino del imperio. La guerra es inevitable, y las embajadas no son sino actos dilatorios mientras se preparan los ejércitos.

Los dos hermanos, el uno movido por su ambición y el otro por su derecho, están decididos por la guerra. Los dos se creen legítimos herederos: en el Cusco, Huascar; en Quito, Atahualpa. La tormenta va a desatar sobre el imperio del Tawantinsuyo la guerra civil que consumará su destrucción, y preparará su entrega a los

hombres blancos que traen armas de fuego, dogos y caballos, animales desconocidos, y corazones duros como rocas.

En Ambato, en el centro del Ecuador, chocan los dos ejércitos. El del Cusco o del Sur, al mando del capitán general Atoco; los ejércitos de Quito o del Norte, al mando del general Calcuchima. Una aplastante victoria seguida de terrible matanza inclina la suerte de la guerra a favor de Atahualpa. "Yo he pasado por este pueblo y he visto el lugar donde dicen cuesta batalla se dio; y, cierto, según hay la osamenta, debieron aún morir más gente de la que cuentan."³

Después de su victoria, las tropas avanzan lentamente por el camino de Tumbamba. Las acompaña Atahualpa "en ricas andas de oro llevando en las manos ramos verdes y hojas de palmas. Reparte dádivas, ofrece amistad y clemencia entre los súbditos temerosos que acuden a su paso".

En Tumbamba vuelven a encontrarse los dos ejércitos. La batalla es fiera y sangrienta, al segundo día hay en el campo más de treinta y cinco mil muertos. Atahualpa de nuevo victorioso, es dueño del camino al Cusco. Sus generales tienen otra oportunidad de vengar a sus muertos en Tumbamba. Sin piedad exterminan a los Cañaris, antiguos aliados de los cusqueños. Por meses, los campos de Caxabamba negrean de buitres ávidos sobre la carroña de los vencidos.

Estas derrotas no intimidan a los cortesanos que dan nuevos ánimos al príncipe vacilante. Si por un lado Atahualpa está convencido de que "sus dioses peleaban por él" los cusqueños creen que los enemigos avanzan hacia una cita mortal y serán deshechos al llegar ante las megalíticas murallas de Sacsawaman. Otros vaticinios favorables aseguran que la peste diezmará al ejército enemigo antes de llegar a la Ciudad Santa. En diarios sacrificios, los oficiales escudriñan las cálidas entrañas de llamas negras y de tiernos animales para leer vaticinios consoladores.

No tarda en partir otro ejército que encuentra al enemigo en Cotabamba, junto al río Apurímac, donde sufre otra derrota que decide a los generales de Huascar a dar la batalla decisiva en el Cusco.

Al poco tiempo llega Calcuchima a las fortificaciones exteriores de la ciudad imperial. Ahí esperan los cusqueños al mando de Urco Huaranca y de Inka Roca, reforzados por los señores de Condesuyo, de Charcas y de Chinchaysuyo; también por los del Collao, los de Cañas y los de Canchis con sus bravas tropas. Todos juran no reconocer por Inka sino a aquel que sea investido de la Insignia Real en

³ CIEZA DE LEÓN, *op. cit.*, cap. LXV.

la propia capital del imperio, "lo que le viene a Huascar derechamente".

El encuentro del primer día hace creer a Huascar en una segura victoria, pues Calcuchima y Quizques simulan una retirada que es una estratagema para recuperar fuerzas. Al día siguiente los quiteños atacan con mayor vigor a los improvisados reclutas de Huascar. División tras división son aniquiladas o capturadas. Calcuchima en persona se apodera de Huascar sacándolo de su litera. Al enterarse de la captura, el resto de las tropas emprenden la huida abandonando la capital. Calcuchima con otro engaño contribuye a hacer menos cruentas las últimas fases de la lucha. Metido en la litera de Huascar, y seguido de sus soldados, simula que se trata de Huascar victorioso, rodeado de prisioneros. No tardaron los vítores y aclamaciones en convertirse en llanto al descubrir el engaño; pero la magnanimidad de los atacantes al no saquear la ciudad, pronto los tranquilizan, y no tardan en jurar fidelidad a Atahualpa.

Nunca ha sufrido tan tremenda derrota ningún Inka como ésta que sufre Huascar en la llanura de Quipaypan. La nobleza es masacrada sin piedad; cinco principales jefes de Huascar, tres generales y dos altos sacerdotes, son ejecutados; otros, obligados a arrancarse las pestañas y las cejas en señal de acatamiento al nuevo emperador; y Huascar salva la vida gracias a su origen divino. Parece que la madre de Huascar, al increpar la incapacidad de su hijo, lo abofeteó.

Según Sarmiento, los victoriosos generales de Atahualpa le transmiten la noticia a Cajamarca, y éste manda ejecutar a toda la familia imperial, incluyendo a sus esposas, hijos mayores y niños. Ordena que sus cuerpos fueran amarrados a los postes de un largo camino que salía del Cusco. Más de ochenta hijos fueron muertos de este modo. "De sus concubinas sólo perdonó a las que no habían parido o no estaban encinta." Más tarde, antes de la llegada de los españoles, mandó matar a Huascar en la prisión de Jauja.

Según los cronistas, parece que el triunfo evaneció a Atahualpa. Como la mayoría de los héroes de guerra, se tornó autocrático, vanidoso y cruel. Sarmiento cuenta que al consultar un oráculo, éste le predijo un fin violento. Furioso, al escucharlo cortó él mismo la cabeza del anciano sacerdote, intérprete de la profecía, y para borrar toda huella del nefasto vaticinio, hizo demoler la huaca; y a fin de que nadie pudiera escribir la historia de esta guerra fratricida, hasta los kipucamayos fueron exterminados.

Por esos días desembarcan en las costas de Tumbes los invasores. En sus banderas figuran las águilas que han de vencer a los halcones del Tawantinsuyo.⁴

⁴ El halcón es el ave totem por excelencia entre los antiguos peruanos.

II

Prisión de Atahualpa

EL atardecer del día 16 de noviembre de 1532 abre el último capítulo de la historia del imperio de los Inkas. La fecha memorable en la que Francisco Pizarro, al frente de sus soldados, avanza por el camino del Chinchaisuyo a la ciudad de Caxamarca, donde le ha dado cita Atahualpa.

Después de su victoria sobre Huascar, el Inka descansa tomando las aguas termales, famosas por sus propiedades curativas. Los soberanos del Perú son grandes fervientes del baño. Frecuentemente, construyen palacios en lugares donde el calor de los manantiales templó la frialdad del clima. Ollantaitampo, Yucay, Arequipa, Cajamarca, son lugares favoritos, de acuerdo con la propiedad de las aguas. En Cajamarca el Inka podrá agasajar a los extranjeros, y hacer los honores que corresponden a los embajadores de otro poderoso emperador más allá de los mares.

Cautelosos, los españoles acuden a la cita, al viento sus banderas con la cruz redentora. Los acompañan muchos indios, entre ellos una "lengua", el yunga bautizado con el nombre de Felipillo, que sabrá explicar a la maravilla las razones de la insólita visita.

El Inka nada recela y nada teme. Acaba de vencer a un ejército numeroso ¿por qué inquietarse ahora de 150 extranjeros a los cuales no ha ofendido, y que han recorrido miles de leguas de distancia trayendo un mensaje de paz? Ignora Atahualpa que hace dos días la vanguardia de estos soldados ha tomado posesión de los edificios de la plaza principal, ha colocado sus falconetes en lugares estratégicos, y afilado sus armas en espera de su llegada; que el artero ataque está cuidadosamente planeado, estudiado en todos sus detalles.

El día señalado, cuando los españoles ven aparecer el cortejo que acompaña al Inka, se quedan perplejos. El espectáculo sobrepasa todo lo que ha podido imaginar el *auri sacra fames*, la maldita sed del oro. En andas cargadas por príncipes de sangre real, escoltada en doble fila por los nobles y dignatarios del imperio, avanza el Inka, imponente y hierático, sentado en una silla de oro incrustada de esmeraldas. Sereno, rostro ancho, labios finos y delgados, los ojos ribeteados de rojo parecen pintados de bermellón. A los hombres barbados, cubiertos de grises armaduras, tiende esa mirada fría que aún tienen los indios cuando miran a un extraño. Parece contemplar absorto los dibujos de un opulento tapiz desconocido. Apareta tener unos treinta años, "de buen cuerpo, hubiera podido lla-

marse hermoso a no ser por los ojos inyectados de sangre que daban una fiera expresión a sus facciones".

"Era tanta la patenería que traía de oro y plata que era cosa extraña lo que relucía con el sol. Lleva en las orejas enormes discos de metal precioso, arrogante, mejillas carnosas rojizas. El manto de color aconejado, muestra que todavía guarda luto por la muerte de su padre."⁵ Las sandalias sujetas por un lazo dorado suben dando vueltas para rematar sobre las rodillas en dos placas esculpidas con la imagen del sol. En el pecho rutilan gruesos collares de oro. Desde los parapetos, en la plaza, los españoles contemplan atónitos el desfile. Está lista la artillería para dar la señal del asalto. El buen éxito depende del concierto, sangre fría y celeridad del ataque. Crispados los dedos sobre los gatillos de los arcabuces, la mecha lista en los dos falconetes.

El primero que avanza para presentar su espada al Inka es el apuesto Hernando de Soto, con peto de acero pulido, casco empenachado, seguido por quince jinetes. Ante los atónicos indios hace revolotear el caballo que ven por primera vez. Un espumarajo salpica la yacolla del Inka que, impasible, mantiene su serenidad. ¿Qué blanco podrá jactarse desde ese primer día del encuentro con la raza americana de penetrar en el alma hermética de un indio? Si algunos de los cortesanos se retiran asustados al paso de los animales, el Inka, con gesto imperceptible, comanda la inmovilidad.

Al terminar sus evoluciones la caballería abre paso al capellán de la expedición, fray Vicente Valverde. Con paso firme avanza el monje al encuentro del Inka; lleva el hábito blanco y negro de los dominicos, en la diestra el evangelio, en la siniestra la cruz, sostén moral del conquistador: al lado del fraile el indio Felipillo que va a servir de intérprete.

La escena se desarrolla veloz y violenta. Al llegar a la litera, Valverde sin preámbulos conmina al Inka a abandonar la religión sacrílega de sus antepasados; el diálogo es contundente: le pide adorar al Dios Todopoderoso de los cristianos, y reconocerse vasallo del gran emperador Carlos V. Le participa que el Papa bendice esta sagrada conquista de tierras infieles.

Sin alterarse, Atahualpa escucha el insólito discurso. La prudencia del entendimiento le hace sobreponerse y contener la indignación que hace temblar ligeramente sus palabras: "No seré tributario de ningún hombre. Soy el más grande de los príncipes sobre la tierra. Tu emperador puede ser un gran monarca, no lo dudo, pues veo que ha a mandado a sus súbditos desde tierras lejanas; y estoy dispuesto a considerarlo como hermano. En cuanto al Papa, de quien

⁵ PEDRO PIZARRO, *Descubrimiento y conquista del Perú*, M.S.

me hablas, debe de estar loco para conceder países que no le pertenecen. Yo nunca cambiaré mi fe. Tú mismo dices que tu Dios fue muerto por los hombres que creó. El mío —continuó el Inka señalando con el índice al sol— aquel que glorioso ves desaparecer tras de las montañas, es mi Dios que vive eternamente en el cielo y protege a sus hijos”

El fraile insiste. Con voz tonante lee el Evangelio que tiembla en sus manos. Las epístolas en latín, incomprensibles, van tomando tono agresivo. El libro sagrado casi toca el pecho enjoyado del Inka. Al fin Atahualpa, vencido por la cólera, de un manotazo hace rodar las Sagradas Escrituras. Es la señal. Como un rugido retumba la voz del sacerdote: “¡Los Evangelios por tierra! ¡Venganza hermanos!” Desde sus escondites los falconetes disparan. En rauda avalancha se lanzan los españoles contra los indios despavoridos por el ruido de las armas de fuego. La nobleza inka, sin armas, forma un círculo alrededor del soberano. Pizarro es el primero que se acerca y con voz estentórea grita: “nadie hiera al indio so pena de vida”; y la matanza se inicia en la plaza hasta que los soldados tienen rodeada la codiciada presa. Uno llega a arrancar el turbante de seda, la sagrada Masca Paicha, de la cabeza del monarca. La victoria se consume en unas cuantas horas de aleposa matanza. Miles de muertos llenan la plaza y el Inka es conducido prisionero a su propio palacio.

La concertada cena de recepción tiene lugar aquella misma noche. Atahualpa no puede ocultar su tristeza. Como al despertar de un sueño contempla a sus captores en increíble pasividad. De vez en cuando sus rojizos ojos, que tan raramente reflejan sus verdaderos sentimientos, traicionan su tormento.

Las terribles emociones han agudizado las facciones de la cara cuadrada, de pómulos salientes, acentuando la nariz curvada sobre el pequeño mentón hundido, las cejas contraídas. Durante la cena, una profunda tristeza lo invade; apenas si prueba bocado. Los halagos de los vencedores no logran distraerlo ni le hacen perder por un momento su dignidad. En todas las protestas de amistad que se encarga de traducir Felipillo, Atahualpa descubre la pasión dominante de sus cautivadores: el oro.

Pedro Pizarro que asiste a esta cena-velorio, describe a Atahualpa: “Este indio se pone en la cabeza unos llautos que son unas trenzas hechas de lanas de colores de grosor de medio dedo y de ancho de uno, hecho esto de una manera de corona y no con puntas sino una redonda, que encascaba en la cabeza, y en la frente, una borla cosida en este llauto, de anchor de una mano, poco más, de lana muy fina de grana, cortada muy igual metida por unos cañutitos de oro muy sutilmente hasta la mitad: esta lana era hilada, y de



Músicos Quechuas



F. Cossio Paisaje en la Sierra



Mestiza Quechua



Tipo Quechua



Paisaje Andino.

los cañutos abajo destorcida, queda lo que caya en la frente; que los cañutillos de oro era cuando tomaba todo el llauto ya dicho. Cáyele esta borla hasta encima de las cejas de un dedo de grosor, que le tomaba toda la frente y vestía ropa muy delgada y muy blanda ellos u sus hermanos tenían por mujeres a sus deudos orejones principales que se le daban los señores, y todos los demás vestían ropa basta."

El cautiverio dura varias semanas. En las noches claras del altiplano, siluetas de chasquis, veloces, llevan a todos los rincones del imperio la noticia de la prisión del Soberano.

Mientras, el Inka encerrado en su palacio, con centinelas de vista, hace planes para sacar partido de la codicia de sus carceleros. Una tarde, conversando con Pizarro por medio del intérprete Felipe, deteniéndose de pronto en una habitación le dice: "Si me dejas libre cubriré de oro esta habitación." Los ojos incrédulos del conquistador miran a Atahualpa con desconfianza. La costumbre al engaño y al peligro han impreso en la persona de Francisco Pizarro una actitud convulsiva de acecho, siempre alerta para salir al encuentro de la celada.

El Inka nota incredulidad en la sonrisa de Pizarro.

—Y no sólo cubriré el suelo —dice con gesto resuelto— sino que llenaré de oro la habitación hasta la altura que llegue mi mano. Y empinado, los finos dedos trazan una línea imaginaria en la pared. Además —agrega— llenaré de plata las otras dos habitaciones.

El conquistador y sus acompañantes quedan perplejos. ¿Cómo creerlo? La habitación tiene cerca de ocho metros de largo por cinco de ancho. Por más acostumbrados que estos rudos soldados estén a las sorpresas, no pueden menos que dudar ante una realidad que linda en lo fabuloso. Por otro lado, acaban de darse cuenta cabal del enorme valor que tiene su presa. Redoblan la guardia, y dan dos meses de plazo al Inka para cumplir su palabra. Como condición, Atahualpa pide que no sea fundido el metal en lingotes; los objetos conservarán su forma original y "llegarán hasta una línea roja trazada previamente en el muro".

III

Rescate y muerte del Inka

No tarda en verse por los cuatro caminos del Tawantinsuyo hormigear recuas de llamas en dirección de Caxamarca. Antes de dos meses el Inka ha cumplido su promesa; el tesoro del rescate llena las tres habitaciones del palacio hasta la marca roja convenida.

Por el momento parece satisfecha la codicia del conquistador. Pero ahora Pizarro convertido en enviado oficial del Emperador Carlos V tiene una santa misión que cumplir: la de juez. El juez es más difícil de conformar que el soldado. ¿A quién corresponde ser soberano? ¿Quién es el legítimo heredero del Tawantinsuyo? Ha tenido noticias de la muerte violenta de Huascar. ¿Quién tiene la culpa de esta muerte y de la familia del Inka ahogados en el río Andamarca? Pizarro está en antecedentes de cómo se llevó a cabo el asesinato en masa de la familia imperial y de la profética maldición de Huascar al ser condenado a muerte por su hermano: "Ya lo matarán como él me mata."

Aquí entramos en un oscuro proceso donde no hay argumentos para acusar y menos para condenar. Los kipus inkas y los cronistas españoles no se ponen de acuerdo para precisar la realidad de los hechos. Unos culpan a Pizarro, otros culpan a Atahualpa. De todos modos, hay un magnífico pretexto para que un asesinato más aparezca en la historia investido por la dignidad de la ley.

Los españoles saben que el Inka debe morir porque es un obstáculo para la consumación de la conquista. Por otra parte, es un precioso talismán para descubrir tesoros, como el de su rescate, que hoy equivaldría a más de doscientos millones de dólares. Pero el talismán puede ser remplazado. Ahí está Manco, el hermano menor de Huascar. Manco podrá facilitar, con menos problemas, los fines políticos de la conquista. La suerte de Atahualpa está echada. Para avivar el fuego de la desconfianza está Felipillo, el indio que sirve de intérprete. La pasión de este Felipillo por una mujer de Atahualpa, hiere más al Inka que su prisión. "Esto en nuestra ley, exclama, se hubiera castigado, no sólo con la muerte, sino con el exterminio de toda su familia y toda su casta."⁶

Atahualpa se convierte así en una amenaza para el artero "lengua". Nadie más interesado en hacer desaparecer al soberano, que Felipillo, incansable en reportar rumores de levantamiento. Caluchima, el viejo general atahualpista, que ha venido para acompañar a su señor en la prisión, protesta ante Pizarro. Inútil lealtad e inútil protesta. El Inka está fatalmente condenado. Cada día los conquistadores, ante los rumores de sublevación que circulan, ven más penitencia la necesidad política de eliminar al monarca. El mismo Pizarro comunica a Atahualpa la dramática decisión.

El diálogo entre captor y prisionero, es el primer encuentro, en el campo moral, de la mentalidad europea y la conciencia americana.

⁶ PEDRO PIZARRO dice en la Crónica citada: "Pues estando así atravesóse un demonio de una lengua que se decía Felipillo, uno de los muchachos que el Marqués había llevado a España que al presente era lengua y que andaba enamorado de una mujer de Atahualpa."

—Burlaste conmigo —exclama el Inka. ¿Siempre me hablas cosas de burlas? ¿Qué parte somos yo y toda mi gente para enojar a tan valientes hombres como vosotros? No me digas esas burlas.⁷

El Inka ve abrirse la fosa bajo sus pies, cada día más negra y profunda. En el gesto y la actitud de los españoles nota la proximidad de su muerte. El insomnio ronda a los captores que sobre sus lingotes de oro apenas duermen, la mano en la tizona y el ojo deslumbrado. No hay escapatoria ¡el Inka tiene que morir!

Un tribunal discute noche tras noche la culpabilidad del monarca. No se exponen ya las razones, ni la justicia de esta muerte, sino sus ventajas y desventajas; y termina por encontrarlo culpable de innumerables crímenes. El fallo es la hoguera. El fraile Valverde, que preside el tribunal, firma la sentencia al encontrar cargos bastantes para que el Inka fuese condenado a muerte.

Por más que Atahualpa espera el inicuo fallo, no puede contener las lágrimas. A Pizarro le reprocha: "¿Qué hemos hecho yo y los míos para merecer esta muerte? ¿Y de tus manos a quien he dado amistad? Has recibido bondades de mi pueblo; contigo he repartido mis tesoros y sólo has recibido beneficio de mis manos."

El rudo conquistador también llora. Lágrimas de vergüenza ruedan por la negra barba. Ante la historia va a sumir la responsabilidad de este crimen.

Atahualpa jamás pierde su dignidad de hombre, aunque abdica de su fe para no morir en la hoguera. El vil garrote se ocupará de cumplir con la justicia de los hombres blancos.

El 29 de agosto de 1533, tocan a muerte en la plaza de Caxamarca. Bajo la luz blanca de la madrugada penosamente, avanza el Inka encadenado de pies y manos. Al acercarse al patíbulo, el pánico no borra el orgullo en la expresión de su rostro severo. "Cuando le sacaron a matar, toda la gente que había en la plaza de los naturales, que abía harto, se postraron por tierra, dexandose caer en el suelo como borrachos" (P. Pizarro). A su lado el padre Valverde, la cruz en alto, reza mirando humilde las piedras del camino. Con exordios trata de salvar el alma del Inka. Con gestos y palabras quiere convertirlo al cristianismo. Ya al pie del patíbulo Atahualpa besa la cruz y abdica su religión. Comprende que su padre el Sol lo ha abandonado. Se bautiza y recibe el nombre de Juan Atahualpa; esto le vale cambiar la hoguera de los mártires por el garrote vil de los criminales. Sólo pide una gracia: que sus restos sean trasladados a Quito, la tierra de sus antepasados maternos. Quiere descansar entre los Scires; y sereno, estoico, bautizado, indio y pagano, toma el camino de los hijos del Sol...

⁷ PEDRO PIZARRO, *op. cit.*

EL DEMONIO Y LOPE DE VEGA EN EL MANUSCRITO
MEXICANO *COLOQUIO DE LA NUEVA CONVERSION*
Y *BAUTISMO DE LOS CUATRO ULTIMOS REYES*
DE TLAXCALA EN LA NUEVA ESPAÑA

Por *Winston A. REYNOLDS*

TIENE especial interés este *coloquio* en verso por ser, que se sepa, la única pieza dramática sobre la conquista de México —sobre una fase de ella, al menos— cuyo texto se ha salvado de los rigores de los siglos en México. Representa, asimismo, la primera obra teatral existente, no sólo mexicana, sino también peninsular, que convierte a Hernán Cortés en protagonista "interlocutor" (varias comedias españolas lo hacen años más tarde, a mediados del siglo xvii).¹

Desde 1928, cuando Carlos Castañeda redescubrió el manuscrito, ha surgido una polémica interesante, aquí en México, sobre las cuestiones de autor y de fecha de composición. En la presente comunicación, después de repasar las opiniones y evidencias acumuladas, queremos examinar alguna nueva, interna —relacionada con el demonio y con Lope de Vega— para poner en claro el problema.

Es peregrina la historia de nuestro manuscrito, y entre sus dueños se cuentan algunos de los hombres más ilustres de México:²

¹ Las comedias peninsulares que hemos logrado recoger del siglo xvii, sobre el tema de Hernán Cortés, son: GASPAR DE ÁVILA, *La sentencia sin firma* (publ. en Madrid en 1652), reeditada bajo el título *El valeroso español y primero de su casa* (publ. Madrid, 1668); anónimo (atrib. a Cristóbal de Monroy), *Los pleytos de Hernando Cortés de Monroy* (de mediados del siglo xvii, ms. en la Biblioteca Nacional de Madrid); FERNANDO DE ZÁRATE Y CASTRONOVO —sea o no pseudónimo de Antonio Enriquez Gómez—, *La Conquista de México* (publ. Madrid, 1668), con una refundición hecha a fines del siglo por José de Cañizares, *El pleyto de Hernán Cortés con Pánfilo de Narváez* (publ. Valencia, 1762). Hay que recordar también la comedia ya perdida de LOPE DE VEGA, *La conquista de Cortés, el Marqués del Valle*.

² Prescindo de repetir las fuentes para estos datos, proporcionadas por CARLOS E. CASTAÑEDA, "Los manuscritos perdidos de Gutiérrez de Luna", *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, tomo II (septiembre y octubre,

hasta 1700, Carlos Sigüenza y Góngora; 1700-1767, El Colegio Máximo de la Compañía de Jesús; 1767-c.1816, Biblioteca de la Real y Pontificia Universidad de México; 1829-1830 [¿1817-1848?], Carlos María Bustamante; 1877 [¿1848-1916?], José María Agreda y Sánchez; c. 1916-1920, Genaro García; 1921 hasta hoy, la Colección Genaro García de la Universidad de Texas.³ El bibliotecario encargado de esta colección a partir de 1927, fue el mencionado señor Castañeda, quien hizo buen provecho de su puesto al describir nuestro ms. en varios artículos y publicar el *Coloquio* en los EE.UU. junto con su traducción al inglés.⁴ Pero un año antes, en 1435, y en forma más accesible, fue publicado el *Coloquio* por el señor Rojas Garcidueñas.⁵

Consta el ms., según nos lo describe Castañeda,⁶ de tres obras distintas en un solo códice: además del *Coloquio*, hay en prosa un "Memorial" sobre la vida del arzobispo de México don Pedro Moya de Contreras y una "Relación" de Cortés y sus "balientes cavalleros". No hay propiamente indicados ni autor ni fecha en el *Coloquio*, que es la tercera pieza grande del tomo; sin embargo, al frente del tomo en la portada del "Memorial", se lee "Por Xpoval Gutiérrez de Luna, año de 1619", y en la última hoja del tomo está escrito "Acabóse en Tlaxcala del Reino de la Nueva España por

1928), pp. 170-171, y por JOSÉ J. ROJAS GARCIDUEÑAS, *El teatro de Nueva España en el siglo XVI* (México, 1935), pp. 131-132. Nuestra única contribución nueva a esta lista es Carlos María Bustamante, que menciona que es el dueño del ms. en su ed. de BERNARDINO DE SAHAGÚN, *Historia general de las cosas de Nueva España* (México, 1829-1830), tomo II, nota en la p. 275. Lo que he hecho también es deducir [en corchetes] posibles fechas inclusivas de la posesión del ms.

³ Sobre la adquisición de esta colección por la Universidad de Texas, véase LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN, "Genaro García, su vida y su obra", *Cronistas e historiadores* (México, 1936), p. 221; CARLOS E. CASTAÑEDA, "The Human Side of a Great Collection", *Books Abroad*, tomo XIV (1940), pp. 116-118; y NETTIE LEE BENSON, "The Making of the Latin American Collection", *Library Chronicle*, tomo VII (1962), pp. 1-5.

⁴ Además del artículo de 1928 por CASTAÑEDA, ya citado, se puede ver su "The First American Play", *The Catholic World*, tomo CXXXIV (1932), pp. 429-437; este artículo se reimprimió como prólogo al texto y traducción del *Coloquio*, todo en un volumen bajo el título de *The First American Play*, tomo III de *Preliminary Studies of the Texas Catholic Historical Society* (Austin, Texas, 1936).

⁵ ROJAS GARCIDUEÑAS, *op. cit.*, apéndice, pp. 181-221. Cfr. ALFONSO MÉNDEZ PLANCARTE, *Poetas novohispanos* (México, 1944), tomo I, pp. 73-75, que nos selecciona, utilizando a ROJAS GARCIDUEÑAS de fuente, 60 versos de romance, 8 décimas y los 16 versos finales de "villancico".

⁶ En su citado artículo "Los mss. perdidos...", pp. 172 y ss.

Xpoval Gutierrez de Luna Criollo de Mexico por fin del año de 1619".⁷ De paso, apuntemos que no se sabe nada de la vida de Cristóbal Gutiérrez de Luna, más allá de este dato autobiográfico de su criollismo.⁸

En el artículo de 1928 que describe el ms., el señor Castañeda no se mete a discutir si Gutiérrez de Luna fue o no el autor del *Coloquio*. La impresión que se deja es que sí. Pero en su artículo de cuatro años más tarde,⁹ Castañeda ofrece una hipótesis bastante original y atrevida, que el autor fue nada menos que el celebrado franciscano fray Toribio de Benavente "Motolinia" (muerto c. 1565, y uno de los doce franciscanos originales que, a petición de Hernán Cortés, llegaron a México en 1524), y que Gutiérrez de Luna, quizá mero escribano, encontró el *Coloquio* en Tlaxcala y no hizo más que incorporarlo íntegro a su libro. Castañeda basa su teoría principalmente sobre el lenguaje, que dice es pulido y "literario" (sin mencionar que, estando en verso, es inevitable que contraste con la prosa de las otras dos piezas largas), y sobre la letra manuscrita, que alega ser característica de la primera mitad del siglo xvi.

Rojas Garcidueñas, en 1935, rechaza la hipótesis de Castañeda, precisamente a base de la escritura que, paleográficamente, la sitúa en los últimos años del siglo xvi o primera mitad del xvii.¹⁰ También la sitúa por esas fechas tardías a base del estilo, porque le parece "acusar tendencias al gongorismo". Por otra parte, tampoco acepta a Gutiérrez de Luna como autor del *Coloquio*, llamándolo anónimo.

En 1941, Clementina Díaz y de Ovando respetuosamente cita palabras de Rojas Garcidueñas sobre la fecha de composición del *Coloquio*, para inclinarse luego —aunque suavemente— hacia el concepto de Castañeda, por pertenecer la pieza claramente al llamado "teatro de evangelización" que dice ya casi no interesaba después del tercer cuarto del siglo xvi.¹¹ En 1942, el investigador Alfonso Méndez Plancarte vuelve a examinar seriamente —aunque con el don de jugosa síntesis que le caracteriza— la fecha del *Coloquio*, pero no la paternidad.¹² En primer lugar, desecha como imposible

⁷ *Ibid.*, pp. 174-175.

⁸ *Ibid.*, p. 175, Castañeda menciona que Sosa asegura que fue jesuita sin citar ninguna autoridad ni fuente.

⁹ El citado "The First American Play". Cabe mencionar que, en el intervalo, RODOLFO USIGLI, *México en el teatro* (México, 1932), p. 42, cita la obra, sin titubeos, de autor Gutiérrez de Luna y del año 1619.

¹⁰ ROJAS GARCIDUEÑAS, *op. cit.*, pp. 136-138.

¹¹ CLEMENTINA DÍAZ Y DE OVANDO, "Tlaxcala en la épica y en la dramática de la colonia", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, tomo V (1941), pp. 49-73.

¹² MÉNDEZ PLANCARTE, *op. cit.*, tomo I, pp. xxviii-xxix.

la antigüedad atribuida por Castañeda, al señalar las *décimas* en el *Coloquio* y el hecho de que su inventor Vicente Espinel no publicó sus *Rimas* divulgadoras hasta 1591. Por otro lado, Méndez Plancarte está de acuerdo con Rojas Garcidueñas en que el *Coloquio* es de fines del siglo XVI o principios del XVII, por el indicado y otros motivos estilísticos, pero no ve en él ningunas "tendencias al gongorismo", como había dicho Rojas Garcidueñas, sino más bien rasgos del conceptismo de los Cancioneros del siglo XV.

El siguiente investigador que se ocupa del *Coloquio* es Angel María Garibay, especialista en cuestiones indígenas, quien, en 1954, opina que hay que creer, en efecto, que es del criollo Gutiérrez de Luna, del año 1619, ¡y jamás del buen fraile Motolinia o del siglo XVI, porque el autor está, dice, totalmente sin conocimiento de la mentalidad e historia indias!¹³ Ha habido otros críticos, aun después —José Juan Arróm, Magaña y Lamb, y Armando de María y Campos¹⁴— que mencionan nuestro *Coloquio*, pero más o menos de paso y sin contribuir datos nuevos a su estudio.

Veamos argumento y personajes del *Coloquio*. Son interlocutores: los cuatro reyes de Tlaxcala, Xicoténcatl, Maxiscatzín, Zitlalpopocatzín y Tehuexolotzín; el demonio Hongol, Hernán Cortés, el sacerdote Juan Díaz, doña Marina, dos embajadores indios, y varios ángeles. Empieza el *Coloquio* con monólogos de los cuatro reyes tlaxcaltecas, cada uno lamentando el inexplicable y prolongado silencio de su dios Hongol. Por fin, con el sacrificio de dos doncellas, se logra que Hongol se presente. Anuncia a los cuatro reyes, con rabia diabólica y por otra parte casi humana preocupación, la venida de los españoles, y les manda, bajo amenaza de "muerte rigurosa", no sujetarse a su fe ni dejar de honrarle a él. En este punto llega un embajador de Tabasco justamente para traerles la noticia, con maravillosos dibujos, del arribo a sus costas de la gente extraña.

A renglón seguido, se duermen los cuatro reyes y un ángel aparece en sueños para advertirles que Lucifer ha estado engañándoles, fingiendo ser el verdadero Dios. Se despiertan bien convencidos.

¹³ ANGEL MARÍA GARIBAY KINTANA, *Historia de la literatura náhuatl*, tomo II (*Segunda Parte. El trauma de la conquista*) (México, 1954), pp. 157-159.

¹⁴ JOSÉ JUAN ARRÓM, *El teatro de Hispanoamérica en la época colonial* (La Habana, 1956), pp. 70-71 (que se equivoca al alegar que Rojas Garcidueñas dice que Gutiérrez de Luna es el autor); ANTONIO MAGAÑA ESQUIVEL, y RUTH S. LAMB, *Breve historia del teatro mexicano* (México, 1958), pp. 27-28 (quienes repiten a Rojas Garcidueñas el "tendencias al gongorismo"); ARMANDO DE MARÍA Y CAMPOS, *Representaciones teatrales en la Nueva España (siglos XVI al XVIII)* (México, 1959), p. 81.

Aunque todavía con miedo a Hongol, se sienten dispuestos a todo para volverse cristianos.

Al son de cajas y chirimías, luego llegan los españoles. Hernán Cortés anuncia a los reyes, estilo caballero andante, que su rey le ha enviado a México para socorrerles en su guerra contra el tirano Motezuma y para traerles al verdadero Dios. El será su padrino de bautismo. Después de sentidas expresiones de aflicción y luego de fe, los reyes escuchan un largo sermón que les predica el clérigo Juan Díaz. Acaban arrodillándose, embelesados, y son bautizados, recibiendo nombres cristianos. Cortés les echa un discurso en que cuenta su propia vida tan señalada, el incendio de las naves,¹⁵ etc., etc. y se va.

Pero ya reaparece Hongol, que en un monólogo amargo se queja del poder de Carlos V, quien le ha quitado tanto y ahora aun "este Reyno condenado"; gime, al final, "¿No te basta, di gussano...?"¹⁶ Entran los cuatro neófitos, espantándose terriblemente al divisar a Hongol. Invocan angustiosamente a Dios y a la Virgen y se aferran a la cruz, con lo cual el demonio, ya patético en su impotencia, no tiene más remedio que huir:

Si tenéis aquessa guía
baldrarne agora los pies
traidores yo os mataré.¹⁷

Vuelve Cortés, Juan Díaz pronuncia otra arenga sobre las ventajas del cristianismo, y se marchan todos los españoles hacia Tenochtitlán y la victoria que inevitablemente les espera allí. Quedando solo el escenario, salen dos ángeles a cantar un "villancico" en loor del Santísimo Sacramento, que trae el *Coloquio* a ejemplar fin con las palabras:

deste pan comeldo bos
que si pedís pan por Dios
os darán a Dios por pan.¹⁸

¹⁵ Sobre la leyenda del incendio de las naves, se puede ver mi artículo "The Burning Ships of Hernán Cortés", *Hispania*, tomo XLII (1959), pp. 317-324, y el de J. AMOR Y VÁZQUEZ, "Apostilla a 'la quema de las naves' por Cortés", *Hispanic Review*, tomo XXIX (1961), pp. 45-52. Es interesante observar que nuestro *Coloquio* es el único ejemplo en verso de la guerra, en la literatura de los siglos XVI y XVII.

¹⁶ En el ms., folios 252r.-252v.; en Rojas G., p. 214.

¹⁷ *Ibid.*, folio 253r. y p. 215.

¹⁸ *Ibid.*, folio 256v. y p. 221.

Como se ha podido apreciar, el personaje más activo y más sus-tancioso del *Coloquio* es el enemigo malo, o para ser más exacto, el demonio en su aspecto e identidad de dios de los tlaxcaltecas: Hongol. Hongol (con 'h' inicial) tan presente, sufriente y —¡vaya!— humano. Pero, ¿de dónde viene este Hongol? No tenemos evidencia de que se le conociera en Tlaxcala, y además la lengua náhuatl no tiene el sonido de la 'g' fuerte de Hongol.¹⁹ Hay que buscarlo, pues, por otros rumbos geográficos y literarios.

No es de extrañar que el primer uso literario del nombre lo encontremos en el tan difundido poema *La Araucana* (Primera Parte, publ. 1569), de Alonso de Ercilla. Suena a Ercilla, y en efecto desde el canto II, entre los caciques de Arauco que se juntan para elegir a un capitán general para dar guerra a los españoles, está un *Ongol*: "...mozo valiente, / Gobierna cuatro mil lucida gente".²⁰ Este guerrero se llama *Angol* después de su primera mención en el poema. Aparece varias veces más, hasta que el español Juan de Alvarado, en el canto IX, le traspasa el corazón con su "furioso alfanje".²¹ Tiene un nombre bastante parecido otro cacique en el poema de Ercilla: el de *Ongolmo*, también guerrero araucano.²²

El poema *Arauco domado* (1ª ed. 1596), por Pedro de Oña, a su vez nos da (herencia que cabía esperar), desde el canto V —con el asalto de los araucanos a don García Hurtado de Mendoza en el fuerte de Penco— al guerrero *Angol*, o *Engol*, como se le llama al principio.²³ Toca la casualidad que hubo en Chile una ciudad llamada "los Infantes de Engol"; en efecto, el lugar natal de Pedro de Oña. Dicha ciudad, originalmente fundada por el gobernador Pedro de Valdivia bajo el nombre de "Los Confines" a mediados del siglo, se encontraba en la comarca llamada *Angol*.²⁴ Pero el nombre que se impuso a la ciudad, desde por 1558, era *Engol* o bien *Angol* (prevalciendo esta forma hoy), confusión que se refleja en los poemas de Ercilla y de Oña.

¹⁹ Así nos lo asegura la autoridad, en cuestiones del náhuatl, ANGEL MARÍA GARIBAY, *op. cit.*, tomo II, p. 157.

²⁰ Ed. B.A.E., tomo XVII, *Poemas épicos* (Madrid, 1854), tomo I, p. 8.

²¹ *Ibid.*, pp. 32, 36, 38.

²² *Ibid.*, pp. 8, 9, 15, 32, 36, 38 y ss.

²³ Ed. B.A.E., tomo XXIX, el citado *Poemas épicos*, tomo II, pp. 377, 380, 382 y ss.

²⁴ Vid. SALVADOR DINAMARCA, *Estudio del "Arauco domado" de Pedro de Oña* (Nueva York, 1952), p. 15, citando a JOSÉ TORIBIO MEDINA (ed.), *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo (1518-1878)* (Santiago de Chile, 1888-1902), tomo XIII, p. 353, y a ALONSO DE GÓNGORA MARMOLEJO, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575* (Santiago, 1862), p. 33.

La palabra parece derivarse originalmente de *Encol*, nombre de un cacique que se cree fue el dueño primitivo de estos territorios.²⁵ En fin, Ercilla, allá por 1556-1562, cuando estuvo en Chile, recogió el nombre de *Angol*, respetó la tradición folklórica al darlo a uno de sus personajes caciques, y nos dejó con la variante de *Ongol* (*Ongol* sin *b*, pero da lo mismo). En cambio, Oña, a pesar de continuar con casi el mismo reparto de personajes y ambiente poético de Ercilla, tenía sus motivos personales para rehusar la variante onomástica introducida por éste.

Es perfectamente lógico que Lope de Vega, al dramatizar el poema de Oña, en su comedia titulada también *Arauco domado*, incluyera a un *Ongol*, indio valientísimo.²⁶ Es sólo "muchacho" aquí, pero se ha hecho más importante al convertirse en "hijo de Caupolicán". Esta comedia fue publicada primero en 1625.²⁷ (Fijémonos bien en la fecha de cada obra.) Asimismo, en 1625 fue publicada —y representada sólo meses después de los famosos sucesos históricos— la conocida comedia de Lope, *El Brasil restituído*; aquí aparece fuertemente otro *Ongol*, también indio guerrero.²⁸

Es posible que anden otros personajes llamados *Ongol* por poemas y comedias de los siglos XVI y XVII, pero hasta ahora no corresponden los encontrados sino en nombre al *Ongol* del *Coloquio*. Para hallar un *Ongol demonio*, identificable con el nuestro, habrá que buscar todavía más. Y efectivamente lo localizamos, por fin, en otra comedia de Lope de Vega, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*.

Esta comedia de Lope fue publicada primero en Madrid, en el año 1614, en *Doce comedias de Lope de Vega Carpio*. Cuarta Par-

²⁵ DINAMARCA, *op. cit.*, p. 17, citando a ENRIQUE ESPINOZA, *Geografía descriptiva de la República de Chile*, 4ª ed. (Santiago, 1897), p. 394.

²⁶ Publ. de la R.A.E., ed. M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Obras de Lope de Vega* (Madrid: Rivadeneyra, 1901), tomo XII, pp. 597-637. Aparece en los Actos II y III. Debemos señalar que sugirió DÍAZ Y DE OVANDO, *op. cit.*, p. 59, que el nombre *Hongol* fuera acaso una reminiscencia de los nombres araucanos que usa Ercilla (aunque no menciona concretamente que hay un *Ongol* en *La Araucana*), y que Lope de Vega, "influido por Ercilla", llama *Engol* a un personaje de su comedia *Arauco domado* (sin fijarse en el punto intermediario tan obvio: el poema *Arauco domado* de OÑA).

²⁷ Publ. originalmente en la Parte XX de las comedias de Lope, en 1625. Fue escrita en 1598-1603 (probablemente en 1599), según los cálculos de S. GRISWOLD MORLEY y COURTNEY BRUERTON, *The Chronology of Lope de Vega's Comedias* (Nueva York, 1940), pp. 170-171.

²⁸ En cit. *Obras de Lope*, tomo XIII, pp. 83-86, Jornada I; véase también la ed. de GINO DE SOLENNI, *Lope de Vega's El Brasil Restituído* (Nueva York, 1929), pp. 26-40.

te.²⁹ Esta Cuarta Parte se reimprimió dos veces más en el mismo año, en Barcelona y en Pamplona, de modo que no escaseaban los ejemplares en España ni probablemente tampoco en la Nueva España. Dentro del espacio de los tres años siguientes, ya para 1619, la gente de acá de México como Gutiérrez de Luna muy cómodamente podría haber leído *El Nuevo Mundo* e incluso quizá haberlo visto representar.

No hay tiempo ahora de trazar todo el argumento de esta comedia, pero sí de examinar con cuidado la presencia en ella de *Ongol*. En el Acto II, los araucanos aluden a él media docena de veces: los amantes Dulcanquellín y Tacuana se juran el amor eterno "Por nuestro divino Ongol" (p. 358); el indio Tapirazú sacrifica una tigre hermosa "a mi Ongol" (p. 359); los españoles al llegar a tierra, disparan sus arcabuces y Dulcanquellín comenta, "¡Válgame el perder del sol! / ¿Truena el cielo o brama Ongol?" (p. 360); los indios huyen aterrorizados y Auté, entre ellos, murmura "¡El ídolo Ongol me valga!" (p. 361); cuando los españoles van imponiéndose en la tierra, Tacuana se queja, "Qué, ¿ansí, Ongol, destruirnos quieres?" (p. 365).

En el Acto III, vemos que Cristóbal Colón ha vuelto a España.³⁰ Los españoles que quedan —los más prominentes de ellos Bartolomé Colón, el capitán Terrazas y el benedictino fray Boil— procuran cristianizar a los naturales. Dulcanquellín se resiste, explicando que la noche anterior Ongol le apareció en sueños, amenazándole con la muerte, pero que se salvó con una cruz que tenía (recordándonos el episodio en el *Coloquio*). Crece la confusión y angustia de Dulcanquellín, monologadas en las siguientes quintillas:

¿Qué haré? ¿Dejaré mi Ongol
por ese Cristo extranjero,
Dios-hombre y Dios español?
¿Dejaré luna y lucero,
noche y día, cielo y sol?
Pero sí lo dejaré,
aunque la causa no sé
de que aventure su luz

²⁹ Utilizamos el citado *Obras de Lope* de la R.A.E., tomo XI, pp. 343-380, para *El Nuevo Mundo*. Véase las "Observaciones preliminares" de M. Menéndez Pelayo, y el "Prólogo" de J. DE ENTRAMBASAGUAS a su "adaptación" de la comedia (Madrid, 1963). MORLEY y BRUERTON, *op. cit.*, pp. 225-226, calculan la fecha de composición entre 1596 y 1603.

³⁰ Es que, contrario a la historia, Lope representa a Colón que salió de España con el propósito precisamente de descubrir a América.

por esto que llaman Cruz,
 en que su martirio fue.
 Mas no los puedo faltar,
 que si de su gusto excedo,
 temo que me han de matar,
 mas ¿quién busca a Dios por miedo
 si por amor se ha de hallar?
 No hay cosa más imposible
 que dejar la antigua fe
 y a la costumbre terrible.
 Pero si Ongol ángel fue
 y Cristo Dios invencible,
 aquél soberbio impaciente
 que castigó su Hacedor
 por rebelde e imprudente
 seguir a Cristo es mejor.³¹

He citado estos versos de Lope enteros, por una razón muy importante: es que se encuentran, casi íntegros, en nuestro *Coloquio*, en boca del rey Xicoténcatl.³² Si antes sólo sospechábamos la rela-

³¹ *Obras*, p. 377.

³² Así son en el *Coloquio* (ms. folios 245.-246r.; Rojas G., pp. 201-202):

Que are dexare mi hongol
 por este christo estrangero
 dios hombre dios español
 dexare luna y luçero
 noche y dia, çielo y sol.
 Pero si lo dexare
 aunque la causa no sse
 de que aventure su luz
 por esto que llaman cruz
 en que su martirio fue.
 Mas no les puedo faltar
 que si de su gusto exçedo
 temo que me an de matar
 mas quien busca a Dios por miedo
 si por amor se a de allar.
 No hay cossa mas ympossible
 ques dexar la antigua ffee
 pero si hongol angel fue
 y su costumbre terible
 Christo Dios es ynvesible

ción entre el *Coloquio* y *El Nuevo Mundo* de Lope, ahora queda totalmente fuera de duda.

Si no queremos reconocer esto, este pequeño plagio a Lope de Vega por Gutiérrez de Luna —es decir, si no obstante la evidencia estamos con Castañeda y Díaz de Ovando, en que el *Coloquio* es de mediados del siglo XVI o antes— entonces sólo queda la explicación de que Lope (1562-1635) plagiera nuestro modesto *Coloquio* manuscrito (o, claro, que los dos tuvieran una misma fuente en común). No, más bien aceptemos que Lope fue el primero en escribir estas cinco quintillas —o casi cinco, pues el autor del *Coloquio* corrigió completando la última quintilla al agregar un verso más ("y estarle quiero obediente").

En la comedia de Lope, después de estos versos del araucano Dulcanquellín, salta al escenario el demonio Ongol —su única aparición— con amenazas de matarle y queriendo desviarle de su promesa de asistir a misa. Le dice que los españoles quieren engañarles para llevarse, codiciosos, todo el oro de las Indias (p. 377), lo cual nos recuerda cómo el Hongol del *Coloquio* pronostica a los tlaxcaltecas, relamiéndose de gusto, que los españoles, por codiciosos, irán a parar a sus dominios infernales:

Mas si con dineros se allan
es averiguada cossa
que mis profundos palacios
conquistarán sus personas.³³

Si el Ongol de Lope no convence a Dulcanquellín de la codicia de los españoles, sí lo logra al probarle que el capitán Terrazas ha seducido a su amada Tacuana (Dulcanquellín, justamente, lo mata poco después). Pero este demonio Ongol fracasa en sus intentos, forzosamente, aunque de una manera demasiado repentina e ilógica para la narración, pues de tener a Dulcanquellín en furiosa rebeldía, de pronto Ongol está en huida de la cruz que se ha colocado en su templo. Vencido y rendido, exclama, en un soneto:

Ya que en el blanco pan bajar te veo
a tomar posesión del reino indiano,

Aquel soberuio ynpaciente
que castigó su hazedor
por rebelde e ynprudente
seguir a cristo es mejor
y estarle quiero obediente".

³³ *Ibid.*, folio 240r.



En el *Lienzo de Tlaxcala*
dice: "Así fueron bautizados los caciques".

cedo el derecho a tu divina mano
y bajo a las prisiones del Leteo.³⁴

(Luego se resuelven de una vez por todas, las dudas de los naturales, cuando ven delante, en el aire, otra cruz, milagrosa y con música). Y como hemos visto ya, este tema del "pan" eucarístico, es el que se celebra en los versos finales del *Coloquio*.

Como se puede juzgar por las pocas citas incluidas en esta comunicación, los versos del *Coloquio* no son de la más alta calidad poética,³⁵ aunque sí captan, con bastante gracia, el dramático y a veces ingenuo espíritu de la famosa "leyenda" del bautismo de los cuatro reyes de Tlaxcala. Lo que pasa es que el autor, Gutiérrez de Luna, sin duda, se ha inspirado directamente en *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón* de Lope, recogiendo allí al apenas esbozado demonio Ongol, para desarrollarlo e integrarlo con mucho más éxito en el drama mexicano. Será, tal vez, una lección en cómo convertir una comedia clásica en un autocoloquio (si no es para demostrar lo inapropiado del tema para la comedia).

La leyenda o hecho histórico del bautismo de los reyes tlaxcaltecas, como sea el caso, se ha discutido con pasión desde su primera representación en el Lienzo de Tlaxcala, de mediados del siglo XVI.³⁶

³⁴ *Obras*, p. 378.

³⁵ Entre los críticos que expresan una opinión categórica, son realmente injustas las de BUSTAMANTE, *op. cit.*, tomo II, nota en la p. 275 ("Esta composición abunda en desatinos por su mala poesía y pensamiento ridículos, moneda de aquel tiempo"), y de ARRÓM, *op. cit.*, nota 47 de la p. 71 ("la pieza carece de importancia: falsa en el argumento y la caracterización y pobremente versificada en un estilo ampuloso y embrollado"). Por otra parte, es exagerado el juicio de Castañeda, "The First American Play", *op. cit.*, p. 437 ("the *Coloquio* is remarkable for its perfect proportions, the studied poise and dignity of style, the vivid portrayal of character, and the heroic simplicity of its form and language. It deserves to be ranked with the best *coloquios* of the sixteenth century"). Lo más acertado de todos, parece ser el discreto comentario de MÉNDEZ PLANCARTE, *op. cit.*, I, p. xxviii ("...ofrece pasajes líricos apreciables"), aunque ahora hay que tener en cuenta que las citadas quintillas fueron plagiadas a Lope de Vega (es irónico que hayan sido de los versos que Méndez Plancarte explícitamente encontró no apreciables).

³⁶ Véase al respecto, desde el siglo XIX, el perspicaz resumen y comentario de MANUEL OROZCO Y BERRA, *Historia antigua y de la conquista de México* (México, 1880), I, 200. Cita las fuentes indígenas, las cuales aseguran que el presbítero Juan Díaz bautizó a los cuatro reyes (Lienzo de Tlaxcala, Ixtlixlóchtli, Muñoz Camargo y, con variante, Torquemada), pero observa que, extrañamente, no lo mencionan para nada Cortés, Gómara, Tapia, Herrera, ni los naturales gobernantes en sus peticiones posteriores, y que Bernal Díaz escribe que los tlaxcaltecas se negaron a dejar su propia religión en aquella ocasión. Dice Orozco y Berra: "A nuestro entender, es

El supuesto suceso fue en 1519, cuando Cortés y sus compañeros pasaron por Tlaxcala la primera vez, con lo cual traigo a cuenta otro detalle que concuerda con la paternidad del *Coloquio* por Gutiérrez de Luna y su fecha de composición en 1619. ¡1619, el centenario del memorable hecho, claro! Eran tiempos en que se recordaban tales cosas con el mayor esplendor literario y teatral.³⁷

invención de los vencidos, perpetuada por los escritores de origen tlaxcalteca, haciendo alarde, en los tiempos de la dominación española, del gran mérito contraído por sus compatriotas en los días de la conquista, ya por su lealtad con los invasores, ya en haber admitido dócilmente los misterios de la fe."

³⁷ Muchos han escrito sobre este esplendor colonial, por ejemplo ALFONSO REYES, en *Letras de la Nueva España* (México-Buenos Aires, 1948). Cfr. fiestas simultáneas en Puebla, año de 1619, con que los jesuitas festejaban a la Virgen María, en un certamen poético, como consta en un manuscrito mencionado por ANTONIO RODRÍGUEZ MOÑINO, "Catálogo de documentos de América existentes en la Colección de Jesuitas en la Academia de la Historia", *Estudios Hispanoamericanos* (Badajoz, 1948), núm. 320.

OLIGARQUÍA Y PODER EN LA ARGENTINA

Por *Dardo CUNEO*

I

TERRATENIENTE y portuaria, la oligarquía argentina viene perdiendo pie desde hace, por lo menos, medio siglo. Hasta 1910, año en que la fastuosa celebración del Centenario de la Revolución Emancipadora permite mostrarle a los visitantes ilustres que, junto a las praderas pampeanas, se había levantado una gran ciudad a las medidas edilicias europeas, aplicando los estilos de la civilización de allá; hasta entonces, esa oligarquía había consolidado, desde esta Buenos Aires, los radios de su propiedad territorial y el funcionamiento de un Estado liberal que le consentía hacer las veces de tributaria en relación con el comercio exterior y de todo poderoso amo con vistas al resto del país desierto y mutilado. Era Argentina rio-

¹ La actualidad argentina merece la atención de América Latina, pero sería errar, de entrada, querer verla con criterios que no correspondan a la particular realidad argentina. La crisis que afronta desde hace más de treinta años, es parte de la crisis de desarrollo nacional de los países denominados subdesarrollados, que, en respuesta a la crisis de declinación e inestabilidad de un orden internacional que los mantuviera sometidos, aspiran a transformarse en comunidades nacionales con plenos derechos a integrar su economía y a fundar, consecuentemente, nacionalidad de verídicas bases populares. Pero, en tal panorama y en relación a América Latina, Argentina es uno de los hechos de más compleja naturaleza y no se la comprenderá a través de reglas de simplificación o de reducción de denominadores. Argentina pide para ella un análisis en profundidad en razón a sus propios conflictos y perspectivas. Y esta es la guía a que obliga este análisis. Aspira a seguir a nuestra realidad averiguándola en sus líneas entrecortadas, en sus contradicciones, en su versión polémica. Lo contrario sería reprimir la realidad para plegarla a supuestos de desempeño previamente deliberados por las preferencias conceptuales del comentador; lo contrario del analista sería el adaptador que reduce la realidad a sus miras ocasionales de comprensión, a sus esquemas premeditados, en lugar de situarse en las escalas de ella.

En la relación de Argentina con América Latina corresponde anotar: teniendo presente que esta experiencia argentina, que se realiza de acuerdo con medidas y módulos argentinos, no cabe juzgársela con medidas y módulos correspondientes a otras zonas de América Latina, menos cabe que se la suponga modelo para éstas.

platense, bonaerense, europeizada, tal como lo había querido la generación del '80, que, vistiendo levitas inglesas, leyendo en francés y escuchando óperas italianas, no se siente ligada en ninguna forma al continente. Por obra de esa generación, la Argentina es un estado rioplatense de hacendados: el puerto de Buenos Aires es el término principal de su economía y todo paso que se da hacia el interior es para ampliar su colonización vaquera y para nada o poco más. El país es, en definitiva, la ciudad de Buenos Aires y la pampa húmeda. La pampa húmeda produce, generosamente, la riqueza que Buenos Aires, comisionista, negocia, y con cuyos beneficios levanta la ciudad a la europea. La grandeza de Buenos Aires fue la servidumbre y miseria del interior. La economía vaquera reprimía todas las potencias de un inmenso territorio: no daba paso al posible país real. Cimentándose en esa relación ciudad portuaria y pampa húmeda, dependía exclusivamente de su comercio exterior en términos coloniales. Las energías del conjunto del país quedaban desaprovechadas, confinadas, prohibidas. ¿Era Argentina, en definitiva, una ribera de Europa en América? Europeizadores habían sido el plan de los ideólogos de la generación de Caseros y la obra de la generación del '80. Saberse europea era el alarde de la clase dirigente, propietaria de tierras y ganados. Alejandro Bunge remarcaría en 1925: "La mentalidad de ese poderoso núcleo argentino (la capital federal y su órbita cercana) está demasiado sujeta a preocupaciones internacionales y más vinculadas con las ideas y los intereses de otras regiones del globo que con las conveniencias e ideales de otras regiones argentinas, hechos ambos que conspiran contra el justo equilibrio de intereses de las distintas zonas del territorio". País seccionado; nación mutilada; es decir, colonia. Hasta 1910, la carne y los cereales costean puntualmente su esplendor a los ricos coloniales entre nosotros y ridículos rastacueros en París. Pero, por esa fecha comienza a clausurarse la "belle époque". Por entonces, los anarquistas hacen estallar bombas durante las veladas del teatro Colón y matan al jefe de policía. Los socialistas ya habían enviado un diputado a la Cámara y organizaban muy pacientemente, muy heroicamente, bibliotecas, sindicatos y cooperativas. Los radicales de Yrigoyen no habían dejado de oler la pólvora de sus no tan lejanas rebeliones. Pero lo más importante es que la expansión que la ganadería y la agricultura intensiva han alcanzado hasta entonces, no se reproducirá después. La expansión se detiene. La colonia agropecuaria no va más allá. El ciclo económico de la carne y los cereales ha terminado. Desde él no se hace ya pie. Ceden las estructuras de la Argentina agropecuaria, despensa de Inglaterra, que era la obra de la generación del '80. Se hace evidente que para apresurar nuevas etapas de su evolución,

el país necesita completar su economía, fortalecer sus estructuras. Ni la vaca, ni el cereal, ni el grano son suficientes para alimentar esas nuevas etapas posibles y necesarias. La República debía ser algo más que orgullosa ciudad portuaria que copia a Europa y pradera húmeda que sustentaba su limitado alarde. ¿Qué debía ser? Algo más que fábrica de pastos. Pero esto, es decir, el ascenso hacia el ciclo industrial, hacia el ciclo de economía integrada, significaba la cancelación de los poderes políticos que habían, hasta entonces, partido de la vaca; era la crisis de la oligarquía; era la oligarquía vaciándose de justificación y marginada de la nueva historia.

Desde entonces está en quiebra la oligarquía. Desde entonces hasta hoy, los conflictos de Argentina están originados en la insistencia de la oligarquía por retener en sus manos la conducción que no le pertenece. En 1912 aceptó el reto de la evolución y acató las presiones que reclamaban el sufragio universal. En el '16, ese sufragio hizo paso a Yrigoyen, lo que no significó el relevo de la oligarquía por dos razones: porque en el Senado revistaban aún los senadores del viejo régimen como dique de posible transformación en cauces constitucionales, y porque aquel populismo yrigoyenista no proponía una coherente formulación de reemplazo. El populismo de nuestra clase media estaba bloqueado por el tradicional cuadro social y cultural desde el cual sobrevivía la oligarquía, con su propia versión oficial de la historia, con su vigente escala de valores sociales. La clase media no despliega ninguna autonomía frente a todo ello. Tanto es así que el segundo Presidente radical, Alvear, apenas cubre las apariencias de su filiación para conducirse en cambio, resueltamente, como el hijo de la oligarquía que no se aleja de su declinante clase. Cuando la clase media reaparece en los comicios de 1928, exaltando nuevamente a Yrigoyen, la oligarquía prepara el golpe militar Y esta es —ya 1930—, la fecha en que queda institucionalizada la crisis que venía trabajando desde el Centenario. Tras el golpe militar, la oligarquía acude al fraude electoral, con lo que nada resuelve ni desde el más mezquino punto de vista de sus intereses. El fraude electoral no es capaz de paralizar un país que ya es algo más que estancia colonial y ciudad mercantil. Ya comienza a redoblar el impulso industrial. Ya se multiplican industrias livianas en Buenos Aires y sus alrededores. Ya las energías propias del país rebasan las envejecidas estructuras agropecuarias, pero todo esto tiene lugar dentro del diseño de país escindido. Argentina sigue volcada sobre el Río de la Plata, concentrando una tercera parte de su población en el llamado Gran Buenos Aires, donde se concentran las industrias, el comercio principal, la burocracia, la construcción, es decir, índice de Argentina moderna. La otra, comienza en la llanura húmeda que fue el vientre pródigo de granos y ganados y que permitió que Buenos

Aires se constituyera, desde fines del siglo pasado, en gran ciudad a la europea. Cuando en los últimos treinta años se hizo presente el impulso industrial, las industrias se instalaron en el Gran Buenos Aires, atrayendo a la población de los éxodos agrarios. Seguíamos en lo mismo. El país seguía fraccionado en litoral industrial y en regiones interiores relativamente inmobilizadas unas, despobladas como nunca otras. Persistía, en ese diseño, el país colonial: esa disociación correspondía aún —y no se alentaba, por ningún lado, previsión y enmienda— a la Argentina que el siglo liberal incorporó, como tributaria, al mercado internacional, la Argentina del litoral, productora de carnes y granos, desinteresándose totalmente de la otra que contenía en sus entrañas hierro y petróleo. Porque, téngaselo presente, esa Argentina inmobilizada era mucho más rica en recursos potenciales que la del Gran Buenos Aires y la llanura húmeda. En esta Argentina excluyentemente rioplatense se va formando una nueva clase obrera que tiende a escapar, como no había escapado la clase media, del cerco cultural de la oligarquía. Ya hay país nuevo en marcha, a pesar de todo. Y en respuesta a la oligarquía, que resiste al cambio, surge el movimiento de masas que se conocerá con el nombre de peronismo, a falta de otro nombre mejor que pudiera haberle correspondido. Anotemos en la cuenta de la oligarquía esas responsabilidades. Y estas otras más: cuando haga crisis el régimen peronista, la oligarquía que retoma la conducción política del país a través de la Revolución Libertadora de 1955, lo hace para proponer otra vez una Argentina ya imposible que, matando sus industrias, vuelve a la única, limitada e insatisfactoria representación económica a que podían destinarla las vacas y los cereales.

Reparemos en sus maneras de actuar, de persistir. Desde entonces, desde, digamos, el Año del Centenario, en que culmina el país de su modelo de transplante —no de asimilación— de ideologías, instituciones y relaciones del liberalismo, ella ha perdido por breves períodos el comando político; pero, reteniendo la propiedad de la tierra y la administración de bancos y del puerto, lo ha recuperado cuantas veces lo ha intentado. Dos medios ha utilizado para eso. El primero es la sistemática infiltración en el campo de los sectores populares. Es por ese medio que hace lo suyo para frustrar al radicalismo, mientras el radicalismo, de su parte, no presentó sólido frente de resistencia porque era apenas una convocatoria espontánea, en la cual la clase media revela su absoluta incapacidad para liberarse del cuadro social y cultural de la oligarquía a que queda sujeta. Es por ese medio que le niega a Lisandro de la Torre la posibilidad de armar un partido nacional de índole definitivamente progresista. Es por ese medio que penetra al partido socialista y lo incorpora a la crisis liberal. Podrían anotarse otros ejemplos, pero los apuntados

son suficientes. Cuando ese método no resulte del todo eficaz o, acaso, por resultar eficaz crea condiciones para una operación más atrevida, la oligarquía acude al otro medio: el golpe militar. La oligarquía no desiste de perpetuarse, en contravención con la historia, en el comando político del país. Es minoría de impugnados poderes; pero, funciona. Es muy poco en el conjunto del país que ya supera la etapa exclusivamente agraria y pastoril; pero, ella ejerce poderes suficientes para inhibir el desempeño de los procesos de modernización. Clase históricamente vencida, retiene la iniciativa, controla la escena, mueve a los personajes.

II

COMO fenómeno político y social de masas, el peronismo viene cubriendo más de veinte años de vida argentina. ¿Cuál es su base? El movimiento sindical, representativo de una nueva clase obrera que surge de los éxodos agrícolas cuando las ciudades, especialmente Buenos Aires y sus alrededores, multiplican sus industrias livianas. En ese momento, se inicia, en verdad, un nuevo capítulo en la historia de Argentina. La multiplicación de industrias y los éxodos agrarios modifican la fisonomía de la Argentina rioplatense, europeizada, y transmite la conmoción a todo el país. Y donde ello se refleja inmediatamente es en el campo sindical. En él había actuado, hasta entonces, el obrero inmigrante, fundador de la vida sindical a fines del siglo pasado y que transmitió a su acción difícil y persistente de pionero las corrientes de pensamiento disidente que habían sido acuñadas por las luchas sociales europeas. Muy rica fue esa experiencia. Socialistas, anarquistas y sindicalistas puros compartieron aquellos tiempos del sindicato argentino, que se extienden hasta la década del '30. Es decir, movimiento obrero de las épocas heroicas, misionales, de enconada y resistente lucha contra el Estado policial de la oligarquía, de muy heroica lucha, conocedor de cárceles, torturas, vejámenes y también fusilamientos. Su tropa era generalmente inmigrante, como inmigrante era la mayoría dentro de la clase obrera de las ciudades. A esa corriente se debe la fundación de las mecánicas sindicales y el funcionamiento de instituciones económicas obreras: las cooperativas de consumo. Por todo ello representa un capítulo esencial en la historia social del país, en su evolución cultural, en el desenvolvimiento de sus estructuras económicas. Ese movimiento obrero ha sido columna de civilización entre los argentinos cuando las clases dirigentes se negaban a serlo en términos de modernidad. Su capítulo es, precisamente, capítulo de modernización del país. Pero, ese movimiento obrero resultó insuficiente. Tras el

impulso de industrialización que anima a Argentina a partir del momento en que se repone de la crisis del '30, es decir, desde el momento en que las energías del país no caben ya dentro del envejecido marco de represión económica que significaba la colonia liberal que éramos, surge una nueva clase obrera. Viene de los éxodos campesinos y representa al país rehaciendo su mapa social. Es clase obrera nativa, no inmigrante de Europa como la anterior, sino inmigrante desde las zonas económica y culturalmente paralizadas del interior. Y será la tropa principal del fenómeno político que se llamó peronismo y que no hubiera sido posible sin el fenómeno social que esa masa nativa interpretaba. En ella hace pie una poderosa expansión de actividades sindicales, pues inmediatamente se sindicaliza y se expresa a través de las mecánicas del sindicato con elementales criterios pragmáticos. Esa nueva clase obrera, cuya expresión natural y, a la vez, simbólica, es el *cabecita negra*, es decir, el argentino del interior que retiene sangres nativas y piel morena, se hace un lugar en los procesos argentinos con mayor fuerza y representación con que pudo hacerlo, a su hora, la clase obrera originada de la inmigración europea. El peronismo la incorpora a sus cuentas políticas.

Sin apoyarse en la nueva clase obrera que surge en esos años, Perón hubiera sido un muy ocasional aventurero político o caudillo militar de plazos contados. Basándose en ella, Perón y el peronismo vienen ocupando más de veinte años de vida argentina. Al Perón de ahora, como al de hace veinte años, lo explican, entre otras circunstancias, esta: vacíos en la política argentina. Ayer, ocupó un vacío que las fuerzas populares en receso no supieron o se negaron a ocupar; él se hace paso en crisis política, en que los partidos no saben qué hacer. Los partidos habían envejecido y el país marchaba hacia adelante en un evidente desenvolvimiento de industrias que necesitaba verterse en una ineludible evolución social. Perón, caudillo militar nacionalista, sí lo vio. Saber verlo fue la fuente de su prestigio y éxito. Él estaba actualizado; era realidad argentina al día. Los partidos se marginaban de esa realidad y se conducían a través de defensivas apelaciones retóricas a principios democráticos que, en verdad, nunca habían sido enteramente realidad para el pueblo argentino, al cual los gobiernos conservadores, desde el año '30, le habían enseñado cuán enorme era la distancia entre los principios y la realidad. El tono del antiperonismo estaba, principalmente, marcado, entonces, por quienes encubrían en su oposición a Perón la defensa de la versión intocable de la Argentina tradicional, pastora, oligárquica, muy siglo 19, país de minoría europeizada y de mayoría pata al suelo. El tono del peronismo lo marcaba, a su vez, la excitación de las nuevas masas y el funcionamiento implacable de su aparato político-estatal. El desarrollo de las industrias livianas le faci-

litaría el medio y la oportunidad de crear un clima popular de abundancia. No se fundaba a profundidad, pero se vivía un período de prosperidad sustentado por impulsos inflacionarios que elevan salarios y apoyan al consumo. En esas condiciones, Perón propicia completas estructuras para un moderno y masivo movimiento obrero. La Confederación General del Trabajo, que en 1945 no llegaba a contar con 300 000 adherentes, en 1955 enrolará a cerca de 6 millones. Y este es el saldo rigurosamente positivo del peronismo. Perón transformó a la clase obrera argentina en factor —o fuerza— de poder. La "revolución libertadora" procurará destruir los sindicatos y, a la vez, aumentará considerablemente los sueldos y jornales. Pero, para la clase obrera, la "revolución libertadora" no es el gobierno que aumentó los sueldos y jornales a un ritmo que el mismo Perón no había hecho, sino el que intervino militarmente sus organizaciones y persiguió y encarceló a sus dirigentes.

¿Derrota de la oligarquía? Sí; pero, no quiere decir que corresponda computar correspondientes victorias a la Argentina popular. Los triunfos de ésta quedaban radicados dentro de la derrota de aquélla, porque así como Yrigoyen y el radicalismo no lo hicieron. Perón y el peronismo no echan bases decisivas para la reestructuración de la República por sobre el cerco tradicional que no aciertan a levantar. Si en el '16 y en el '45 la oligarquía es perdedora, ello se debía a que su sustentación histórica se ha debilitado al cerrarse los ciclos de prosperidad de su economía. El '16 registraba ya el estancamiento de Argentina como "canasta de pan" del mundo, y por imposición de la guerra europea se sustituían importaciones, revelándose la aptitud industrial en escala hasta entonces neutralizada. En el '45, otra guerra mundial por medio, Argentina ha acelerado el ritmo de sus industrias manufactureras que habían tomado impulso hacia mediados de la década del '30, revelándose esta vez la certidumbre de la complementación industrial sobre el ya definitivamente estancado diseño agropecuario. Pero, el sufragio universal y la clase media no enmiendan aquella vez, la de la primera crisis, las estructuras coloniales de la despensa agraria de Inglaterra, que era la función que la división internacional del trabajo dispusiera para Argentina. Yrigoyen no acierta a profundizar otro camino. Y la justicia social y la nueva clase obrera no enmiendan esta segunda vez, la de la crisis más generalizada y de más impetuosos signos, las estructuras coloniales pendientes como que las nuevas industrias manufactureras no hacían sino someternos en mayor grado al exterior de donde necesitaban recibir, por no explotarse la riqueza de conjunto del país, la materia prima y el combustible. Perón no puso en juego la propia y completa naturaleza apta del país para que éste dejara, definitivamente, de ser tributario. Con lo cual y en la misma

medida que la nación demoraba en integrarse de acuerdo a sus seguras posibilidades, la oligarquía derrotada, una y otra vez, recobraba fuerzas. Vencida históricamente, culturalmente declinante, seguía —y sigue— en vigencia. El país se ha desenvuelto por sobre el diseño colonial que aseguró el predominio de ella;² la sociedad se ha integrado con sectores que no corresponden precisamente a un *status* colonial, sino a nación moderna, como, por ejemplo, el sindicato obrero; pero, ella —y valiéndose para ello de sus aliados y apoyos exteriores—, siguió siendo la monitora de la vida social, reteniendo, emboscada o no, los comandos de la vida política, discerniendo los valores de la vida cultural, dirigiendo, en una palabra, una escena que no le pertenece y confundiendo en ella la representación de los personajes que no han acertado a darse, por sí mismos, la conciencia de su propia representación. La oligarquía es, aún, poder. Y el sobreviviente poder de la oligarquía es el primer problema argentino.

Para explicar cabalmente esto, es necesario considerar a Perón desde esta otra perspectiva. Guerra mundial por medio, se ha hecho paso en la Argentina rioplatense, es decir en esa Argentina que desde Buenos Aires mira más al exterior que hacia adentro, una nueva burguesía industrial. Tiene por base las industrias que reemplazan las importaciones interrumpidas por el conflicto bélico; se ciñe, por lo tanto, al antiguo diseño de país volcado sobre la costa del Río de la Plata y que olvida al inmenso país dormido sobre sus desapro-

² Las redes ferroviarias han funcionado, tal como lo quiso el mercado exterior, confluyendo desde las estancias de la llanura húmeda hacia el puerto de embarque de Buenos Aires, con lo cual quedaba asegurado el transporte regular de granos y carnes de exportación. Era, en definitiva, un sistema de transporte para servir a la exportación. No había ferrocarriles hacia las minas y los yacimientos; dejaba, por el contrario, incomunicadas entre sí a las regiones, sometidas a la soledad, a la falta de actividad económica, al aislamiento político y social. Perón nacionaliza a esos ferrocarriles en nombre de la soberanía y de la independencia económica. En ello emplea los fondos bloqueados en Londres a raíz de nuestras ventas durante los años de la guerra. Pero, ¿qué nacionaliza Perón? Comprar aquellos viejos ferrocarriles de típico diseño colonial no significaba ninguna nacionalización efectiva. La nacionalización debía significar mucho más que la compra de un sistema que pertenecía, en definitiva, a la Argentina pastoril y, por lo tanto, desactualizado, sino la readaptación de esos viejos servicios dentro de una completa red ferroviaria y caminera que llegara a todas las regiones del país para incorporarlas a los nuevos procesos de desenvolvimiento nacional. Con Perón, el Estado pasa a ser propietario de esos ferrocarriles, pero éstos ya no sirven al interés actual del país. Por su parte, Perón no construye caminos, nada hace para unir a las distintas regiones del país. Su Argentina seguía siendo una Argentina activa en el litoral rioplatense y tremendamente desolada en los olvidados interiores. DARDO CÚNEO: *El desencuentro argentino*, 220 pp. Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1964.

vehadas riquezas potenciales. Esta nueva burguesía no entiende que la mejor manera de asegurar su futuro es lanzarse a colonizar ese país; no admite que recién cuando haya modificado aquel antiguo diseño colonial será cuando consiga certidumbre para su propio desenvolvimiento y, a la vez, grandeza para la Nación. Ella sólo advierte la oportunidad de una aventura feliz y se conduce en ella como especuladora superficial.

Sólo cabe ser severo para juzgarla. Es suficiente advertir que no quiso dirigir un proceso de expansión del conjunto de las potencias del país, de acuerdo con criterios de mínima previsión, como sí aplicó su impaciencia en asaltar la oportunidad inmediata que se le ofrecía. Los antiguos industriales, vinculados a industrias de alimentación, no habían impugnado a las viejas y limitadoras estructuras exclusivamente agropecuarias con que el país creció y que ya no eran suficientes. Estos industriales nuevos tampoco lo harán.³ Sólo les interesa producir para cubrir lo que la guerra deja en blanco e incluso acudir a atender algunos mercados exteriores que los combatientes han dejado de atender. ¿Qué ocurrirá cuando finalice la guerra? A cambio de una política de expansión que hacia adentro despierte y aproveche los recursos propios de las distintas regiones del país y que hacia afuera procure diversificar el comercio exterior liberándolo del trato colonial, esta nueva burguesía industrial se conduce con los mismos criterios de rutina colonial que la vieja oligarquía terrateniente. No crea seguro mercado interno. Por eso, ¿qué ocurrirá cuando la guerra termine? Escuchemos esta voz, a fines de 1944: "La República Argentina produce en estos momentos el doble de lo que consume; es decir, la mitad de lo que produce sale al exterior. Yo me pregunto si cuando la guerra termine, será posible seguir colocando nuestros productos en Sud Africa, Canadá, Centro o Sud América... Cuando ya no sea posible exportar, ¿cuál será la situación de nuestra industria, de nuestra producción? Habrá una paralización del cincuenta por ciento y veremos un millón de desocupados que no tendrán en qué trabajar ni con qué vivir. No habrá otro remedio que aumentar el consumo. Y el consumo sólo podrá aumentarse elevando los sueldos y salarios para que cada uno pueda consumir más..." Era la voz de un coronel llamado Juan Perón. ¿A quién venía a representar este coronel? A la nueva burguesía industrial, mala oportunista, que no sabía aprovechar la oportunidad para crear país hacia adentro, para colonizar las regiones creando riqueza activa en ellas, para levantar las posibilidades económicas

³ DARDO CÚNEO, *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, 320 pp. Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1967.

de cada una de esas regiones, de manera que, en el curso del nuevo impulso industrial, pudiera modernizarse el país, sobre la base de completos procesos de producción que, de por sí, aseguraran un seguro mercado interno consumidor. En lugar de ello, se hizo industria de ocasión desde Buenos Aires y el país quedó paralizado como en la época en que la única riqueza eran las vacas. En lugar de ello, el país va a ser lanzado a crear consumo mediante el mecanismo de la inflación. Esta es la filiación de Perón y de esa instancia surge el peronismo. La inflación le da un margen para su política social. Los aumentos de salarios van, efectivamente, creando nuevas sensaciones —y realidades— entre los trabajadores, especialmente entre los trabajadores de los éxodos agrarios, los nuevos proletarios del Gran Buenos Aires, de Rosario y de Córdoba, que eran el símbolo de que el resto del país seguía paralizado. Para poder vivir se corrieron hacia las ciudades. Es ya la nueva clase obrera argentina, base de un nuevo movimiento obrero, que será —repetimos— el saldo positivo del peronismo. Mas, condicionado, limitado, resultaría el proceso social que conducía Perón sobre la base del desarrollo de industrias livianas, pues estas industrias nos hacían, cada vez, más dependientes del combustible importado, de equipos industriales importados, de materias primas importadas. Poco cimiento tenía su nacionalismo. Sin la intensa explotación de nuestros suficientes yacimientos de petróleo; sin llevar electricidad y caminos al campo; sin unir a las regiones entre sí; sin impulsar la industria pesada sobre la base de nuestros minerales, Argentina no dejaba de ser una granja, aunque funcionaran industrias en el Gran Buenos Aires, aunque contara con un poderoso movimiento obrero, intérprete de modernas relaciones sociales.

Perón no trabajó historia grande; jugó todo a la oportunidad del día; fue un buen táctico para aprovechar esa oportunidad para sí; fue un mal estratega para aprovechar la oportunidad y cimentarla en beneficio del país y de su futuro. Pero el que no es buen estratega termina, inevitablemente, por ser mal táctico. Y los resultados del mal estratega y mal táctico están a la vista: perduración de la oligarquía. Los diez años de gobierno de Perón no sacaron al país del estancamiento porque no modificaron las tradicionales estructuras. Al cabo de diez años de gobierno de plenos poderes no ha hecho sino guardarle a la oligarquía las básicas estructuras tradicionales, que son las que le devuelven a la oligarquía el poder político en 1955. Y desde 1955, el plan mayor de la oligarquía será destruir lo que deja de sólido y dinámico aquella exteriorización de la política de masas del peronismo. El objetivo principal de la oligarquía es la destrucción del movimiento sindical obrero.

Aún estamos forzados los argentinos, querramos o no, a pronunciar el nombre de Perón. Durante trece años de exilio no han perdido entera vigencia sus decisiones, con lo cual se configura un hecho inédito en la historia política contemporánea: a favor de la reducción del mapa por los transportes y su velocidad, un político alejado por más de una década de la zona de actuación de sus seguidores, tiene maneras de conducir los pasos de éstos o por lo menos de encuadrarlos dentro de sus criterios tácticos y sus carteles más o menos ideológicos. Pero, claro está, no son aquellas de la fácil comunicación las únicas condiciones a su favor. Al Perón de ahora como al de hace veinte años lo explican estas otras circunstancias: vacíos en la política argentina. Ayer ocupó un vacío que las fuerzas populares no supieron o se negaron a ocupar. Ahora, sigue desempeñándose en constantes líneas de vacío, porque los poderes que retiene la oligarquía terrateniente se han empeñado en evitar una política nacional de síntesis que supere el cuadro social, económico y cultural, del cual Perón es oportuno especulador. El vacío que cava y mantiene ese anacrónico e insuficiente cuadro deficitario es el mejor aliado de la vigencia de Perón. Perón es un sucedáneo de energías que las demoradas estructuras de la república ganadera impidieron desplegar. Sin oligarquía obstinada en negar los cambios de época no hubiera habido Perón ayer, ni se daría Perón durante trece años de exilio. La oligarquía y Perón son piezas diferentes de un mismo juego. Y este juego tiene un solo resultado: el estancamiento del país.

Perón retiene su poder de mito en las masas populares y puede incluso afirmarse que él se ha robustecido por la adhesión de nuevas generaciones. Los muchachos del pueblo no han encontrado otra bandera en torno de la cual enrolarse; el sucedáneo es el mito envejecido, pero único. Incluso, las izquierdas, tan puntualmente demoradas, han adherido a reconsiderar a Perón, pero tal reconsideración, a esta altura, sólo puede tener, precisamente, por referencia al mito. El, por su parte, no necesita hacer mucho: sus enemigos lo han hecho por él. Cuando aún se niegan a aceptar al peronismo como un hecho social están trabajando a favor de la fortificación del mito Perón. Cuando no consienten que el peronismo sea tratado como expresión explosiva de un proceso de expansión sin oportunas previsiones, y, en cambio, se le opone la imagen de la Argentina de la víspera colonial y pastoril, se hace a favor de Perón mucho más que todo aquello que los recursos de astucia y de cualquier índole puedan hacer de su parte. Perón sigue siendo en una relación mayor obra de sus enemigos que de él mismo. Su mito es una realización de ellos más que una realización propia de él, sin que él, desde luego, haya dejado de saber combinar hábilmente lo suyo en los márgenes que aquél le ha ofertado. Y ese mito así facturado, es, a la vez, fábrica

de poder. Pero, poder derivado de un hecho que está emplazado casi por entero en el pasado. Desde allí, viene Perón en procura de vigencia. Y se queda a mitad de camino.

Lo que Perón no tiene a su favor es, precisamente, el sentido propio de estos días argentinos. El país no puede permanecer estancado, mirándose hacia atrás, porque lo reclaman plazos inexcusables. Si las energías y recursos que cuenta no se ordenan en los próximos años inmediatos en un esfuerzo decisivo de actualización, desbaratando para ello las estructuras definitivamente envejecidas, todo se resentirá entre nosotros como para quedar sometidos a una bancarrota crónica, que es como habrán de morir en el mundo del progreso tecnológico las zonas que nada hacen por dejar de ser coloniales. Como nunca, Argentina requiere, en estos mismos días, una política nacional de síntesis que la movilice en su conjunto, es decir, necesita urgentemente de metodología, de modernización. Y el exilado que maneja desde Madrid las fuerzas de su mito, no asocia ninguna postulación actual y objetiva que pueda entenderse como su aporte a soluciones de esa índole. Su inspiración es meramente subjetiva; sólo le interesa reponer su persona, al punto de que habría anticipado, como condición primera para "negociar" con Fuerzas Armadas, la devolución de su grado y el uso del uniforme, lo que significa cerrar, de entrada, toda posibilidad de aproximación hacia la hipotética negociación. A su movimiento lo ha mantenido pendiente de sí, sin computar las condiciones propias de actuación de ese movimiento; y ha preferido dividirlo antes de que fuera condicionada en alguna manera su jefatura de exilado por una instancia de conducción local que analizaría, en relación a las condiciones propias de actuación, sus instrucciones antes de aplicarla. De tal manera, el neoperonismo, que es la variante que se aproxima a una política nacional de síntesis y que tiene su firme base en las mayorías del movimiento sindical obrero, habría de resultar, de su parte, su más enconado enemigo. La variante neoperonista, es decir, un peronismo actualizado, no es su variante. Cualquier otra que deje en sus manos la conducción, será preferida por él. Y a esta altura en que el neoperonismo ha tomado cuerpo como expresión de posibles dinámicas sociales y políticas del país, y que como tal es mucho más actual y real que Perón, pues comparece, desde sus poderosas estructuras sindicales, como factor de transformación con orden; a esta altura, el jefe exilado, que es más mito derivado de ayer que realidad de hoy, acudirá a cualquier expediente para destruir en el peronismo todo aquello que no parte y regrese a su mito. Perón no dejará superar al mito Perón por un peronismo actualizado. De donde Perón, a través de las variantes dispuestas por su afán de retener la ya imposible conducción de exilado, presta su concurso al estancamiento

del país. Las variantes de Perón son, efectivamente, variantes de estancamiento y anarquía.

El saldo positivo del peronismo, la vida sindical, es, en cambio, toda realidad argentina: tiene, en estos momentos, a pesar de la represión posterior al período peronista, un poder que alienta fuerza de decisión social, económica y política. Ese movimiento obrero es mucho más que Perón; representa mucho más que él en la vida argentina; es parte importante del país real; es una etapa de avanzada evolución nacional. Es país popular argentino con sus propias estructuras económicas, sociales y culturales que van desde la defensa del salario, al servicio asistencial propio y a la difusión de nuevos estilos de vida para la clase trabajadora. Es instrumento esencial en el desarrollo de la comunidad. Los sindicatos se basan en hechos concretos de la realidad nacional, mientras Perón sigue impartiendo órdenes de limitados contenidos políticos, que cada vez tienen menos que ver con la realidad en vigencia. Perón aparece, en verdad, como un político más que envejece. Los sindicatos representan una realidad en vigencia; es decir, una realidad relacionada directamente con los problemas de todos los días que debe encarar la vida sindical, que no ha dejado de crecer. Los sindicatos siguen creciendo como factor de poder. Y esta es cuestión de fondo: el conflicto entre un Perón, desde Madrid, sobreviviendo mito y sin grandes respuestas nacionales, y un movimiento sindical actuante, día a día, hora a hora, en la realidad inmediata del país. De esta zona, de la vida sindical, parte la posible negación actual de Perón y la clausura de su período de influencia.

Contra este movimiento obrero que tiende a liberarse de Perón como jefe sin renunciar, claro está, a lo que Perón representa como mito, se orienta la lucha de la oligarquía. Y en esta lucha contra tal enemigo, la oligarquía contará como aliado a un viejo enemigo de ella que no supo serlo suficientemente, pues aplicando esa táctica en la que es hábil reincidente ya está interfiriendo ese conflicto que se libra en el radio del peronismo entre Perón y los dirigentes sindicales disidentes, poniéndose del lado de Perón y sus seguidores; es decir, no le falta agudeza, en coincidencia con la experimentada defensa de sus intereses, para optar en favor del mito sobreviviente y apoyar todo enfrentamiento hacia el movimiento obrero. Para esto, la oligarquía hace de Perón su aliado. La prensa que se inspira en los términos de valoración tradicional, aquella que traduce los criterios oligárquicos, lo ha favorecido con relación a la rebelión sindical. En este acto de una vieja lucha entre el estancamiento y el desarrollo, entre la oligarquía y el pueblo, Perón es una pieza sin ubicación histórica: podrá sumar a la oligarquía a su favor, pero la oligarquía no lo sumará a él sino, muy circunstancialmente, para

valerse de él en su lucha contra el pueblo, contra el desarrollo. Perón menos movimiento obrero y Perón más oligarquía es, definitivamente, un Perón en irrevocable ocaso. Un Perón que comienza a ser resueltamente marginado de la historia argentina de los próximos días.

III

GRAN parte de la vida política argentina de los últimos treinta años se vive, si no dentro del Ejército, sí desde el Ejército. Incluso en los años '30, cuando tras la elección, por intermedio del fraude electoral en mayor escala que se haya dado entre nosotros, del general Justo como Presidente, su Ministro de Guerra disuadía al Ejército en la necesidad de ser prescindente, no estaba haciendo otra cosa que sancionar, mediante esa prescindencia, la vigencia del fraude electoral. Esa no intervención que aparentaba el Ejército era la más decidida forma de intervención para dejar hacer al fraude. Y eso terminó en el '43. Entonces a mediados de año, en junio, se produjo un golpe que, tras su confuso enunciado inicial, marcó evidente tono antioligárquico. Uno de sus lemas fue: "La era del fraude ha terminado." Y, efectivamente, terminó bajo el empuje de una nueva sociedad de masas que procuraba concertarse en esos días y que iba a encontrar su expresión política en el peronismo, victorioso en todos los comicios a que acudió. Y el peronismo fue, en gran parte, una creación del Ejército. Se había abierto con el golpe del '43, tal como parece haberse abierto ahora un nuevo ciclo político. El país no cabía dentro del esquema del fraude electoral, como no cabía ahora dentro de la antinomia peronismo-antiperonismo. El país era, entonces, algo más que el fraude: ahora es algo más que esa antinomia. Para salir, entonces, del fraude, se dio curso a un proceso de masas, enfrentando a la vieja oligarquía terrateniente, alentando a industrias livianas y ampliando el mercado interno de consumo, condiciones cuya respuesta fue la posibilidad de medidas de justicia social. El Ejército acompañó, patrocinó, protegió los pasos del peronismo dentro de esas direcciones. En esas direcciones, precisamente, el peronismo fue el intérprete de un pensamiento económico que había tenido en el Ejército su primer laboratorio de formación. Y el Ejército iba mucho más allá de lo que el peronismo fue: aquél quería una industria pesada por la que éste no se preocupaba demasiado, o casi nada.

Tras diez años, en setiembre de 1955, de la misma manera que el Ejército había sido para el peronismo instrumento decisivo de ascensión, iba a ser instrumento de su derrocamiento. El ciclo Perón

había cesado, entre otras razones, porque no desentendiera en todas sus consecuencias la política económica del Ejército, es decir, industria pesada que acudiera a deshacer el diseño del país colonial. Pero, esta vez, en su nuevo período revolucionario y bajo la presión de Marina que ha asumido, como nunca lo había hecho, iniciativa política, el Ejército hace las veces de vocero de la vieja oligarquía. ¿Qué otra cosa que la restitución de los valores tradicionales era la Revolución Libertadora? Ella fue un paso hacia atrás; se rehacen con ella las formalidades liberales y no se reactualizan sus sentidos. De ahí que el peronismo, a pesar de no contar ya con tiempo histórico, siguiera vigente como activa reminiscencia en el mito que inviste la representación primaria de la Argentina popular. Y es en torno del Ejército que se concerta la antinomia peronismo-antiperonismo. Responsable directo de la creación del peronismo como hecho político entre el '43 y el '46, sería responsable directo de su derrocamiento en el '55. Y desde entonces, desde el '55, el país vivió como apresado por aquella antinomia cuyos términos habían tenido su origen en su propio seno. Esa antinomia que gravaba al país, debía afectar, fundamentalmente, al Ejército desde su planteo específico de la defensa nacional en términos modernos. ¿Es que podían fijarse instancias de unión argentina, condición indispensable de un plan de defensa nacional, mientras persistiera ese duelo que despedazaba a los argentinos? ¿Podía construirse en firme una nación moderna a partir de ese clima potencial de guerra civil? ¿Podía darse paz social, condición igualmente indispensable en plan de defensa nacional, mientras una mayoría electoral, radicada desde luego en las zonas populares de la sociedad, era marginada de los procesos electorales? Aquella antinomia reducía las escalas de las posibilidades argentinas; mutilaba a la nación; recluía las energías del país a un limitado desempeño. Esa antinomia era clave en el juego de perduración de la oligarquía. ¿Serviría a ello el Ejército? Situémonos a fines de 1962. Frondizi ha sido derrocado a principios de ese año por comandos que, en un cuadro de anarquía militar, interpretaban la inspiración oligárquica y se proponían el establecimiento de una pedagógica *dictadura democrática*. A partir de ese momento, el Ejército alienta nueva conciencia y de la cual caben considerar como índice —o proposición— las reflexiones del teniente coronel Mario Horacio Orsolini, intérprete de una nueva generación de oficiales: "se trata —sostiene— de crear definitivamente un Ejército profesional al que no perturben las corrientes partidistas o ideológicas; que no se deje encerrar en la dicotomía anarquizante de peronismo o antiperonismo; que se mueva, en cambio, con criterios nacionales. El Ejército que no acata a la ley, es Ejército político que se mueve por partidismo o ideología; el que la acata es Ejército profesional que, al desvincularse de par-

cialidades partidistas e ideológicas tiende a constituirse en Ejército Nacional, representativo del conjunto de la comunidad, órgano de los objetivos de ésta. Su primer deber consiste, pues, en el acatamiento de la ley de la República, pero ello no importa un replegamiento que decline responsabilidades frente a los procesos de transformación de la vida del país. En esos procesos de transformación, el Ejército ocupará su lugar". ¿Cómo? "Auspiciar la fundación de nuevas experiencias políticas." Pero ello no será obra de un Ejército *golpista*. Todo lo contrario. "Sin el Ejército férreamente afirmado sobre los conceptos de autoridad y de disciplina, y claramente ubicado sobre los carriles del profesionalismo —advierte Orsolini—, no hay ni puede haber solución nacional, ni autoridad nacional, ni política nacional, ni hoy ni en el próximo futuro". Estas reflexiones —que compondrán después un pequeño libro: *La crisis del Ejército*—, circularon en versiones mimeográficas entre los oficiales en vísperas de la acción de septiembre del '62, en que se impusiera la corriente *legalista* sobre la que se proponía instalar la *dictadura democrática*. Puede decirse, pues, que esos razonamientos sirvieron para definir los criterios con que los *legalistas* se lanzaron a esa acción, evidenciando no solamente ser la mayoría, sino los más aptos y mejor formados desde el punto de vista técnico-militar. Esos mismos criterios triunfan en la nueva acción de abril del '63, en que el Ejército, ya cohesionado en torno de ellos, sofoca la rebelión de la Armada que seguía sosteniendo la bandera de la *dictadura democrática*, pretextando que el país no estaba en condiciones electorales. Se trata de criterios que interpretan, según la nomenclatura de su autor, a la "generación del '60", es decir, a los jefes y oficiales de entre cuarenta y cincuenta años. Si seguimos las reflexiones de Orsolini nos avisaremos que el objetivo que los conduce es forjar la Nueva Unión Nacional, superando la antinomia paralizante del peronismo y antiperonismo. Si el Ejército ha de tener una intención política, ella consistirá; en "realizar los mayores esfuerzos de la imaginación y de la persuasión para superar el verdadero drama argentino de los últimos cincuenta años, que es el permanente enfrentamiento entre una minoría que maneja *influencias* y medios de difusión, *pero no tiene votos*, y una mayoría, captada electoralmente por procedimientos demagógicos, cuyo ascenso al poder desemboca siempre en golpes de estado e interrupción de la continuidad constitucional". Vale decir, intención antioligárquica.

Entre el '43 y el '46, el Ejército hace el peronismo. En el '55, lo derroca. En estos días ¿clausurará la etapa, tan directamente protagonizada desde su seno, de peronismo y antiperonismo? Hay una manera para ello, una única manera: liberar las energías del país, de poner en marcha todas sus potencias, de habilitar sus naturales y

reprimidas escalas; dar paso al país real, un país que si en el '43 no cabía en el fraude, y en el '55 le era insuficiente el peronismo frustrado, en estos días no puede confiar su necesidad de futuro en ninguna fórmula del pasado.

IV

A falta de partidos políticos, tan débiles como cierta es la crisis de las estructuras típicamente liberales en torno a las cuales estaban organizados, sin prever aquélla, sin actualizarse; a falta de ellos, más reminiscencias que realidades. dos factores de poder comparecen en la vida argentina: Ejército y sindicatos. Desde hace dos décadas largas, ellos se adueñaron del turno que hasta entonces les pertenecía a los partidos. En la misma medida en ya habían comenzado a actuar, hacia entonces, indisimuladas energías de transformación en los procesos económicos del país, los comandos de los viejos partidos se revelaron incapaces de conducir y orientar el nuevo curso. Aquellas energías de transformación se encargaban de advertir que Argentina estaba, resueltamente, en condiciones de desenvolver propias potencias para dejar de ser la gran estancia de Inglaterra, tal como venía siéndolo desde que su pradera húmeda la hizo "canasta de pan" y "país carnicero". La transformación quiso desatar las posibilidades reprimidas del país. Encauzar y realizar esas energías era la única manera segura de construir una nación moderna y dar definitiva estabilidad a nuestra democracia. Pero, los partidos, viendo sólo lo anecdótico, conduciéndose por esquemas demorados, no expresaron esa posibilidad de recrear el país. Con su ineptitud han reprimido el desenvolvimiento argentino. Correspondían a la Argentina típicamente liberal que está en crisis por lo menos desde 1930. Era esa la Argentina proveedora colonial de lanas, carnes, cereales y granos; gran despensa orgullosa, pero de muy vulnerable estabilidad económica frente a un mundo que se deshace de los módulos del siglo XIX, que termina en la guerra del '14, y para el cual había sido acondicionada esa vieja Argentina colonial. Poseedora de extraordinarias riquezas naturales y de una igual extraordinaria riqueza humana por la índole de su población, merecía otro destino. ¿Por qué Argentina no podía tener un lugar en el siglo XX que no fuera el de una colonia agraria? En esta pregunta comienzan nuestras actuales desazones; en torno de ella se formulan nuestras crisis. Para dejar de ser colonia debía, necesariamente, deshacerse de los criterios, ideologías y estructuras que se desempeñaron para que el país hiciera, hasta entonces, las veces de colonia agraria. Desde el '30, andamos tanteando un nuevo destino sin acertarlo definitiva-

mente. Por sobre fronteras ideológicas que nos dividieron por dentro no siempre con sinceridad, es decir, sin representar a la Argentina real que se empeñaba en asumir vida, nuestras luchas eran, en verdad entre desarrollo y estancamiento aunque se llamaran de otra manera con nomenclaturas políticas que seguían correspondiendo, fraudulentamente, al anacrónico mapa liberal. Desde entonces, las posibilidades —y las necesidades— del país vienen sobrepasando la capacidad de previsión de sus políticos. Se ha venido dando que el país es más, mucho más de lo que ellos suponían, mucho más de lo que ellos representaban con su mira corta y baja, con sus mecánicas reductoras. La política militante estaba, así, en déficit con el país; en lugar de interpretar, disimuló sus posibilidades —y necesidades— de expansión. El déficit del país, a su vez, comienza en la deficitaria capacidad de actualización de sus políticos. Cuando el país ha logrado marchar no lo ha sido con ellos ni por ellos, sino desconociéndolos, desentendiéndose de ellos. Y puede afirmarse que si los pasos logrados hacia adelante no son siempre al impulso de los factores de poder, los partidos sí representaron cabalmente los pasos hacia atrás. Sin que aquellos hayan comparecido siempre como intérpretes cabales del desarrollo, los partidos sí quedaron, definitivamente, vinculados al estancamiento, empeñados en demorarse, disociándose de los objetivos nacionales al día, reclusándose, por propia determinación, dentro del ciclo cancelado. Remitámonos a uno de los pocos ejemplos de reacción de su parte para valorar su vocación de derrota: división y subdivisión en cincuenta y siete partidos, que fueron los que participaron en la última elección, en 1964. El sistema electoral adoptado —y que a ellos les complacía— tendía a tal disolución de la voluntad popular: la representación proporcional facilitaba los entendimientos ocasionales entre minorías. En un sistema de esa índole, se desperdician, desorientan y consumen las energías políticas. El fundador del Partido Socialista, Juan B. Justo, la figura política más aguda y completa de las primeras décadas de este siglo, solía recordar que en los países en donde la historia no se da descanso y marcha con pasos seguros, la política se expresa a través de dos partidos, como en Estados Unidos e Inglaterra; en cambio, donde se vive en permanente crisis, suscitada por las combinaciones y el desorden, los partidos se multiplican, aparecen y desaparecen, debilitando a la voluntad nacional, desfigurando los procesos y desorientando los objetivos de la comunidad.⁴ La representación proporcional

⁴ En *La Vanguardia*, 23 de abril de 1925, Juan B. Justo define el criterio socialista, adhiriendo al "sistema de lista incompleta, que con tanto éxito se aplica desde 1912 entre nosotros"; recordando que en la provincia de Buenos Aires "por iniciativa socialista se ha debilitado la proporcionali-

es, precisamente, vehículo de esta debilidad, de este desorden, de esta desorientación. El sistema de los dos partidos constituye un camino más certero. Dos partidos que suelen turnarse en el poder están, en una u otra forma, identificados en un sentimiento de responsabilidad nacional que da el ejercicio del gobierno. Numerosos partidos que sólo se constituyen para librar batallas electorales en pos de bancas parlamentarias, suelen estar movidos por exclusivos criterios de agitación y no de gobierno, es decir, de irresponsabilidad con relación a objetivos nacionales. Este sistema no ha hecho sino evidenciar los grandes vacíos políticos cavados desde hace demasiado tiempo en el país. Pero indica algo más: forma perfecta de disolución de la voluntad electoral que resta instrumentos de poder a las mayorías y los retiene en manos de la oligarquía. Lo que debilita a las mayorías populares, beneficia, directamente, a ésta: consolida su cuestionado, pero, en cambio, vigente poder de perduración.

En el capítulo de la desactualización de la política militante, cabe el párrafo sobre la disolución de la izquierda. Presenta estos rasgos: fraccionamiento de sus partidos tradicionales y multiplicación de pequeños grupos derivados de aquéllos o de origen independiente y reciente. Procuremos rastrear este trasiego. Siempre se encontrarán a las sucesivas tandas excluidas del partido comunista, moviéndose en sus nuevas escalas con una pronunciada nostalgia hacia los días en que pertenecieron a aquél, conduciéndose como poseedores de un complejo de culpa que difícilmente consiguen borrar y lo que resulta, acaso, más evidente, sin desacostumbrarse de los módulos que allí aprendieron; y, también, desde luego, sin declinar de la fe importada desde Moscú a no ser por la fe importada desde Pekín, formas invariables de servidumbre ideológica. Son, en definitiva, aque-

dad, despreciando totalmente los votos de los partidos que no lleguen al cuociente"; y analizando recientes experiencias de proporcionalidad en Francia y Alemania. "¿Cuáles son los resultados?", se pregunta. Multiplicación de partidos. "Consecuencias la anarquía y el caos de la opinión parlamentaria". Párrafos más adelante: "Más difícil aun es que esos grupos se entiendan para fines de política creadora." "Con la representación proporcional son, en cambio, más fáciles las mayorías accidentales, heterogéneas y destructivas". En las comunas bonaerenses se ha visto que "la representación exacta de las minorías anula en esos municipios el sufragio de todos". Se vuelve a preguntar: "¿Cuál será la consecuencia de un desorden político semejante en el orden nacional?" Y se responde: "¿La guerra civil? ¿La intervención extranjera?" Y propone: "Hay que asegurar la acción de la mayoría constructiva, sea ésta homogénea o formada por partidos diversos. Hay que impedir o refrenar las mayorías accidentales puramente destructivas." Y: "Ensanchemos y ahondemos nuestro concepto de la necesaria solidaridad relativa de los partidos dentro de cada unidad política."

llos que creen que la frustración del comunismo en el país responde a una dirección anquilosada; no a otra cosa; con lo cual no rehacen ninguna posición esencial; no hacen pie en el país. Entre el país y ellos está la fórmula adaptada, no la política elaborada aquí. No son país. El viejo partido socialista que fuera uno de los capítulos principales de civilización en el país y cuya vida cubrió más de largo medio siglo, con lo que ostentaba el grado de ser la más antigua organización política del socialismo en América Latina, se ha deshecho, al despertar de un agudo antiperonismo que nada lo distinguía del antiperonismo de la oligarquía, en varios débiles ramales que se estacionaron en definitivo punto muerto. El sector que se quedara con las muy empequeñecidas estructuras básicas, persiste en reproducirse en riguroso antiperonismo, negándose, incluso, a examinar al peronismo como hecho social argentino, juzgándolo únicamente por sus formalidades más caóticas, manera de deshabitarse a sí mismo de sentido y manera también de aislarse del conjunto de la realidad del país, al punto de ser el demorado expositor de los puntos de vista antiperonistas de la oligarquía cuando sectores avisados y modernizados de ésta ya los abandonan. Es este socialismo una de las últimas manifestaciones del *gorilismo*, propugnador extremoso, como lo fue, del fusilamiento de peronistas y campeón de la tesis —o trampa— que quisiera imponer la proscripción electoral a aquéllos. No hay futuro de ninguna índole para él. El otro sector que compartió la división del viejo tronco no logró retener, a su vez, la unión entre sus viejos y sus más jóvenes. Unos y otros hicieron, unidos, fidelismo electoral que les redituó tal éxito como para lograr una senaduría en la capital federal —en el '61—, pero una vez logrado ese objetivo los viejos serenaron aquel fidelismo inicial y los jóvenes lo tomaron a su exclusiva cuenta, y ya entre ellos la graduación de cargas ideológicas, derivadas de la experiencia cubana, hizo tres, cuatro y cinco variantes, con sus correspondientes divisiones, algunas de las cuales se identificaban plenamente con el peronismo y otras se fundían con el comunismo avvicinándose en sus inmediatas zonas de influencia. Se dio, entre esos grupos, paradoja tan cruel para sus protagonistas como que, no habiendo sabido advertir qué era en el peronismo, en sus momentos de ascenso, aquello que merecía consideración, o por lo menos examen, se han convertido, ahora en incondicionales agitadores en favor del retorno de Perón. Y esta paradoja sirve para dar los destiempos de lo que a sí misma se llama izquierda. Toda ella fue antiperonista, rigurosamente antiperonista en términos tan cerrados e irreflexivos como lo era el interesado antiperonismo de la oligarquía en los períodos en que el peronismo representaba, con sus excitaciones caóticas y sus realizaciones inor-

gánicas, una proposición nacionalista de reforma económica y de expansión del sindicato obrero. Entonces, esa izquierda, tan comprometida —e indiferenciada— con tal posición, no sabe apartar, en un necesario análisis, aquello que el peronismo tenía de mentira y aquello otro que desarrollaba como verdad. Todo fue uno solo para ella; todo fue mentira. Hasta hace muy poco tiempo. Y desde hace muy poco tiempo, el peronismo es para ella toda verdad y nada mentira. ¿Cuándo ocurre esto? Cuando el peronismo no representa un movimiento en ascenso, sino reminiscencia de lo que fue. Por lo tanto, izquierda a destiempo ayer y a destiempo hoy; desactualizada entonces y desactualizada ahora. Entonces no se atrevió a la aventura de incorporarle sus sentidos a un movimiento de masas en ascenso; ahora corre detrás de un mito envejecido. La presente desactualización llega al extremo de que cuando la verdad del peronismo —es decir, el movimiento sindical por él desenvuelto— se alza contra la mentira del peronismo —contra Perón—, y desde allí se abre la perspectiva de una nueva experiencia política nacional, esta izquierda se manifiesta en contra de la rebelión del movimiento sindical y a favor de Perón. Sigue plegada al anteayer, disolviéndose en su constante destiempo. La constituyen numerosos grupos de mínimos integrantes. El inventario de ellos sería imposible por la concurrencia de persistentes divisiones que multiplican sus rótulos e hibridizan al extremo el cuadro ideológico que procuran presentar: restos de las sucesivas divisiones del socialismo; restos del comunismo a través de las sistemáticas sangrías que allí se aplican; restos de disidentes, del '58, del frondizismo; persistentes variaciones trotskistas. Se los ve, ahora, procurando hacer las veces de la izquierda del peronismo, permaneciendo fácilmente adheridas a las fórmulas del marxismo para mediados del siglo 19 y apelando a la protección ocasional de esquemas cubanos, chinos, italianos, en hábito típicamente colonial. Mal pueden tener propio tiempo; mal pueden adueñarse de la actualidad cuando son apenas coloniales —desfiguradas— réplicas ideológicas que no corresponden a la realidad nacional. En la crisis argentina pertenecen al acto de disolución. Desde esa izquierda no hay camino hacia adelante.

¿Qué de extraño, pues, que un sindicato tenga más vida interior, más representación económica, más función social e incluso mayores cargas de significados políticos que un viejo partido que se negara a ponerse al día, a modernizarse y mucho más aún que esa fragmentada e ineficiente izquierda? El carácter de factor de poder del movimiento obrero pone certidumbre en la vida argentina de estos días. No puede concebirse país en desarrollo, de adecuados rendimientos en la producción y de una segura preparación de los esfuerzos económicos y culturales que consoliden su soberanía y sean ga-

rantía de constante modernización, sin una organización obrera confederal y única. Y ella existe y funciona por virtud de energías propias y de una Ley de Asociaciones Profesionales que concitó —y concita— las mayores resistencias de la oligarquía y sus aliados. Se la aprobó en 1958. Entonces comenzaron resistencias de toda índole que debieron ser neutralizadas por el presidente Frondizi. De ellas tengo, personalmente, una precisa noción; las ví llegar hasta el despacho del Presidente conducidas por distintos voceros; uno de ellos, era el propio Vicepresidente quien repetía los pretextos de oligárquico: darle funcionamiento propio a los sindicatos era entregarlos a la mayoría obrera peronista. El Vicepresidente fue sorprendido luego, en trámite de conspiración de corte liberal contra el Presidente y debió renunciar; poco tiempo después era candidato a gobernador en la provincia de Santa Fe, sostenido por el aparato del Partido Comunista. Otros voceros fueron los ministros de las fuerzas armadas, amigos del Presidente, quienes le expusieron su alarma en el mismo sentido que lo hacía el Vicepresidente. La ley salió. Salió contra resistencias en el propio partido de Frondizi, de la izquierda entonces antiperonista y contra resistencias en fuerzas armadas. Y la clase obrera argentina contó, desde ese momento, con el instrumento legal correspondiente a su organización sindical. Con esa ley quedaba, definitivamente, constituida la central obrera única, el poder sindical. Era un instrumento de orden —y de transformación— en el país; de orden económico y de creación cultural. La organización obrera a través de una gran central de estructura confederal y funcionamiento democrático responde, por igual, a las condiciones objetivas del desenvolvimiento técnico-económico y a las condiciones propias del desenvolvimiento de la vida sindical. La creciente aplicación de innovaciones y recursos provistos por el progreso técnico, como asimismo los correlativos factores de concentración financiera, nucleamientos urbanos, facilidad en las comunicaciones y mecanización del campo, determinan un criterio de orden y unificación de los esfuerzos económicos y en la organización del trabajo en relación inmediata al desarrollo —y soberanía— nacional. A un proceso productivo de irregulares e insuficientes niveles técnicos y reminiscencias artesanales —correspondiente a típicos estados coloniales—, ha correspondido un movimiento obrero que, partiendo de la asociación de resistencia, se agrupaba exclusivamente, o casi exclusivamente, sobre bases ideológicas, como sindicatos de oficio, o incluso de una rama de cada oficio. La inicial preeminencia de corrientes anarquistas, o de índole afín, con su oposición a todo trato con el Estado, impedía, desde el sector obrero, cualquier forma posible o mínima de pacto social, mientras del lado del Estado oligárquico se lo rehuía también. Para el movimiento obrero, en su período heroico, ello

significaba la incorporación de abundantes factores ideológicos que lo fueron de excesiva disociación. Pero, en la medida en que la evolución económica eleva el nivel del trabajo, califica y concentra mano de obra, reflejándose, claro está, esos nuevos niveles sobre las condiciones sociales, desaparece el sindicato de oficio para ser reemplazado por el sindicato de empresa que, luego, se integra en el sindicato de industria. Al actuar sobre panoramas completos —o en trance de completarse— de civilización industrial, se ha transformado, ya, en un moderno centro comunitario que, como tal, en la discusión de los convenios colectivos refleja o asume conciencia del conjunto del proceso productivo y económico; tiende a desempeñarse como parte integrante de la moderna empresa productiva; reemplaza los elementos puramente ideológicos o sus aspectos disociadores y también los políticos partidistas por criterios económicos y sociales, como consecuencia de la consideración diaria de problemas concretos; y a través de sus propios institutos de adiestramiento técnico y de investigación, como de sus servicios asistenciales, se vierten sobre los aspectos sociales y culturales del conjunto de la comunidad. A esta altura, evidentemente, la tendencia natural de la organización obrera ha sido la de constituir poderosas federaciones por industria, confederadas entre sí en torno de una gran central, que representa un decisivo centro de poder aliado al proceso productivo y al desarrollo de la comunidad. Sin su alianza no hay orden en aquél, no hay justicia social en éste. En contraposición a los riesgos que significa, para el conjunto de la comunidad, un movimiento obrero desunido, sin fuerza societaria para cumplir aquellos servicios económicos, sociales y culturales ya anotados, debilitado o anarquizado por ideologías o políticas exclusivamente fraccionales, y cuyas partes formulen, cada una por su cuenta, demandas demagógicas, en carrera entre ellas, al considerarse los convenios, en los cuales, por el otro lado, la parte empresaria debería tratar con más de una parte obrera; en contraposición con ello, es decir, con el desorden como aliado del estancamiento, la central obrera única habilita en el movimiento obrero —y se traduce directamente sobre la comunidad—, cohesión societaria en torno de problemas concretos, formula demandas elaboradas por sus propios organismos de expertos especializados, acude a las discusiones con sentido de responsabilidad técnica, y tales ejercicios y criterios de madurez se trasladan, incluso, en la consideración de medidas de fuerza, haciendo que, cuando las adopta, se cumplan eficaz y ordenadamente. A favor del desenvolvimiento técnico-económico, el Estado democrático moderno tiende a contar en el movimiento obrero, a través de su central única, un poderoso instrumento de colaboración y cogestión en las po-

líticas nacionales y muy especialmente en la defensa nacional. Los Estados Mayores deben apreciar, sobre todo a la luz de las experiencias de las organizaciones sindicales inglesa y estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial, a la central única como factor extremadamente importante en la preparación de la defensa y en la movilización de los recursos humanos y económicos del país, pues a su cuenta deben computarse estas aptitudes: promueve conciencia de unidad nacional en los sectores populares; dispone orden y disciplina en los esfuerzos económicos de la retaguardia y provee de material humano idóneo para la defensa por la preparación técnica que imparte o estimula y por los ejercicios de disciplina social que constantemente alienta. Quedan, pues, aquí, anotados algunos de los significados de la presencia de un movimiento obrero unificado por estatuto legal que le reconoce su personalidad y le obliga a un desempeño interior de mecánicas democráticas. Son significados —y funciones— que se dan, a estas horas, en el movimiento obrero argentino. Lo hemos visto funcionar, durante el gobierno de Illia, ocupando la escena como ordenado y decidido factor de poder: su Plan de Lucha comprendió operaciones de ocupación de establecimientos industriales, en que, de hecho, era violado el principio de la propiedad privada, pero, también en los hechos, fue respetado por cuanto los ocupantes, procediendo con disciplina extrema, no deterioraron absolutamente nada: ocupaban la fábrica a tal hora de tal día, y al cumplirse el plazo previsto la desocupaban. Era una manera bien ordenada de funcionamiento del *poder sindical*. Tales ocupaciones —esto debe remarcarse— no se hacían a nombre de Perón, ni denunciaban finalidad política; era una operación típicamente sindical. Durante esas jornadas, el gobierno esperó —y alentó la oligarquía— que actuara el Ejército en plan de represión. Los sectores interesados en que eso ocurriera, hicieron, de su parte, todo lo posible para que no dejara de ocurrir. Pero, el Ejército no evidenció ninguna excitación, ni alarma. No era cuestión suya. Quienes esperaron el enfrentamiento de clase obrera y fuerzas armadas, de sindicatos y Ejército, quedaron defraudados. Los sindicatos no dieron un solo paso atrás en sus planes. El Ejército no dio uno solo al margen del suyo. En éste no figuraba la represión del movimiento obrero. Los sindicatos, por su parte, se encargaron de no dar motivo alguno al enfrentamiento con el Ejército; cuidaron en evitarlo.

De ese movimiento obrero —posperonista— surge la posibilidad —o los índices— de una nueva experiencia política nacional. O, por lo menos, no se dará esta experiencia al margen de él; nunca enfrentándolo.

V

LA sobrevivencia del poder de la oligarquía depende del éxito de su estrategia de disociación, de enfrentamientos. El gobierno de Illia representó la tentativa de enfrentar formalmente al peronismo —clase obrera— con el radicalismo —clase media—, es decir, sobrevivencia de la antinomia peronismo-antiperonismo como manera de retener el curso del país y confinarlo a ese pleito sin solución. Esa tentativa descontaba el hecho fundamental que vertebra ya la realidad argentina: clase obrera organizada —posperonista— y clase media —posradical— tienen de común un mismo enemigo: la oligarquía, es decir, el estancamiento. ¿Por qué habrían de dejarse enfrentar —y confinar— por su común enemigo?

Trabajan, esta vez, para la derrota de la oligarquía algunas variantes que se han venido dando en la clase media. Esta de estos días no es la del '16, ni la del '45, aunque no sea posible suponerla del todo diferente: retiene los caracteres generales de vacilación, propios de su escalonamiento social; pero la riqueza de contrastes con que se condujo el conjunto de la vida nacional en los últimos años ha actuado sobre sectores de ella como para reconfigurarlos, agregándole nuevos aspectos posiblemente dinámicos y habilitándole perspectivas que hubieran permanecido inéditas para el tono de conformidad y dependencia que la inspiró en las crisis del '16 y del '45. La nueva circunstancia, acaso decisiva, y que debe computarse como esencial para definir su composición, es la siguiente: ha dejado de ser —y en esto se da el cambio que suscita su reubicación temperamental— la hija directa de la inmigración europea para ser su alejada nieta, y por lo tanto se encuentra situada bastante más cerca del país que sus abuelos prósperos o frustrados. La soberbia de los primeros y el desasosiego de estos otros había determinado que el país no entrara decididamente en las venas de sus hijos, la primera generación argentina a partir de la inmigración, es decir, clase media que se constituye sobre el desarraigo o el arraigo incompleto. De ahí que fue clase de factura emocional cosmopolita y de energías hurtadas a la consolidación nacional; fue el aliado con que contó la oligarquía dentro de la sociedad popular; fue factor de estancamiento.

Simultáneamente con el reemplazo de esa generación primera de hijos de inmigrante por la generación segunda que compone clase media en nuestros días, se incorpora a ésta el hijo del obrero nativo que logra, después del '30 —fecha que coincide con la de interrupción de la inmigración europea—, alguna movilidad social a partir de los éxodos y el salario industrial. Se trata, pues, de clase media que procede de dos vertientes diferentes y en el encuentro de estas

se concerta una síntesis bien representativa del conjunto del país. Es, digamos, clase media suficientemente argentina. Sus líneas de conducta no tendrán por qué reproducir las de la clase media de los períodos anteriores. Podríamos suponer que le ha nacido a la sociedad popular un nuevo protagonista que no retenga las mismas cargas de desinterés o de inhibición que obraron en la primera generación de hijos de inmigrantes, por un lado, y, por el otro, se sepa un poco más asociada a las instancias nacionales que la generación nativa de los éxodos agrarios. Se da, por su origen, la posibilidad de expresar al país en representación afín a su proceso nacional. Ya en camino, se sabe sostenida por la institución sindical; no resiste a la sindicalización como la anterior clase media lo ha hecho: teniendo por modelo a la sociedad oligárquica, aquélla se alejaba de todo lo que le acercara a hábitos y organizaciones que tenían el sello de la clase obrera; de esa manera, el sindicato fue típicamente obrero; ahora no lo es; su aceptación por la nueva clase media representa uno de los hechos que distinguen a la vida argentina de los últimos años, le agrega dinámica y consolida a la sociedad popular. Esa aceptación es una necesidad: mal podría vivir la clase media en el nivel que lo hace si no recibiera del sindicato, como respuesta inmediata de su aceptación por ella, tal número de servicios sociales que cubren la vida del asociado y su familia desde la cuna a la tumba, a través de asistencia médica, facilidades para el recreo y vacaciones, seguros especiales, etc. El sindicato constituye un Estado protector que la provee de una visión de colectivización, de socialización, ante la cual no puede sentirse incómoda por ser usufructuaria; se proletariza en hábitos societarios para mantener su nivel económico de clase media, única manera, repetimos, de mantenerlos. Por otra parte, esta vasta función sindical de asistencia completa actúa sobre la clase obrera apresurando su trasiego desde vida socialmente bloqueada a vida familiar y social que puede registrar en los niveles de la clase media, aumentando el radio de consumo y expectativas, con lo que el sindicato hace de estímulo de movilidad social en favor del crecimiento y bienestar de la clase media.

Tal clase media que tiene menos motivos para recelar de la clase obrera, porque participa de sus estructuras sindicales, y cada vez se hacen menos visibles las fronteras entre una y otra, tiende a rebasar el cuadro de relaciones sociales-culturales de la sociedad oligárquica proyectado sobre el conjunto de la sociedad. Ha sido este un cuadro de imposición de sus valores ante la ineptitud de la clase media para oponerle valores propios de moderna sociedad popular; de tal manera que las tendencias culturales y sus héroes nacían allá y desde allá se imponían con regocijada aceptación por parte de la clase media, suscriptora de los modelos ajenos. Esto es lo que tiende

a variar. No quiere decir que esta clase que nos ocupa haya incorporado sus propios valores para independizar su conducta. Posiblemente, no los incorpore por propio esfuerzo. Acaso, acepte otros que si no son de propia elaboración no correspondan ya a los de su servidumbre de ayer a la sociedad oligárquica. Ha aceptado ya al sindicato.

VI

¿SE despedirá definitivamente, en estos días la Argentina liberal? Téngase, nuevamente, presente para ubicar esta despedida que el liberalismo está directamente enlazado en Argentina al ciclo agropecuario, es decir, un ciclo colonial que hizo de nuestro país la despena inglesa. Las energías nacionales habían recorrido, a pesar de las imprevistas de ese ciclo, sus propios caminos de expansión, como para ambicionar algo más que formas liberales para sus marchas. Es lo que los argentinos, con conciencia de su ubicación y del destino nacional, vienen pidiendo desde hace treinta años, por lo menos. ¿Quedarán abolidas las estructuras liberales de represión económica y sostenimiento de las mayorías? Se abre la perspectiva de que terminen; de que comiencen, definitivamente, a ser canceladas por la actuación de modernos factores de poder. No será, sin duda, un trámite simple; no se inicia un camino despejado de contradicciones; por el contrario, todas las contradicciones que ascienden a la superficie en los períodos de cambio se dejarán ver en estos días. Si eso ocurre será porque, efectivamente, hemos iniciado el período del cambio. Y el cambio es el camino inexorable que debe afrontar Argentina para resolver, con signo positivo, la lucha entre desarrollo y estancamiento. Estamos a mitad de camino. Y en esto, acaso, los actuales días tengan bastante afinidad con los que se vivió entre los años 1943 y 1945, en que, también, el país se sinceraba, dejando atrás el fraude electoral que desde el '30 había neutralizado su expansión en equivalente forma a que luego lo haría la antinomia peronismo-antiperonismo. Como entonces, el país está en búsqueda de nuevos capítulos, dispuesto a nuevas experiencias, anheloso de nuevos estilos de realización. Como entonces, se atemorizan los conformistas y se confunden los desprevenidos, y errarán —este es el riesgo de las crisis— los que le procuren modelos de solución en otras partes. Hábito de inhibición colonial es seguir buscando pautas para nuestro desempeño fuera de nosotros, como si nuestras energías debieran calzar necesariamente en una forzada reproducción de modelos ajenos, que fueron producidos por circunstancias que, a las claras, no son las nuestras. Esta rica realidad argentina se negará a

adaptarse a lo que se hizo lejos de ella; es demasiado rica para no darse propia pauta que siempre será menos contradictoria que la importada; estará cargada de propias contradicciones que es manera de liberación y creación. Precisamente, lo que necesita Argentina es desatar del todo sus energías reprimidas aún por los esquemas tradicionales; poner definitivamente en curso sus potencias hasta aquí muy parcialmente conjugadas por una economía que ciñó los beneficios en torno del puerto bonaerense y confinó casi a total estancamiento al resto del país, con lo que condicionaba al factor externo su propio desempeño. Precisamente, lo otro es lo que hay que hacer: dar paso al país, desbloquearlo, liberarlo, recrearlo; vale decir, experiencia de apertura. Y en ella el tesón y el arrojo, la aptitud y la imaginación no habrán de replegarse a observar los pliegues de modelos adoptados porque tal experiencia no consentirá, en cuanto se la quiera legítima, adaptarse a prefiguradas, como, sí, tenderá a crear las propias por obra de sus energías acumuladas por la represión, de donde la actuación de éstas, desde tal depósito impulsadas, tengan, acaso, mucho de estallido y no disimulen, por lo tanto, que su orden de realización sea el de las contradicciones. La previsión frente a ellas podrá ampliar sus propios criterios para orientarlas sin ceñirlas, para armonizar sus sentidos sin limitarlos. ¿Qué modelo le vendría bien si no el que a sí mismo se creen las desatadas fuerzas para cada uno de sus momentos? A tal orden dinámico, en reemplazo del desorden de la represión, deberemos confiar nuestra decisión revolucionaria, nuestro voto de revolución a profundidad.

De que la instancia que, ahora, está abierta para los argentinos haga camino más hondo que el '16 y que el '45 y no se frustre como aquella vez con Yrigoyen y esta otra vez con Perón, dependerá de que los factores participantes en sus decisiones sinceren al país al punto de sancionar que los poderes de la oligarquía no pueden contar ya como caudal inhibitorio; que la historia nacional, para ser precisamente nacional por entero, ha dado vuelta la página en que esos poderes se empeñaban en fijar su inercia, oscureciendo el presente que no llegaba a ser sino un derivado condicional del pasado, es decir, estancamiento. Recordemos: frente a circunstancias como la actual ha solido proceder la oligarquía por el método de la espera y el copamiento. Lo hizo así el '16 y lo volvió a hacer el '45. Suponía, en tonces, que tenía tiempo a su favor, pues el carácter de sus crisis le confería aún actos de postergación y de acuerdo con ese recurso movió sus resistencias. En el '16, impidió desde el poder económico, que no había vacilado en sus manos, que la nueva clase media se constituyera en burguesía nacional, objetivo que logró contando para ello con la índole de esa clase media, hija de la inmigración, que no atinó en crear su propio radio cultural y se plegó, tributaria, al mapa

diseñado por la oligarquía como un suburbio que sólo quería copiarle los modales al barrio residencial y para lo cual se obstinaba en disimular, de su parte, las distancias sociales entre uno y otro. Ahí, en ese acto, nace el *tilingo*. Un *tilingo* es un descaracterizado que lleva hasta el ridículo la debilidad de su conciencia social y la ninguna lealtad hacia el sector popular a que pertenece. Dispuesta para *atilingarse*, la oligarquía la ayudó al *atilingamiento*, con lo que se facilitó el trámite de humillarla. El ejercicio del sufragio universal no fortificó, en modo alguno, a la clase media como para que luego de 15 años de habituada a él, se lo arrebataran durante más de 10 sin saber rescatarle. El ciclo del fraude termina el '45 y que así termine se debe a la presencia de la nueva clase obrera. Había comenzado, entonces, otro capítulo de desplegadas posibilidades argentinas, de la Argentina popular. La oligarquía acusó, exactamente, los riesgos contra ella y al concertar su defensa hace de los vacíos de conciencia social de la clase media, de su vacancia política, de su deserción cultural, el foso tendido alrededor de sus privilegios cuestionados para contener, desde él, el ascenso de la nueva clase obrera. Y así enfrentadas clase media y clase obrera, guerrilleando entre sí, prolongase la vigencia política de la oligarquía. Ese fue el período peronista, durante el cual su jefe no se avisó correctamente del papel que le estaban haciendo jugar. La oligarquía dispuso de tiempo para esperarlo a Perón y encontrar al cabo de una década a un debilitado Perón que había puesto en marcha a la clase obrera, que la sindicalizó, pero no había puesto en marcha al conjunto del país nuevo, a los recursos naturales del territorio nacional como para que la marcha de aquélla no pudiera ser contenida. Después de él, la oligarquía reinstala el país viejo por que no habían sido suficientemente removidos sus cimientos.

Hacer historia grande debe ser programa de los argentinos. Para que no sobreviva la oligarquía. Para que viva —en todas sus dimensiones potenciales— la Nación y popular, soberana y justa.

Dimensión Imaginaria

TRES ROMANCES

Por *Max AUB*

I

DIME por qué huyes de mí
con amor aún en la boca,
¡ay Casandra, junco, fábula,
verso sin posible glosa!
¡Duro, palpable, frenético
real olor, corpóreo aroma!
¿A dónde vas tú sin mí,
jazmín, lila, clavel, rosa,
a dejarte en las esquinas
tu alma, cuerpo, hoja tras hoja?
¿No clama tu pecho, el mío,
necesidad, sangre sola,
corazón a corazón,
sin más pozo que tu boca,
sin más agua que tu lengua,
sin más pan que tus palomas,
suave ligazón extrema?
Dime tú, tú siempre moza,
¿que virginidad, la tuya,
que cada mañana forma?
Tu carne como la tierra
caliente cuanto más honda,
¿qué cristal, qué oscuro pez,
qué mármol semeja ahora?
¿Qué vientos te traen y llevan
sin más barco que tu moda
por oscuro mar dormido
sin el norte de una boya?
¡Oh piedra desconocida!,
lo que quieras de mí toma,
pero, ¿por qué huyes de mí
con amor aún en la boca?

II

¿Te acuerdas de tus palabras,
ya el cielo oscuro de lilas?
"¡Qué vacía yo mañana!"
"¡Qué lleno yo de ti, niña!"
"¿Marchas sin remedio, amor?"
"No hay remedio que me sirva
para salvar las distancias.
Leguas son leguas, mi vida,
remedio que no remedia,
que la tierra que se pisa
sabe al sol del alma propia."
"Ve que yo quedo vendida
a negros y horribles vientos
que acechan en las esquinas."
"Yo no sé inventar consuelos
que para mí inventaría,
deja que el mundo dé vueltas,
no te salgas de ti misma."
"¿Cómo no salir de mí
si dentro estás sin salida?
Si te vas con noche oscura,
mañana estaré vacía,
ya no hallaré yo el camino
que me conduce a mí misma
por tus labios y mi boca."
El cielo, negra guarida.
¡Ay, las cosas sin remedio
qué malas de contar, niña!

III

¿Qué apuntala mi tristeza,
ciudad mía abandonada,
qué ambiente, qué lejanía
oculta bajo su capa?
Ahí quedas barro, piedra
negra, sangre cimentada,
durísimos armazones,
hierro desnudo de mi alma.
Que cuando, muerto horizonte,
con rigidez estés, alta

en mi pecho oscuro muerta,
y tras de ti mis manos vayan,
clamor de rieles y luces,
ciudad mía abandonada,
con la noche, solo noche,
vendrás sola, ya sin tu alma.

LA POESIA DE JOSE GOROSTIZA

Por Raúl LEIVA

I

José Gorostiza nació en Villahermosa, Tabasco, en 1901. A pesar de la brevedad de su obra —únicamente dos libros—, es uno de los líricos importantes de las letras contemporáneas de México. Después de publicar *Canciones para cantar en las barcas* (1925), pasó largos años sin editar obra alguna. Fue hasta 1939 cuando la editorial Cvltvra publicó su obra *Muerte sin fin*. Este canto es una singular aportación latinoamericana, en lo que va del siglo, a la poesía de lengua española.

La segunda edición de *Muerte sin fin* se hizo en las prensas de la Imprenta Universitaria, en México, trece años después de la primera, en 1952. Esta obra de José Gorostiza es un solo poema, compuesto de diez cantos, algunos de los cuales se subdividen en otros (el tercero tiene dos partes; el octavo, dos; el noveno, el más extenso de todos, siete).

Procederemos a explorar este poema singular. Colmado de teluricidad, estallante de fuerzas vivas que pugnan por expresarse ("Lleno de mí, sitiado de mi epidermis"), el poeta se descubre "en la imagen atónita del agua". Su conciencia está derramada, sus alas rotas, anda a tientas por el lodo, pues sus alas de gigante le pesan, como en el "Albatros" de Baudelaire. No lo expresa así, pero esa es la verdad. Se enfrenta al mundo de la forma, en sí misma pereciente, cumpliéndose en una "edad amarga de silencios". Ningún otro poeta mexicano había llegado a expresar de manera tan real la materia fugitiva del agua; aquí ella aparece desnuda hecha de infinitas arenas de vidrio, estrangulada dentro del cristal, del vaso que la posee y condiciona. El vaso es la cárcel del agua: allí agoniza atada. Allí permanece, aquietada, enclaustrada, "cantando ya una

¹ José Gorostiza recibió en diciembre próximo pasado de manos del C. Presidente de la República el Premio Nacional de Letras.

Este ensayo forma parte del próximo libro *Palabras en el tiempo*, en donde se reúnen textos sobre importantes poetas de España y la América Latina.

sed de hielo justo". La imagen con la que Gorostiza nos descubre el mundo del vaso es original: es "un seno habitado por la dicha".

¿Qué forma posee Dios en este canto, en este humano quejido del hombre moderno que es por sí misma *Muerte sin fin*? Es una oquedad que nos estrecha "en islas de monólogos sin eco", es la imagen del vaso que sabe amoldar al alma siempre huidiza; es, sin téticamente: "una transparencia acumulada". Su clara inocencia está "oculta al ojo, pero fresca al tacto". El aire es un mar en esta especial dimensión de eternidad por donde transcurre el poeta, el hombre de carne y hueso Gorostiza, fruto que mana del tiempo; fruto que trasciende lo humano: es un pez.

Y la conciencia ¿cómo es, dónde queda? El poeta sostiene que es un *río hostil*. La conciencia, al igual que Dios, también es un vaso. Ella es:

Un minuto quizá que se enardece
hasta la incandescencia.

Entonces, ¿será la conciencia la misma poesía, una de sus formas múltiples? Esos dos versos que acabamos de citar podrían ser una concreta definición de eso incapturable que es por sí misma la poesía: minuto que se enardece hasta la incandescencia: fruto total, *soledad en llamas*. Porque una de las peculiaridades de lo poético es eso: estar, ser, permanecer eternamente ardiendo:

que alarga el arrebato de su brasa,
ay, tanto más hacia lo eterno mínimo
cuanto es más hondo el tiempo que lo colma.

El contenido —el agua— al caer en el continente —el vaso— lo completa dándole forma y maduración. Uno en el otro se sacian, hermanándose y confundiéndose. De estas bodas, de este matrimonio (para decirlo con palabras de William Blake) mana una nueva realidad. Son dos materias contrarias que, al unirse, al rozarse, echan llamas, se hacen un todo nuevo, impensado, incandescente. La poesía logra el milagro de revelarnos esta nueva dimensión de lo creado, gracias a las eléctricas palabras con las que se expresa. Ella emerge "en nuestras propias frases despobladas". El tiempo, aquí, también es un vaso. El tiempo somos nosotros, él se encarga de ponernos su máscara grandiosa:

ay, tan perfecta,
que no difiere un rasgo de nosotros.

A través de las fuerzas mágicas de esta poesía el hombre se une con sus hermanos: reina una comunión esencial: en su ámbito se

disfruta de un "corro de presencias" que la poesía —espejo siempre enfrentado a otro espejo— nos deja ver: ella es la que nos permite vislumbrar un más allá, lo que está detrás del ojo, porque su juego y fuego sinfónicos *articulan* y vuelven coherente lo informe: trascienden la nada. Su "crescendo insostenible" nos deja oír lo inaudible, ver lo invisible, tocar la materia inasible que está fugándose perpetuamente en el aire vivo que nos circunda. La poesía es la que permite que la realidad estalle "como un cohete herido" porque:

en sonoras estrellas precipita
su desbandada pólvora de plumas.

Gorostiza escruta amorosamente "el curso de la luz, su instante fúlgido", y regresa de su experiencia, de su intensa aventura con el lenguaje, con una impensada iluminación terrenal "que nutre la esbeltez de su mirada". Al bucear en la raíz de la palabra llega a descubrir "el poema de diáfanos espigas". De lo amoroso pasa —al trascenderlo— a lo cruel:

Pero aún más —porque en su cielo impío
nada es tan cruel como este puro goce—
somete sus imágenes al fuego
de especiosas torturas que imagina.

Un profundo desdoblamiento ocurre dentro del espíritu del poeta: mira a su propia muerte como a un ser ajeno (en esto se diferencia profundamente de otro poeta que vivió preocupado por temas parecidos, Xavier Villarrutia); su sueño también se contempla a sí mismo:



Mas nada ocurre, no, sólo este sueño
desorbitado
que se mira a sí mismo en plena marcha;

Muerte sin fin es un poema cósmico, filosófico, un diálogo del poeta con el mundo de la forma pereciente. Una música esencial embriaga y envuelve esa realidad tensa, transformándola en algo mágico.

Pero el ritmo es su norma, el solo paso,
la sola marcha en círculo, sin ojos;

Aquí el poeta es el "hijo de su propia muerte", está "gestado en la aridez de sus escombros". El sueño se repite y es, por eso mismo,

"muerte sin fin de una obstinada muerte". Este mundo, alucinante de tan real, está regido por la inteligencia:

¡Oh inteligencia, soledad en llamas!
que lo consume todo hasta el silencio,
sí, como una semilla enamorada
que pudiera soñarse germinando,

¿Cuál es la tragedia de la inteligencia? El poeta Gorostiza lo dice con precisión: Ella, la inteligencia, "todo lo concibe sin crearlo". La inteligencia viene a ser la gran fingidora, la terrible diosa devoradora de hombres, de sueños. La fatalidad ha hecho que ella permanezca "recreándose a sí misma", devorándose a sí misma; es:

helada emanación de rosas pétreas
en la cumbre de un templo paralítico;

La inteligencia es el orbe de las apariencias, madre nutricia de la imaginación, paridora del sueño. Mora en un mundo de angustiosa abstinencia donde presume al dolor sin crearlo:

que escucha ya en la estepa de sus tímpanos
retumbar el gemido del lenguaje
y no le emite;
que nada más absorbe las esencias
y se mantiene así, rencor sañudo,
una, exquisita, con su dios estéril,
sin alzar entre ambos
la sorda pesadumbre de la carne,
sin admitir en su unidad perfecta
el escarnio brutal de esa discordia
que nutren vida y muerte inconciliables.

¿Qué otro poeta contemporáneo, en lengua española, ha expresado de manera tan cabal el permanente duelo que celebran entre sí la inteligencia y la realidad? José Gorostiza se apodera del desasosiego actual de la angustia cósmica y colectiva que agita y destruye al hombre de nuestro tiempo y lleva a su poesía esta raíz de soladora del siglo XX.

En estos cuatro poemas primeros de *Muerte sin fin* vibra un eco de muerte, el clamor de la batalla entre el hombre y Dios, entre el hombre y el demonio. El quinto canto rompe ese ritmo trágico: es una especie de cancioncilla (también el metro es diferente: se abandona la gravedad henchida del endecasílabo y se utilizan metros cortos, de siete y cinco sílabas) llena de gracia y alegría:

Iza la flor su enseña,
 agua en el prado.
 ¡Oh, que mercadería
 de olor alado!

Por un instante se abandona el denso ambiente filosófico y se vuelven los ojos a las maravillas de la creación: las flores, el mundo de los olores, de los sueños y la dicha. Aparece el amor (con sus "galgos morados"), la muerte con sabor a tierra y la angustia con sabor a hiel, y hasta el morir tiene un dulce sabor. Concluye este poema con un ritmo de danza:

Florequilla del agua,
 ay, que no tiene nada,
 ay, amor que se ahoga,
 ay, en un vaso de agua.

Deliberadamente, el poeta rompe la tensión electrizante de sus primeros cantos con esta cancioncilla ingenua y popular. El medidor de ritmos, de *tempos* líricos que Gorostiza ha probado ser, utiliza esta vez un truco: modifica la atmósfera del poema, le rebaja densidad haciéndolo aéreo.

EN lo que pudiéramos llamar la segunda parte de *Muerte sin fin* se vuelve a emplear una técnica igual; los cuatro poemas que la continúan son densos, orquestados con brío, sinfónicos; en cambio, el último, vuelve a ser cancioncilla ligera, burlona. Volvamos a los esenciales. El vaso, nuevamente, es una especie de retórica del agua: en él, ella toma forma; en su rigor se desnuda y muestra:

Trae una sed de siglos en los belfos,
 una sed fría, en punta, que ara cauces
 en el sueño moroso de la tierra.

Ahora, el agua y el vaso son la pura forma, el mundo de las estructuras materiales: lo matemático y lo geométrico allí se amasan transformándose en una sustancia plástica "en sus netos contornos fascinados". Se trasciende la música y traspasa el horizonte de lo visual. La realidad es un mundo de eslabones, de goznes que encajan unos en otros, estableciendo la cadena que aprisiona al hombre. El poeta nos dice que es un "enlace diabólico/que encadena el amor a su pecado". Dentro de la forma, inmersa en el vaso, el agua está *poseída*. Allí se pone de pie frente a las cosas. El poeta la ha creado, la ha extraído de la nada, le ha dado forma, al nom-

brarla. Ya puede cantar su aleluya de victoria sobre la muerte. Ha hecho lo increíble: descarnar a su propia poesía, dejándola desnuda y llameante en medio del ancho páramo de *Muerte sin fin*.

Mas la forma es estéril en sí misma. Es, como si dijéramos: el arte por el arte mismo. Todo, en la realidad, debe llenar una función, tener un por qué y un para qué:

Pero el vaso en sí mismo no se cumple.
 Imagen de una deserción nefasta,
 ¿qué esconde en su rigor inhabitado,
 sino esta triste claridad a ciegas,
 sino esta tentaleante lucidez?

En esta parte de su poema, Gorostiza apostrofa a la inanidad de las cosas, a su pretendida inutilidad. Él está por la vida. por la lucha, consciente del movimiento heraclitano que debe regir sobre la creación, sobre la vida y la muerte, partes de un mismo todo. ¿Cuál es, entonces, el "auditorio anestesiado" al que se enfrenta? La poesía vale por las infinitas resonancias que despierta dentro de nosotros. ¿Quién es el iluso que podría afirmar que ha dicho la última palabra sobre un tema determinado, sobre una equis creación del hombre, del poeta? Nadie. Cuando Gorostiza habla de un:

espejo ególatra
 que se absorbe a sí mismo contemplándose.

se refiere a la ilusoria consistencia del vaso, al mundo de cristales que al formarlo lo estrangulan; sin embargo, ¿por qué no interpretar nosotros en esos dos versos al espeso mundo egoísta de hombres narcisistas que se autoadoran, olvidándose de los demás? ¿Por qué a este canto sutil sobre el vacío de la forma no humanizarlo más, no darle otra perspectiva que combata las corrosivas explosiones de individualismo que aquejan al hombre de nuestro tiempo?

"La forma en sí no se cumple". El poeta insiste. ¿La forma es un juego, un encendido aroma, se pregunta, "con que arde a sus pies la poesía?" Solamente es:

¡Ilusión, nada más, gentil narcótico
 que puebla de fantasmas los sentidos!

Todo envejece, todo se orienta hacia la muerte; la realidad está en permanente combustión, recreándose a sí misma:

El aire se coagula entre sus poros
 como un sudor profuso
 que se anticipa a destilar en ellos
 una esencia de rosas subterráneas.
 Los crudos garfios de la muerte suben,
 como musgo, por grietas inasibles,
 ay, la hostigan con tenues mordeduras
 y abren hueco por fin a aquel minuto
 —¡miradlo en la lenteja del reloj,
 neto, puntual, exacto,
 correrse un eslabón cada minuto!—
 cuando al sople infantil de un parpadeo,
 la egregia masa de ademán ilustre
 podrá caer de golpe hecha cenizas.

Mas el sueño también vive dentro de la forma, "árido paraíso sin manzana". El sueño es diabólico, es cruel: "ay, punza, roe, que- ma, sangra, duele". El sueño se disuelve, su materia se derrama "en un prurito de ácidas hormigas", se hunde en el silencio:

Por un aire de espejos inminentes
 ¡oh impalpables derrotas del delirio!
 cruza entonces, a velas desgarradas
 la airosa teoría de una nube.

El continente trasfigura al contenido: el vaso al agua. Y a la in- versa.

Pero el vaso
 —a su vez—
 cede a la informe condición del agua
 a fin de que —a su vez— la forma misma,
 la forma en sí, que está en el duro vaso
 sosteniendo el rencor de su dureza
 y está en el agua de aguijada espuma
 como presagio cierto de reposo,
 se pueda sustraer al vaso de agua.

¿Qué ocurre más tarde? Esto: la forma misma se abandona al designio de su muerte:

un instante, no más,
 no más que el mínimo
 perpetuo instante del quebranto,
 cuando la forma en sí, la pura forma,

se abandona al designio de su muerte
 y se deja arrastrar nubes arriba,
 por ese atormentado remolino
 en que los seres todos se repliegan
 hacia el sopor primero,
 a construir el escenario de la nada.
 Las estrellas entonces ennegrecen.
 Han vuelto el dardo insomne
 a la noche perfecta de su aljaba.

La humanidad retrocede, los seres todos se repliegan: la forma misma es una pira arrogante en donde los hombres se abrasan, consumidos por la muerte. Todo se derrumba, se vuelve ceniza: la belleza, los himnos, la rosa, la estrella, la mujer misma, de "rojo caliz el pezón macizo", el sueño mismo, el deseo. Todo cae, es absorbido por la imagen terrible de la muerte. Ella, la muerte, ha llegado a agostar el lenguaje antiguo del hombre, dejándole "exhausto de sentido". El naufragio total de la forma llega hasta lo más esencial de lo humano: la palabra. Nada se salva: el polvo mismo es devorado por la muerte. Todos, hasta los animales, inician el regreso "a sus mudos letargos vegetales". Nada escapa:

cuando todo —por fin— lo que anda o rept
 y todo lo que vuela o nada, todo,
 se encoge en un crugir de mariposas,
 regresa a sus orígenes
 y al origen fatal de sus orígenes,
 hasta que su eco mismo se reinstala
 en el primer silencio tenebroso.

El frenesí de muerte es un viento devorador que no deja piedra sobre piedra. Es el reinado de la muerte sin fin. Todo cuanto nace de raíces también es destrozado: todo se esconde "en la acerba raíz de sus raíces", retornando al origen, a la semilla, a la inmovilidad forma de la muerte:

¡oh cementerio de talladas rosas!
 en los duros jardines de la piedra.

Es un retorno de lo carnal y lo vegetal hacia lo mineral, hacia el caos primero. Allí la muerte es reina y señora de lo creado. Y ¿se salvan los minerales, los metales? Tampoco: la llama los devora, el fuego primigenio los hace materia de combustión: los transforma. Todo se consume.

Hemos llegado, así, al imperio total de la muerte, la cual se confunde con Dios —emana de su boca— y a sí mismo se devora. Es el reino de la *Muerte sin fin*, rectora de la vida, dominadora del hombre y de su sueño de inmortalidad. La forma misma se ha entregado a la delicia de su muerte. La sed devorante de la destrucción fue del animal a la planta, de ahí a la piedra que se aniquila por el fuego, éste por el mar, el mar por la nube, ella por el sol hasta desembocar este intenso frenesí de muerte en sus entrañas mismas: en el reino del aniquilamiento, del silencio, de la nada. "¡Aleluya, Aleluya!".

Asustado de su propio sueño trágico, de *Muerte sin fin*, Gorostiza concluye su sinfonía poética —eso nos parece— cantando (con el toro hay que irse a los cuernos) al propio diablo. Después de su *tour de force* le queda:

una espesa fatiga,
un ansia de trasponer
estas lindes enemigas,
este morir incesante,
tenaz, esta muerte viva.

A los sinfónicos, corales y totales cantos del poema, opone en la parte final estos balbuceos de su enriquecida voz. Su aventura había sido inaudita. La finaliza con desmayada palabra, diciéndonos la muerte de Dios

siglos de edades arriba,
sin advertirlo nosotros.

¿Qué le resta al poeta después de su aventura onírica y trascendental? Nada. Todo le importa poco, aún el irse al diablo, burlándose de la muerte a la que ha logrado arrancarle sus secretos a través de su palabra electrizante. Así termina el poema: no normalmente, sino en tensión, en ritmos embrujados, en baile:

Desde mis ojos insomnes
mi muerte me está acechando,
me acecha, sí, me enamora
con su ojo lánguido.
¡Anda, putilla del rubor helado,
anda, vámonos al diablo!

Hemos visto cómo un temblor de muerte y destrucción azota todo el poema. El poeta, después de cantar a la muerte con hon-

dura y refinamiento, terminó por burlarse de ella haciéndole un guiño irónico.

Hagámonos una pregunta: ¿habrá influencia del libro de Xavier Villaurrutia, *Nostalgia de la muerte*, publicado por la editorial Sur de Buenos Aires, un año antes del apareamiento de *Muerte sin fin*, en la obra de Gorostiza? No lo creemos. Son dos poetas profundamente distintos, aunque sus preocupaciones sobre el tema coincidan algunas veces. En Villaurrutia la muerte no es algo externo, sino lo contrario: interno (como ya lo anotamos en el estudio respectivo). En *Nostalgia de la muerte*, Villaurrutia canta a su personal, única e intransferible muerte, mientras que, en *Muerte sin fin* Gorostiza invoca a todas las muertes que pueblan la realidad.

El tema de la muerte es grandioso. La poesía, como toda creación de la soledad, nos ayuda a descubrirla, a palparla. Eso se experimenta en el poema de Gorostiza. Los poetas han vivido enamorados de la muerte. Ella les ha inyectado una fuerza poderosa para que la canten con vigor desusado. Toda la historia de la poesía está regida por la muerte. Místicos y pecadores le han ofrendado sus poemas, sus cantos más ambiciosos. San Juan de la Cruz fue un poseo de la muerte: lo mismo Baudelaire. Kleist. Hölderlin, Poe, Novalis o Rilke. Quevedo nos dejó páginas extraordinarias sobre este tema. Garcilaso, mucho antes, lo había cantado con pasión y precisión. A ellos se han unido en nuestro tiempos muchos más. Entre ellos, en lugar cimero, José Gorostiza, cuya obra hemos tratado de explorar en estas páginas.

II

EL Fondo de Cultura Económica, en su colección Letras Mexicanas, publicó en 1964, reunida en un solo tomo de 152 páginas, bajo el título de *Poesía*, la obra toda de José Gorostiza: *Notas sobre poesía, Canciones para cantar en las barcas. Del poema frustrado y Muerte sin fin*. Estamos, pues, en presencia de la obra rigurosa, reconcentrada y excelente de un poeta que ha rehuído prodigarse, seguro, como está, de haber logrado capturar, en su intensísimo quehacer, algunas imperecederas muestras de lo que es la poesía. El mismo nos lo expresaba recientemente: las numerosas páginas que le ha dedicado la crítica —dentro y fuera de México— son, a estas horas, mucho más que las que él ha escrito. . . Así es, en verdad, y ese hecho nos da la medida de su importancia dentro del ámbito de la poesía contemporánea de lengua española.

¿Qué es la poesía para Gorostiza?

EN sus *Notas*, el poeta ha tratado de *aprehender* algo de su fugitiva realidad:"

En un como andar a ciegas, la persigue. La reconoce en cada una de sus fugaces apariciones, y la captura por fin, a veces, en una red de palabras luminosas, exactas, palpitantes.

Así, llega a contemplarla posada sobre la realidad, descubriéndola en su presencia de nítida y sobrenatural transparencia, en su plenitud. Sostiene que, "la poesía, al penetrar en la palabra, la descompone, la abre como un capullo a todos los matices de la significación. Bajo el conjuro poético la palabra se transparente y deja entrever, más allá de sus paredes así adelgazadas, ya no lo que dice, sino lo que calla". La poesía, para él, "es una investigación de ciertas esencias —el amor, la vida, la muerte, Dios— que se produce en un esfuerzo por quebrantar el lenguaje de tal manera que, haciéndolo más transparente, se puede ver a través de él dentro de esas esencias".

Más tarde, al dilucidarnos lo que para él es un poema, dirá que esta palabra, "poema", implica la organización inteligente de la materia poética. La poesía, sostiene, *está hecha todo de esencia e interioridad*. Y añade: "En poesía, como sucede con el milagro, lo que importa es la intensidad". Según esta reconcentrada estética gorostiziana, nos es dable observar que lo que al poeta le interesa es la intensidad, no la cantidad. Preocupándole *sostener, por un instante mínimo, el milagro de la poesía*. Estamos en presencia, pues —gracias a este concepto fulgurante—, de una respuesta del *por qué* de la irrepetible brevedad de su obra.

Su primer libro

EL primer libro poético de Gorostiza, *Canciones para cantar en las barcas*, se publicó en 1925, editado por Cvltvra, del desaparecido Loera y Chávez. Lo que primero sorprende en estas *Canciones* es su antimodernismo: son poemas graves, austeros, colmados de esencialidad y transparencia. La poesía, desnuda y temblante, sin afeites, está más próxima a Antonio Machado que a los dariístas. Queremos decir que, aun cuando canta al paisaje, al mar, éstos no están contemplados en sus superficies, sino *desde dentro*.

Este libro inicial mereció el cálido elogio de los principales integrantes de la generación de *Contemporáneos*. Recordemos algunos fragmentos de un texto de Jorge Cuesta:

Cobran las palabras el valor original, empírico de su sonido, dulce en sí; el valor que para el personaje de Proust, en la niñez, tenía la palabra Guermantes, por ejemplo, todavía virgen de sus significaciones prácticas y reales. Su dulzura es una virginidad, su borde de misterio. Es una poesía doncella, cuya más apasionada aventura ha sido una caricia a flor de piel, con las yemas tímidas y delicadas. No que un pudor romántico la arroje de sombras y le deforme el contorno; al contrario, se desnuda al aire, pero su carne, transparente, apenas logra recortarse de la diafanidad del fondo; así como *un agua pura en un vaso delgado* [lo cursivo es nuestro], la figura dibuja su límite, fino como una hebra de gusano de seda, pero visible y resistente. (En *Revista de Revistas*, octubre 11 de 1925, pp. 31-50.)

Otro crítico, el norteamericano Frank Dauster (véanse sus "Notas sobre *Muerte sin fin*", *Revista Iberoamericana*, vol. XXV, núm. 50, julio-diciembre de 1960, Universidad de Iowa, pp. 73-88), considera a algunos de los poemas de *Canciones* como un claro antecedente de *Muerte sin fin*. Así es. Entre ellos señala al poema "A la orilla del mar", pues en estos versos se prefigura el conflicto entre la forma y la materia. También lo halla en los cuatro sonetos (véase "Presencia y fuga" en *Del poema frustrado*) y en el poema "Preludio". Nosotros consideramos que en este último ya se nos anticipa el tono trasparente, esencial y poderosamente lírico de *Muerte sin fin*. Asimismo, en los mencionados sonetos ya el poeta se enfrenta al duelo entre el ser y la nada, de la vida y la muerte. El agua heraclitana que humedece estos cantos llegará a crecer y a desbordarse en su gran poema posterior.

Como los antiguos mexicanos...

COMO ocurrió con los antiguos mexicanos, en José Gorostiza la muerte no parece tener fin: es una permanente recreación, aniquilamiento y, a la vez, resurrección de la forma. Aquí la muerte, como en la fiesta de Huitzilopochtli, es sangre derramada que fructifica en el Sol, padre de la energía vital. Por eso mismo, la muerte, en la poesía de Gorostiza —como las "calaveras" de José Guadalupe Posada— sonrío a la realidad y se burla de sí misma.

Gorostiza publica su canto en 1939, cuando el mundo se miraba sacudido por una ola frenética de irracionalismo y vendavales bélicos que desembocaron en la Segunda Guerra Mundial. A esa fiebre automática e inconsciente, nutrida de *surrealismos*, que era a manera de un oscuro remolino que ahuyentaba la luz, Gorostiza opone un encendido canto de rara y mágica embriaguez, a la vez profundamente consciente y racional. Andrew Peter Debicki ha dicho

(véase la obra *La poesía de José Gorostiza*, colección *Studium*, México, 1962, 128 pp.) que el poema acaba negando su propio valor y el de todo arte. Si esto fuera verdad, entonces existiera en *Muerte sin fin* una alquimia demoniaca en donde *el fin no justificaría los medios*: una obra de tan excepcional excelencia conceptual y lírica —nos parece— no niega a la poesía, sino que la exalta. Descender a las profundidades del lenguaje, explorar las cimas y la hondura del hecho lírico fue una aventura que el poeta realizó plenamente. No puede ser aversión a la poesía esta obra que quedará en el tiempo como una magnífica muestra de la misma. Es, creemos, la obra poética más plenamente *consciente* en toda la historia de la lírica de este país.

El creciente interés de la crítica

DECIAMOS que el creciente interés que ha mostrado la crítica literaria por *Muerte sin fin*, es una prueba categórica de sus excelencias. Repasemos aquí lo expresado por algunos escritores importantes. De entre los *Contemporáneos*, tanto Jorge Cuesta como Xavier Villaurrutia, Octavio G. Barreda y Jaime Torres Bodet escribieron textos sobre el tema. El primero de ellos, Cuesta, dijo (véase *Noticias Gráficas*, diciembre 18 de 1939, p 9. Fragmento):

La alegoría de *Muerte sin fin*, que tiene toda su substancia expresiva en un vaso de agua (en el hecho de que un cuerpo líquido esté contenido por un recipiente), lo que se propone es nada menos que demostrar la justicia que asiste a la insatisfacción poética de los ojos. Así, pues, descubre como mundo poético contenido en la figura de que se vale, todo lo que se verifica en una profunda intimidad que los ojos alcanzan a ver. Y descubre un mundo muy distante de la pintura. Se puede decir que se propone lo contrario de lo que antes se proponía el estilo alegórico. Antes, la alegoría pintaba, y con ella explicaba, hacía claro su objeto. En la alegoría del vaso de agua que en *Muerte sin fin* se desarrolla, la pintura es la que se pinta como misteriosa e inmaterial. En estos desposorios del agua con el vaso, el objeto del amor no es la forma, sino la disolución de la forma en el consumo de la materia; el objeto del amor, o sea lo sensible, ya no está en lo que los ojos aprehenden; ya no es 'la llaga del ojo', que era para San Juan de la Cruz la dicha suficiente del alma.

Y añade Cuesta:

Muerte sin fin es una poesía hondamente dramática. Pero su drama es interior, como en una poesía mística; interior y trascendental. Po-

driamos definir su asunto como los amores de la forma y de la materia, o como los amores del cuerpo y del espíritu, o como los amores de la parte sensible y de la parte inteligible de la conciencia. Su profundidad mística se presta a diferentes personificaciones. La verdad de la representación, sin embargo, no daña a la unidad del sentimiento, pues el movimiento lírico de la poesía es vivo y amplio. Y no sería posible que lo fuera sin una irreprimida unidad sentimental.

Hemos hecho esta amplia cita del pensamiento de Jorge Cuesta sobre *Muerte sin fin* porque él fue uno de los primeros que se dieron cuenta de la importancia del poema. Otros, en cambio, creyeron que el canto de Gorostiza *proclamaba el triunfo de lo irracional*. Esa perspectiva nos parece falsa, pues *Muerte sin fin* es una poesía hondamente intelectual que nunca abandona la lucidez, los ámbitos de una inteligencia en llamas, desgarrada, precisamente, por lo *racional*.

El crítico hispano Ramón Xirau (véase su ensayo "Poesía y pueblo", recogido en el libro *Poesía hispanoamericana y española*, Imprenta Universitaria, México, 1961. pp. 7-26) considera al *Primer sueño* de Sor Juana Inés de la Cruz, en más de un aspecto, como un antecedente de *Muerte sin fin*, pues halla que la identificación de "vaso" e "inteligencia" es común a ambos.

Sueño y muerte (dice) son para Sor Juana imágenes de un mismo proceso de desrealización. El escepticismo descarnado de José Gorostiza habrá de hacernos ver también en el sueño, también en la muerte, la irrealidad del mundo. Para Sor Juana esta irrealidad se colma de pensamiento. Para Gorostiza el pensamiento, colmado de sí, habrá de abandonarse a la soledad de su inútil persistencia.

Y más tarde:

Con *Muerte sin fin* volvemos al mundo intelectual que anunciaba Sor Juana. Pero, si para ésta quedaba siempre firme la creencia en la razón y en la inteligencia, Gorostiza no sólo duda de la inteligencia —'vaso' como en Sor Juana— que quiere dar forma a la corriente —'agua'— de la vida. La inteligencia es un 'rencor sañado', se mantiene 'una, exquisita, con su dios estéril', sin poder expresar la vida concreta de las cosas. 'El vaso no se cumple.' Tampoco la palabra. Su reino, como el de la inteligencia, es tan sólo ilusión. 'Ilusión nada más, gentil narcótico.' Ilusión y ficción.

Xirau estudia los populares *corridos* mexicanos, casi siempre inspirados en el tema de la muerte y el de la soledad, y los halla

próximos a la misma corriente de los poetas cultos (Sor Juana, Othón, López Velarde, Gorostiza).

Las formas son distintas (expresa). La vida, la misma. Y en ello no hay misterio. Los poetas que, en apariencia, se alejan del pueblo son parte de este mismo pueblo y su alejarse al penetrar en sus propias conciencias es una forma de la aproximación. Vasos separados, una misma fuente los llena.

Así es.

En sus "notas sobre *Muerte sin fin*" (*op. cit.*) Frank Dauster considera a este poema como uno de los mayores logros de la poesía contemporánea y, a la vez, señala que es uno de los cantos más difíciles de cantar. Su propósito es hacer un análisis sistemático de la obra de Gorostiza. Piensa que *Muerte sin fin* es de una densidad y complejidad tales que habrá costado una extraordinaria concentración y un largo periodo de gestación. La dificultad de analizar este poema la halla el mencionado crítico "no en la oscuridad sino en el hecho de que funciona el poema sobre una multiplicidad de niveles". Eso es exacto.

Para Dauster, el tema básico del poema "es la dialéctica de forma y materia, presentada al comienzo del conflicto, para luego representarse de distintos modos a través del progresivo desarrollo hasta que por fin llega el poeta al concepto de la fusión de los dos contrarios y la consiguiente destrucción de la unidad: la muerte". Esta exploración nos parece interesante porque llega a identificar la obra de Gorostiza con actitudes populares mexicanas hacia la muerte, lo cual ya había sido señalado por Xirau. Según Dauster, *Muerte sin fin* es una creación única, una pesquiza coherente de la naturaleza fundamental de la realidad.

La estructura del poema (advierte) y su desarrollo son lógicos, pero la manera de desarrollarse es altamente poética, iluminada por relámpagos de metáforas y múltiples niveles de comunicación. El resultado es una obra de proporciones heroicas.

El más extenso estudio dedicado hasta hoy a la poesía de Gorostiza es el intentado por el escritor polaco Andrew Peter Debicki (véase *La poesía de José Gorostiza, op. cit.*) Este crítico basa sus juicios en textos de varios autores y, para alargar su tesis, emplea mucho material de relleno que, a veces, llega a hacer fatigosa la lectura. Debicki arriba a la conclusión de que *Muerte sin fin* es un poema épico, la presentación poética, amplia aunque negativa, del cosmos. Para él, toda la materia depende de la forma o la intelligen-

cia; y sostiene que, cuando ésta desaparece, nada puede quedar vivo. En la creación de su alucinante mundo poético —señala— Gorostiza utiliza el método de construir varias soluciones aparentemente valiosas, y luego de destrozarlas progresivamente, resulta esencialmente un procedimiento dramático. Y el lector (Debicki) al participar en ese *ritmo trágico* del protagonista, se identifica emotivamente, más y más con su búsqueda y con su fracaso.

Para Debicki, en *Muerte sin fin* la inteligencia se degrada a mero sueño y obtiene el pleno conocimiento de su flaqueza.

Al describir la inteligencia naciendo de sus propios escombros, Gorostiza nos la hace ver como un Fénix repugnante, que sólo renueva la tragedia del hombre. En su pesquisa tras una eternidad ideal, la mente ha encontrado, irónicamente, una permanencia horrible: la del constante fracaso, de la 'muerte sin fin' (*op. cit.*, p. 81).

Señala más tarde que Gorostiza compone esmeradamente bellas y exactas metáforas, en la tradición de Góngora, para comunicarnos la ineptitud de la forma y la expresión poética. La realidad —según este juicio— no le puede ofrecer a la forma nada útil ni permanente. A lo largo del poema la materia, al igual que la forma, se revelan como insuficientes en sí mismas.

En contraste con *Canciones*, *Muerte sin fin* (puntualiza) sigue negando la posibilidad de que la literatura nos ofrezca la inmortalidad deseada (*op. cit.*, p. 100).

Su paradoja es ésta: el hombre, al buscar la eternidad, únicamente logra probar la imposibilidad de obtenerla. Sus imágenes (advierte este crítico) nos explican la inutilidad fundamental de la lengua humana...

Lo que sí nos parece interesante en el estudio de Debicki es que identifica, a lo largo de *Muerte sin fin*, el concepto de la muerte con la concepción y el nacimiento. El anhelo de forma resulta, así, un deseo masoquista de destruirnos; el esfuerzo de alcanzar la eternidad, una búsqueda subconsciente de la extinción. En síntesis, expresa, *Muerte sin fin* trata de la situación total del hombre, de su existencia, de sus sensaciones, sus emociones y sus pensamientos, a la vez lógicos e ilógicos. Como Quevedo, dirá Debicki, Gorostiza utiliza más imágenes que efectos conceptistas. La poesía, en él, siempre tiene un sentido concreto. Según parece, el propio poeta le confesó a Debicki que había escrito *Muerte sin fin* como poeta y no como filósofo, y que el libro debía juzgarse tomando esto en

cuento. Sus imágenes están basadas en hechos reales, lo cual nos parece muy importante.

Epílogo

L LEGA la hora de intentar una síntesis. La poesía, al penetrar en la palabra, la *descompone*, la *abre* a otras significaciones. Es, pues, un movimiento dialéctico que opera en el seno mismo del lenguaje, trascendiéndolo. Expresa, así, más que lo que dice, lo que calla, según la penetrante elucidación del propio autor de *Muerte sin fin*. Al *quebrantar* el idioma lo hace más transparente. La vida y la muerte actúan en el propio ámbito de la palabra, expandiéndola, colmándola de nuevos significados. Aquí, lo que realmente importa es la *intensidad*. Se rehuyen las doradas superficies (recordemos que esa fue la preocupación de los Modernistas) para construir un canto hecho de raíces, de médulas.

Muerte sin fin viene a ser, según el testimonio de los críticos explorados en este ensayo (moviéndonos en un terreno peligroso de especulaciones y aproximaciones), lo siguiente: una poesía que se desnuda al aire; una poesía hondamente dramática, pero su drama es interior, como en la poesía mística; suma de los amores de lo sensible y lo inteligible de la conciencia (Cuesta). La poesía de Gorostiza no huye de lo popular, pues su aparente alejarse es una forma de aproximación (Xirau). El poema funciona sobre una multiplicidad de niveles; se llega, a través de él, a la fusión de los dos contrarios y la consiguiente destrucción de la unidad; la muerte (Dauster). A lo largo del poema la materia, al igual que la forma, se revelan como insuficientes en sí mismas (Debicki). Habría que añadir a Mordecai S. Rubin (véase *Una poética moderna*, UNAM, México, 1966, 228 pp), que llama a Gorostiza el "Valéry mexicano" y analiza los ecos y correspondencias que han existido en *Muerte sin fin* (Paul Valéry, T. S. Eliot, Góngora, Sor Juana, etc.), así como las influencias temáticas que descubre entre la obra del mexicano y el citado Valéry (*Narcisse, La Jeune Parque, Le Cimetiere Marin*, etc.). Para S. Rubin.

Entre el gran poeta francés y José Gorostiza hay correspondencias de pensamiento, de técnica y hasta de vida particular, que nos pueden conducir a una apreciación más profunda de la poesía de Gorostiza (*op. cit.*, p. 174).

Con sagacidad, S. Rubin nota, entre otras cosas, que tanto Valéry como Gorostiza emplean repetidamente el término "rosa" en

sus poemas; y asegura más tarde que, en cierto grado, *La Jeune Parque* (publicada en 1917) podría haber servido de modelo para *Muerte sin fin* en lo referente a su construcción.

Descender a las profundidades del lenguaje, explorar las cimas y las honduras del hecho lírico, fue una aventura ontológica que el poeta Gorostiza realizó plenamente en *Muerte sin fin*. No puede ser *aversión* a la poesía esta obra que permanecerá en el tiempo como una excelente muestra de la misma. En José Gorostiza la muerte no parece tener fin: supera los limitados conceptos occidentalistas y es, en sí, una permanente recreación, aniquilamiento y, a la vez, resurrección de la forma. Su más alto mérito consiste en que es una obra profundamente racional: el drama de la inteligencia enfrentada a sí misma y, finalmente vencedora.

BIBLIOGRAFÍA DE JOSÉ GOROSTIZA

- Canciones para cantar en las barcas*, Editorial Cvltvra, T. G., S. A., México, 1925.
Muerte sin fin, Editorial Cvltvra, T. G., S. A., México, 1939.
Muerte sin fin, 2ª edición, Imprenta Universitaria, México, 1952.
Poesía (reúne los libros anteriores, más poemas publicados en revistas y antologías), Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

JOSE MARTI, INSIGNE MAESTRO DE LITERATURA INFANTIL

Por Elba M. LARREA

EN la soledad de su alma pura, cristalina, "extraña por su misma capacidad para sufrir",¹ Martí, acuciado por "pone de manera que sea durable y útil todo lo que a pura sangre" le "ha ido madurando en el alma",² inicia en julio de 1889 su riego de almas buenas,³ ese mensaje de amor, de ternura, de fe en el hombre y en América, en nuestra América, que es su periódico infantil *La Edad de Oro*.

En sus páginas está Martí dándose entero, entregando, en plenitud de amor y de heroísmo, la poesía de su alma luminosa, ese tesoro de comprensión y ternura, a la niñez que fue el aliento revitalizador que le hacía disimular las lágrimas y sonreír al futuro, infundiendo la certeza de un porvenir de luz aun en vísperas de su muerte.

El apóstol de la verdad, el mártir de la dignidad, el maestro del amor; el descubridor de la poesía en "la verdad y música del árbol y su fuerza y sus amores";⁴ el constante viajero en busca de las estrellas azul, que extendía sus manos pobladas de luces, de fuegos, de alas, concluye la última carta a su niña querida, a su Mariensa, con un mensaje de comunión, de empatía, de un vivir más allá de la muerte, en el amor de los niños, de esos seres puros espontáneos, dulces, capaces de vibrar al influjo de los héroes:

Tu alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y mímalas, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo. Que cuando mires dentro de ti, y de lo que haces, te encuentres como la tierra por la mañana, bañada de luz. Siéntete limpia y ligera como la luz. Deja a otros el mundo frívolo: tú vales más. Sonríe y pasa. Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín de Franz Sözzano: pon un libro — el libro que te pido — sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré

¹ JOSÉ MARTÍ, *Cartas a una niña*, p. 32.

² *Ib.*, "Carta a Mercado". *Obras Completas*, t. II (La Habana, 1946), p. 1200.

³ JOSÉ MARTÍ, *Cartas a una niña*, p. 31.

⁴ *Ib.*, p. 26.

*enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres. Trabaja. Un beso. Y espérame.*⁵

Es para esas almas de seda, ligeras y luminosas, que tan bien saben envolver la vida en amor y donde se puede morir para vivir por siempre, para quienes escribe este periódico, con la enorme alegría de poder conversar con ellas y contarles cuanto hay de bueno y de maravilloso en este mundo. Andando por la vida, sabe que algún niño de América, hecho hombre, estrechará su mano amiga para decirle con el gozo de un encuentro largamente querido y hondamente esperado: "Este hombre de La Edad de Oro fue mi amigo."⁶

Con su preclara visión de Maestro, siente la urgencia de formar al hombre de América, y con la infinita dulcedumbre de su espíritu se acerca a los niños para estimularlos a ser dignos, decorosos, sinceros. Desde su heroico destierro, escribe las líneas que siguen a su "hermano querido" Manuel Mercado, comunicándole los propósitos de su periódico:

Verá por la circular que lleva pensamiento hondo, y ya que me la echo a cuestras, que no es poco peso, ha de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es a *llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella*, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. *El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo ha de hacerse conforme al suelo. A nuestros niños les hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América.*⁷

En síntesis elocuente hace conocer su programa: formación del hombre de esta parte del mundo que se llama América, del hombre "original" que ha encontrado la esencia de su ser clavando las raíces en su suelo, en su tradición india e hispánica y abriéndose al influjo de otras culturas, para amalgamar lo propio con lo de fuera en simbiosis consciente, creadora. Porque esa es la originalidad que Martí quiere para el hombre americano: concentración *en sí* y vivificación *de sí*: no copia, imitación, repetición, eco: no trasplante anulador.

Para los Niños de América escribe en páginas breves, alegres, comunicativas, llenas de vida, "de lenguaje más claro, escrito todo como se lo ve",⁸ para formar en español maravillosamente original

⁵ *Ib.*, p. 28.

⁶ JOSÉ MARTÍ, "La Edad de Oro". *Obras Completas*, t. II (La Habana, 1946), p. 1208.

⁷ *Ib.*, *op. cit.*, p. 1200.

⁸ *Ib.*, "Cartas a una niña", p. 26.

en su simplicidad, una lengua donde la música capta la esencia de la idea y nos la da en trazos impresionísticos o la va desovillando cantarínamente al engrandecer lo trivial, lo pequeño, lo diminuto.

A propósito de la lengua de *La Edad de Oro*, anota en carta a María, lo siguiente:

Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro escrito en este *español simple y puro*. Yo quise escribir así en *La Edad de Oro*, para que *los niños me entendieran y el lenguaje tuviera sentido y música*.⁹

Comunicación intelectual, intuición toda música, melodía hecha carne y nervio de la idea, palabras que se arremolinan jugando para dibujar un pensamiento o trazos firmes, viriles, relampagueantes, esenciales, forman la urdimbre de su lenguaje con "sentido y música", de ese "español simple y puro", ligero y dúctil, que tan bien capta y expresa los matices del alma infantil.

Conforme a su deseo de formación del hombre americano, dedica la primera página de su periódico a exaltar el valor, la sinceridad, el decoro, la dignidad de tres Libertadores de pueblos: Bolívar, San Martín e Hidalgo. La titula *Los tres héroes*. Ejemplifica en estos tres grandes las altas virtudes cívicas americanas sin caer en la subordinación de la Historia a la finalidad moral o didáctica como se observa en los relatos de *El Seminario Pintoresco Español*, dedicado a los niños y publicado en España entre los años 1836 y 1837. Martí toma de la Historia los elementos más afines a su espíritu y sabe presentarlos de tal manera que la lengua se hace fiel expresión del fuego heroico, de la lucha y de los sinsabores de estos tres héroes.

La presentación de estos tres grandes está precedida por un breve relato que la motiva:

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. *Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo*.¹⁰

En este breve relato, Martí ofrece un fragmento de vida lleno de significación, de sugerencias e hiera la sensibilidad del lector hondamente, es decir, se realizan en él las condiciones estilísticas requeri-

⁹ *Ib.*

¹⁰ *Ib.*, "La Edad de Oro", pp. 1208 y 1209.

das en todo cuento. En este trozo transcrito se dan ciertas características esenciales de su prosa. Martí huye de la vieja fórmula de los cuentos infantiles (Había una vez...) y de su uso repetido al comienzo del relato. La reemplaza con otra remozada por el segundo elemento (viajero) que se repite y que aumenta el valor estilístico de *cuentan*. *Cuentan* revela la permanencia y profundidad del efecto del hecho en todos aquellos —en un sujeto indiferenciado— que conservan y transmiten lo que han visto u oído. Es decir, *cuentan* revela el efecto de una impresión, nos estimula para adquirir conciencia de la resonancia del hecho.

En los cuentos, la presencia del mundo natural es generalmente escueta. En el caso que venimos comentando, Martí nos habla de los "árboles altos" que sirven de marco natural a ese viajero *solo*. La percepción de su soledad se liga intuitivamente al adjetivo *altos* a través del cual se llega a visualizar en todo su contenido psíquico, esta experiencia de comunión ideal del viajero con el héroe. Para hacer más evidente esta identificación, nuestro autor recurre a una comparación encabezada de acuerdo con las conocidas fórmulas lógicas: "Como un padre cuando se le acerca un hijo"; pero, este *como* introduce no una comparación material, concreta, sino espiritual y profundamente afectiva. Es decir, se comunica un contenido vital y se establece una vinculación más íntima entre autor y lector que la que se logra con el predominio lógico.

En este cuento, los tres tiempos —exposición, nudo, desenlace— de las viejas preceptivas se reducen a uno solo. Al finalizar el relato, Martí emite las conclusiones en una serie de reflexiones expresadas en oraciones yuxtapuestas.

El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a *Bolívar* como a un padre. *A Bolívar*, y a todos los que pelearon con él porque América fuese del hombre americano. *A todos*: al héroe famoso y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.¹¹

El párrafo se abre y se cierra con dos generalizaciones de las cuales la segunda constituye ampliación de la primera. Martí encadena las oraciones mediante una frase: *A Bolívar, a todos*, que al repetirse encabeza sentencias paralelas que amplifican la primera oración del párrafo mediante una síntesis (a todos los que pelearon como él porque América fuese del hombre americano) y un análisis (al héroe famoso y al último soldado). Es decir, hay un constante juego

¹¹ *Ibid.*, p. 1209.

de síntesis y análisis, de condensación y amplificación que tienden a dar unidad al párrafo.

Martí expone sus ideas en oraciones desnudas de artificio pero que calan hondo en el ánimo del lector, puesto que sabe encontrar el recurso efectivo que aumente el efecto producido por las ideas:

Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, *no es un hombre honrado*. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, *no es un hombre honrado*. Un hombre que se conforma con obedecer leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació, *los hombres que lo maltratan, no es un hombre honrado*.¹²

En este párrafo se da también la oración sintética al comienzo que se abre en dos ramas analíticas. Estas dos se ordenan en progresión ascendente respecto de su contenido. La repetición de la frase: *no es un hombre honrado*, tiene un valor expresivo, enfatiza la condena moral. La alteración del orden normal de los elementos oracionales permite destacar el sujeto y aumentar la tensión de la impresión causada en el lector.

Pero, sin duda, lo más valioso de este relato, desde el punto de vista estilístico, es la presentación de los tres héroes. Dos o tres oraciones le bastan a Martí para mostrarnos al personaje en sus rasgos más característicos. Conoce a la perfección el arte de acertar con el detalle que haga inolvidables sus pinturas. Está pintando héroes. Le hacen falta trazos firmes, penetrantes, esenciales, deslumbrantes. Nada de líneas grises, inciertas, sino llenas de vida; frases que sintetizan, que condensan, que saben expresarlo todo con el menor número posible de palabras:

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le *relampagueaban* y las *palabras se le salían de los labios*.¹³

Martí deja de lado las comparaciones de acuerdo a la retórica del siglo, la de los *como*, *parecía*, *semejante a*, para darnos la imagen en todo su valor sugestivo. Le bastan un verbo, el verbo *relampaguear*, para que el lector sienta cuánto fuego y qué profunda penetración tenía la mirada de ese hombre "pequeño de cuerpo"; y una oración, *las palabras se le salían de los labios*, para comunicar mediante una transferencia semántica original (se le salían de los labios) el magnífico poder de elocuencia de este Libertador de pueblos.

¹² *Ib.*

¹³ *Ib.*

Pintando a San Martín, dice:

Hablaba poco: parecía de acero: miraba como un águila: nadie le desobedecía: su caballo iba por el campo de pelea, como el rayo por el aire.¹⁴

Oraciones breves, consecutivas, yuxtapuestas mediante una puntuación original. El elemento introductorio de la comparación enmarca una imagen: *acero, águila, rayo por el aire*. semánticamente inmersa en el mundo del personaje.

Al presentarnos al cura Hidalgo, un cura de pueblo, que a los sesenta años sale a luchar por la libertad, las oraciones se alargan y aumentan, explican los hechos que estimularon a este personaje a tomar las armas; pero, la raíz de su heroísmo se concentra en una oración, en un verbo:

Vio a los negros esclavos y se llenó de horror. Vio maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música que consuela; la cría del gusano que da la seda; la cría de la abeja, que da la miel. *Tenia fuego de sí, y le gustaba fabricar: creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho, de cuando en cuando* los ojos verdes. Todos decían que hablaba bien, que sabía mucho de nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores.¹⁵

Este cura poseía en sí el fuego de los héroes. Bajo su mansedumbre se percibían sus rasgos de libertador de hombres en ese *lucir mucho* de sus ojos verdes, que pasaron de la potencia al acto (de cuando en cuando) en el momento de dar ese *fuego de sí*, ese fuego capaz de *crear*. Es interesante destacar que Martí emplea el verbo *crear* para definir el rasgo esencial de Hidalgo. Saca esta palabra de su uso habitual, hace una combinación semántica en contra de las normas y distingue así a Hidalgo de Bolívar, de San Martín, al presentarlo sobre todo como un Creador de Pueblos. Este verbo presenta su significación pormenorizada en el siguiente trozo referido a la actitud de Hidalgo en acción libertadora:

El cura montó a caballo, *con todo su pueblo*, que *lo quería como a su corazón*; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran a caballería; los indios iban a pie, con palos y

¹⁴ *Ib.*

¹⁵ *Ib.*, p. 1210.

flechas, o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con música y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, *lo hicieron general*, y *empezó un pueblo a nacer*. El fabricó lanzas y granadas de mano. El dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. El declaró libres a los negros. El publicó un periódico que llamó *El Despertador Americano*. Ganó y perdió batallas.¹⁶

Hidalgo es un héroe de inspiración humanísima, un cura hecho general por el amor a su pueblo. Su ley es la del amor, la del perdón. Su vida es coincidente en unos aspectos y en otros diferente de las de Bolívar y San Martín. La prosa de Martí se adapta a cada uno de sus personajes y frente a la presentación de Hidalgo en acción libertadora, encontramos la de los otros héroes, escueta en sus oraciones analíticas que concluyen en una síntesis sumamente expresiva. Veamos la de Bolívar:

Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. *Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor*.¹⁷

Martí enfatiza la acción bolivariana mediante la repetición del verbo *libertar* y el uso del punto y seguido. De esta manera, cada acción se destaca nitidamente. La oración final cierra el párrafo en magnífica condensación que recoge y comunica los elementos esenciales de la psicología de Bolívar revelando el efecto de la figura del héroe en su medio, y haciéndolo percibir al lector, como si estuviera en presencia misma de Bolívar.

De San Martín dice lo siguiente:

Llegó a Buenos Aires: no dijo discursos: levantó un escuadrón de caballería: en San Lorenzo fue su primera batalla: sable en mano se fue San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros tocando el tambor, *y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera*.¹⁸

Las oraciones breves, semejantes a fogonazos, usadas para presentar a los héroes, guerreros de profesión, en acciones consecutivas, a veces, como en este caso, son rubricadas con una tajante economía de palabras, en una oración que remata magistralmente el párrafo.

¹⁶ *Ib.*, p. 1211.

¹⁷ *Ib.*, p. 1210.

¹⁸ *Ib.*, p. 1211.

El estilo de Martí culmina en sus cuentos originales, cuando nos habla desde dentro mismo del mundo infantil; cuando disuelve, amalgama, suelda en la materia de sus relatos, ese contenido formativo que aparece expresado directamente en sus otras páginas, de manera predominante: cuando se abandonan los caminos conocidos de la gramática para encontrar las propias formas, donde la espontaneidad infantil halla su sintaxis que atesora las creaciones gozosas y saltarinas de su fantasía. Es decir, a medida que la literatura infantil se independiza de la tiranía de los elementos que la perturban, que la subordinan a condición de medio. En progresión ascendente se puede señalar esta liberación partiendo del cuento *Bebé y el señor don Pomposo*, donde hay un constante tironeo entre declaración verbal formativa y su revelación en acto, pasando por *Nené traviesa*, lucha entre fantasía y realidad, hasta llegar a la joya del periódico, *La muñeca negra*, donde toda la ternura se expresa en la minucia, en el mimo de la palabra, en ese adelgazamiento intelectual del significante para enriquecerlo con todos los matices expresivos de la intuición.

Martí puebla el mundo de la literatura infantil —en los cuentos a que venimos refiriéndonos— con niños buenos, juguetones, alegres, sinceros, pícaros, que llenan de ternura el mundo del adulto triste, que comparten sus juguetes con el pariente pobre, que defienden el mundo de su fantasía, con gracia inolvidable, de la profanación del adulto.

Los argumentos son trozos de vida plenos de belleza, donde el autor ha puesto todo lo que su excelso espíritu ha sabido captar finamente en el mundo de los pequeños y guardar con profundo amor para ofrecerlo en sus largas conversaciones con los lectores de *La Edad de Oro*. A propósito, es interesante recordar la opinión de Gutiérrez Nájera acerca de este periódico:

(Martí) se ha hecho niño... Un niño que sabe lo que saben los sabios, pero que *habla como los niños*. No es Hércules hilando a los pies de Onfalía: es Hércules jugando con la reina Mab. No parece que escribe para los muchachos, como si temiera que los muchachos no supiesen leer aún. Parece que se los sube a las rodillas y que allí les habla. Los instruye, los educa, y para que no se vayan, para que estén contentos, les da *los mil juguetes primorosos que él sabe hacer con su palabra*.¹⁹

Esos "juguetes primorosos" se dan en rica variedad en los cuentos originales.

¹⁹ M. GUTIÉRREZ NÁJERA, *Obras. Crítica literaria* (México, 1959), pp. 372-373.

En *Bebé y el señor don Pomposo* se cuenta la historia de un niño rico y bueno que da a su primo huérfano el regalo de un sable, regalo que le hizo su tío. Bebé sueña con ser general: tendrá traje de drill blanco, sombrero de plumas y un caballo *morado*, un caballo *morado*, porque si no existe se lo mandarían hacer.

Martí en este cuento crea interés desde el principio al fin. El desenlace se expresa a través de una pregunta, un comentario de admiración, donde el autor se dirige a sus lectores, y la enunciación del hecho:

¿Qué hace, qué hace Bebé? ¡Va riéndose, va riéndose el pícaro! hasta que llega a la almohada de Raúl y le pone el sable dorado en la almohada.²⁰

El autor va preparando este final mediante la repetición de la oración: *Bebé está pensando*, que remata los párrafos más sugerentes del relato.

La impresión de aburrimiento, de fastidio que le produce a Bebé su tío don Pomposo, está expresada desde dentro de la experiencia psíquica del personaje: "¡Qué largo, qué largo el tío de mamá, como los palos del telégrafo!"²¹

Es decir, la lengua comunica una impresión mediante un comentario admirativo que contiene un adjetivo intensificado en su significación mediante la repetición. Aumenta este énfasis la comparación que sigue.

Líneas más adelante, Martí emplea el adjetivo *largos* para definir tíos como don Pomposo; es decir, generaliza su uso. La frase *tíos largos*²² representa un sugerente contenido impresionista.

Dijimos que en este cuento hay una constante fluctuación entre declaración verbal formativa y revelación en acto. Ejemplos de ello son oraciones como las que siguen, que revelan la preocupación evidente de Martí por engarzar en el mundo infantil el interés por los seres disminuidos en algún sentido:

A Bebé lo visten como al duquesito Fautleroy, *el que no tenía vergüenza de que lo vieran conversando en la calle con los niños pobres*.²³

Bebé y Raúl han hecho hoy muchas visitas: han ido con su mamá a *ver a los ciegos*, que leen con los dedos, en libros con las letras muy altas: han ido a la calle de los periódicos, a *ver cómo los niños pobres*,

²⁰ J. MARTÍ, "La Edad de Oro", p. 1239.

²¹ *Ib.*, p. 1238.

²² *Ib.*, p. 1239.

²³ *Ib.*, p. 1237.

*que no tienen casa donde dormir, compran diarios para venderlos después y pagar su casa.*²⁴

Las oraciones subrayadas revelan la urgencia del escritor por comunicar su mensaje. Pero la verdad es que su estilo cautiva cuando la prosa capta, sigue, expresa todos los movimientos del espíritu infantil con originalidad incomparable.

Nené traviesa es el cuento de la niña que desea ir cuando muera a la estrella azul, envuelta en los arrullos de las mejores músicas que sepan tañer los hombres, sin atisbo de llanto ni de dolor. En este cuento, nuestro autor se aferra con una mano a la realidad, pero con la otra no disimula su urgencia, su ansiedad por volar al mundo fantástico de *Nené*:

A ella le gustaban mucho unos libros que él traía, donde estaban pintadas las estrellas, que tiene cada una su nombre y color; y allí decía el nombre de la estrella colorada, y el de la amarilla, y el de la azul, y que *la luz tiene siete colores*, y que *las estrellas se pasean por el cielo*, lo mismo que las niñas por el jardín. Pero no, lo mismo no; porque las niñas andan en los jardines de aquí para allá, como una hoja de flor que va empujando el viento, mientras que las estrellas van siempre por el cielo por un mismo camino, y no por donde quieren: ¿quién sabe?, puede ser que haya allá arriba *quien cuida de las estrellas*, como los papás cuidan acá en la tierra a las niñas.²⁵

Martí pone freno a la fantasía después de un "desvío" por medio de una explicación objetiva (*la luz tiene siete colores*), de una comparación (lo mismo que las niñas en el jardín), de una negación enfática (pero no, lo mismo no) o de una interrogación dubitativa (¿quién sabe?). Pero los dos planos —fantasía y realidad— se superponen dubitativamente en la oración final. Por ello, Martí vuelve a la explicación más extensa para reemplazar, esta vez, la fantasía infantil con la visión esperanzada y curiosa del adulto (introducida por *dicen que*).

Sólo que *las estrellas no son niñas*, por supuesto, *ni flores de luz*, como parece desde aquí abajo, sino grandes como este mundo, y dicen que en las estrellas hay árboles, y agua, y gente como acá.²⁶

Por supuesto, como parece, son fórmulas del lenguaje de la co-

²⁴ *Ib.*

²⁵ *Ib.*, p. 1251.

²⁶ *Ib.*

municación estrictamente lógica que enmarcan la imagen *flores de luz*, donde la lengua se llena de contenido individual, de poesía.

Este andar en la frontera de realidad e irrealidad se define con el triunfo de la fantasía. Se rechazan por inexpresivas las preceptivas gramaticales y la lengua registra la experiencia psíquica del personaje desde dentro; se pasa de la simple descripción a la situación dramática, al diálogo, borrando toda distinción externa entre narración y representación. La lengua, empujada por la tensión afectiva, se hace inseparable de ella y rechaza todo elemento formal externo que pueda destruir el encanto de la comunicación intuitiva:

¡Ahora sí que está bueno el libro éste! Es mejor, mucho mejor que el arca de Noé. Aquí están pintados todos los animales del mundo. ¡Y con colores, como el gigante! este es el elefante, con ese sillón lleno de niñitos. ¡Oh, los perros, cómo corre este perro! ¡ven acá perro! ¡te voy a pegar, porque no quieres venir! Y Nené, por supuesto, arranca la hoja.²⁷

La oración final destaca, con el uso predominante de elementos lógicos, el momento que acaba de vivir el personaje. Al utilizar esta oración aseverativa, el contraste subraya el contenido intuitivo de las que le precedieron.

Otras veces, Martí presenta la experiencia psíquica de su personaje estableciendo comparaciones que registran impresionísticamente el momento que está viviendo:

Nené no ve. Nené no oye. *Le parece que su papá crece, que crece mucho, que llega al techo, que es más grande que el gigante del monte, que su papá es un monte, que se le viene encima.*²⁸

Martí retuerce la frase, encuentra otro orden para destacar lo afectivo. De ahí también el uso del verbo en infinitivo mediante el cual no se pone límite a la aflicción del personaje:

*A hacer dulces es a lo que le gusta más a Nené jugar.*²⁹

Nuestro autor sabe de ese jugar con los objetos pequeños, de alinear las palabras en repetición inversa y paralela para que la lengua sea pura música, gracia, espontaneidad, captación íntima del mundo infantil:

Verlo no más, no más que verlo.³⁰

²⁷ *Ib.*, p. 1253.

²⁸ *Ib.*

²⁹ *Ib.*, p. 1250.

³⁰ *Ib.*, p. 1252.

Martí define a su personaje con una serie de oraciones que enhebran la historia de Nené y de sus gustos:

A hacer dulces es a lo que le gusta más a Nené jugar; ¿y por qué será? ¿quién sabe! Será porque para jugar a los dulces le dan azúcar de veras; por cierto que los dulces nunca le salen bien la primera vez; ¡son unos dulces más difíciles!: *siempre tiene que pedir azúcar dos veces*. Y se conoce que Nené no le quiere dar trabajo a sus amigas; porque cuando juega a paseo, o a comprar, o a visitar, siempre llama a sus amiguitas; pero *cuando va a hacer dulces, nunca*. Y una vez le sucedió a Nené una cosa muy rara: le pidió a su papá dos centavos para comprar un lápiz nuevo, y *se le olvidó en el camino, se le olvidó como si nunca hubiera pensado en comprar el lápiz: lo que compró fue un merengue de fresa*. Eso se supo, por supuesto; y desde entonces sus amiguitas no le dicen Nené, sino *Merengue de Fresa*.³¹

Las oraciones de este diálogo entre autor y lector muestran con gracia muy tierna, cuán golosa es Nené. Es decir trazan, delinean el rasgo fundamental del personaje sin una declaración directa. Hasta el seudónimo *Merengue de Fresa* está en función de ese arte de la sugerencia para concluir el período.

En *La muñeca negra*, Martí hace reír a sus lectores con el guiño cómplice de sus picardías que son las mismas que comenta acerca de Piedad.

La tensión y fuerza dramáticas —sostenidas a lo largo del cuento— se presentan en un ambiente de misterio magistralmente creado por Martí.

Mediante una descripción pormenorizada penetramos en ese mundo de Piedad, donde todo está vivificado por la imaginación infantil, y nos sentimos dentro de él:

El piano es de madera, con las teclas pintadas; y no tiene banqueta de tornillo, que eso es poco lujo, sino una de espaldar, hecha de la caja de una sortija, con lo de abajo forrado de azul; y la tapa cosida por un lado, para la espalda, y forrada de rosa; y encima un encaje. Hay visitas, por supuesto, y son de pelo de veras, con ropones de seda lila de cuartos blancos, y zapatos dorados; y se sientan sin doblarse, con los pies en el asiento; y la señora mayor, la que trae gorra color de oro, y está en el sofá, tiene su levantapiés, porque del sofá se resbala; y el levantapiés es una cajita japonesa, puesta boca abajo.³²

³¹ *Ib.*, p. 1251.

³² *Ib.*, p. 1314.

Esta demora en el detalle, esta complacencia en lo trivial, permite entender el mundo infantil en el que reina la muñeca negra:

Y en la almohada, durmiendo en su brazo, y con la boca desteñida de los besos, está su muñeca negra.³³

Para hacer más vívida la tendencia animista infantil, Martí la presenta en diálogo:

Tus ojos son los que quiero yo, porque con los ojos me dices que me quieres; te quiero mucho porque no te quieren.³⁴

Cuando a nuestro personaje se le obliga a romper con los objetos de su querer, su rebeldía se plasma en diálogo que expresa ira, angustia, usando las formas lingüísticas comunes en la lengua:

¡Pero muñeca, háblame, háblame!³⁵

Y la lengua expresa un contenido esencialmente simbólico cuando la niña se acoraza en su mundo para defenderlo de la profanación del adulto, con toda la astucia que sea menester:

¡Ay, mamá, *no me mates el ramo!* ¡mita, ya *me mataste mi flor!*³⁶

Martí juega con las frases, las repite a lo largo del cuento para crear ese ambiente de misterio que precede a la sorpresa, como en:

Mañana hace ocho años que nació Piedad.³⁷

Mañana cumple Piedad ocho años.³⁸

Hoy cumple Piedad ocho años.³⁹

Es de destacar en este cuento la variedad en la repetición de frases y palabras. Unas veces se repite una frase al comienzo de un párrafo preparándonos para entrar en el ambiente donde se desarrolla la escena:

³³ *Ib.*

³⁴ *Ib.*

³⁵ *Ib.*, p. 1316.

³⁶ *Ib.*, p. 1316.

³⁷ *Ib.*, p. 1312.

³⁸ *Ib.*

³⁹ *Ib.*, p. 1315.

De puntillas, de puntillas, para no despertar a Piedad, entran en el cuarto de dormir el padre y la madre.⁴⁰

O al final de la frase, enfatizando por medio de la síntesis:

Todos sus juguetes se los dieron aquella noche, *todos*.⁴¹

O al comienzo de la segunda oración ligando, enhebrando las sentencias en infantil juego expresivo:

Vienen riéndose, como dos muchachones. Vienen de la mano como dos muchachos.⁴²

Otras veces, la frase se repite en distintas partes del párrafo, jugando con el orden de los elementos que la constituyen para sostener una comparación poblada de objetos del mundo del pequeño:

Es un sueño no más, no más que sueño, como esos que se tienen sin dormir, en que ve uno vestidos muy bonitos o un caballo vivo de cola muy larga, o un cochecito con cuatro chivos blancos, o una sortija con la piedra aul; *sueño no más*.⁴³

Este tipo de reiteración está en función de la musicalidad que Martí trata de captar en su lengua y se relaciona con ese gusto por la repetición de sonidos, característica que se da especialmente en la infancia.

Martí, inmerso en el mundo infantil, ha vencido intuitivamente la tiranía de los materiales con que crea. Ha sabido fundir sus más finas intuiciones y descubrimientos del mundo del niño con las formas lingüísticas y técnicas de estilo que expresan todos los movimientos del alma del pequeño mediante combinaciones llenas de sugerencias. *La Edad de Oro* es una revelación más del genio de Martí. Su prosa fluye cristalina y rica en este "ensayo" que es obra maestra de amor, arte y de promociones espirituales y eternas.

⁴⁰ *Ib.*, p. 1312.

⁴¹ *Ib.*, p. 1313.

⁴² *Ib.*, p. 1312.

⁴³ *Ib.*

EROS Y THANATOS EN *AL FILO DEL AGUA*

Por Porfirio SANCHEZ

PARECE que en este mundo en que vivimos todos estamos constantemente "al filo del agua", y para muchos, sólo se necesita una pequeña crisis para que se rompa ese hilo tan tenue, y como resultado sean arrastrados hacia el fondo más hondo de la vida misma. En cuanto a esto, el común denominador de la conducta humana en nuestra época (siglo XX... fracaso de los ideales de fraternidad humana, guerras mundiales, y genocidio...), ha sido concebido, en gran parte, por Sigmund Freud. Este común indicador es conocido con el nombre de "represión". Gran parte del estudio psicofísico del ser humano está basado en la teoría de la represión (se dice que reprimimos una gran parte de nuestros deseos). Esta teoría hace posible no sólo el análisis de la naturaleza humana, sino también el de toda una sociedad. En el concepto de Freud, la esencia de la sociedad se hace específica en el individuo, y la represión de éste, es la esencia del mismo.

Este trabajo se propone un análisis psico-literario de los dos instintos básicos freudianos: Eros y Thanatos. Estos instintos representan el punto de partida para la comprensión de los sentimientos y anhelos reprimidos en el subconsciente humano. A pesar de estar reprimidas y, en cierto modo, ocultas, las emociones marcadas por los dos instintos básicos son las que muestran el comportamiento humano. Eros es, generalmente responsable de la cultura progresiva y representa el aspecto vital, al hombre con proyectos de vida. Thanatos, el instinto opuesto, actúa, generalmente, como un agente negativo en un descenso constante al gran vacío, a la muerte misma.¹

La crítica se ha referido a esta obra como una novela psicológica,² donde se presenta a un pueblo, "que, como todos los de su

¹ Las siguientes obras fueron consultadas: SIGMUND FREUD, *The Ego and the Id* (London: Hogarth, 1957), pp. 29-53; —, *An outline of psychoanalysis* (New York: Norton, 1949), pp. 108-110; —, *New Introductory Lectures on Psycho-analysis* (New York: Norton, 1933), pp. 99-110.

² El carácter psicológico de esta novela ya ha sido señalado por ELAINE HADDAD, "The Structure of *Al filo del agua*", *Hispania*, vol. XLVII (Sep., 1964), 522-23; JOSÉ ANTONIO PORTUONDO, "Al filo del agua", *Cuadernos*

clase, ahoga o expulsa a los que quisieran marcarle un camino hacia el progreso o a los que piensan que deben de ser otras las normas de la existencia en común".³

Desde las primeras líneas de la obra, y de una manera directa, se nos ha presentado el tema de la represión (primer frase... "Pueblo de mujeres enlutadas"), que será justificado a través de la novela, y basado en el hecho de que Eros no se manifiesta en forma adjunta a no ser que se vea por su casi total ausencia. Decimos casi ausente, porque sí está presente. Sólo tenemos que darnos cuenta de que éste es un pueblo cuyas casas tienen pocas puertas "furtivamente abiertas" (p. 3). Así, clandestinamente, es como se ven las primeras señas de Eros. Aquí se nos presenta la posibilidad de que estos personajes imposibilitados de encontrar o poder expresar sentimientos amorosos, lo hacen secretamente. Este aspecto se vuelve a afirmar en el segundo párrafo de la obra donde el autor dice que éstas son, "casas de las que no escapan rumores, risas, gritos, llantos..." (p. 3). Es un pueblo donde no hay vitalidad, donde lo poco que hay está encaminado al fracaso, a las manos de Thanatos. Casas todas con, "cruces de piedra, de cal y canto, de madera, de palma..." (p. 3). Se repite el tema de represión aún dentro del mismo hogar, porque también allí hay puertas, "de las alcobas furtivamente abiertas" (p. 4). Lo único que sale de este pueblo cerrado, de estas casas negras es, "el aire de misterio y hermetismo que sombrea las calles y el pueblo" (p. 5). Sin embargo, lo que verdaderamente domina a todo y todos es la figura de Eros, de un Eros tan escondido que se ve por todas partes. "El deseo, los deseos disimulan su respiración. Y hay que pararse un poco para oírla, para entenderla tras de las puertas atrancadas, en el rastro de las mujeres con luto, de los hombres graves, de los muchachos colorados y de los muchachillos pálidos. Hay que oír en los rezos y cantos eclesiásticos a donde se refugia. Respiración profunda, respiración de fiebre a fuerzas contenida" (p. 5). Aquí tenemos la presentación de Eros, ya íntimamente relacionada con Thanatos. Pero por fuerte que sea Eros, esta gente se ve obligada a reprimirlo:

Americanos, XXXVII (enero-febrero, 1948), 285; MANUEL PEDRO GONZÁLEZ, *Trajectoria de la novela en México* (México: Ediciones Botas, 1951), p. 331, y otros, pero ninguno de ellos ha analizado toda la obra desde el punto de vista de Eros y Thanatos.

³ Esto es lo que dice Antonio Castro Leal en el prólogo a esta novela (sexta ed.), p. ix. Este mismo añade que es, "un pueblo hipócrita", y que la vida del narrador, "le ha permitido penetrar en ese sistema de represiones ante las demandas justificadas de la carne y el espíritu..." (p. x).

⁴ AGUSTÍN YAÑEZ, *Al filo del agua* (sexta ed., México: Editorial Porrúa, S. A., 1965), p. 5. Todas las páginas citadas remiten a esta edición.

"Los deseos vuelan siempre con ventaja, en las noches de luna; los miedos corren detrás, amenazándolos, imprecando espera, chillando: vientos con voz aguda e inaudible. Saltan los deseos de la luz a la sombra, de la sombra a la luz, y en vano los miedos repiten el salto. Dura la vieja danza media noche. Pasa el cansancio. Y a la madrugada, cuando hay luna, cuando la campana toca el alba, comienza el brincar de los deseos jugando con los miedos. La mañana impone la victoria de los últimos, que ya por todo el día serán los primeros en rondar el atrio, las calles, la plaza, mientras los deseos yacen tendidos en las mejillas, en los labios, en los párpados, en las frentes, en las manos, tendidos en los surcos de las caras o metidos en oscuras alcobas, transpirando sudor que impregna el aire del pueblo" (pp. 7-8).

En esta última cita nos da Yáñez una maravillosa personificación de la lucha constante entre Eros y Thanatos. En la misma página vuelve a subrayar el hecho de que Eros es el verdadero protagonista por un lado, y Thanatos por el otro. Ahora se habla de: "lenguas de los deseos"; "jinetes de los deseos", y "deseos en soledad" (p. 8), todo Eros; y a su lado siempre está el, "pueblo de perpetua cuaresma" (p. 8), pueblo de negación, de la muerte. Los que en realidad mandan en este pueblo son, "los cuatro jinetes de las Postrimerías, gendarmes municipales, rondan sin descanso las calles, las casas y las conciencias" (p. 9).

Pero, ¿por qué pueblo de mujeres enlutadas, de Hijas de María o de la Buena Muerte? En esta obra la mujer es víctima de una fuerte misogenia porque se la considera (como se ve en el caso de Micaela, Victoria y otras), impura, influencia maléfica, y porque es símbolo de tentación y concupiscencia. Por eso el matrimonio no es tratado como uno de los sacramentos, no es un momento de felicidad. Son días de vergüenza. "Qué calvario del matrimonio bajo la hostil, cerrada extrañeza colectiva, tradicional" (p. 11). También es, por eso, "Pueblo seco. Sin árboles, hortalizas ni jardines. Seco hasta para dolerse, sin lágrimas en el llorar" (p. 13).

La falta de solución al problema represivo de Eros se presenta porque (entre muchas otras cosas), las únicas fiestas que se celebran son religiosas y específicamente aquellas que están relacionadas con la muerte (p. 13).

Y, ¿qué de las muchachas jóvenes, llenas de esperanza, cómo son reprimidas? Porque todas "tienen" que ser Hijas de María cuando joven, y después socias de la Buena Muerte. Y son aquellas las que "controlan" a Eros, "imponiendo rígida disciplina, muy rígida disciplina, en el vestir, en el andar, en el hablar, en el pensar y en el sentir de las doncellas, traídas a una especie de vida conventual, que hace del pueblo un monasterio" (pp. 13-14).

Entre negro y negro se pasa la vida, entre el ser Hija de María y socia de la Buena Muerte. "Entre mujeres enlutadas pasa la vida. Llega la muerte. O el amor. El amor, que es la más extraña, la más extrema forma de morir; la más peligrosa y temida forma de vivir el morir" (p. 14). Tenemos aquí a un pueblo, que como víctima de la represión, llegará al crimen sin poder hallar la calma para su problema. En este pueblo, todo preso del proceso represivo en su subconsciencia y no pudiendo resolverlo, Thanatos triunfará en la desintegración de algunos de sus personajes. Y, todo porque Eros es aquí la "más peligrosa y temida forma de vivir el morir".

El ambiente psicológico del pueblo descrito en el Acto Preparatorio se dramatiza en las crisis por las que atravesarán varios de los personajes. Aquí queremos presentar ese aspecto psicofísico como visto en Merceditas Toledo, el padre Islas y Luis y Gabriel al enfrentarse a Victoria.⁵

En cuanto a Merceditas, que no sólo es Hija de María, sino también celadora de la Doctrina, Eros llega a su casa, a sus manos, a su mente, a todo su ser, en forma de una carta de Julián. De aquí en adelante, la teoría dualista de Freud⁶ se desarrollará en este personaje. Su 'Ego' le dice en seguida que debiera romper esa "maldita" carta, "hizo intento de romperla; con los dedos temblorosos la estrujó. . . ." (p. 25), pero no la rompió, dando excusas que después de la cena iría al excusado (lugar clandestino, asociado con la impureza) y la rasgaría. Con ese pretexto la metió en el seno, y en ese mismo instante su 'Id' se expresa con toda vitalidad. "La carta en el seno, era como una brasa. Lo echarían de ver. Un sudor se le iba y otro se le venía, y la cena no terminaba nunca" (p. 26). En esta cita se puede ver muy bien la repercusión en que la conciencia y la subconsciencia tiene el recibo de la carta. Percibimos el conflicto entre sus deseos (el 'Id'), lo que quisiera que pasara, y su 'Ego', por otro lado, queriendo disminuir la lucha que su 'Id' tiene con la realidad sensorial, con los instintos eróticos ahora despertados por la carta. Pero ella tiene todavía otro defensor contra esos pensamientos "impuros", en este caso las normas morales ('superego') del "pueblo conventual" donde vive: "Ella estaba consagrada a Dios y a su Santísima Madre. ¡Tentaciones! pero cuán risibles; ojalá". dice ella, "fueran así todas las tentaciones" (p. 27). Pero en vez de destruir a Eros destruyendo la carta, da más razones porque sí debiera leerla, como se ve en lo siguiente: "Verse asaltada por ten-

⁵ En el caso de Damián y Micaela (pp. 269, 276) tenemos un ejemplo donde la represión los lleva al crimen o al pecado.

⁶ Según FREUD, *New Introductory Lectures on Psycho-analysis* (op. cit., pp. 104-106), la mente tiene tres zonas estructurales: el 'Id', el 'Ego' y el 'Superego'.

taciones y luchar con ellas no era pecado. Leería, leyó la carta. Estremeciése" (p. 27). Lee sólo unas palabras y luego rompe la carta, pero ya es tarde, porque aquí Eros triunfa momentáneamente. "Lejó los pedazos, hizo luego una bola con ellos y los arrojó a la inmundicia de donde procedían" (p. 27). Desgraciadamente para ella, entre más trata de ahuyentar sus tentaciones, más obsesionante e irresistible se vuelve ese demonio rebelde. Poco después se acuesta, pero no le llega el sueño. Lo que sí llega es un verdadero diálogo interno entre el 'Id' y el 'Ego': —"Yo he sufrido mucho con ese orgullo, y tanteo no resistir el sufrimiento, que es injusto, porque mis intenciones han sido buenas, y no merezco ese desprecio. —Mentiras: ni sufre... —¡Yo no seré responsable! ¿Por qué? —Tú serás responsable, tú, porque a fin de cuentas es natural cuanto te propone... —¡Natural no! Yo soy Hija de María Inmaculada" (p. 28). Momentos después Julián-Eros se dirige a ella en ese diálogo interior con palabras todas llenas de pasión: —"Yo soy el insomnio. Mi carta, mi silbido, mi respiración entre las hendeduras de tu ventana. ¡Cuán frágil valladar separa de tu lecho y de tu inquietud: unas maderas apolilladas y una fingida resistencia de tu cabeza frente a los impulsos de tu sangre, que al fin vencerán, por ser más poderosos! ¿No he de llegar a ti, si he podido hacer que mi carta se abrigue junto a tu corazón? ¡He de llegar a ti, hoy o mañana, tarde o temprano, y tú misma desearás —¿deseas ya?— mi llegada! ¡Desearás que nunca nos apartemos! ¡Mi separación y mi ausencia serán tu mayor tormento! Ya lo pide la sangre, brincándote a lo largo del cuerpo, y es inútil toda resistencia de las pobres, las temerosas, las débiles ideas que quieren defenderte" (p. 29). Termina ese delirio cuando oye unos pasos, los de su madre, que ella ya cree ser los del ser deseado... Eros. El autor mismo explica esa lucha entre Eros y Thanatos en *Merceditas* como sigue: "Y quién sabe si allá en el fondo, muy al fondo, monstruoso, inconfesable, bulla un sentimiento de desilusión, disfrazado de vergüenza por haberse adelantado a asustarse con el pensamiento de un peligro imposible, que confundió los amorosos pasos maternos y en unos segundos la hizo vivir años de sensaciones tremendas, donde horror y delicia chocaban cayendo a plomo la existencia, muriendo, resucitando, agotando en un minuto los anhelos, placeres, dolores de una y muchas vidas" (p. 30).

Eros saldrá finalmente vencido por Thanatos cuando ella proclama que para reprimir esos deseos, de aquí en adelante tendría, "una vida de rigurosísima penitencia", la que, "borraría de sus ojos y frente los estigmas de la carta leída y del criminal minuto en que la estremeció el sentimiento de ser abrazada por un intruso aborrecible" (p. 32). Porque no pudo escapar de tal conflicto, ahora en

su subconsciente, se castiga a sí misma, por hechos (en este caso pensamientos) que conscientemente niega o no entiende.⁷

El conflicto de Merceditas sólo se puede entender si se conoce el ambiente donde "vive". Y, al hablar de esa circunstancia, es obligatorio hablar del padre director (aptamente nombrado Islas), el carcelero sexual del pueblo. Yáñez le dedica todo un capítulo a este personaje y dice de él: "Se trata del presbítero don José María Islas, ministro de la parroquia y director de la Asociación de las Hijas de María Inmaculada; este cargo le confiere la poderosa influencia que lo hace respetable y temible aun a sus malquerientes" (p. 217). Llega hasta tal punto el poder del padre Islas que aun se dice que, "fue acentuándose el carácter clandestino de los matrimonios, y fuera de los ranchos no se sabe jamás de comidas y fiestas de boda" (p. 231). La psicosis del padre director es tan fuerte que ni siquiera los que viven fuera del pueblo se escapan de ella. De que el padre Islas le haya declarado guerra a muerte a Eros no hay ni duda. Dice el autor, "La obsesión del padre Islas ha ido propagándose. Son muchas las mujeres —y no faltan varones— a quienes si se les quiere ver sufrir o enojarse, no hay más que hacerlos pasar por donde un viento impertinente junte ropas femeninas y masculinas puestas a secar en tendedores. El más leve indicio sexual y aun la sospecha de que algo lo simbolice —llegándose a escrúpulos absurdos— causa desasosiegos trágicos" (p. 231). Es, precisamente, en este ambiente de "represión" donde nació Merceditas y muchas otras como ella. El autor mismo concuerda con esto cuando dice, "los niños van adquiriendo uso de razón en este clima de penumbra, inhibitorio. Sus pasos y risas tropiezan en mitad de silencios. Hallan que todo en la vida es un misterio. Escuchan frecuentemente la idea de que mejor hubiera sido que no vinieran al mundo" (p. 232). Por causa de sus propias flaquezas, el padre Islas le declaró la guerra al sexo y se propuso extrangularlo, aniquilarlo. En cuanto a esto, Yáñez dice, "Ha venido germinando y ramificándose —como un tumor canceroso— en el alma del padre Islas —desde seminarista, desde púber— el miedo de sucumbir a pecados de impureza, la desconfianza en sus fuerzas para oponerse al espíritu inmundo, la casi seguridad de hallarse un día manchado con las peores culpas y, por ellas, condenado, impenitente. Tal es el filo agudo en el drama de sus escrúpulos" (p. 234). Ahora podemos entender mejor porque tiene tal beligerancia intransigente y represiva contra la sensualidad, porque él también tiene su propio conflicto entre Eros y Thanatos.

⁷ Conflictos como los que sufrió Merceditas entre el 'Id' y el 'Ego' hacen que se desarrolle en el individuo el complejo de culpa y los deseos de ser castigado.

A los próximos dos personajes que queremos discutir, les llega Eros en forma de una mujer que viene al pueblo para las celebraciones religiosas. Luis Gonzaga (su nombre es el del Rey-Casto) y Gabriel (como el arcángel que anunció a María) representan dos mentalidades adolescentes distintas dentro de la misma rígida atmósfera religiosa en la que ambos se criaron. Victoria, la hermosa forastera (que no es Hija de María, que no viste de negro) que precipita las crisis, simboliza el despertar de la carne, la llegada inevitable de los apetitos sensuales (Eros) normales a estos dos muchachos. Los efectos tan diferentes (la locura de Luis, el desarrollo espiritual y material de Gabriel) de situaciones esencialmente idénticas, se basan en la diferente actitud mental, "la vivencia" de cada muchacho ante el conflicto entre los deseos y la represión de los mismos.

Luis, el ex seminarista de orgullo satánico, se siente destinado a un brillante futuro por sus dotes de intelectual; aunque la atmósfera del pueblo es ya letal por sí sola, Luis tiende a empeorar la situación subrayando el intelectualismo exagerado que deshumaniza. Su naturaleza, sin embargo, se resiste a ser únicamente el mecanismo que mantenga funcionando al cerebro. Al ser totalmente negada, repudiada, la sensualidad subterránea de Luis empieza a escaparse disfrazada de fervor religioso. Es Viernes Santo, y en vez de ir a los Oficios se marcha al campo. Allí solo se dirige al pueblo con estas palabras: "Pueblo mío, yo venceré tu obstinación, yo venceré la obstinación de tu cura y tu ceguera. He nacido para salvarte y tus escarnios me exaltarán. Victoria, tienes ojos de tentación y eres viuda; pero estoy muy alto, desde donde ni siquiera podría distinguir tu garbo; acá vendré la mañana que te marches, ojalá pronto, ojalá llevaras contigo a Micaela, a María, a Mercedes, a Marta, a Gertrudis, a Isabel" (pp. 117-18). Quiere que se vayan todas las que representan un peligro para él, peligro de la carne.

En el seminario se ha conocido a Luis como un "cristiano a lo Chateaubriand" (p. 119) para quien la religión era más rito externo que otra cosa. El muchacho encuentra en las prácticas religiosas un medio para llegar a paroxismos de sensación que él clasifica como "misticismo".

La llegada de Victoria como huésped a su casa altera el relativo equilibrio que Luis había logrado contra Eros: su líbido se desborda. El muchacho no se enfrenta a la situación, sino que huye de Victoria recitando partes del oficio de Viernes Santo (día simbólico de muerte, para él de represión) y sube solo a un monte cercano, donde se entrega a un arranque de fervor "a lo Chateaubriand" (pp. 113-115). Su exaltación crece al ritmo de un arrodillarse-levantarse-arrodillarse que acompaña a su rezo. La serpiente (símbolo fálico

co) que se le cruza en el camino (p. 121) lo distrae momentáneamente. y, aunque delibera si debiera encarársele y matarla, no lo hace por el temor secreto de las supersticiones del pueblo. Es decir, Luis al darse cuenta de la serpiente (que simboliza su sexo) reconoce vagamente la necesidad de enfrentarse a tal "peligro", pero interfieren las creencias supersticiosas del pueblo (que identifica *lo físico* con *lo malo, lo vergonzoso, lo inconfesable*), y Luis no toma ninguna acción. Se queda a merced de lo que tanto se esfuerza por negar... Eros.

Luis Gonzaga se remonta en su pseudo-misticismo al ritmo de su arrodillarse-levantarse-arrodillarse; llega a la cumbre de sensación cuando se identifica con Cristo en el climax del sacrificio del Calvario: "En la cruz, Luis Gonzaga" (p. 115). El desarrollo de los sentimientos de Luis se verán ahora proyectados en la circunstancia misma: "Tanto reverbera el sol, que lo pardo se hace translúcido, y el ocre profundo cobra tonos de sangre" (p. 114). Así como hierve la tierra bajo un sol fulgente e implacable, hierve también la sangre del muchacho: "en el cielo ni una nube. Ni la frescura del más ligero viento... El sol con su lumbre a cuestras. Ni el velo de un celaje" (p. 116), "Los horizontes bailaban como flamas de hoguera... Lumbre caía de lo alto, lumbre salía de las entrañas del mundo, lumbre acumulaban todos los rumbos, en solemne silencio" (pp. 121-22), "El sol martilleaba sobre las sienes... Cada vez el zumbido de las orejas era más terrible" (p. 123). Finalmente, al tiempo que el cuerpo de Luis Gonzaga se desploma, derrotado por el implacable sol, la mente cede también, incapaz de sostenerse más tiempo en ese clima psicológicamente enfermo. El sacrificio se ha consumado: Luis Gonzaga perece en su Gólgota, víctima de la tradición antivital de "su" pueblo, que lo forzó a la represión como medio de escape. El que queda, irremediamente loco, obsesionado por la tremenda lujuria, es apenas los despojos de Luis Gonzaga. El instinto vital (Eros) ha sido una vez más vencido por Thanatos. El descenso hacia la locura es para Luis una forma de escape del dolor y del sufrimiento.

Esto se explica más en detalle cuando don Dionisio recuerda lo que le contó don Alfredo de la locura de su hijo: "Lo obsceno se convirtió en idea fija, mediante la cual pudo coordinar otras representaciones. Los caricaturescos modales de cortesía se combinaron extrañamente con palabras, ademanes y visajes lúbricos. Fue una explosión devastadora, inextinguible..." (p. 330), "La obsesión lasciva nada respetaba" (p. 331), "...no se había registrado antes un caso de desbordamiento libidinoso tan persistente y tan irrefrenable" (p. 332). Todo termina con el intento de suicidio por parte de Luis, y después encerrado en el manicomio.

El caso de Gabriel, el campanero, en cambio, se resuelve en forma totalmente distinta. Gabriel es un muchacho tímido y solitario que vive aparentemente aislado del resto del pueblo. El mundo de Gabriel es el campanario, donde pasa todos sus ratos libres: "vive en las nubes, naturalizado en las campanas, él mismo sintiéndose alma sonora de bronce..." (p. 179). Las campanas en manos de Gabriel tañen con acentos fieles al ánimo del pueblo: "era como si él hablase, como si en él su pueblo hablase: su pueblo que él mismo era, cuyo carácter traía infundido: médula intransferible" (p. 181). Del mismo modo que Luis había subrayado el intelectualismo estéril, Gabriel cultivaba su sensibilidad vital para, "... buscar —en variados impulsos de su mano sobre las campanas— el acento de aquella lengua que le habla desde la hondura del infinito... desde la fuerza con que cierra el pueblo sus ventanas y puertas... desde las calles nocturnas privadas de toda luz, desde los nervios que paralizan el rostro de los vecinos, desde los vestidos y chales negros de las mujeres, desde la veta que surte —subterráneamente— la angustia del vivir, aquí y ahora" (p. 180).

Victoria sube al campanario al encuentro de Gabriel; él, ensimismado en su concierto, no se da cuenta de la presencia de la dama, "las descargas de cuya emoción debieron ser tan poderosas, que despertaron al aborto" (p. 189). Al verla, Gabriel experimenta una serie de sensaciones hasta entonces desconocidas: "sentía como si un viento venido de lejanísimas regiones, un viento de la noche, descuajara montañas, poblaciones, ríos; y le golpeara la cara, físicamente; y se le filtrara por entre la piel, en los bronquios, en los oídos, ahogando sesos y corazón, reventando arterias, cercenando las alambradas de los nervios" (p. 189). Gabriel cree ver visiones: Victoria es a la vez presencia terrible y dulce, "el demonio en figura de ángel, con vestido de mujer" (p. 190). La presencia de Victoria, símbolo de Eros, lo ahoga con emociones desconocidas, inverosímiles; "imposible rehuirla, sino tirándose de la torre" (p. 190). Es la vida triunfante, de la que sólo se escapa por medio de la muerte... Thanatos.

"Cabeza, brazos magníficos, muslos vivientes, muslos inolvidables al recato feroz, instintivo..." (p. 190), Victoria da un paso hacia él. Crece la furia del aire, le zumban las orejas y Gabriel se siente desmayar. Trata de hablar, de preguntar, pero no lo logra, "porque había estallado la vergüenza congénita, la vergüenza de toda la vida... surgiendo virulenta, en millones de gérmenes, en cada glóbulo de la sangre" (p. 190). Gabriel cierra los ojos y se desploma.

Momentáneamente parece que tenemos aquí una repetición de lo que le pasó a Luis. Pero, del desmayo no sale el adolescente,

sino el "arcángel magnífico". Ya no era, "el dulce nuncio del misterio, con la azucena en la mano", sino "el arcángel de fuego a la puerta del paraíso, con el astro sereno en la frente" (p. 192). Gabriel ha superado la crisis que abatió a Luis; ha comprendido, intuitivo, con su sensibilidad vital, el misterio de la vida; con la sabiduría vital que no se aprende de los libros, Gabriel comprende que su salvación está en dejar ese pueblo en cuanto antes posible. Y se va.

Pero antes de irse, todo el pueblo se entera del cambio vital de Gabriel. Se comunica con todo el pueblo como lo había hecho antes, a través de las campanas. Pero ahora, "al llamar una tarde para la conferencia de las Hijas de María, las campanas doblan" (p. 185). Quizá con intención llama así Gabriel a las Hijas de María. Todo esto pasa después de las cuatro veces que se vieron él y Victoria. Como antes, Yáñez nos vuelve a dar una explicación de esa lucha entre Eros y Thanatos. Dice: "La muerte misma —¡qué angustiosa!— que angustiosa disloca el esqueleto de los días, minuto a minuto, a segundos descoyuntados, como dicen que lo hace también el amor. . . Dicen que el amor es también como la muerte. ¿Será ésta o el otro quien descoyunta el pulso de Gabriel? ¿Esta o el otro hace florecer la fiebre? ¿Amor o muerte marchita el ánimo? Dicen que amor es género de muerte" (p. 185). La antítesis de los dos instintos básicos: Eros y Thanatos. El despertar de Eros en Gabriel se ve muy bien en el desconcierto de las campanas. Después de esto no se le permite repicarlas. Pero el día en que ve a Victoria salir del pueblo (expulsada), él se vuelve apoderar de las campanas, "para conseguir la voz que necesitaba y desahogar el piélagos amargo que lo invadía. Ni llegó a saber lo que tocaba; eran palabras que acudían a su boca y brotaban de los nervios, tirando de los badajos —lenguas de fuego y eternidad—; era la satisfacción de llorar con un canto nuevo y arcaico, sobrehumano, como si concertara las voces de todos los mundos y de todos los tiempos: presentes, pasados y futuros; todas las agonías y todas las esperanzas de los que sufrieron, de los que sufren, de los que sufrirán" (p. 239). En efecto el doblar de las campanas, cada vez más fuerte (al mismo tiempo que Victoria se aleja del pueblo), simboliza la ya avanzada desintegración de su subconsciencia. Ya el 'Id' se ha impuesto, y parece llevar a Gabriel también a los brazos de Thanatos: la locura o la muerte. Cuando ya casi no puede ver a la señora en la distancia, "los dobles cobraban desesperación, celerantes; pero en su angustia conseguían hacer oír un ruego —cifra de final esperanza—, un grito de ternura elocuente. . ." (p. 240). Y, ahora también a él lo tiene todo el pueblo por loco. Hasta se enferma más tarde cuando se le dice que Luis se huyó de su casa, siguiendo a Victoria. Pero

Eros todavía está con Gabriel, porque él se enferma por los celos que siente y también por el amor (pp. 246-47). Un día Gabriel se levanta, pero no para ir al manicomio como Luis, sino para irse en busca de su Victoria. . . Eros triunfa en él.

Victoria no fue en ningún momento un elemento destructivo ni para Luis ni para Gabriel. Ella simboliza lo inevitable, la fuerza vital innegable de Eros o de Thanatos. La "vivencia" de cada muchacho enfrente a estos dos instintos fue lo que determinó el desenlace individual.

Para la mayoría de la gente de este pueblo de mujeres enlutadas de casas con puertas secretamente abiertas, donde reinan los cuatro jinetes de las Postrimerías (p. 290), la vida sólo se pasa, "entre una Casa de Ejercicios y un Camposanto" (p. 351).

Así hemos podido ver en *Al filo del agua*, la intervención de los dos instintos, Eros y Thanatos, y el papel tan importante que desempeñan en esta obra de Yáñez. Un pueblo, todo víctima, más bien de la negación que de la expresión, busca su salvación en la muerte. Las soluciones aparentes (Hija de María, Ejercicios de encierro, las fiestas religiosas, etc.) no logran calmar los deseos reprimidos, y, por lo tanto, a través de un proceso destructivo, con la excepción de Gabriel, cada personaje importante termina en los brazos de Thanatos.

SEMEJANTE A LA NOCHE O LA CONTEMPORANEIDAD DEL HOMBRE

Por M. Roberto ASSARDO

“SEMEJANTE a la noche” es uno de los relatos que se encuentran en la colección *Guerra del tiempo* escritos por el novelista cubano Alejo Carpentier. Está contado en primera persona, pero con una característica original: la identidad del narrador varía a lo largo del relato. De hecho, no hay un narrador único, sino cinco narradores diferentes que pertenecen a distintas épocas de la historia. Existe, sin embargo, un elemento de unidad: los cinco personajes narradores se encuentran en situaciones análogas. Se trata, en todos los casos, de soldados que se preparan a partir para una guerra que habrá de librarse en un país lejano.

El relato comienza al amanecer del día en que llegan las cincuenta naves que envía el Rey Agamenón y con los preparativos de la expedición que va a ir a Troya para rescatar a Elena; termina con la partida de la flota acaiana al amanecer del día siguiente. Intercalados en este relato y yuxtapuestos, sin orden determinado, aparecen episodios similares que aparentemente ocurren en otras regiones del mundo y en otros momentos de la historia. Es precisamente el contexto histórico y geográfico —las referencias a personajes históricos, lugares y hechos conocidos— lo que permite situar, temporalmente, estos cuatro episodios, por ficticios que ellos sean, y descubrir que estamos en presencia de narradores diferentes. Por ejemplo, el narrador que aparece en la segunda sección del relato, es un soldado castellano que se prepara a partir para América. No cabe duda acerca de su personalidad, ni la época a la que pertenece, puesto que se alista en “la armada del Adelantado”, se menciona la Casa de la Contratación, y la Virgen de los Mareantes y se pinta con gran detalle la atmósfera animada del puerto de Sevilla en el siglo XVI.

La siguiente sección tiene lugar en el siglo XVIII en Francia: el tercer narrador está alistándose para una campaña que irá al Nuevo Mundo con el propósito de tomar posesión de tierras en nombre del Rey de Francia. Está en casa de su prometida despidiéndose. La expedición en que va a participar remontará el río Colbert, conocido después como el Misisipi, hasta llegar a las regiones de Chicaguá

para civilizar a las tribus indígenas, evangelizándolas y enseñándoles nuevas técnicas agrícolas. Los pocos datos históricos que suministra el narrador nos hacen pensar en la empresa del padre Marquette y de Louis Jolliet que recorrieron el río Colbert (en honor al ministro de Luis XIV) en el año de 1672 y después llegaron al territorio que los indios llamaban "Cheecagua" en 1673. En esta misma sección, y sin transición alguna, se retrocede, súbitamente, a la Edad Media. El tercer personaje, el soldado francés, salta por una ventana porque llega el padre de su prometida. Este salto no ocurre sólo en el espacio, sino también en el tiempo. Sin que podamos explicárnoslo, retrocedemos al siglo XIII. Como por arte de magia, el tercer personaje-narrador se convierte en un cuarto personaje-narrador. Lo primero que éste ve, una vez que ha saltado por la ventana, es a un ermitaño que pregona una cruzada para la liberación del Santo Sepulcro. "Tiempo atrás había estado a punto de alistarme en la cruzada predicada por Fulco de Neuilly. En buena hora una fiebre maligna —curada, gracias a Dios y a los unguentos de mi santa madre— me tuvo en cama, tiritando, el día de la partida: aquella empresa había terminado, como todos saben, en guerra de cristianos contra cristianos. Las cruzadas estaban desacreditadas" (123-124).¹ Inmediatamente después de estas palabras, hay otra repentina mutación, y aparece un quinto personaje-narrador, esta vez del siglo XX. Este quinto narrador, al igual que los otros está presenciando los preparativos de un embarque de tropas durante la Primera Guerra Mundial. Se presupone que el lugar es un puerto de los Estados Unidos, y que es el presente siglo porque se alude a ciertas acciones y a ciertos materiales que sólo existen hoy en día. "Los regimientos de infantería subían lentamente por las pasarelas, en medio de los gritos de los estibadores, los silbatos de los contramaestres, las señales que rasgaban la bruma, promoviendo rotaciones de grúas. Sobre las cubiertas se amontonaban trastos informes, mecánicas amenazadoras, envueltos en telas impermeables. Un ala de aluminio giraba lentamente" (124). Como queda visto, en esta sección están entretnejidos los relatos de tres narradores diferentes que viven en tres épocas históricas distintas. La cuarta y última sección vuelve otra vez a Grecia, a la escena del primer personaje narrador.

El modo como los incidentes están ensamblados dan la impresión de que fueran momentos de un solo día. El relato en su totalidad comienza y termina con el soldado que va a Troya. Ese episodio dura veinticuatro horas. Como ya se dijo, empieza en la madrugada de un

¹ Todas las citas que aparecen en este trabajo han sido tomadas de: "Semejante a la noche", en *Guerra del tiempo* (México, Cia. General de Ediciones, S. A., 1958, pp. 109-132).

día y termina en la madrugada del siguiente. Los relatos intercalados parecen corresponder a las sucesivas etapas de esas veinticuatro horas: la mañana, el medio día, la tarde, el anochecer. Uno de los mejores medios para indicar el transcurso de este tiempo es por medio del movimiento del sol y por la progresión de luz y sombra. "El mar empezaba a verdecir entre los promontorios todavía en sombras" (109). El sol comienza su marcha ascendente. "Las olas claras del alba se rompían entre gritos, insultos y agarradas a puñetazos" (109). El tiempo también se mide por el movimiento del sol en las montañas. "A medida que las naves eran sacadas del agua, al pie de las montañas que ya veían el sol" (110). En todo momento el narrador siempre está muy consciente del paso del tiempo. "De pronto, tuve la angustiada sensación de que faltaban pocas horas —apenas trece— para que yo tuviese que acercarme a aquellos buques, cargando con mis armas" (124). Más adelante, señala los efectos de los inventos modernos para indicar el tránsito de las horas. "Las luces se encendían ya en la ciudad, precisando en puntos luminosos la gigantesca geometría de los edificios" (125). Viendo el mundo desde lo alto del edificio donde se encuentra, se da cuenta de que está oscureciendo en la ciudad. "Abajo, en las calles, era un confuso hormigueo de cabezas y sombreros. No era posible, desde este alto piso, distinguir a las mujeres de los hombres en la neblina del atardecer" (125). El ciclo temporal empieza a completarse. "Faltaban pocas horas para el alba" (127). Hasta llegar al punto final en donde había comenzado el día anterior. "Contemplé largamente las casas de mi pueblo, a las que el sol daba de frente" (131).

El trigo juega un papel esencial en este relato. Sirve como una especie de *leit motiv*, que en el fondo, enlaza las diferentes secciones y las diferentes épocas. Se menciona por primera vez en la primera página. "Al oír la señal, los que esperaban desde hacía tantos días sobre boñigas de las eras, empezaron a bajar el trigo hacia la playa" (109). En la siguiente página, el narrador menciona la importancia y utilidad que el trigo tendrá para ellos. "Aquel aceite, aquel vino resinado, aquel trigo sobre todo, con el cual se cocería bajo ceniza, las galletas de las noches en que dormiríamos al amparo de las proas mojadas" (110). La primera sección se cierra cuando se ve a los hombres cargando el trigo en las naves. "En la playa, seguía embarcándose el trigo" (113). En la siguiente sección, se continúa cargando el trigo que irá a las Indias. "Seguía el trasiego del vino, el aceite y el trigo, con ayuda de los criados indios del Veedor, impacientes por regresar a sus lejanas tierras" (114). El segundo capítulo se cierra con la misma idea que en el anterior. "Miré hacia el puerto. El trigo seguía entrando en las naves" (118). Al llegar a la época contemporánea, el trigo continúa el mismo recorrido, "Estaban todos

arrimados a los muelles, lado a lado, con las escotillas abiertas, recibiendo millares de sacos de harina de trigo entre sus bordas pintadas de arlequín" (124). Finalmente, vuelve a aparecer a la conclusión del relato, ya camino a Troya. "La nave, demasiado cargada de harina y de hombres, bogaba despacio" (131).

Cada uno de los narradores que aparecen en el relato espera participar en una empresa gloriosa, que cada cual ha idealizado y convertido en proyecto vital. La misión a que el primero se siente llamado, es entrar triunfante en Troya para rescatar a Elena. "Durante días no habían hablado, los mensajeros del Rey Micenas, de la insolencia de Príamo, de la miseria que amenazaba a nuestro pueblo por la arrogancia de sus súbditos, que hacían mofa de nuestras viriles costumbres; trémulos de ira, supimos de los retos lanzados por los Ilios a nosotros, acaienos de largas cabelleras, cuya valentía no es igualada por la de pueblo alguno. Y fueron clamores de furia, puños alzados, juramentos hechos con las palmas en alto, escudos arrojados a las paredes, cuando supimos del rapto de Elena de Esparta" (111). Este sentimiento es tan fuerte que perder la vida en la empresa sería un modo de dignificarse. "Aspiré hondamente la brisa que bajaba por las laderas de los olivares, y pensé que sería hermoso morir en tan justiciera lucha, por la causa misma de la Razón" (113).

En el segundo narrador están presentes las actitudes, sumamente idealizadas, de los soldados que iban a las Indias durante la Conquista. Se insiste más en la evangelización, que en la búsqueda del oro y la explotación de los indios para obtener riquezas. Estas vendrán como recompensa por haberlos convertido a la fe.

Le hablé (a mi madre) de los altos propósitos, haciéndole ver la miseria de tantos pobres idólatras, desconocedores del signo de la cruz. Eran millones de almas, las que ganaríamos a nuestra santa religión, cumpliendo con el mandato de Cristo a los Apóstoles. Éramos soldados de Dios, a la vez que soldados del Rey, y por aquellos indios bautizados y encomendados, librados de sus bárbaras supersticiones por nuestra obra, conocería nuestra nación el premio de una grandeza inquebrantable, que nos daría felicidad, riquezas, y poderío sobre todos los reinos de la Europa (117).

El tercer narrador es ambivalente. Por un lado es un humanitario que se une a una empresa que va a civilizar a los nativos. "Íbamos a cumplir una tarea civilizadora en aquellos inmensos territorios selváticos... enseñando nuevas artes a las naciones que en ellos residían" (120). Pero por el otro lado, es un egoísta y un cínico que busca gloria para sí, aunque tenga que matar indios para lograrla. Habla de: "Una aventura que daría relumbre a mi apellido, lográn-

dose, tal vez, que la noticia de alguna hazaña mía, la pacificación de alguna comarca, me valiera algún título otorgado por el Rey —aunque para ello hubieran de perecer, por mi mano, algunos indios más o menos. Nada grande se hacía sin lucha, y en cuanto a nuestra santa fe, la letra con sangre entraba” (122).

El cuarto narrador es un escéptico: duda de la eficacia de las cruzadas, porque fracasaron sin lograr los resultados que se proponían. El quinto narrador vuelve a mostrar el idealismo y optimismo de los dos primeros. Considera que la causa por la cual va a luchar es justa y que va a someter, por última vez, las fuerzas opresoras del mal. “Yo surcaría el Océano tempestuoso de estos meses, arribaría a una orilla lejana bajo el acero y el fuego, para defender los principios de los de mi raza. Por última vez, una espada había sido arrojada sobre los mapas de Occidente. Pero ahora acabaríamos para siempre con la nueva Orden Teutónica, y entraríamos victoriosos en el tan esperado futuro del hombre reconciliado con el hombre” (125-126).

Al comenzar la última sección se vuelve otra vez al guerrero del primer capítulo, que irá a Troya, pero se nota que ha habido un cambio radical en él. Ha perdido la seguridad y el valor de antes. “Cuando regresé a mi casa, con los pasos inseguros de quien ha pretendido burlar con el vino la fatiga del cuerpo ahito de holgarse sobre otro cuerpo, faltaban pocas horas para el alba. Tenía hambre y sueño, y estaba desasosegado, al propio tiempo, por las angustias de la partida próxima” (127). Además, ha perdido el idealismo. Se encuentra desilusionado. Todos los valores que consideró positivos, dejan de serlo. Los objetivos que antes iba a defender aún a expensas de su vida, ahora le parecían faltos de significado.

Cuando bajé hacia las naves, acompañado de mis padres, mi orgullo de guerrero había sido desplazado en mi ánimo por una intolerable sensación de hastío, de vacío interior, de descontento de mí mismo. . . Había pasado el tiempo de las guirnaldas, las coronas de laurel, el vino en cada casa, la envidia de los canijos, y el favor de las mujeres. Ahora serían dianas, el lodo, el pan llovido, la arrogancia de los jefes, la sangre derramada por error, la gangrena que huele a almibares infectos. No estaba tan seguro ya de que mi valor acreciera la grandeza y la dicha de los acaienes de largas cabelleras (130).

En vez de idealismo, se nota cinismo. Ahora ve a Elena de Esparta desde un punto de vista totalmente distinto, como prototipo del vicio y la degeneración. “Un soldado viejo que iba a la guerra por oficio, sin más entusiasmo que el trasquilador de ovejas que camina hacia el establo, andaba contando ya, a quien quisiera escucharlo, que Elena de Esparta vivía muy gustosa en Troya, y que

cuando se refocilaba en el lecho de Paris sus estertores de gozo encendían las mejillas de las vírgenes que moraban en el palacio de Príamo. Se decía que toda la historia del doloroso cautiverio de la hija de Leda, ofendida y humillada por los troyanos, era mera propaganda de guerra, alentada por Agamemón, con el asentimiento de Menelao" (130-131). Según el soldado viejo, el carácter de esta empresa es totalmente diferente del que se le había dado a entender a las tropas. Los altos ideales que se habían invocado servían únicamente para cubrir el verdadero fondo de la operación, que era el abrir nuevas rutas comerciales que beneficiarían a los griegos. "En realidad, detrás de la empresa que se escudaba con tan elevados propósitos, había muchos negocios que en nada beneficiarían a los combatientes de poco más o menos. Se trataba sobre todo —afirmaba el viejo soldado— de vender más alfarería, más telas, más vasos con escenas de carreras de carros, y de abrirse nuevos caminos hacia las gentes asiáticas, amantes de trueques, acabándose de una vez con la competencia troyana" (131). Finalmente, cuando el narrador se ve comprometido a desempeñar el papel que se ha propuesto, se da cuenta de la falsedad de este mundo, de que todo en él es ilusión. "Me quité el casco y oculté mis ojos tras de las crines enhiestas de la cimera que tanto trabajo me hubiera costado redondear —a semejanza de las cimeras magníficas de quienes podían cargar sus equipos de guerra a los artesanos de gran estilo y que, por cierto, viajaban en la nave más velera y de mayor eslora" (131-132). El escepticismo y el cinismo del tercer y cuarto narradores prepara este cambio de actitud en el narrador de la última parte, lo que contribuye a dar unidad al relato.

La narración lleva un epígrafe tomado del Canto Primero de *La Iliada*: "Y caminaba, semejante a la noche" que explica el título del relato. El episodio con que se inicia y termina vendría a ser, cronológicamente, muy anterior a las acciones que se relatan en *La Iliada*. Por supuesto, es puramente imaginado por Carpentier. Sin embargo, utiliza algunos elementos extraídos del poema homérico para crear la atmósfera apropiada. Se alude por ejemplo a las cincuenta naves del Rey Agamemón, a la insolencia de Príamo y a los acaienos de largas cabelleras.

Carpentier exalta, irónicamente, al guerrero sobre las otras ocupaciones o sobre los esclavos. Está implícito que el hombre libre es el único que hace la guerra. "Al observar las filas de cargadores de jarras, de odres negros, de cestas, que ya se movían hacia las naves, crecía en mí, con un calor de orgullo, la conciencia de la superioridad del guerrero" (110). La procedencia de una persona carece de importancia, lo que vale son los ideales que posee. En este caso, el narrador proviene de un origen humilde, pero está dispuesto a luchar

por una causa que considera justa. "Y me tocaría a mí, hijo de talabartero, nieto de un castrador de toros, la suerte de ir al lugar en que nacían las gestas cuyo relumbre nos alcanzaba por los relatos de los marinos; me tocaría a mí, la honra de contemplar las murallas de Troya, de obedecer a los jefes insignes y de dar mi ímpetu y mi fuerza a la obra de rescate de Elena de Esparta" (112). Como se ha visto en la sección final del relato, todas estas ilusiones se desvanecen. Las anécdotas excitantes de los mensajeros de Micenas se convierten en chismes de soldados, y los jefes insignes se vuelven arrogantes.

Hay varias características análogas entre los diferentes narradores. Los padres del primer y segundo narradores tienen el mismo oficio, ambos son talabarteros. La madre también juega un papel importante. Ella va a sufrir con la ausencia del hijo, y la fuerza moral del padre le servirá de sostén. El primer narrador musita: "La idea de ser traspasado por una lanza enemiga me hizo pensar, sin embargo, en el dolor de mi madre y en el dolor, más hondo tal vez, de quien tuviera que recibir la noticia con los ojos secos —por ser el jefe de la casa" (113). En el caso del segundo narrador, la situación es muy parecida. "(Mi padre) me llevó suavemente hacia la puerta de la habitación de mi madre. Aquel era el momento que más temía y tuve que contener mis lágrimas ante el llanto de la que sólo habíamos advertido de mi partida cuando todos me sabían ya asentado en los libros de la Casa de la Contratación" (116).

La madre y la prometida dudan del valor intrínseco de las aventuras en que los narradores van a participar, y ellos tienen que convencerlas de su mérito. El segundo narrador logra persuadir a su madre de que su propósito es llevar la fe de Cristo a los infieles. En cambio, al tercero no le es tan fácil convencer a su prometida de la justicia de su causa. Ella insiste acudiendo a los Tratados de Montaigne, en afirmar: "Que los salvajes del Nuevo Mundo no tenían por qué trocar su religión por la nuestra, puesto que se habían seguido muy útilmente de la suya durante largo tiempo" (121). El mal interpreta las palabras de ella y resulta un desacuerdo entre la pareja. "Al fin empecé a irritarme ante una terca discusión que venía a sustituirse, en tales momentos, a la tierna despedida que yo hubiera apetecido" (123). Este incidente enlaza al tercer narrador con el del último capítulo. La prometida se arrepiente de su comportamiento y viene a entregarse. Este episodio, a su vez, está vinculado a la exaltación de la virilidad, que se equivale con la virtud guerrera y que se destaca a lo largo del relato.

Mientras está observando los preparativos de la flota que lo llevará a luchar a Troya, repara en lo siguiente: "Me retiré... hacia la higuera en cuya rama gruesa gustaba de montarme, apretando un

poco las rodillas sobre la madera, porque tenía un no sé qué de flancos de mujer" (110). Más tarde añade al ver las naves: "Yo contemplaba las embarcaciones alineadas a mis pies, con sus quillas potentes, sus mástiles al descanso entre las bordas como la virilidad entre los muslos del varón" (112).

Desde el principio se ve esta muestra de masculinidad, y el deseo de poseer a la mujer. Hay un propósito definido en esta técnica, porque él como héroe que va a luchar, siempre ha hecho alarde de su hombría. Pero en el momento en que tiene que mostrarla, cuando su prometida se le ofrece completamente para que él la despoje de su tan preciada virginidad se siente impotente debido a los excesos cometidos con una prostituta la noche anterior y se excusa de no poder hacerlo, dándole razones de poco peso. "Y ahora que se me ofrecía el más codiciable consentimiento, me hallaba casi insensible bajo el cuerpo estremecido que se impacientaba" (128). En este instante se convierte en anti-héroe, que es rechazado y despreciado por la joven que estaba dispuesta a sacrificarse por el hombre que amaba. El soldado decepcionado ante su impotencia, expone uno de los temas más empleados por Carpentier: el tiempo no puede volver atrás. "La vi alejarse a todo correr por entre olivos, y comprendí en aquel instante que más fácil sería entrar sin un rasguño en la ciudad de Troya, que recuperar a la persona perdida" (130).

Este relato representa una alegoría irónica de la guerra y de los ideales que se invocan para hacerla. Para lograr ese efecto Carpentier funde los cinco relatos, sacando a relucir la unidad esencial de los cinco narradores que aunque diferentes, encarnan un mismo tipo de hombre: el soldado que va a partir para la guerra. Este procedimiento se puede relacionar con "Camino de Santiago", otro relato de esta misma colección, aunque en sentido inverso. En aquella narración un solo personaje, Juan, desempeña, por medio de un ciclo repetitivo, varios papeles: el de Juan el Romero, Juan de Amberes y Juan el Indiano; hasta que aparece otro Juan el Romero y el ciclo vuelve a comenzar.

En "Semejante a la noche" se da una visión sincrética y sincrónica con el propósito de destacar ciertas constantes del hombre: un anhelo de gloria, un entusiasmo por las empresas heroicas, el orgullo, la virilidad, la esperanza en el futuro, el fracaso y la decepción. La repetición de estas constantes a lo largo del tiempo y de la historia, revela, de parte de Carpentier, no sólo una actitud anti-histórica, sino la anulación del tiempo. También aparece la destrucción del mito del guerrero que es una de las constantes más importantes en el desarrollo de la historia del mundo occidental. Las realizaciones a que estos narradores-soldados llegan, tal vez sean las mismas a que los soldados de otras épocas históricas han llegado. Se dan cuenta de

la maldad e inutilidad de la guerra y, sin embargo, siguen peleando. La verdad que el soldado enfrenta en la mayoría de los casos sólo trae desilusión, debido a los falsos motivos que inspiran las grandes gestas. Si se analizan las causas que originan las guerras (desde un punto de vista cínico) generalmente no son los que la propaganda bélica reclama, es decir, el rescate de Elena, o la catequización y civilización de los indios, o la destrucción de la Nueva Orden Teutónica, o cualquier otro principio por el cual se luche. En cambio, tras de casi toda guerra, hay razones económicas que la motivan y le dan empuje. En este caso, abrir nuevas rutas comerciales con los países asiáticos. Como se sabe, la interpretación económica de la historia aparece recién en el siglo XIX; sin embargo, irónicamente, es el soldado de la antigüedad, el que va a Troya, quien descubre la falsedad de las intenciones de la guerra, aunque es de sospechar que los otros comparten o llegan a compartir una actitud parecida. No obstante, insisten en la empresa. La moraleja parece obvia: el hombre continuará comportándose del mismo modo en lo porvenir.

Libros y Revistas

LIBROS

Por *Mauricio DE LA SELVA*

ADOLF KOZLIK, *El capitalismo del desperdicio*, Edit. Siglo XXI, 364 págs., México, D. F., 1968. Colec. El Mundo del Hombre.

Dos años después de que la Europa Verlag de Viena publicó la primera edición en alemán de este libro, se publica la primera en español gracias a la traducción de Bolívar Echevarría. El economista austriaco Adolf Kozlik, muerto en 1964 a los 52 años de edad, se ocupa del llamado "milagro económico norteamericano", explicándolo en forma sencilla y hasta amena dentro de su contexto económico-político, pero sin abusar de tecnicismos que obstruirían su comprensión para quienes no dominan el estudio de la economía.

Kozlik dice que las predicciones de los marxistas respecto al capitalismo y su desarrollo fluctuando entre crisis y auges, sólo fueron ciertas hasta el transcurso de la Segunda Guerra Mundial originada cuando Hitler intentó solucionar la crisis de 1929 mediante la gigantesca producción de armamentos.

Al hecho de que después de 1949 Estados Unidos superase su alarmante receso en la producción o comienzo de una nueva crisis económica, es a lo que Kozlik denomina aquí "milagro económico norteamericano". Enseguida, partiendo de que "en cuanto se comprende un milagro, deja de ser milagro", se adentra en la posible explicación de sus causas o fuerzas que actúan en el capitalismo.

Para situar tales causas, el autor recuerda que el sistema económico capitalista descansa sobre una economía basada en el lucro; luego, indica que éste determina el surgimiento de posteriores etapas como el "capitalismo de inversión" y el "capitalismo de exportación".

Ahora bien, cuando el capital excedente ya no puede ser exportado y amenaza con acarrear una crisis de sobreproducción, el gobierno no encuentra más alternativa que adquirirlo a fin de destruirlo o desperdiciarlo, surgiendo entonces la etapa del capitalismo del desperdicio.

El "milagro económico norteamericano" está íntima y directamente ligado con el capital del desperdicio, ya que éste ha alcanzado su mayor desarrollo en Estados Unidos, donde se desenvuelve de múltiples maneras: utilización de una burocracia excesiva, gran producción de armamentos, encarecimiento de la producción por gastos de publicidad, fabricación de

equipos y mecanismos superfluos, derroche y lujo en representaciones y manifestaciones gubernamentales, destrucción de bienes de consumo, ayuda al exterior, producción de bienes de poca duración, viajes espaciales, etc.

Por supuesto, una economía que desperdicia de ese modo buena parte de sus productos para mantener la producción, no podrá por mucho tiempo seguir ostentándose como "milagro"; además, la explotación de los pueblos que en forma mediata contribuyen a tal desperdicio y que, contradictoriamente, no son remunerados por dicha forzada contribución, debe en algún momento llegar a un límite cada vez más cercano.

Así, el capitalismo del desperdicio no podrá garantizar por mucho tiempo la vigencia de aquel "milagro", la crisis del sistema no tardará en consumir esta etapa; la parte del producto invertible como capital de producción es cada vez menor y, en cambio, es mayor la parte de ganancias que se transforma en capital excedente y que, para continuar eludiendo la crisis, debe ser destruido o desperdiciado.

Ilustran ampliamente esta fatal política norteamericana algunos casos conocidos que no está de más recordar; uno, las cantidades enormes de café brasileño echado al mar por los monopolios, o el trigo canadiense quemado por toneladas; dos, el millón de granjeros que se vieron obligados a enterrar casi la mitad de su cosecha de algodón; tres, los más de cinco millones de cerdos que fueron sacrificados y utilizados como abono; cuatro, el pago que hizo el gobierno estadounidense para que se destruyeran 40 mil millones de matas de papas, y cinco, las cinco mil hectáreas de tabaco que fueron enterradas.

Según Adolf Kozlik, no siempre lúcido y conocedor y rubricante de más de algún dislate, Kennedy tuvo la visión de superar las limitaciones de la ayuda al exterior y de la fabricación de bombas atómicas introduciendo, como medio más efectivo de destrucción de capital, los viajes al espacio cósmico. Al respecto, copiamos estas líneas de las páginas finales:

¿Hay algo que muestre más claramente la estupidez y la vaciedad a la que han conducido al pueblo norteamericano sus políticos y sus "científicos"?... Debemos agradecer a Dios por la sabia previsión con que creó la Luna, para que nosotros podamos deshacernos de nuestra sobreproducción en nuestro viaje hacia ella, así como le agradecemos que nos haya dado orejas para que podamos sostener en ellas nuestros anteojos.

JOSÉ MARÍA COS, *Escritos políticos*, Edit. Universidad Nacional Autónoma de México, LXX-182 págs., México, D. F., 1967. Colec. Biblioteca del Estudiante Universitario, Núm. 86.

La recopilación, introducción y anotaciones relativas a estas páginas del cura y político zacatecano se deben a la diligencia del historiador Ernesto

Lemoine Villicaña, quien con su investigación y capacidad deductiva cubre lagunas históricas, sociales o políticas recurriendo a eficaces anotaciones que vienen a completar lo expuesto y sostenido en las setenta páginas introductorias.

José María Cos, bachiller de filosofía, doctor en teología, probable compañero de Francisco Severo Maldonado en el Seminario Tridentino de Guadalajara, sacerdote rebelde confinado en la región zacatecana del Burgo de San Cosme durante nueve años y, lo que le otorga importancia, seguidor de las ideas libertarias de Hidalgo y de Morelos, es un personaje que destaca por sus propios pensamientos en un lapso histórico registrador de hombres letrados, audaces e inteligentes tanto en el campo de la insurgencia como en el de los realistas. Destaca también porque, en cierta forma, sirve para ilustrar respecto a la conducta vigente en la trayectoria ideológica política de no pocos revolucionarios que en aquella época, después de combatir con el movimiento de Independencia, terminaron sus vidas traicionando los ideales que habían defendido.

Pero ilustrar respecto a esa conducta no debe servir simultáneamente para justificarla, sosteniendo, casi, que Cos era un denominador común y que, por lo tanto, si destruyó con la mano izquierda lo que hizo con la derecha —según apunta Bustamante—, "la posteridad, que no lo olvida, exalta su memoria por la tarea que realizó con la mejor de sus manos", según el historiador. Por supuesto, la apreciación de Lemoine Villicaña no está expuesta en el aire, ha sido matizada, rodeada de un contexto histórico respetable, a tal punto que el llamado de atención sobre el caos, la situación anárquica, las indecisiones políticas, las personalidades indefinidas, ayudan a conformar una tesis.

Es fácil verlo porque con esa tesis se empieza el libro, con ella se sostiene, con ella se concluye; los documentos cumplen dos finalidades: su ordenamiento de la trayectoria ideológica de José María Cos y procura demostrar la validez de la sugerida o soterrada tesis. Indudablemente, no puede sin más hacerse a un lado el consabido instante de flaqueza que revolotea alrededor de la condición humana, Morelos mismo lo sufre, mas en ningún momento es de tal magnitud que anule su grandeza; José María Cos es otro caso; ese, precisamente, útil para ilustrar no sólo su lapso sino todos los de combatientes por una causa social o política que encadenan la historia de los pueblos. En el cura zacatecano no se trata de un fugaz instante sino de una parte de su vida que destroza toda la anterior; José María Cos, que aconseja a los patriotas dirigentes, que encabeza tropas, que armoniza con guerrilleros, que es autor de "una de las más contundentes filipicas que se hayan esgrimido en aquellos años de guerra", que con oratoria encendida y burlona pronuncia una pieza libertaria que ridiculiza a Beristáin —la mejor carta del brigadier Félix María Calleja—, que firma junto con Morelos el famoso Bando de devastación nacional, y que, con el mismo jefe insurgente y Liceaga, comparte a mediados de 1815 las funciones

del Poder Ejecutivo, denuncia, traiciona y, un año antes de su muerte (1819) y tres después de su deserción, todavía escribe páginas cuya negrura no permite paso a ningún vislumbre de su luz anterior.

Ernesto Lemoine Villicaña sabe dar con oportunas anotaciones para dichas páginas, anotaciones en las que se hace resaltar la falta de verdad y entereza de José María Cos. Aparte, bastaría recordar la carta fechada en febrero 16 de 1816 dirigida a Manuel Abad y Queipo; toda ella produce indignación por el tono tan distinto y distante al empleado Bando de cuatro años atrás, impugnador de la legalidad del nombramiento episcopal de Abad y Queipo a quien acusa de "herejías formales contra Dios", de "hijo espurio y sacrílego", de "recibir los sagrados órdenes indebidamente", de ir a España "a comprar con el oro de esta América, en tiempo del gobierno del perverso Godoy, la canongía penitenciaria de Valladolid", etc.; en efecto, es muy distinto el tono, ahora, en la de febrero se deshace en conceptos como: "Mi venerado prelado y señor de todo mi amor y respeto... pida un informe al señor virrey sobre mi conducta actual, a fin de que me tenga presente como sujeto que puede ser útil a la Iglesia y al Estado... permítame V.S.I. que, postrado a sus pies a pesar de la distancia que nos separa, y mirando los colores del iris al través de una lluvia de lágrimas arrancadas por un sincero arrepentimiento, repita mil veces la confesión de los delitos con que le ofendí, calumniando sus incontestables virtudes." Y por si fuese poco, leamos algo de su misiva dirigida al Cabildo Eclesiástico de Valladolid en abril 12 de 1817:

Arrebatado por el impetuoso torrente de la revolución, permanecí en su seno por el espacio de casi cinco años... El gobierno eclesiástico de esta diócesis, ¿mirará con indiferencia las desdichas de un naufrago que ha escapado de tan terrible borrasca en puerto sujeto a su jurisdicción? ¿Podrán vuestras señorías cerrar sus oídos a los clamores de un desvalido que impetra su socorro?... Este lenguaje de la verdad desmiente el de mis papeles, en que el error, la emulación odiosa de una multitud de discólos, las vanas preocupaciones y la equivocación maligna de los audaces me obligaron a aglomerar sarcasmos, calumnias, invectivas y maledicencias, aprovechando la necesidad en que estaba yo constituido de obrar consecuente a las desacertadas ideas del mundo revolucionario donde a la sazón me hallaba; sobre lo que protesto dar a su señoría ilustrísima una satisfacción pública, sirviendo por ahora de preliminar la formal retractación que hago de semejantes producciones, pidiéndole perdón por ellas y quedando cierto de su indulgencia.

FEDERICO PATÁN, *Los caminos del alba*, Edit. Alejandro Finisterre, 52 págs., México, D.F., 1968.

Como el de ahora, el libro anterior de Federico Patán, *Del oscuro canto*, también fue publicado por Finisterre. Aparte de que el título actual resulta

más luminoso, comparados los contenidos de ambos, hay otras diferencias: en el presente la timidez ya no es notable y, por el contrario, da paso el poema a una seguridad tangible en directos juegos de palabras.

Igualmente, en *Los caminos del alba* —denominación que encierra una de las proposiciones tan caras de Efraín Huerta— el semi hermetismo ha sido remplazado por la sugerencia eufemística, y ciertos datos inexplicables del pretérito han cedido al hincapié sobre un presente nada prometedor; algo más, un elemento como el amor, ahora es sustituido por la invocación de la muerte.

Apenas rebasados los treinta años de edad, el poeta asturiano-mexicano procura construir una poesía de mayor intimismo, no siempre serena y sí más cerca de la muerte —más cerco de muerte—, imagen de grito soterrado, antigua soledad palpable como en el libro anterior.

Desde el punto de vista formal, hay mayor soltura e inclinación hacia el verso medido y hacia los versos ordenados en estrofas; también, ya lo hemos dicho, juegos precisos de palabras. No obstante, entre tales diferencias y adelantos, el poeta expresa cierta insatisfacción conjugada con otras de las ideas que antes apuntamos. En el poema "Una frontera" leemos:

Tanta soledad gasté
en hacerme de una voz
que hoy pecho de no servir
ni a sonrisa ni a dolor.

Si el camino bien hallé,
bien en sus sombras me vio:
¿dónde mi saber perdí
que tan sin palabras estoy?

El cielo suele cubrir
de gris lo que fuera sol.
¡Mira que mudo quedar
de tanto pulir la voz!

Si supiera convertir
mi sombra en sombra de dos,
con la sombra por mitad
tendría el doble de amor.

Si al silencio he de volver
para hacerme de otra voz,
dadme silencio, que en mí
el silencio es ya temblor.

HENRY B. VEATCH, *Ética del ser racional*, Edit. Labor, 174 págs., Barcelona, España, 1968. Nueva Colec. Labor, Núm. 47.

J. M. García de la Mora tradujo del inglés este libro del profesor de Filosofía de la Universidad de Indiana, autor que en sus páginas se desvive por atraer la atención de los lectores hacia dos puntos sobresalientes: su tendencia a poner vigente el pensamiento de Aristóteles y su espíritu para polemizar con cierto academismo exegético de la ética. Para lograr el apuntalamiento de ambos asertos, Henry B. Veatch no duda en hacer válida su experiencia de profesor de Filosofía, y así lo demuestra.

Respecto al primer punto, le estimula la idea de suponer cómo aplicarían Aristóteles, Sócrates y Platón sus análisis y consejos éticos a la conducta del hombre actual; en cuanto al segundo, se encuentra en desacuerdo con quienes, lejos de ocuparse de estudiar y enseñar lo que es la ética, divagan en ejercicios adyacentes como son las apreciaciones de la lógica y del lenguaje empleados en la expresión de la ética. De todos modos, el plan del libro se cumple a lo largo de sus ocho capítulos.

Por supuesto, dicho plan descansa sobre un desarrollo cercano a la idea del primer punto, o sea, más concretamente, exponer la ética del hombre racional, "inspirada y organizada en gran parte a tenor de la *Ética nicomaquea* de Aristóteles". Así, el autor se ocupa de la búsqueda del conocimiento ético, de la posibilidad de retornar a una ética añeja, sin asidero real, de responder a por qué la moral y la ética no son simplemente un arte de vivir y de especular sobre la "mala suerte", la desdicha y "la fuerza de las circunstancias como causa de fracaso", sobre si "Dios ha muerto" y sobre las afirmaciones existenciales relativas a que el hombre es un ser racional.

Aun cuando nos inclinamos hacia lo que propone el segundo punto, lo cierto es que Henry B. Veatch se ha planteado su propia polémica con lo que enuncian y exponen los dos, pues un conjunto de normas éticas que ya eran caducas o parcialmente falsas en el siglo IV antes de nuestra Era, en Atenas, no puede, con toda la buena intención modernizadora del profesor de Indiana, eliminar una forma de comunicación pedagógica arraigada en la tradición de cierta filosofía.

De esta manera, los profesores o los filósofos seguirán preocupados por teorizar, aclarar usos, giros, términos, significaciones correspondientes al contenido de la ética, mas no podrán nada por el cumplimiento de éste. Están condenados al gran triunfo cotidiano de la exposición mientras no traten de conjugarla con la validez de lo ético en la realidad. Algo de esa contradicción está implícita en algunos párrafos de este libro de Veatch; uno de ellos:

No cabe duda de que la vida de uno como científico puede ser provechosísima para la humanidad, puede ser incluso una vida consagrada del todo a la persecución de la verdad por sí misma, y puede ser también una vida vivida

en el ejercicio de lo que más le guste a uno hacer; y, no obstante, ninguna de estas actividades, ninguno de estos logros de una vida dedicada a la ciencia y al estudio garantiza lo más mínimo que quien la vive no sea, quizá, un necio infatuado, mentecato y casquivano, un hombre en realidad, "vacío".

ANNETTE LAMING-EMPERAIRE, *La arqueología prehistórica*, Edit. Martínez Roca, 191 págs., Barcelona, España, 1968. Colec. Microcosmo, Núm. 11.

La colección a que pertenece este volumen, fue creada el año pasado con el propósito de informar a los lectores de los conocimientos "más al día" en la ciencia o técnica abordadas por su respectivo autor; los volúmenes, 26 hasta ahora, traen gran cantidad de adecuadas ilustraciones y un pequeño léxico de términos técnicos.

De *La arqueología prehistórica* es autora Annette Laming-Emperaire, quien ha elaborado sus páginas con una finalidad desmitificadora acerca de los misterios y la magia que, no pocos lectores, atribuyen tanto a la prehistoria como a la arqueología.

Desde el principio, es notable el afán de aclarar no sólo parte de la problemática del tema abordado, sino también los términos que utiliza la autora para exponer sus ideas relativas a la historia, la arqueología y la prehistoria; se explica ahí, por ejemplo, que el término "arqueología" es inadecuado porque le falta profundidad, y que los límites de lo histórico y de lo prehistórico de hecho no existen, puesto que en la historia del hombre está incluida la etapa aceptada como prehistoria; de aquí que ésta sea equívoca.

Ahora bien, los problemas son los mismos tanto en la una como en la otra; ambas tienden a reconstruir las etapas de la humanidad bajo todos sus aspectos; sólo que en los períodos prehistóricos los documentos disponibles son menos abundantes que en los históricos y, por otra parte, se extienden a lo largo de una escala de tiempo mucho mayor.

El libro de Laming-Emperaire está dividido en tres partes; la primera, Historia de la arqueología prehistórica, abarca los mitos en su origen y el nacimiento del proceso científico; la segunda, Técnicas de la arqueología prehistórica, cubre la experiencia obtenida sobre el terreno, el laboratorio y la datación del pasado, y la tercera, Resultados de la arqueología prehistórica, se refiere a los cazadores y a los agricultores de la prehistoria.

JOSÉ DONOSO, *Este domingo*, Edit. Joaquín Mortiz, 210 págs., México, D. F., 1968. Serie del Volador.

Un asesinato, el que comete Maya en la persona de la Violeta, lleva a su culminación las historias dramáticas de éstos y las de Alvaro y su mujer.

la Chepa; las dos parejas representan dos clases sociales opuestas emparejadas únicamente por la intensidad de sus particulares frustraciones. El crimen que comete Maya, ex delincuente protegido por la generosidad de la Chepa, también aniquila a ésta moralmente, como lo informa la voz narrativa que interviene en el capítulo 5 y final de *Este domingo*; esa misma voz, ha narrado el capítulo 3 y ha iniciado el relato en el capítulo 1. Hasta aquí, sabemos que la novela tiene cuatro personajes sobresalientes y que el relato está dividido en cinco capítulos.

Ahora bien, los tres capítulos mencionados exponen un punto de vista de las historias, y los intermedios, o sean el 2 y el 4, otro. Desde ya podemos decir que aun cuando el novelista chileno ha logrado una medida interacción de temática y técnica, ésta resulta superior a aquélla; aún más, resulta de mayor elaboración que la empleada en la novela de su fama, *Coronación*.

El nieto de Alvaro y la Chepa, que relata sus recuerdos para constituir uno de los dos puntos de vista o grandes cauces del relato, se antoja igualmente uno de los mejores hallazgos de Donoso; ese nieto es el que recuerda "este domingo" como el último de varios, muchos domingos; reconstruye la parte pasiva, ingenua, la de él y los otros primos que van a pasar un día de cada siete a casa de la abuela Chepa; narra desde la percepción de ellos que ven a los abuelos como algo accesorio, sin sentido, absurdo, sólo asociables con ese día de juegos ocultos cuando se reúnen los primos y logran cierta libertad porque los grandes, sus padres de visita dominical donde los abuelos, se dedican a comentar y criticar sus vidas adultas chatas, a quejarse de lo que no consiguen, a presumir de lo poco alcanzado en su transcurrir social.

El otro gran cauce del relato lo forman las historias o biografías de Alvaro y la Chepa, dadas por separado en cada uno de los capítulos intermedios. Como partes complementarias surgen las historias de Maya y la Violeta. Los dos cauces o puntos de vista conforman dos mundos distintos respecto a las cuatro historias, planeados así por José Donoso para ganar ventajas literarias y magnificar la narración de hechos que de otro modo resultarían cansados o repetidos; ambos mundos coexisten pero se ignoran entre sí para gozar o sufrir sus acciones esenciales.

Pero la técnica narrativa se adentra aún más en sus ambiciones. Donoso se propone narrar no para el "lector-hembra" sino para el "lector-macho" que diría Julio Cortázar; y así, en cada capítulo, se entrecruzan todas las posibilidades de conducir el relato al nivel de los vericuetos mentales, a imitación de la velocidad del pensamiento y a sabiendas que los recursos de la escritura no pueden reproducirlo, pues transcurre con vertiginosidad en todas direcciones tanto en un lugar y mínimo de tiempo observados desde el presente como a través del recuerdo desde el pasado.

En persecución del reflejo de tal velocidad, no la palabra sino las palabras y hasta las frases que podrían convertirse en normales puentes copula-

tivos, son eliminadas mediante el procedimiento que incluye retener la diferencia entre la escritura —la menos cualitativa— y las ideas que preceden a su elaboración; la diferencia entre dos lenguajes: uno de ilación tácita a pesar de sus abstracciones y otro aspirante a la corrección exigida por las normas gramaticales. De esta manera, la escritura es un sometido vehículo, pobrísimo, para reflejar la luminosidad, el centelleo que produce la multiplicación de las ideas; en el logro de aproximar, hasta donde ese reflejo, esa imagen, lo permite, la coherencia del lenguaje al objeto mental, reside la virtud de José Donoso como relatista de *Este domingo*; virtud que se valora más si medimos su esfuerzo para seguir aproximadamente el ritmo constructivo o destructivo que conllevan la acción, las palabras y la imaginación simultáneas de uno o varios personajes.

A esta riqueza técnica es posible agregar méritos como ese de los personajes de infancia que inventan su propio mundo, que derraman fantasía común y distinta y que crean el idioma justo para exponerlo y gozarlo en su grandiosidad vecina a lo fabuloso.

La temática, como hemos dicho, sólo es inferior a la técnica, pero en ningún momento despreciable ni marginal a la realidad de un trato humano chileno fácil de localizar, y entender, en cualquier familia perteneciente a las altas sociedades latinoamericanas. Un ejemplo de ese medio lo traza indirectamente Donoso cuando Alvaro, ya casado con la Chapa y prominente abogado, recuerda sus días de joven, de niño bien, de estudiante que después de las fiestas o bailes se refugiaba en el cuarto de la Violeta y se quedaba con ella hasta el amanecer. Unas líneas:

Tiraba el frac encima de la silla, y después de hacer el amor se quedaba conversando con la Violeta, contándole las cosas del baile que la Alicia no había querido bailar con él, que la Irene le gustaba, que había conocido a una Mónica, a una Alejandrina, seres maravillosos, frágiles, que no podía tocar porque eran niñas bien, que sirven sólo para casarse con ellas, que son delicadas como mariposas con sus vestidos de seda o de tul, y por lo tanto, al bailar, no se las puede apretar mucho por miedo a destruirlas. No como tú, que eres fuerte, que te aprieto así, que no eres sagrada porque eres una sirvienta y no puedes esperar nada de mí, como esperan ellas...

BAICA DÁVALOS, *Papeles de Abundo*. Edit. Joaquín Mortiz, 164 págs., México, D. F., 1968. Serie del Volador.

Un hombre despierta por la mañana, fija su vista en la parte alta de su dormitorio y, como una de tantas veces, sus pensamientos tocan un raro tema aunque comprensible: ¿Qué hago aquí?, ¿quién es la mujer que está a mi lado?, ¿por qué razón se inmiscuye en mi existencia sólo por haberme casado con ella?, ¿qué tienen que ver en todo esto nuestros dos hijos?,

¿por qué debo de compartirme con los tres?; y por último: ¿cuál es mi pasado y por qué habito precisamente aquí?

Baica Dávalos responde, con la construcción de su novela, a esas preguntas; en efecto, el autor argentino-venezolano, valiéndose de un recurso literario que en realidad abarca toda la técnica del relato, da respuesta a sus interrogaciones y crea una historia medular acorde con el carácter del personaje casi único Félix Lucas Abundo.

Tales preguntas y respuestas están entrecruzadas con un núcleo de ideas cuya esencia se revela en los apuntes del *diario* de Abundo; "...es totalmente imposible —sostiene en determinado momento— apartarse uno de los hechos que le ha tocado vivir, como es inútil hacer a un lado el hecho que viene a usar de nuestras vidas como pretexto para suceder"; otra: "Cuando más cuidado pongo en observarme, más distorsionada es la imagen que de mí tengo."

Y todo ello junto coincide con la historia de un hombre que ignora su personalidad por no recordar el transcurso de su pasado; el afán de conocer ésta y de completar aquella, empuja a Félix Lucas Abundo hacia la decisión de apuntar los fragmentos de su vida que a veces vienen a su memoria. Las fobias, los complejos, los prejuicios, su manera de actuar, arrojan deducciones que no son despreciadas por el afligido autoinvestigador.

De la escritura van surgiendo nuevos elementos, contradictorios unos e inexplicables otros, de humor blanco y negro, de pesadumbre, de crítica severidad, de insolente irresponsabilidad; elementos que tocan no sólo al personaje sino que arrasan con la buena voluntad del atento lector; así por ejemplo, cuando el relato ha avanzado hasta la mitad de las páginas del libro, unas cuantas líneas bastan para acabar con todo lo que Abundo ha narrado en sus apuntes, pues ni más ni menos afirma que nada de lo dicho es verdad, que miente porque ha mentido toda su vida, que escribe como memorias recuerdos apócrifos de hechos pertenecientes a otras personas y que sólo le consuela el pensamiento de que en las líneas que escribe sí está diciendo la verdad.

Pero el relato sigue adelante e incorpora el aparente juego como un recurso literario más; en esa forma, van surgiendo los días escolares, el padre austero, la madre sin autoridad y siempre sometida, la huida de Abundo de su casa a los veinte años de edad, su infancia y juventud frustradas, el gusto por las matemáticas, la pasión por los crucigramas, el circo, la caída del alambre.

La técnica del relato está regida por las ocurrencias que Baica Dávalos introduce en los distintos momentos que el personaje recoge de su amnesia parcial, momentos que son trasladados a los vitales *papeles*. Sin duda, la situación amnésica se revela en cierta inseguridad de Félix Lucas Abundo, quien culto y económicamente desahogado incurre en los más minuciosos fatalismos:

He ahí a ese astuto, a ese sagaz, que cree tener algún libre albedrío, alguna posibilidad de elección y se le ocurre dominar sus actos hasta en el simple hecho de tomar por la calle S. en vez de la M. para dirigirse al Parque 27 de Abril. He ahí a un iluso. Sé también de quien huyendo de un autobús que pasa por el lado derecho de la calle, va a dar en el lado izquierdo con la motocicleta que le quebro varios huesos. ... Ese autobús y esa motocicleta estaban tan absolutamente ligados a la vida de tal individuo que si ellos no hubieran pasado por ahí, el hombre no hubiera nacido, tampoco sus padres, tampoco los padres de sus padres, ni nada que los sostenga en la tierra, ni la Tierra misma como astro, ni todo el Universo. En suma: un fenómeno no es pequeño ni grande respecto a una vida y nada tiene que ver con esa vida en particular. Es toda la Creación la que es todo ese fenómeno particular.

JOHN D. BERNAL Y OTROS, *La ciencia de la ciencia*, Edit. Grijalbo, 362 págs., México, D. F., 1968. Colec. Dina.

Con este título se inaugura una colección cuyos volúmenes están destinados a difundir tanto el progreso y las perspectivas de la ciencia actual como los obstáculos e incomprendiones que ésta enfrenta; no es extraño entonces que dicho título sea el correspondiente al volumen formado con ensayos escritos por dieciséis autores de distintas nacionalidades que, exprofesamente, se han reunido para rendir así un homenaje al científico inglés John D. Bernal.

De esa manera, los dieciséis —algunos de ellos reconocidos en sus investigaciones con el otorgamiento del Premio Nobel— conmemoran el cumplimiento del primer cuarto de siglo de *La función social de la ciencia*, libro publicado en 1939 y cuyas teorías fueron comprobadas en la práctica al desatarse la Segunda Guerra Mundial, ya que Bernal, en el transcurso de ésta pudo emplear sus proposiciones respecto a la efectividad de la ciencia organizada. Mas los dieciséis autores agrupados en *La ciencia de la ciencia*, conmemoran la aparición de aquel libro no sólo por el logro de tal efectividad entendida escuetamente, sino por los caminos y posibilidades que el autor homenajeado abrió a la investigación en las técnicas y especializaciones de las que —en menos de veinte años— sería reconocida como una gran revolución científica.

El significado de *La función social*... se descifra en la Introducción del presente libro escrita por dos de los dieciséis autores; un tercero facilita al lector una semblanza de John D. Bernal; los trece siguientes demuestran con sus ensayos sobre distintas especializaciones científicas lo que deben a las orientaciones divulgadas en el volumen de 1939. Los coautores de la Introducción aseguran que éste constituye el primer estudio producto de la documentación e investigación encaminado a demostrar que la ciencia puede contribuir, y hasta ser decisiva, para transformar el mundo; asimismo, señalan que a su influencia se debe en buena parte que la ma-

yoría de los países tengan una política científica y se esfuercen en dirigir y aplicar la ciencia previa planeación; igualmente, se debe a él que los científicos hayan adquirido conciencia de que el "pensamiento experimental cuantitativo puede ser aplicado a cualquier problema", y que son casi ilimitadas las posibilidades de la colaboración informada, leal e inteligente, al margen de todo mezquino individualismo.

Dicen los coautores de la Introducción que a esa forma investigativa y aplicada se le ha denominado "ciencia dura", lo que quizá obedezca a su exigencia de responsabilidad para intentar la más mínima especulación vinculada con el beneficio y servicio de la ciencia para las mayorías.

Tal exigencia de responsabilidad se ha venido agudizando paralelamente con el desarrollo de las normas científicas, las cuales en su rigor obligarán a muchos "investigadores" a retornar "a sus torres de marfil". Por otra parte, la ciencia abarca mayores campos de experimentación cada día, incluso los que "antes eran cotos cerrados de las Humanidades" han cedido ante el empuje del auténtico y responsable investigador científico. Los filósofos idealistas, tradicionales grandes magos de la especulación y de las astronomías conceptuales, también van retrocediendo, sus talentos especulativos ya no pueden mantenerse con el cada vez más menguado poder de sus abstracciones. "Está próximo el día en que los filósofos no se atreverán ya a disertar sobre el *tiempo*, sin saber nada sobre la relatividad y la mecánica cuántica." En fin, sin que el sabio homenajeado y sus seguidores, alguno de ellos veinte años mayor que Bernal nacido en 1901, hayan logrado todo lo que se proponen, la humanidad les reconoce ya por lo de trascendente que han alcanzado.

El capítulo final de *La ciencia de la ciencia* ha sido escrito por John D. Bernal, es un ensayo incluido simbólicamente como Epílogo; se titula "Veinticinco años después" y constituye un balance de lo que se ha logrado a partir de 1939 o *La función social de la ciencia*. Bernal se refiere a este libro como una obra teórica, producto de la experiencia obtenida al "pasar del mundo académico al terreno de la acción, tanto industrial como militar". Respecto a las ideas fundamentales ahí contenidas, escribe:

...no han sido seguidas de manera adecuada en los países occidentales, aunque sí lo han sido en los países socialistas. No obstante, el progreso casi explosivo de la invención científica en los años que siguieron a la guerra condujo en todos los países industriales a un rápido, e inclusive acelerado progreso técnico y económico. Sólo por medio de la ciencia organizada fue como los países socialistas —que al empezar tenían menos recursos y muchos de los cuales habían sido destruidos en la guerra, especialmente el gran recurso humano representado por los millones de personas que murieron— pudieron recuperarse y luego, desarrollarse a la par de los progresos industriales de los países capitalistas más ricos, durante el período de la posguerra.

OLGA ARIAS, *Jesús*, Edit. Alejandro Finisterre, 64 págs., México, D. F., 1968.

En alguna ocasión, la poetisa duranguense Olga Arias escribió que "la provincia es bella pero difícil por el olvido en que viven" sus poetas y artistas; la lucha contra ese olvido es realizada por éstos mediante el trabajo serio y tenaz en favor de la creación estética. Olga Arias es, sin duda, uno de los creadores de mayor perseverancia, como lo demuestran sus páginas de poesía que periódicamente recoge en libros y distribuye entre críticos y comentaristas.

Ahora, le ha tocado turno a su más reciente título: *Jesús*, volumen que trae a manera de dedicatoria esta línea: "para aquel cuya infancia fue un poema" y que reúne veinte prosas ágiles, pletóricas de ternura y unidas por un finísimo hilo temático que conjuga armónicamente un talento narrativo con una fiel orientación poética. Mas, señalemos que hemos hecho alusión a la dedicatoria para no perder la oportunidad de descubrir el juego que subraya y anticipa, o sea la posibilidad de entender ese nombre, Jesús, como apto para un doble personaje: el de la dedicatoria y el bíblico.

Quizá podría asegurarse que la transparencia notable en estas prosas de Olga Arias se debe a la luz poética que las ilumina; es su poesía el común denominador de sus mejores momentos; sin embargo, no todo surge y culmina en el afán de la forma ni intenta circunscribirse en la elegancia de una estética pura; no, *Jesús* es el nombre de un niño campesino concatenado a un mundo mágico que no evade su origen en la realidad.

Las veinte prosas, no pocas redondeadas como verdaderos cuentos, son dignas de figurar como páginas al servicio de una no desprestigiada literatura infantil. En dos fragmentos de distintas prosas, leemos:

Jesús sería idéntico a un cervatillo, nervioso y alegre, de la misma manera que esas chispas gozosas, granos de luz que saltan del fogón para reírse de la noche solemne. A Jesús se le confundiría con un gorrion bullanguero, porque su voz relumbra y suena...

El atardecer, de nubes como amapolas, pone en la copa de la encina una diadema de resplandores; el agua del arroyo es de granates, de zafiros, de perlas nacaradas, y las pupilas de Jesús son dos espejitos donde el paisaje se mira y a los que los gorriones se asoman.

JEAN-LOUIS BOURSIN, *Las estructuras del azar*, Edit. Martínez Roca, 190 págs., Barcelona, España, 1968. Colec. Microcosmo, N° 12.

Boursin, doctor en ciencias, no sólo es autor de este libro sino también de una tesis sobre el azar. En el volumen que nos ocupa trata el tema recorriendo por igual las ideas tradicionales relativas a la "suerte" y las aporta-

ciones científicas de hombres como Pascal, Galileo, Bernoulli, Fermat, Huyghens, Buffon, Halley, Poincaré, Laplace, etc.

El autor indica que su libro no es un libro de "tanteos" desprovisto, por lo tanto, de verdadera utilidad; es en ésta, por el contrario, que cifra su máximo interés; la utilidad suya estriba, precisamente, en que explica hasta dónde el hombre puede contar con la fortuna, la suerte o el azar, conociendo algo de su trasfondo científico y algunos de los elementos que intervienen en su experiencia.

Para empezar, Boursin defiende con apasionamiento los llamados "puntos débiles" de la importancia y desenvolvimiento del azar, responde con soltura, auxiliado de insospechables conocimientos, a interrogaciones intrincadas sobre el tema; con sus respuestas da la impresión de poseer frases ágiles y convincentes para cada pregunta o duda relativa al azar, así cuando dice que éste "no es más que la marca de nuestra ignorancia". Y en seguida lo argumenta, explica que en los deportes, en el juego de dados o de cartas, en las democráticas votaciones electorales, en un descubrimiento, en una invención, el azar resulta proporcional a nuestra ignorancia respecto al proceso interno del juego o del mecanismo de éste.

Nadie puede negar, dice, que existe una proporcionalidad entre el azar y la ignorancia referida al campo en que interviene; si nuestra ignorancia disminuye el azar será menor y estaremos más cerca de su contrario: lo cierto. De ahí que no debe extrañarnos la necesidad de estudiar seriamente la "teoría de probabilidades", la *Arithmetica integra*, de Stiffel, el *Tratado del triángulo aritmético*, de Pascal y el "Triángulo chino", impreso en 1303. Lo eficiente y acertado de tal estudio se comprueba recordando que, por ejemplo, sobre la teoría de probabilidades descansa "un número bastante grande de empresas comerciales florecientes".

Algo más, dicha teoría ocupa un puesto privilegiado en la clasificación de los más importantes modelos matemáticos; sin embargo, aunque nos acerca a lo cierto, no pretende darnos certidumbre "porque sus ingredientes son, precisamente, probabilidades, matices entre lo verdadero y lo falso". La distancia entre dos conceptos como son certeza y azar depende apenas de un insignificante matiz, insignificancia que se transforma en todo lo contrario en cuanto el recorrido del péndulo va del uno hacia el otro borrando la diferencia.

Matices, sutilezas, faltas de observación, irreflexiones, pereza mental, tienen su sitio dentro de la tabla de posiciones de las probabilidades y las nociones que pueden constituir su método; los juicios para manejar éste no son los mismos en calidad ni en cantidad de uno a otro individuo; mientras X refiriéndose a la probabilidad cuenta con nociones que integran una variada escala numérica, Z apenas logra esgrimir siete grados: imposible, casi imposible, poco probable, posible, probable, casi seguro y seguro.

Jean-Louis Boursin invita a tomar muy en cuenta una serie de aparentes insignificancias; con su estilo fluido ilustra sobre éstas echando mano de

ejemplos eficaces y hasta de buen humor. Tal el caso referente al deslindamiento de *imprecisión e ignorancia*; nos dice: "Olvidan la diferencia de naturaleza entre imprecisión e ignorancia aquellos guasones que afirman que prefieren un reloj que no ande a un reloj que se retrase un minuto al día: el primero marca la hora exacta dos veces al día, y el segundo aproximadamente una vez cada dos años."

CÉSAR CALVO, *El cetro de los jóvenes*, Edit. Casa de las Américas, 92 págs., La Habana, Cuba, 1967. Colec. Premio.

Este poemario obtuvo Mención durante el Premio Casa de las Américas 1966, fue publicado en 1967 y prácticamente circuló en 1968; su autor, nacido en Perú en 1940, es uno de los nombres sobresalientes incluidos por Sebastián Salazar Bondy, hace cinco años, al final de su antología *Mil años de poesía peruana*.

El cetro de los jóvenes contiene veintidós poemas agrupados en tres secciones, todos ellos sostenidos por un solo resplandor: el compromiso de los jóvenes ante la realidad histórica del mundo que heredaron. No es entonces un capricho, y sí un sentimiento profundo y patriótico, el que expresa la dedicatoria triple recordando a Javier Heraud y a Luis de la Puente Uceda.

La poesía de este autor joven peruano es nítida y definida, es una llama de rebelión; esto último no quiere significar que la mentalidad del poeta se aísla de otras motivaciones temáticas, pues bien puede apreciarse cómo procura vincular con maestría lo épico y lo lírico, el intimismo y la responsabilidad impuesta por la época.

De la segunda de las tres secciones del libro y del poema también denominado "El cetro de los jóvenes", copiamos el canto número 3:

Es tarde ya, es tarde. La misma luz
que enciende las lámparas del día
o el perfil del venado
en una fuente, la misma luz que tiende
a los amantes: levanta nuestro canto.
Y bajo de la tierra perfumada
y herida, la mano que abre un río
o sostiene los árboles, el vuelo
de los pájaros, la lluvia; la mano
de los muertos: levanta nuestro canto.
¡Poder, alto y perpetuo
pino de relámpagos, roja es tu voz
como la blanca hierba
de la libertad, implacable
es tu amor, nuestro
tu canto!

GEORGES BEAU, *El cáncer*, Edit. Martínez Roca, 192 págs., Barcelona España, 1968. Colec. Microcosmo, Nº 5.

Quince siglos antes de nuestra Era, los egipcios ya se referían a esa terrible enfermedad que ataca lo mismo a niños y adultos, a plantas y animales, que Hipócrates ya la describía y que Galeno la identificó con exactitud al distinguir los tumores benignos de los malignos.

Georges Beau hace una historia de ella en su título *El cáncer*; retrocede hasta el origen de la vida, pasa por el estudio de la rebelión de las células y traza la estrategia anticancerosa. En su exposición, se preocupa tanto por la enfermedad como por la salud, argumentando que la vida y la muerte deben ser estudiadas juntas ya que son inseparables; este dato, tendiente a familiarizar al lector con una relación natural, no logra que las páginas del libro resulten menos deprimentes.

Beau informa que después de las enfermedades del corazón, el cáncer es la causa que produce mayor mortalidad. En su exposición, el autor enumera todos los esfuerzos y sacrificios que el hombre de ciencia ha agotado para vencer a la terrible enfermedad, y aun cuando asegura que el día del triunfo está cercano, la verdad es que al final de la lectura resulta más impresionante saber que mientras ese día llega, el cáncer continúa en papel de triunfador, ello no obstante los miles de medios que se han empleado para derrotarlo y que sabios en todas las materias participan empeñosamente en las mundiales campañas anticancerosas.

En fin, el quinto capítulo o Conclusión de este volumen no parece muy edificante. Uno de los párrafos consoladores es el siguiente: "Siempre tendremos que morir, de una forma u otra. Nuestra envoltura corporal puede compararse a un vestido. Cuando sobreviene el desgaste, aunque se le repare o se le recosa en un sitio, se estropea en otro. En un momento dado, ya no se puede hacer ninguna reparación más. Hay que abandonarlo. Otro tiene que sucederle. Pero cuando se trata de nuestro cuerpo, no optamos fácilmente por esta solución."

JOSÉ BLANCO AMOR, *La misión*, Edit. y Librerías Goncourt, 215 págs., Buenos Aires, Argentina, 1967.

Trece capítulos integran esta novela subtitulada *La comedia de la "Whisky culture"*; por cierto, dicho subtítulo adelanta dos aspectos de la temática tratada en su relato por Blanco Amor: el tono burlón y festivo a las grandes representaciones diplomáticas y la crítica a un modo de vida impuesto por la diplomacia norteamericana.

Ahora bien, el novelista, agudo, crítico, informado, toma partido en favor de posiciones relevadas hace ya buen tiempo. Podríamos aventurar que

La misión ha sido escrita con diez años de retraso por lo menos, y ello es así porque hasta "grandes avances" como la política kennediana habían muerto antes que el Presidente fuera asesinado. Es decir, la problemática política latinoamericana se aborda equivocadamente o se rodea de anacrónicas soluciones. Por otra parte, José Blanco Amor sigue un sistema y desgastado: señalar defectos a los norteamericanos pero haciéndoles notar que se los señalamos como amigos, lo cual no quiere decir que censuramos su derecho a ser amigo, sino la ineficacia del comprometerse en esa forma puesto que tal conducta resultó inoperante tanto para los liberales de buena fe de hace veinte y más años, como para los norteamericanos que esperaron siempre mayor apoyo de esta clase de amigos.

Pero la actitud que entraña ese sistema no viene solo, se complementa con la opinión del novelista respecto a la guerra que ganó el fascismo en España, opinión localizable en las voces de los dos simbólicos personajes españoles: Fernando y Elsa, su mujer; el primero se ubica en la España de los vencedores, hombres fuertes, sin complejos, que comprenden a los perdedores llenos de crisis y conflictos internos, y señala a la segunda, hija de un republicano que retorna acogido a la amnistía, como integrante del bando opuesto. Al reflexionar sobre ambos casos, Fernando, miembro activo de la Misión Técnica Internacional para el Estudio de las Favelas en Brasil, se reconoce triunfante como símbolo vivo de la patria:

Los dos éramos resultado de la guerra. Pero yo la había ganado y ella la había perdido. Mezclar los dos términos, confundir las dos posiciones, me parecía casi imposible. Yo era el victorioso. ¿Sí o no? Entonces yo era España. Ella era una española crecida fuera de España. Ella era el recuerdo, yo la presencia viva de la patria. El cetro tenía que empuñarlo yo. Mas no era éste nuestro problema. Nunca nos lo habíamos planteado. El amor pasó por encima de esa barrera y logró su propia victoria sobre el victorioso y la derrotada. Pero ahora yo conocía el secreto íntimo de muchos momentos de crisis de Elsa... El amor rescató a Elsa y la colocó en el camino de la historia. Porque yo era la historia, ¿qué duda cabe?

Romántica y simple, la tesis del amor que elimina todas las barreras —sin duda también las de los miles de españoles asesinados, las de los perseguidos y las de las cárceles repletas— es aún apuntalada mediante un nuevo elemento sentimental, el hijo por nacer que deberá vivir en España para que se eduque mejor. En un diálogo sostenido entre Elsa y Fernando sobre lo que habrán de decirle al hijo respecto a la guerra en España, el segundo trata moralmente de acomodarse y expresa:

Debemos decirle todo para que crezca sabiendo que hay una sola España y que no es necesario odiar a mitad de los españoles porque no piensen como nosotros. Debemos hacerlo como un ejemplo de educación moral para olvidar para siempre a los que sembraron tanto odio durante generaciones y generaciones... Sí. Le diremos todo. Es necesario que lo sepa todo. Yo le contaré

todo. Le hablaré de la guerra y le diré que en una guerra civil no gana nadie: es sólo un montón de ruinas y una colección de desdichas para la patria.

Al terminar la proposición relativa a lo que dirán al hijo, Fernando quizá en un subconsciente rato de honradez de José Blanco Amor, cierra sus disposiciones de confesión diciendo: "Sí. Le diré todo menos una cosa: *en qué bando luché.*" El lector de *La Misión* tiene derecho de suponer que en el rostro del personaje victorioso, imagen de la patria franquista, hay tal vez un asomo de vergüenza.

No debemos omitir que Blanco Amor pone en labios de algunos de los personajes integrantes de *La Misión* críticas terribles, encaminadas a señalar lacras sociales de todo tipo que empequeñecen a los falsos orgullos patrioterros de países como Chile, Argentina y Brasil; no obstante, no resulta aventurado pensar que en el criterio político del relato dichas críticas podrían tener como finalidad hacer resaltar el paraíso que se vive en la España actual.

El desarrollo de la narración de esta novela es lineal; sus personajes son endebles; su mayor mérito sería el tono festivo y burlón. Técnicamente es inferior a *Antes que el tiempo muera*, novela que comentamos en esta misma sección hace más de una década.

HUGH MILLS, *Prudencia y la píldora*, Edit. Grijalbo, 120 págs., Barcelona, España, 1968.

Sin duda, esta novela fue traducida del inglés por Francisco Martín cuando ya había deleitado a buena parte de público europeo, cuando ya había ruborizado los rostros de las buenas familias inglesas y cuando la crítica timorata ya había puesto el grito en el cielo. Con todo, la censura española se hizo a un lado y al deleite europeo pudo sumarse el del público español y el del mexicano.

La novela reúne todos los ingredientes necesarios para hundir el relato en el abismo de lo chusco; sin embargo, en el hábil manejo de ellos es que se manifiesta el talento narrativo del autor, quien juega con la solemnidad inglesa, con el concepto de lo moderno manifestado a través del uso de la píldora anticonceptiva, con la poligamia del señor inglés correspondida por el fino adulterio de su señora inglesa y, en fin, con la lenta mentalidad de los adultos en la alta burguesía inglesa puesta en apuros y evidencia por la sobrina, Geraldine, de dieciséis años de edad.

El punto de partida de la narración se encuentra en la conducta de Geraldine, quien sustituye las píldoras anticonceptivas de la madre por aspirinas a fin de poder beneficiarse con aquéllas. Luego, descubierta Geraldine tanto en sus amores como en la sustitución, Henry, su padre, cuenta

el incidente a su hermano Gerald; éste, después de gozar el percance y ya en el trayecto hacia su casa, repara en que su mujer usa dichas píldoras no obstante que con ella, Prudencia, hace tiempo que no mantiene relaciones íntimas. Gerald decide seguir el ejemplo de su sobrina y cambia también las píldoras por aspirinas; sin embargo, la afectada viene a ser Rose, la muchacha que presta servicio en la mansión y que desde algunos meses atrás sustituía las píldoras de la patrona por su cuenta.

En la forma más imprevista, Hugh Mills desencadena una serie de acontecimientos como los anotados hasta que, al final, las píldoras anticonceptivas son causa indirecta de los nacimientos de siete niños. Según puede apreciarse, el humor se convierte en el centro de atracción del relato; los conflictos más difíciles o escabrosos son expuestos a través de él. Al lector sólo le queda escoger el punto de vista adecuado para enfocarlos, puede optar por el de madurez para entenderlos dentro de lo que es una realidad, o por el de quienes juzgan decadente y cínico apreciar así dicha realidad.

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

COMENTARIO, Publicación bimestral del Instituto Judío Argentino de Cultura e Información, Director: José Isaacson, Año XV, Núm. 62, septiembre-octubre, Buenos Aires, Argentina, 1968.

En este número hay trabajos de: Boleslao Lewin, Miguel Alfredo de Olivera, Davis S. Shapiro, Bella Josef, Richard Hammer, Lisandro Gayoso, Alfred Werner, Luisa Mercedes Levinson, Adolfo de Obieta, Antonio Requeni, Jorge Caldas Villar, J. A. de Diego, Sergio Darlin, Juan Pinto, Carlos Alberto Merlino y Oscar Alberto Casado.

SUR, Revista bimestral, Directora Victoria Ocampo, Núm. 313, julio-agosto, Buenos Aires, Argentina, 1968.

En este número hay trabajos de: Pablo Neruda, André Coyné, H. E. Francis, Mario A. Lancelotti, Norberto Rodríguez Bustamante, Mostefa Lacheraf, Luis Justo, Florinda Friedmann, Edgardo Cozarinsky, Miguel E. Dolan, Hermes A. Puyau, Luis Gatti, Eduardo González Lanuza, Federico Gorbea, Jorge Alberto Sáez, José Luis Sáenz, Fryda Schultz de Mantovani, María Isabel Siracusa, Basilio Uribe, Clara Fontana, Luis Wainerman y Eduardo Paz Leston.

DOCUMENTOS POLÍTICOS, Revista del Partido Comunista, Publicación Mensual, Director: Teodosio Varela, Núm. 78, noviembre-diciembre, Bogotá, Colombia, 1968.

Serguéi Semiónov, José Cardona Hoyos, Gustavo Castro R., Nicolás Buenaventura, Ignacio Torres Giraldo y Alvaro Mosquera.

ECO, Revista de la Cultura de Occidente, Redacción: Nicolás Suescún, Tomo XVII/4, Núm. 100, agosto, Bogotá, Colombia, 1968.

En este número hay trabajos de: Friedrich Nietzsche, Ernesto Volkening, Nicolás Suescún, Hans Jurgens Krysmanski, Erich Heller, Vladimir Nabokov.

kov, Manuel Hernández, Myriam de Aragón, Mario Arrubla, Paul Klee y Günther Schutz.

ASOCIACIÓN DE TÉCNICOS AZUCAREROS DE CUBA, Revista técnica azucarera, publicada bimestralmente en Español e Inglés por el Ministerio de la Industria Azucarera de Cuba, Director: Rafael Pedrosa Puertas, Vol. XXIII, Núm. 3, julio-septiembre, La Habana, Cuba, 1968.

En este número hay trabajos de: N. O. Schmidt, Milton C. Marsh, Néstor Sabi, J. G. Davies, T. Storrar y Luis M. Ibáñez.

CASA DE LAS AMÉRICAS, Director: Roberto Fernández Retamar, Año IX, Núm. 50, La Habana, Cuba, 1968.

En este número hay trabajos de: José Luciano Franco, Manuel Moreno Fragnals, Roberto Rozsa, José Antonio Fidalgo, Raúl Aparicio, Julio Le Riverend, Sergio Benvenuto, Máximo Gómez, José Martí, Antonio Maceo, Saverio Tutino, James O'Connor, Sonia Aratán, Alejandro G. Alonso, Marcos Llanos, Manuel Maldonado-Denis, Eduardo E. López Morales, Pío E. Serrano, Antonio Benítez, Antonio Frasconi, Leonilda González, Rafael Zarza, Sergio González, Alejandro Marcos, Gladys Afamado, Juan Bernal Ponce, Rafael Zepeda y Alfredo Sosa Bravo.

OCLAE, Publicación mensual de la Organización Continental Latinoamericana de Estudiantes, Año II, Núm. 23, noviembre, La Habana, Cuba, 1968.

En este número hay trabajos de: Ernesto Carmona, Francisco Ramírez, George M. Cohen, Aurelio Martínez, Jorge Basulto, Gregorio Ortega, Alain Geismar, Jacques Sauvegeot, Daniel Cohn Bendit, Mario Mencía, Carlos Núñez, Roberto Fernández Retamar, Omar Lara, Winston Orrillo y Rafael Larrea.

TRICONTINENTAL, Publicación Bimestral, Órgano Teórico del secretariado ejecutivo de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina, Año III, Núm. 32, noviembre, La Habana, Cuba, 1968.

En este número hay trabajos de: Huey Newton, Jorge Turner y Jeff Segal.

VIDA UNIVERSITARIA, Revista bimestral publicada por la Universidad de La Habana, Año XIX, Núm. 212, julio-agosto, La Habana, Cuba, 1968.

En este número hay trabajos de: Ernesto Guevara, Ezequiel Vieta, Arnaldo Orfila Reynal, Inti Peredo, Francisco Pividal Padrón, Clara Hernández, José Martí, Berta Díaz de la Nuez, Diony Durán, Rolando Alarcón, Raúl Castro, Haydée Santamaría, Minerva Salado, Miriam Rodríguez Bethencourt y Jean-Paul Sartre.

REVISTA INTERNACIONAL, Publicación mensual, Año XI, Núm. 12, diciembre, Praga, Checoslovaquia, 1968.

En este número hay trabajos de: Rudolf Brauer, Iliá Dudinski, Monika Warnenska, Abu Bakr, L. N., Bela Biszku, Friedrich Hexmann, Gerhard Kegel, Volodia Teitelboim, Kostadin Guiaurov, George Bridges, Irving Nivens y Jaime González.

ECONOMÍA, Instituto de Investigaciones Económicas y Financieras, Director: Pedro Lanas, 3ª Epoca, Núm. 54, julio, Quito, Ecuador, 1968.

En este número hay trabajos de: Pedro Lanas A., Luis E. Díaz, Manuel Segovia Villafuerte, Oscar Gandarillas V., Armando Alarcón Fernández, Arturo Frondizi, Ota Sik, Antonio José Gutiérrez y R. B. T.

ATLÁNTIDA, Revista del Pensamiento Actual, Director: Florentino Pérez Embid, Vol. VI, Núm. 35, septiembre-octubre, Madrid, España, 1968.

En este número hay trabajos de: Jorge Pérez Ballestar, José Luis Varela, Gonzalo Fernández de la Mora, Jorge Siles Salinas, Alejandro Marcos Pous, Alfonso López Quintás, Oswaldo Market, Mario Hernández Sánchez-Barba y Jaime Delgado.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, Revista mensual de Cultura Hispánica, Director: José Antonio Maravall, Vol. LXXV, Núms. 224-225, agosto-septiembre, Madrid, España, 1968.

En este número hay trabajos de: Guillermo de Torre, Jaime Delgado, José Batlló, Francisco C. Lacosta, Félix Grande, Juan C. Rodríguez Gómez,

José Hierro, Fernando López Serrano, Miguel de Ferdinandy, Jorge Usca-tescu, Julio Ortega, Salvador Bueno, Carlos M. Fernández-Shaw, Rafael Gutiérrez Girardot, Darío Suro, Augusto M. Torres, Ildefonso Manuel Gil, Luciano García-Lorenzo, Fernando Quiñones, Juan Villegas, Antonio Pagés Larraya, José Carlos Mainer, Federico Sopeña, Carlos Areán, Zenaida G. Vega, Juan Carlos Curutchet, Raúl Chávarri, Víctor Nieto Alcaide, Jorge Rodríguez Padrón, Jaime Tello, José Ortega, Leopoldo de Luis, Rafael Conte, Enrique Ruiz-Fornels, José María Nin de Cardona, Juan Sampelayo, Francisco de Oraa, Roberto Branly, Pablo Armando Fernández, Luis Pavón, Fayad Jamis, Heberto Padilla, Rafael Alcides, César López, Raúl Luis, Anton Arrufat, Domingo Alfonso, Alberto Rocasolano, Manuel Díaz Martínez, Luis Suardiá, Armando Álvarez Bravo, Helio Orovio, Félix Contreras, José Yanes, Miguel Barnet, Félix Guerra, Belkis Cuza Malé, Eduardo E. López Morales, Reinaldo Arenas, Pedro Pérez Sarduy, Guillermo Rodríguez Rivera, Nancy Morejón, Víctor Casaus, Antonio Conte, Lina de Feria, Luis Rogelio Nogueras, Excilia Saldaña, Juan Carlos Rodríguez Gómez y Galdeano.

HUMANIDADES, Revista Cristiana de Humanismo actual de la Universidad Pontificia de Comillas, Director: Emilio del Río, Vol. XIX, Núm. 48, septiembre-diciembre, Santander, España, 1967.

En este número hay trabajos de: Tito Amodei, Emilio del Río, Antonio María Casas Ferrer, José María de Alejandro, Isidoro Muñoz Valle, Joaquín Antonio Peñalosa, Fernando López Combarros, Caferino Santos y José María Gabriel y Galán.

INDICE, Director: J. Fernández Figueroa, Año XXIV, Núm. 237, noviembre Madrid, España, 1968.

En este número hay trabajos de: Lázaro Bría, Máximo Casasnova, José Luis Rubio, Lucio Ibáñez, Heleno Saña, Víctor Morales Lezcano, Fernando Malo, Armando Puente, Leopoldo Azancot, Luiso Torres, Claude Fell, Jean Franco, Senén Mejic, Eulogio Ramírez, Simón Odriozola, J. Navarro Bottella, Miguel Fernández-Braso, Rubén Caba, Julio César, Rafael Durban, J. Caum y J. C. Curutchet.

REVISTA DE OCCIDENTE, Publicación mensual, Director: José Ortega Spottorno, Año VI, Segunda Epoca, Núm. 67, octubre, Madrid, España, 1968.

En este número hay trabajos de: Juan Valera, Miguel M. Cuadrado, Nicolás Sánchez-Albornoz, Alejandro Nieto, Juan López Morillas, Antonio Jutglar y Rivera.

AMÉRICAS, Publicación mensual de la Unión Panamericana, Director: Guillermo de Zéndegui, Vol. 20, Núms. 12-1, Washington, Estados Unidos, 1969.

En este número hay trabajos de: W. Thetford LeViness, Dora L. Skipper, Carlos Sanz de Santamaría, Arturo Eichler, Hugo Martínez Viadomonte, Carlos Coffeen Serpas, Felipe Obarrio, Mario Barroco Mármol, Eduardo Latour y Eliot Porter.

BULLETIN ANALYTIQUE DE DOCUMENTATION, Publicación mensual de la Fondation Nationale des Sciences politiques, Dirigen: Jean Meyriat y Daniel Saltet, Año 23, Núm. 9, septiembre, París, Francia, 1968.

En este número hay varios trabajos de autores anónimos.

CUADERNOS DE RUEDO IBÉRICO, Revista bimestral, Redactores: Ramón Bulnes, José Martínez y Jorge Semprún, Núm. 19, junio-julio, París, Francia, 1968.

En este número hay trabajos de: Lucio Magri, Quaderni Rossi, Julio Cerón, León Trotsky, Luis Maristany, Florentino Martino, M. P. E., Ramón Serra y Julio H. Zapata.

MUNDO NUEVO, Revista mensual, Publicación Asociada al Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales, Adherido a la asociación Internacional por la Libertad de la Cultura, Coordinador: Horacio Daniel Rodríguez, Núm. 30, diciembre, París, Francia, 1968.

En este número hay trabajos de: Jorge Basurto, René Avilés Fabila, Edgar Avila Echazú, Herbert Luthy, Santiago Parane, Rubén Bareiro Sa-

guier, Ramón Xirau, José Emilio Pacheco, Homero Aridjis, Tomás Segovia. Jaime Sabines, Rubén Bonifaz Nuño y Rosario Castellanos, Bárbara Eliodora y Alfonso La Torre.

ANUARIO INDIGENISTA, Director: Gonzalo Aguirre Baltrán, Vol. XXVIII, diciembre, México, D. F., 1968.

En este número hay trabajos de: Demetrio Sodi M., Alfonso Gortaire I., Salomón Nahmad S., George M. Foster, Juan M. González Martínez, Alejandro Hernández, Gustavo Medina López, Mercedes Olivera de Vásquez, George E. Schmidt, Luis Alvarez Barret, Evangelina Arana de Swadesh, Evelyn Bauer, Donal H. Burns, Angélica Castro de la Fuente, Ezequiel Guerrero Amaya, Ray Mazon, Elizabeth Van S. Raphael, Argentina Acebes, José Alvarez A., Ignacio Barragán Sánchez, E. S. Rabeau, Roberto Cardoso de Oliveira, Edward P. Dozier, Gregorio Hernández de Alba, Margarita Nolasco, Cecilia Ramírez Cardoso, Sergio Vivanco, Reina Torres de Arauz, Hugo Burgos Guevara, Robert Farring, José R. Sabogal W., Ramón Briceño, Alfonso Caso, Leonardo Manrique Castañeda, Reinaldo Murgueytio, Gonzalo Rubio Orbe y Enrique Valencia.

COMUNIDAD, Director: Demetrio Bolaños, Vol. III, Núm. 16, diciembre, México, D. F., 1968.

En este número hay trabajos de: Raúl Cosío, Francisco de P. Oliva, Pierre Furter, Eloisa Uribe, Josefina Torres, Giancarlo Elia Valori, Francisci J. Paoli Bolio, Anna María Boumpadre, José Hernández Delgadillo, Leopoldo Ayala, Margaret Randall, Isabel Fraire, Sergio Mondragón, Guillermo Fernández, Luis Mariano Acévez, Dámaso Murúa, Rodolfo Puiggrós, Javier Rabasa Robles Gil, Fernando González Gortázar, Jorge Arturo Ojeda, Joseph Hodara B., Adriana Cosío Pascal de Krauss, Iván Restrepo Fernández, Sergio Madero Báez y Otto-Raúl González.

COMUNIDAD IBÉRICA, Publicación bimestral, Director: Fidel Miró, Año VI, Núms. 36-37, septiembre-diciembre, México, D. F., 1968.

En este número hay trabajos de: Ramón Sender, Adolfo Hernández, Manuel Díaz Marta, León Felipe, Luis Molina Santaolalla, Josefa Rivas, Jerónimo García, Fidel Miró, José Peirats, Modesto Seara Vázquez, Juan Lorenzo, J. Berruazo Romera, Eugen Relgis, Ramón Menéndez Pidal, Herber Marcuse, Marino, Rodolfo Rocker, Alejandro Avilés y Diego Valadés.

DIALOGOS, Revista bimestral de Artes, Letras y Ciencias Humanas, Director: Ramón Xirau, Vol. 4, Núm. 24, noviembre-diciembre, México, D. F., 1968.

En este número hay trabajos de: Robert Graves, Roberto Ruiz, María del Carmen Garza Ramos, Felipe Pardini, Gerardo Denis, Vicente Leñero, Rogelio Díaz-Guerrero, Jas Reuter, Ramón Xirau y Juan Soriano.

LETRAS DE AYER Y DE HOY, Dirigen: Arcadio Noguera y Jesús Arellano, Núm. 37, enero, México, D. F., 1969.

En este número hay trabajos de: Juan Cervera, Enrique García Carpi, Lili Bitá, Nikos Spanias, Kostas Kovanis, Antíoco Sarandis, Spiros Kokkinis, Jorge Vayadhis, Kostas Kariotakis, Kostas Kavanis, Celia Zapata, Miguel Bustos Cerecedo, Octavio Novaro, Angel J. Hermida Ruiz, María del Pilar Marroquín, Sofía Acosta, José Guillermo, Enrique González Martínez, Baulio Sánchez Sáez, Soledad García, Homero Acosta, Genaro Guzmán Máyer, Enrique Parra Montejano, René Avilés, Carmen Valdivieso, Salomón Rivera, Kenneth Brett, Luis Mora Serrato, Noé Valle y Salvador Novo.

METAMORFOSIS, Revista trimestral de la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Chihuahua, Director: Silvano Flores, Año I, Núm. I, mayo, Ciudad Juárez, México, 1968.

En este número hay trabajos de: Gaspar J. Orozco, Arturo Rico Bovio, Manuel Gómez Salas Prieto, Luis Nava, Rogelio Oliver H., Alberto Sáenz, Fernando Araggón, M. Romadin, V. Popov, V. G. Kalinin, A. A. Vikulin, David Alfaro Siqueiros, Luis Urias H., Juan Nava y Silvano Flores.

AMARU, Revista de Artes y Ciencias, Director: Emilio Adolfo Westphalen, Núm. 6, abril-junio, Lima, Perú, 1968.

En este número hay trabajos de: Karl Marx, Ernest Mandel, Luis A. Castillo, Alberto Escobar, Roberto Fernández Retamar, José María Arguedas, Nicanor Parra, Eduardo González Viaña, Mirko Lauer, Juan García Ponce, Luis Loayza, Thomas C. Chamberlin, Pablo Macera, Ernesto Mejía Sánchez, Abelardo Oquendo, Juan-Paul Sartre, Cohn Bendit, Jesús Ruiz Durand y René Magritte.

REVISTA POLACA, se edita en los idiomas alemán, español, checo, francés, inglés y ruso, Director: Pawel Kwiecinski, Núm. 1, enero, Varsovia, Polonia, 1969.

En este número hay trabajos de: Marian Zychowski, Halina Cenglowa, Jan Ruszczyk, Bronislaw Kawecki, Jerzy Szaniawski, Feliks Derecki, Esteban Corrientes y J. A. Aragón.

RUMANIA, Documentos, Artículos e Información, Año XIX, Núm. 21, noviembre, Bucarest, Rumania, 1968.

En este número hay trabajos de: Constantin Nutu, Constantin Daicovicu y Nicolae Corbu.

FÓRUM DE COMERCIO INTERNACIONAL, Vol. IV, Núm. 3, noviembre, Ginebra, Suiza, 1968.

En este número hay trabajos de: Birger Jansen, Andrés-Uribe Campuzano, Harold C. Sawyer y H. E. Reisner.

ANUARIO DE FILOLOGÍA, Escuela de Letras, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad del Zulia, Director: José Pascual Buxó, Años VI/VII, Núms. 6-7, Maracaibo, Venezuela, 1968.

En este número hay trabajos de: Guillermo Yepes Boscán, José Gómez Pérez, Lino Vas Araujo, Enrique de Rivas, Emilio Carilla, Víctor Fuenmayor Ruiz, José Pascual Buxó, Alessandro Martinengo, José Antonio Castro, Enrique Arenas Capiello, César David Rincón e Yvette Jiménez.

ZONA FRANCA, Revista de Literatura e ideas, publicación mensual, Director: Juan Liscano, Año IV, Núm. 63, noviembre, Caracas, Venezuela, 1968.

En este número hay trabajos de: Cristina Campo, Alejandra Pizarnik, Juan Liscano, Pablo Rojas Guardia, Arturo Uslar Pietri, Juvenal López Ruiz, Lucía Quintero Yanes, Sergio Darlin, Manuel Pedro González, Alba Lía Barrios, Baica Dávalos, Manuel Salvatierra, Emira Rodríguez y Alfredo del Mónaco.

Se terminó de imprimir este libro el
día 10 de marzo de 1969 en los
talleres de la EDITORIAL LIBROS DE
MÉXICO, S. A., Av. Coyoacán 1035,
México 12, D. F. Se tiraron 1,650
ejemplares.

Nº 309

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos,
y estudios de nuestras realidades.

Director: **ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR**

Suscripción anual, en el extranjero:
Correo ordinario, tres dólares canadienses
Por vía aérea, ocho dólares canadienses

• • •

Casa de las Américas, Tercera y G, El Vedado,
La Habana, Cuba

ASOMANTE

Fundada en 1945

Revista trimestral literaria

La edita la

ASOCIACIÓN DE GRADUADAS

DE LA

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO

Directora: Nilita Vientos Gastón

Subdirectora: Monellsa L. Pérez Marchand

Administradora: Oritia Oliveras de Carreras

Subadministradora: María Teresa C. Díaz García

Números 1 y 2 de 1967

(Homenaje a Rubén Darío)

*GUILLERMO DE TORRE, *RICARDO GULLÓN, *CONCHA ZARDO,
YA, *BERNARDO GICOVATE, *JUAN LOVELUCK, *ANTONIO OLI-
VER BELMAS, *JAIME LUIS RODRIGUEZ VELAZQUEZ, *RAIMUN-
DO LIDA, *DANIEL DEVOTO, *ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR,
*JOSE A. BALSEIRO, *JULIETA GÓMEZ PAZ, *JOSE LUIS CANO,
*GIUSEPPE BELLINI, *ANTONIO FERNANDEZ MOLINA, *GASTON
FIGUEIRA, *JACINTO LUIS GUERENA, *GUIA DEL LECTOR.

S U M A R I O

Número 3 de 1968

(Homenaje a Miguel Angel Asturias)

*LUIS DE ARRIGOITIA: "Leyendas de Guatemala", *AGUSTINA G.
DE GAZTAMBIDE: "El Señor Presidente", *CONCHA MELENDEZ: El
mito viviente en "Hombres de maíz", *ANGEL LUIS MORALES: La
trilogía bananera, *ADELAIDA LORAND DE OLAZAGASTI: "Mulata
de Tal", *JUAN SAEZ BURGOS: Nunca en el mismo sitio, *JOSE LUIS
CANO: Carta de España, *DAMIAN BAYON: Carta de París, *GIU-
SEPPE BELLINI: Carta de Italia, *LOS LIBROS: ANTONIO OTERO
SECO, GASTON FIGUEIRA, MARIA DE GRACIA IFACH, NILITA
VIENTOS GASTON, ALFREDO MATILLA RIVAS, *GUIA DEL LEC-
TOR, *COLABORADORES.

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$ 6.00
Otros Países	5.50
Ejemplar suelto	1.50

Dirección: Apartado postal 1142, San Juan, Puerto Rico 00902

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO

Secretario-Tesorero: SAÚL SIBIRSKY

Dirección: 1617 C. L., University of Pittsburgh, Pittsburgh 13,
Pennsylvania, U. S. A.

Suscripción anual:

U. S. A. y Europa, 6 dólares; América Latina, 2 dólares.

•

Han aparecido 60 números

(Véase *Índice*, publicado por la Unión Panamericana)

Solicite colección completa o números atrasados

*Una revista especializada en las letras de
Iberoamérica, que responde al lema:*

¡A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA!

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

TRAYECTORIA Y RITMO DEL CREDITO AGRICOLA EN MEXICO

por

ALVARO DE ALBORNOZ

Obra acreedora al Primer Premio del Banco
Nacional de México, S. A. en 1965

Precios:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
México	65.00	
España y América		6.00

Distribuye

CUADERNOS AMERICANOS

Apartado postal 965
México 1, D. F.

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Tel.: 75-00-17

REVISTA HISPANICA MODERNA

Fundador: Federico de Onís

Se publica trimestralmente. Dedicada atención preferente a las literaturas española e hispanoamericana de los últimos cien años. Contiene artículos, reseñas de libros, textos y documentos para la historia literaria moderna y una bibliografía hispánica clasificada. Publica periódicamente monografías sobre autores importantes con estudios sobre la vida y la obra, una bibliografía, por lo general completa y unas páginas antológicas.

Directores:

Eugenio Florit y Susana Redondo de Feldman

Precio de suscripción y venta: 6 dólares norteamericanos al año.
Número sencillo: 1.50 dólares, Número doble: 3.00 dólares

HISPANIC INSTITUTE

Columbia University

612 West 116th Street New York, N. Y. 10027

DOS LIBROS SENSACIONALES

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
El drama de la América Latina. El caso de México, por FERNANDO CARMONA	25.00	2.50
El panamericanismo. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson, por ALONSO AGUILAR MONTEVERDE	10.00	1.00

De venta en las principales librerías

Distribuye:

“CUADERNOS AMERICANOS”

Avenida Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 975
México 1, D. F.

Tel.: 75-00-17

ESPAÑA CONTEMPORANEA

HUGH THOMAS

La guerra civil española

Nueva edición corregida y aumentada

800 páginas

30 mapas

48 F

GERALD BRENAN

El laberinto español.

Antecedentes políticos y sociales de la guerra civil

330 páginas

9 mapas en colores

24 F

MIJAIL KOLTSOV

Diario de la guerra de España

500 páginas

141 documentos fotográficos

33 F

STANLEY G. PAYNE

Falange. Historia del fascismo español

276 páginas

24 F

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

De las Cortes de Cádiz al Plan de Desarrollo

408 páginas

36 F

JUAN MARTINEZ ALIER

La estabilidad del latifundismo

440 páginas 6 mapas 17 documentos fotográficos

39 F

STANLEY G. PAYNE

Los militares y la política en la España moderna

480 páginas

39 F

DANIEL ARTIGUES

El Opus Dei: 1928-1957

184 páginas

21 F

ROBERT G. COLODNY

El asedio de Madrid

EDITIONS RUEDO IBÉRICO

5 rue Aubriot - Paris 4

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Dóla
RENDICION DE ESPIRITU (I) y (II), por Juan Larrea	10.00	1.00
LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez	10.00	1.00
SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	5.00	0.50
LLUVIA Y FUEGO. LEYENDAS DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Bledsoe	10.00	1.00
LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	10.00	1.00
LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña	10.00	1.00
MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Álvarez Arasa	25.00	2.50
DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojo	5.00	0.50
DIMENSION DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes	20.00	2.00
ARETINO. AZOTE DE PRINCIPES, por Felipe Cassio del Pomar	20.00	2.00
OTRO MUNDO, por Luis Suárez	10.00	1.00
LA BATALLA DE GUATEMALA (Edición Cas agnada)	20.00	2.00
EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	5.00	0.50
AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Ponción	20.00	2.00
RAZON DE SER, por Juan Larrea	10.00	1.00
EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alegria	5.00	0.50
LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	15.00	1.50
INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce	20.00	2.00
PACTO CON LOS ASTROS, galaxia y otros poemas, por Luis Sánchez Pontán	20.00	2.00
LA EXPOSICION. Divertimiento en tres actos, por Rodolfo Usligü	15.00	1.50
LA FILOSOFIA CONTEMPORANEA EN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE 1900-1950, por Frederic H. Young	10.00	1.00
HISPANOAMERICA EN LUCHA POR SU INDEPENDENCIA, por varios autores	10.00	1.00
LA REFORMA AGRARIA EN MEXICO, por Emilio Romero Espinosa	10.00	1.00
GUATEMALA. PROLOGO Y EPILOGO DE UNA REVOLUCION, por Pedro Guillén	5.00	0.50
EL DRAMA DE LA AMERICA LATINA. El caso de México, por Fernando Carmona	25.00	2.50
DIALOGOS CON AMERICA, por Mauricio de la Selva	10.00	1.00
LA ECONOMIA HAITIANA Y SU VIA DE DESARROLLO, por Gerard Pierre-Charles	25.00	2.50
INQUIETUD SIN TREGUA, ensayos y artículos escogidos 1937-1965, por Jesús Silva Herzog	30.00	3.00
EL PANAMERICANISMO. De la Doctrina Monroe a la Doctrina Johnson, por Alonso Aguilar Monteverde	10.00	1.00
MARZO DE LABRIEGO, por José Tiquet	10.00	1.00
ASPECTOS ECONOMICOS DEL INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL, por Lucila Leal de Araujo	25.00	2.50
PASTORAL, por Sara de Ibáñez	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por José Gaos	5.00	0.50
LA AGONIA DEL PERU, por Gustavo Valcárcel	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por José Guadalupe Zuno	8.00	0.80
VIGILIAS, por Clarivel Alegria	5.00	0.50
UNA REVOLUCION AUTENTICA EN NUESTRA AMERICA, por Alfredo L. Palacios	3.00	0.30

REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL (6 números)

MEXICO	100.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	9.00
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	11.00

PRECIOS DEL EJEMPLAR

MEXICO	20.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	1.80
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	2.15

Ejemplares atrasados, precio convencional

NUESTRO TIEMPO

Julio Alvarez del Vayo
Omar Díaz de Arce

La América de Nixon.
Evolución de las inversiones extranjeras en América Latina.
El Gran Circo del Mundo.

Rodolfo Usigli
Javier Rondevo, Mario V.
Guzmán Galarza y Adolfo
Sánchez Vázquez

Comenzó el año XXVIII de la Revista.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Raúl Cardiel Reyes

La Filosofía del Espíritu y la Ciencia Social en Vico.

Emilio Sosa López

Unamuno o la pasión agónica del novelista.

Nathán Rotenstreich

La responsabilidad individual y personal.

Antonio Sacoto

Aspectos indigenistas en la obra literaria de José Vasconcelos.

PRESENCIA DEL PASADO

F. Cossio del Pomar
Winston A. Reynolds

Atahualpa y el Tesoro.
El Demonio y Lope de Vega en el manuscrito mexicano *Coloquio de la nueva conversión y bautismo de los cuatro últimos reyes de Tlaxcala en la Nueva España.*

Dardo Cúneo

Oligarquía y poder en la Argentina.

DIMENSION IMAGINARIA

Max Aub
Raúl Leiva
Elba M. Larrea

Tres Romances.
La Poesía de José Gorostiza.
José Martí, Insigne maestro de Literatura Infantil.

Porfirio Sánchez
M. Roberto Assardo

Eros y Thanatos en *Al filo del agua*.
Semejante a la noche o la contemporaneidad del hombre.

LIBROS Y REVISTAS

Mauricio de la Selva

Libros, revistas y otras publicaciones.